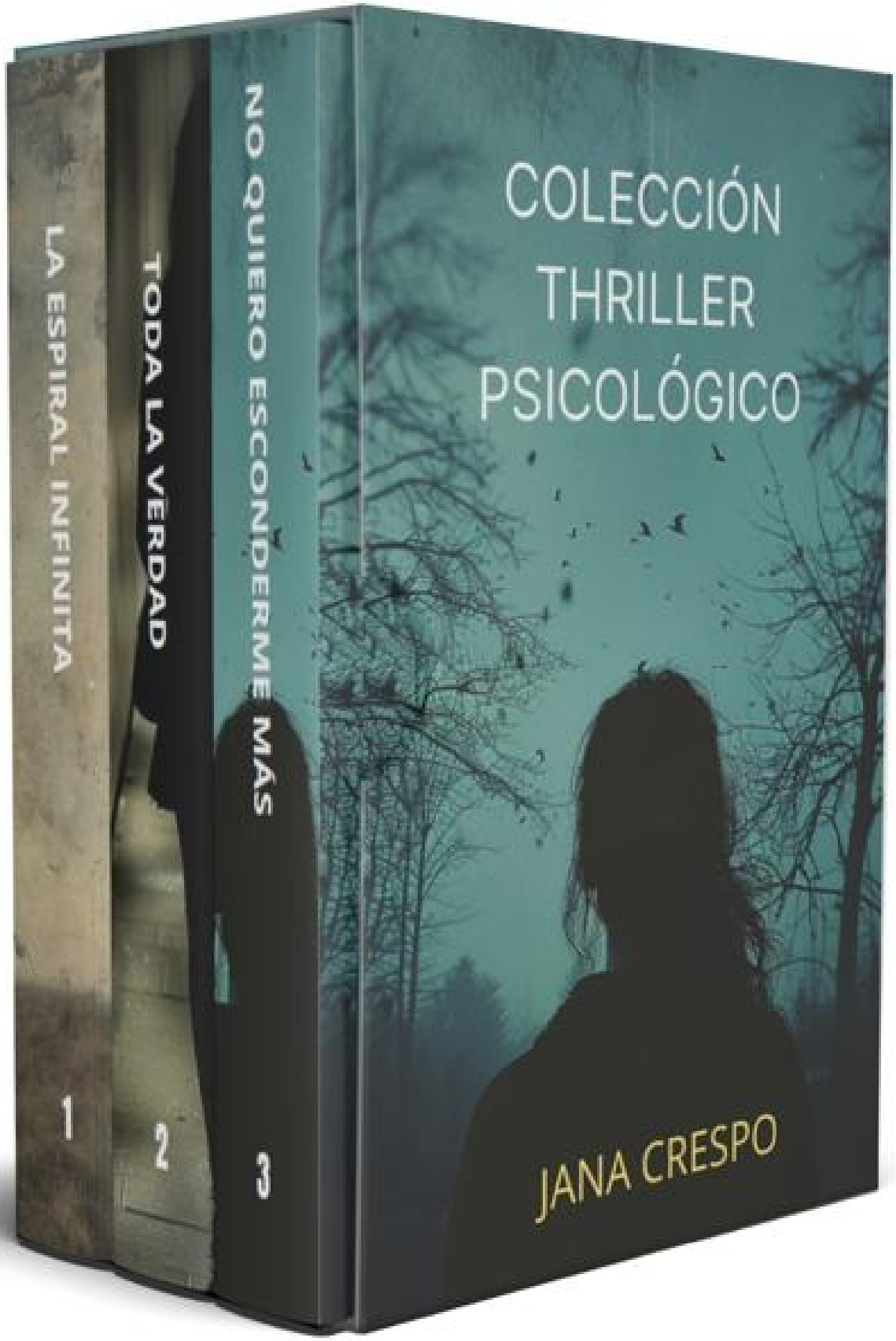

COLECCIÓN
THRILLER
PSICOLÓGICO
JANA CRESPO
LA ESPIRAL INFINITA
1
TODA LA VERDAD
2
NO QUIERO ESCONDERME MÁS
3

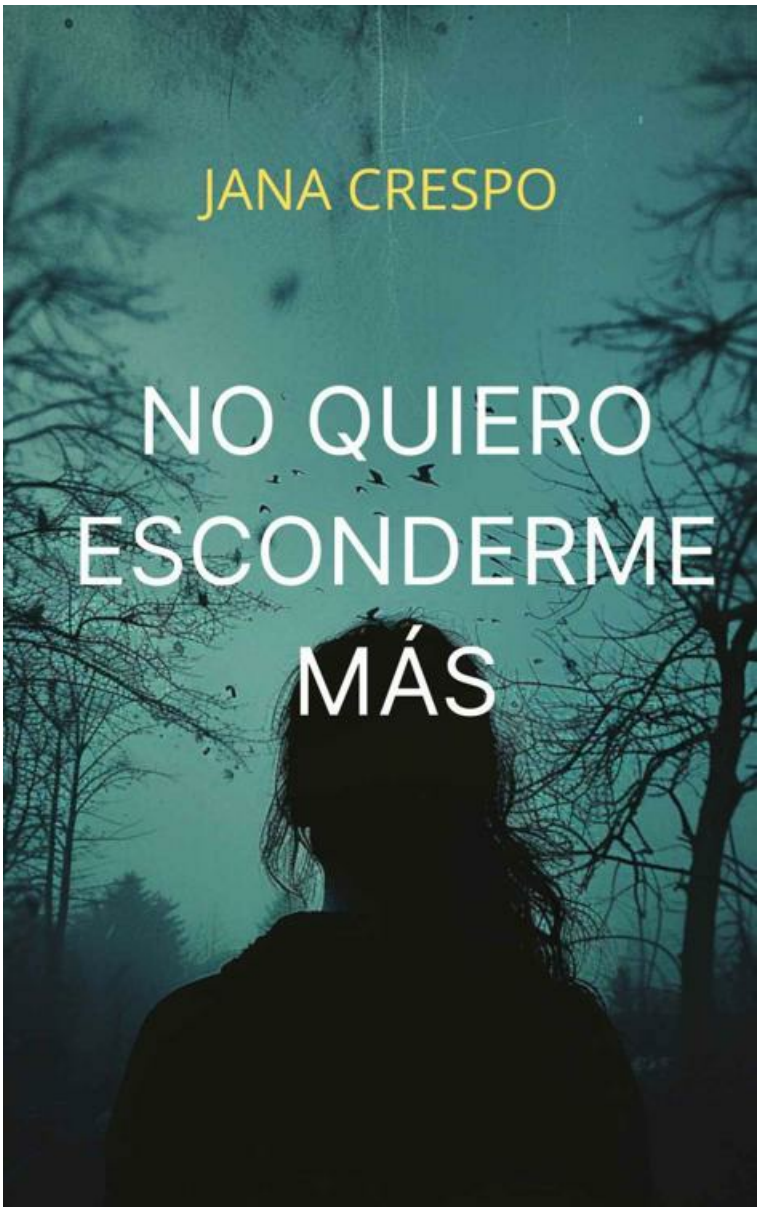
COLECCIÓN THRILLER PSICOLÓGICO

Jana Crespo

Copyright © 2024 Jana Crespo

Derechos de Autor @ 2024 Jana Crespo

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso de la autora.


JANA CRESPO
NO QUIERO ESCONDERME MÁS

1

Una persona mira el móvil una media de ciento cincuenta veces en un solo día. Eso equivale a dieciocho horas a la semana. En mi caso, lo había mirado ciento cincuenta veces nada más levantarme. Y aún me quedaba todo el día por delante.

Salí de la cocina, eché otra visual rápida al móvil, le hice un mimo a mi gata y me fui al trabajo con las ganas bajo cero. Trabajaba en un pequeño hotel muy de moda y muy exclusivo en el centro de la ciudad. No quedaba especialmente lejos de mi piso, unos veinte minutos si iba en el Metro. Llegué un poco antes de mi hora. El lugar me gustaba mucho, el trabajo no tanto. Era un edificio que se había rehabilitado con mucho gusto. Tenía un toque sofisticado. Todo daba sensación de lujo, incluso había una zona con un piano de cola que muy de vez en cuando algún cliente se animaba a tocar.

Laura, mi compañera de recepción, ya estaba trabajando cuando llegué.

—Hola Raquelita. Hoy llegas temprano—dijo con un tono que me no me gustó nada.

No la soportaba. Siempre con su uniforme impecable y su actitud profesional, siempre atenta, siempre perfecta. Parecía creada por alguna inteligencia artificial. Era de esas personas que parecían sacadas de una revista. Nunca la vi sin su pelo rubio recogido en un moño alto y los labios pintados de rojo. Además, era de esas mujeres que son estilizadas por naturaleza, huesuda y larga. Algo con lo que las demás sólo podíamos soñar. Yo tenía buen tipo a base de sacrificio y muchas privaciones, pero mi cuerpo tendía a la redondez así que en cuanto me descuidaba un poco me ponía fondona. Estar al lado de Laura no me favorecía nada. Me hacía sentir como un hobbit. Desde que yo había puesto un pie en el hotel me había tenido debajo de un diente y no desaprovechaba la ocasión de hacerme alguna crítica. Estaba muy cansada de Laura, sus indirectas y sus tonterías. No tenía ganas de ser borde, así que le lancé una medio sonrisa y me puse a trabajar.

Mi labor allí consistía en su mayor parte en recibir clientes, hacer el check-in y check-out, cobrar los pagos y meter los datos en el sistema informático. A veces, cada vez más, me pedían información sobre rutas y sitios turísticos de Madrid. Yo había estudiado Geografía e Historia, algo que siempre me había apasionado. Además, leía mucho sobre ello. Mis conocimientos de las anécdotas y lugares más recónditos de la cuidad me habían otorgado el papel de guía oficial del hotel. Me gustaba. Muchas veces soñaba con tener mi propio negocio de tour turísticos por diferentes partes del mundo. Mientras tanto, me conformaba con orientar la curiosidad de los turistas hacia sitios más interesantes y menos típicos. Eso me hacía sentir bien.

Acababa de llegar Rafa, el director de personal y mi jefe directo. Era un tipo desagradable al trato y aún más a la vista. Cuando hablaba se acercaba demasiado invadiendo el espacio personal, se tomaba demasiadas confianzas. Sobre todo, con las mujeres y en concreto con mi compañera Laura por la que bebía los vientos. Conmigo era más comedido desde una vez que me pilló de mala leche y le di un corte. Sin embargo, Laura le aguantaba el baboseo. Yo no estaba dispuesta a soportar según qué cosas, a pesar de mis problemas en cuestión de autoestima. Nunca me había considerado fea pero tampoco guapa. Del montón. Desde luego no era de esas chicas que llaman la atención a la primera. Había días en lo que me sentía a gusto, con confianza y los hombres sí se daban cuenta de mi presencia. Sin embargo, había días en los que me sentía

fea y gorda y encima me tenía que poner a trabajar al lado de una mujer que parecía una modelo. Precisamente ese era uno de esos días y lo último que me apetecía era aguantar las chorradas de Rafa. Por suerte, estando Laura no me iba a prestar la mínima atención, así que lo agradecí infinitamente.

Me puse a trabajar gestionando reservas y atendiendo al teléfono mientras miraba de reojo el móvil, que seguía sin dar señales de vida. Llevaba un rato concentrada en mis cosas cuando vi entrar a un cliente que me llamó la atención. Era un chico de treinta y tantos con unas gafas grandes de pasta, el pelo moreno ondulado y pinta de acabar de aterrizar en Madrid procedente de otro planeta. Llevaba en la mano un maletín que rebosaba, le salían algunos papeles por un lado y me hizo gracia. Pensé que sería un genio de la informática, un científico loco o un viajero del tiempo que había venido a salvar el planeta de una inminente catástrofe. O a mí de una vida miserable. Lo seguí con la mirada mientras entraba y se dirigía a Laura, que estaba en ese momento en la recepción. Intercambiaron cuatro frases y vi que él le preguntaba algo y ella le hacía un gesto como diciendo que esperase. A continuación, ella vino caminando hacia donde yo estaba.

—Raquel, atiende a un cliente. Es ese chico de la entrada—dijo señalando con un gesto— el que tiene pinta de intelectual. Está buscando información, me dijo el nombre del sitio al que tiene que ir, pero no lo recuerdo… algún rollo científico. Todo tuyo.

Me hizo ilusión, tanta como para olvidar el tono autoritario de mi compañera, que se olvidaba sistemáticamente de añadir “por favor” y “gracias” a todas sus interacciones conmigo. Tardé un par de minutos para no parecer ansiosa y me acerqué a hablar con aquel perfecto desconocido.

—Hola, Soy Raquel. Me ha dicho mi compañera que busca indicaciones. A ver si le puedo ayudar.

—Hola Raquel. Me llamo Miguel. Tutéame por favor, ¡que no soy tan mayor! — dijo con un tono divertido— Verás, tengo a última hora de la tarde una conferencia en el CNB.

—Ya veo. Biotecnología, ¿no?

—Sí…bueno… caray —dijo sorprendido—¡Qué puesta estás! Disculpa, pero no suelo encontrarme con gente fuera del ámbito académico que sepa tan siquiera lo que es eso.

—Ya me imagino. Bueno, me gusta el tema—mentí, ya que había leído algo sobre esa conferencia por casualidad en la prensa.

—¡Pues ya es raro! En el buen sentido…

—Sí, siempre me ha fascinado la ciencia, aunque mi trabajo aquí no tenga mucho que ver con eso. De vez en cuando me gusta leer sobre temas interesantes. Lo mío es la Historia, pero tengo curiosidad por todo en general.

—Vaya. ¡Qué bien! Una cosa… ¿te apetece tomar un café mientras hablamos? Acabo de llegar del viaje y necesito espabilar un poco. Si puedes hacer un descanso de cinco minutos, me encantaría invitarte —sugirió con cierta timidez— Si puedes, claro. Y si quieres.

Me sorprendió la invitación tan repentina. Parecía claro que estaba intentando ligar conmigo, cosa que no me molestaba en absoluto. El chico me resultaba atractivo, tenía una boca bonita, unos ojos expresivos y un pelo que daban ganas de tocar. Siempre había tenido debilidad por los hombres de pelo oscuro y ondulado. No se podía decir que fuese guapo en el sentido estricto de la palabra, pero sí que tenía algo que te hacía mirarlo y prestarle atención. Sopesé si tomar o no ese café más o menos una décima de segundo.

—Bueno… ¿Por qué no? Me apetece desconectar un rato. Aviso a mi compañera y estoy contigo.

Nos sentamos en la cafetería del hotel y hablamos un poco. Le aconsejé un sitio al que ir a comer y le diseñé en cinco minutos una ruta para ver lugares interesantes cerca de su destino. La conversación duró lo que el café, casi nada. Aunque me hubiese quedado horas, no quise forzar la situación y me despedí diciendo que tenía que incorporarme a mi puesto y le di las gracias por la invitación.

Pasé el resto de la jornada de trabajo con la mente ocupada entre el atractivo científico y mi madre, con la que había quedado para comer.

2

Me entró un mensaje de mi madre y di un respingo en la silla. En el fondo aún esperaba que mi ligue de la otra noche se hubiese arrepentido y me mandase un mensaje diciendo que necesitaba verme. Pero no, era mi madre recordándome dónde habíamos quedado para comer. Como si no lo supiera.

Cuando llegué al restaurante ya me estaba esperando. No se levantó para darme un abrazo. Me saludó muy seca e hizo un gesto para que me sentase. Mi relación con mi madre siempre había sido bastante complicada. Era una mujer muy estricta con un impresionante control de sí misma que extendía a todas las personas de su entorno. Eso hacía que la parte emocional no fuese su fuerte. Crecer con una madre así no fue fácil. No le guardaba ningún rencor, aunque llegó un momento en el que tuve que distanciarme un poco para poder cuidar de mí misma y recuperar mi autoestima.

Comíamos juntas una vez a la semana. Nos hacía bien a ambas.

—¿Qué tal estás, Raquel? —preguntó.

—Bueno, voy tirando. Sin muchas novedades. ¿Tú?

—Bien. Estoy tranquila, que ya es mucho.

—Me alegro, mamá.

Pedimos la comida, hablamos un rato de cosas intrascendentes y no tardó en lazarme el dardo…

—Bueno, ¿y qué hay del tema hombres? ¿Sales con alguien?

—¡Acabáramos! Ya sabía yo que no te ibas a quedar sin preguntarme eso.

—¡Cómo eres! ¿Te parece tan extraño que quiera tener nietos? Tienes treinta y cinco años, no te queda mucho tiempo para eso.

—Pues mamá, no se trata de lo que quieras tú, sino de lo que quiera yo. Es mi vida y tendré que vivirla como yo decida. ¿No te parece?

—Bueno, si lo que quieres es trabajar de recepcionista en un hotel hasta que seas vieja, me parece perfecto—dijo con un tono de condescendencia que me molestó.

—Mamá, no sigas por ahí—dije ya algo irritada —No te pido que apruebes lo que hago, no lo necesito. Sólo te pido que me respetes. No es mucho pedir ¿verdad?

—Es que no te entiendo, Raquel... no sé qué es lo que esperas de la vida.

—Te voy a decir lo que espero mamá. Espero comer contigo, estar tranquila y hablar de lo que sea sin tener que dar explicaciones. Yo no te exijo nada a ti, no te pregunto por tu vida sentimental, por lo que haces o dejas de hacer. Porque algo harás, ¿No? Me da igual mamá, ¿por qué no entiendes que cada uno decide sus cosas y no tiene que ir dando explicaciones a nadie? Lo que yo quiero es que dejes de preguntarme por los hombres. Eso quiero.

—¿Te parece tan mal que me preocupe por ti? Soy tu madre.

—Y yo soy tu hija, y no te echo en cara que te pases todo el día en casa viendo la televisión —me di cuenta de que estaba levantando la voz— Por favor, mamá, deja de meterte en mi vida privada. Es que, además, sólo te preocupa que tenga novio. No me preguntas por mis proyectos, por mis sueños, pero ¿Sabes qué? Prefiero mil veces tener un trabajo que tener un hombre en mi vida. No necesito a un hombre para ser feliz, ¿entiendes?

—Ya, eso crees. Pero en el fondo todos necesitamos a alguien con quien compartir, hija

—dijo mientras me tocaba la mano en un amago de gesto cariñoso—No te pongas así. No quiero que estés sola, eso es todo.

—No estoy sola. Tengo una gran amiga, tengo un trabajo, tengo inquietudes... Y te tengo a ti. Deja de preocuparte ¿vale?

—Yo no voy a estar siempre—dijo con cierta solemnidad.

—Mamá, no seas dramática, aún tienes mucha lata que dar.

Continuamos con la comida y traté de reponerme del fastidio que me causó la discusión. No quería desperdiciar el tiempo que pasaba con ella. Sin embargo, me entristecía no poder conectar de una forma más profunda. Me hubiese gustado poder compartir anécdotas, reflexiones, reírnos, encontrar en ella un refugio. Con el tiempo renuncié a tener ese tipo de relación. Los momentos juntas eran más bien como atravesar un campo de minas. Sabía que a veces le sacaba de quicio, igual que ella a mí. Terminamos la comida y tras poner mil excusas por las cuáles no podía quedarme a tomar el café, me levanté para marcharme y me acerqué para darle un beso.

—Te ahorro el esfuerzo de ir a pedir la cuenta—dijo mientras me agarraba del brazo—No te van a hacer ni caso. Pago yo.

—Muy bien, mamá. No discuto contigo, ¡para qué! Gracias por la comida.

Me alejé sintiéndome un poco culpable por no haberme quedado más tiempo. No la soportaba, pero la quería muchísimo.

Salí del local y me fui a mi piso a mirar obsesivamente el móvil en compañía de mi gatita. Era una gata blanca de ojos azules absolutamente preciosa y a la que adoraba. Le di su latita de comida, me puse un chándal muy poco favorecedor pero cómodo a más no poder, y me tiré en el sofá a dormir una siesta.

Cuando me despertó el teléfono no sabía qué hora era. Tardé bastante en atender la llamada.

—¿Si?

—Hola Raquelita. Acabas de despertarte, no me digas más. Vaya voz de ultratumba te gastas.

—Hola Sara. No acabo de despertarme, acabas de despertarme tú. Espero que sea para darme una buena noticia. Si no, te cuelgo ahora mismo, por pesada.

— Pues sí, mira, es una buena noticia. Esta noche sales. Arréglate que te recojo ahí a las ocho. Vamos a ir de tapas y a tomar unas copas, nada del otro mundo.

—Sara, no voy a salir. Además...- ¿qué hora es? —dije mientras echaba la vista al reloj de pared de la cocina—¡Pero si son las siete! Me he metido una siesta fina. Mira, estoy medio dormida, hecha un asco y de un humor de mierda. No tengo ganas de arreglarme y de salir. Sal tú, que no me necesitas a mí para nada.

—Te equivocas, Raquelita. Te necesito. ¿Recuerdas el chico del que te hablé, con el que llevo dos meses saliendo y que se parece a Javier Bardén? Pues hoy hemos quedado, pero resulta que va a venir con un amigo suyo. Me lo ha pedido como favor, que lo acaba de dejar con su novia y está hecho polvo y me ha suplicado que lo animemos un poco. Ya sabes cómo son estas cosas…

—Me parece muy bien, ¿qué pinto yo en esto?

—Mucho, porque si no vienes no sé qué hacer con este chico, ni de qué hablarle, y va a ser horrible porque me voy a agobiar y yo lo que quiero es estar con mi chico. Tú eres una gran conversadora, sé que si vienes tú todo va a ser mucho mejor. Te lo pido por favor, no me digas

que no. Te compensaré. Tampoco te pido que te enrolles con él, aunque ojo, si está tan bueno como Gonzalo, igual hasta te hago un favor.

—Sara, qué interesada y que mala amiga eres—dije riendo— Me quieres para hacer de niñera. Ya te vale.

—Venga, mujer. ¿Qué pierdes? Tampoco ibas a hacer nada especial, seguro que te ibas a quedar viendo alguna peli subtitulada deprimente de esas que te gustan. El mundo está ahí fuera. Dime que sí, por favor…

—Sí. Pero lo hago por ti. Me tomo un par y me voy a casa. Y si el tío es un petardo me voy después de la primera. No tengo el cuerpo para aguantar chorradas.

—Eres la mejor. La mejor del mundo. A las ocho te espero con los dos hombretones en el coche. Ponte guapa. Te quiero.

Nada más colgar ya me arrepentí de haberle dicho que sí. Sara era mi mejor amiga desde que éramos unas crías. Fuimos juntas al colegio. Nos hicimos amigas porque las dos éramos un poco raritas y enseguida hicimos piña para sobrevivir en el mundo de las populares, así que establecimos una alianza que con el tiempo se fue consolidando. Era como una hermana, lo sabía todo sobre mí y me hacía sentir que no estaba sola en el mundo. Tenía mi misma edad, pero no nos parecíamos en nada. Era una mujer de mucho carácter, muy echada para adelante. Había sido una niña gordita y había sufrido acoso en el colegio, pero eso, en vez de amedrentarla, le hizo volverse decidida y tener algo de mala leche. Sara se gustaba, no se ocultaba, tenía una autoestima a prueba de bombas que además era genuina. La había visto crecer y convertirse en una mujer de armas tomar que no dependía de la opinión de los demás. Eso me resultaba admirable, porque yo sí estaba influenciada por lo que los demás dijesen o pensasen de mí. Ella era una inspiración para mí. Por supuesto esa personalidad suya hacía que fuese muy atractiva para los hombres. Siempre salía con chicos muy guapos. El prototipo de hombre con el que solía quedar era un guaperas que estaba harto de salir con mujeres impresionantes, buscaba otra cosa y encontraba en la rotundidad del cuerpo y el carácter de Sara un bálsamo, algo totalmente diferente. Los enamoraba un tiempo, pero al cabo de unos meses, la mayoría de esos hombres volvía a perder la cabeza por alguna modelo o alguna chica de buena familia y la dejaban dándole las gracias por los maravillosos momentos vividos. Y entonces ella se metía un mes en casa a llorar y a maldecir este mundo con sus prejuicios, sus hipocresías y sus frivolidades. La depre no le duraba mucho y al poco ya estaba otra vez lista para enredar a algún otro, como era el caso del nuevo Javier Bardén al que iba a conocer en una hora. Quizás este fuese diferente, quien sabe.

Me miré al espejo y me dieron ganas de llorar. Mi pelo parecía un nido de golondrinas, las ojeras las tenía casi negras, me habían salido granitos en la frente y no tenía mucho tiempo para maquillarme y vestirme. Hice lo que pude, me puse unos vaqueros, camiseta y una blazer negra que le daba un aire más de vestir al conjunto. Maquillada y con el pelo arreglado aún tenía un pase, así que cogí las llaves, el abrigo y me fui a esperar en el portal a que viniese a buscarme Sara, con Javier Bardén y el amigo despechado.

3

Hacía mucho frío así que en cuanto llegó el coche subí a toda prisa. Me metí en la parte de atrás donde estaba el amigo. Le eché una visual. De entrada, no me gustó nada. Era bastante normal, ni guapo ni feo, con una indumentaria demasiado formal para mi gusto y aspecto de tener una vida aburridísima. Hubiese preferido un cuarentón con melenas y chupa de cuero que tuviese algo interesante que contar. Durante el trayecto Sara no paraba de hablar y Gonzalo la miraba y le acariciaba el muslo en cuanto tenía ocasión. Se notaba que estaban en esa fase de la relación en la que hacer el amor era lo único importante y urgente. ¡Qué envidia! Gonzalo, efectivamente, se daba un aire a Javier Bardén, con unos rasgos muy viriles y aspecto rudo. Cara cuadrada, cuerpo trabajado, pelo oscuro. Era guapo, incluso algo intimidante. Entendí que le gustase, a mí también me gustaba. En cambio, a su amigo le faltaba sustancia.

Al llegar al bar cenamos, bebimos y hablamos. El amigo apenas abría la boca y cuando lo hacía era para apuntar algún detalle absurdo que no le importaba a nadie. Era un fastidio. Tenía muy claro que no iba a tener nada con ese tipo. A medida que fue pasando la noche y fueron cayendo más copas, Sara se fue calentando con su chico y me dijo que se iban a casa. No la culpé, yo hubiese hecho lo mismo sin pensármelo. A mí me tocaba aguantar al muermo. Pedimos un par de copas, que al menos pagó él, y traté de tener una conversación interesante. No lo conseguí. Al rato ya me estaba dando la chapa con el tema de su exnovia, dándome detalles y poniéndola verde. Me limité a asentir con la cabeza mientras pensaba en otra cosa. Cuando ya había pasado cerca de una hora, tiempo más que suficiente para aguantar por cortesía, di por cumplida mi misión. Le dije que me iba al baño y me dispuse a largarme de allí para irme a mi casa a dormir con mi gata.

Cuando estaba a punto de irme del local alguien me agarró del brazo. Me di la vuelta para ver quién era. Me costó un poco reconocerlo porque iba sin las gafas, pero enseguida caí en la cuenta de que era el científico con el que había hablado en el hotel.

No recordaba su nombre, pero a él, perfectamente.

—Hola —dijo con voz alegre, parecía algo achispado— Tú eres la chica del hotel, ¿verdad? La que me dio indicaciones... Raquel, ¿no?

—Hola, sí, la misma. Y tú... te llamabas… disculpa, pero pasa tanta gente por el hotel…

—Soy Miguel. No te preocupes, es normal que no te acuerdes. No te vas a acordar de todo el mundo. Tengo que darte las gracias, fui a comer al sitio que me recomendaste y la verdad, espectacular.

—Sabía que te iba a gustar. Y qué tal el congreso, ¿fue interesante? ¿aprendiste algo?

—Sí, jajá. Bueno, en realidad era yo quien daba la charla. Pero sí, aprendí. Siempre se aprende cuando se comparten conocimientos con los demás. Es lo mejor que hay.

—Ah, vale, no lo sabía.

—Oye, ¿ya te ibas? ¿Te apetece tomar una copa? Yo te invito. A no ser que estés con alguien…

—No. Bueno, sí y no—dije sin saber muy bien qué hacer. Realmente me apetecía quedarme a charlar con él, pero también quería irme del local sacarme de encima al otro tipo.

—Pues tú dirás.

—Mira, he venido aquí con un tío. Es un arreglo de una amiga que me lo encasquetó,

pero no me interesa absolutamente nada. Además, lleva una hora dándome la lata y hablándome de lo malas que somos las mujeres. Me has pillado dándole esquinazo. Ya me iba.

—Qué mala eres—dijo riéndose— Mira, si te apetece, te acompaño a otro sitio y tomamos algo. Yo he venido con unos conocidos que asistieron al congreso, pero son terriblemente aburridos y estaba buscando una excusa para irme. Dame dos minutos y nos vamos juntos.

Me pareció buena idea. Enseguida volvió y nos fuimos a otro local más tranquilo. Pedimos algo de beber y charlamos animadamente. Miguel era un chico diferente, no era lo que te solías encontrar en las aplicaciones para ligar. Era toda una sorpresa encontrar a alguien así y estaba encantada.

—A ver, Miguel, cuéntame sobre ti. ¿Cómo has acabado en un congreso de Biotecnología?

—Bueno, no creas que es la gran cosa—dijo con una modestia que me pareció encantadora—¿Quieres que te cuente mi vida? Es todo muy aburrido.

—No lo creo.

—Vale. Pues es un campo que siempre me llamó la atención. Al terminar la carrera conseguí trabajo en un laboratorio de investigación, está especializado en el desarrollo de nuevos medicamentos y terapias. Mi trabajo consiste en realizar experimentos, analizar datos y redactar informes sobre los resultados obtenidos. De vez en cuando, presento los resultados en congresos como este en los que van profesionales de muchos ámbitos y siempre se suelen sacar cosas interesantes. Me gusta mucho —¡Guau! Impresionante.

—No creas, suena más importante de lo que es. Al final, en mi día a día me paso la mayor parte del tiempo escribiendo informes. Escribo mucho, pero nada que ver con lo que realmente me gusta escribir, que son cuentos e historias cortas.

—Vaya, Miguel. Un biotecnólogo que escribe cuentos. Eres un tipo extraño, en el buen sentido.

—No sé. ¿Te parezco raro? Tú tampoco eres una chica típica.

—No compares mi vida con la tuya. Yo trabajo en un hotel atendiendo a los clientes, teléfono, ordenador, “buenos días”, “aquí tiene su llave” No se parece mucho a descubrir avances que cambien el rumbo de la humanidad, ¿no crees? Eso sí, tengo mucha curiosidad. Es lo que me salva.

—No te hagas de menos. Eres una chica muy interesante. ¿Sabes qué pensé cuando hablé contigo en el hotel? Primero, que eres muy atractiva. Tienes unos ojos muy expresivos. Me gustaste a primera vista, pero en cuanto empezaste a hablar, me gustaste aún más. No solo es tu físico, eres ese tipo de mujer que sientes que guarda dentro un universo. Me fascina, no es fácil de encontrar.

Me quedé un poco cortada. No esperaba que me dijese algo así. Me puse colorada. Él se dio cuenta. Nunca había llevado bien los halagos y cambié de tema de forma abrupta.

—Así que escribes cuentos. Cuéntame más sobre eso.

—No es nada—dijo con naturalidad, como si no pasara nada—No publico nada, pero me gusta escribir. ¿Tú tienes alguna pasión? Lo pregunto, pero sé que sí.

—Pues sí. A mí lo que me gusta es la Historia. Devoro con ansia cualquier libro que caiga en mis manos. Me apasiona conocer el pasado, conectar con experiencias de personas que vivieron hace cientos de años, tratar de comprender las decisiones que se tomaron en su momento y en cómo han influido en el desarrollo de la sociedad. Me gusta analizar, comprender y saber. Eso es.

—Eres fascinante, ¿lo ves?

En ese momento ya estaba completamente embelesada y me moría de ganas de besarle. Estábamos sentados juntos muy cerca el uno del otro, y entre la música que sonaba de fondo, la luz del local, las copas y todas las cosas que me había contado, creí estar ante el hombre de mis sueños. Nunca fui de esas que esperan a que las cosas le sucedan, así que me acerqué y le besé en la boca. Él me correspondió, arrimándose contra mí y abrazándome con dulzura. Fue un beso suave, lento, de conocimiento y de encuentro. Nada que ver con esos primeros besos apresurados, torpes y desacompasados de las primeras citas, cuando no hay confianza y no es más que un preámbulo del sexo. Aquello fue distinto, lo deseaba tanto que el corazón me latía deprisa, me sudaban las manos y hasta me mareé. Estaba feliz. Al terminar de besarnos se produjo un silencio.

No fue incomodo, sino más bien una necesidad de dejar reposar el momento que acabábamos de vivir. Me miró de frente, directo a los ojos. Nunca había conocido a un chico que mirase así. No sabía qué estaba pensando, pero esperaba que me propusiese irnos a mi casa. Ya había decidido que quería hacerlo. Tampoco quería lanzarme tanto, así que esperé a que dijese algo.

—Me gustas mucho, Raquel—dijo sin dejar de mirarme fijamente.

—Me alegro, porque tú a mí también.

—Llegados a este punto, tengo que decirte algo.

Se acabó la magia. Ahora venía el jarro de agua fría, con hielos. Me preparé para el golpe.

—Verás—siguió diciendo— Tengo pareja. Desde hace muchos años.

—¿En serio? —dije bastante perpleja— Pues para tener pareja no debes quererla mucho porque te has pasado toda la noche coqueteando conmigo. No me parece muy normal, sinceramente. Podías haberlo dicho desde el principio y así jugábamos los dos a lo mismo.

—Déjame explicarte mi situación. Luego piensa lo que quieras.

— Adelante. Di lo que tengas que decir.

Se tomó un poco de tiempo y dio un trago a su bebida antes de continuar hablando.

—La conozco desde el instituto. Hemos sido novios toda la vida, pero yo llevo un tiempo sintiendo que las cosas no van bien. Discutimos antes de venir a Madrid. No venía con la idea de nada de esto, te lo prometo. Raquel, esta noche contigo me he sentido libre, relajado. Siento no haberte hablado de esto antes, pero por favor no pienses mal. No buscaba nada, simplemente te vi y me gustaste.

—Bueno. En fin, era demasiado bonito. Mira, me molesta que me hayas dejado hacerme ilusiones, podías perfectamente haberme hablado de esto al principio… pero bueno, te entiendo. Hace dos minutos te hubiera llevado a mi casa, pero ya no. ¡Para qué! Tienes que arreglar tu situación con tu novia, para bien o para mal. Descubrir lo que quieres y lo que no. Yo ahí no te puedo ayudar, bastante tengo yo con lo mío. Yo tampoco sé lo que quiero, pero al menos en mi caso eso no afecta a nadie más. Habla con ella igual que lo has hecho conmigo. Es todo lo que te puedo decir.

—Es mucho. Gracias—dijo mientras me besaba en la mejilla—Y ahora, ¿podemos tomarnos otra?

Continuamos un poco más la noche, pero yo ya no pude quitarme de encima la desilusión. Estaba todo yendo tan bien, me gustaba tanto, ¡qué pena! Al rato decidimos marcharnos, cogimos un taxi a medias y yo me bajé primero ya que mi casa quedaba más cerca. Antes de bajar del taxi me pido mi número de teléfono. Por si algún día venia por Madrid, me

dijo. Se lo di, y entonces me agarró la mano y me la acarició sin decir nada. Le devolví la caricia con mucha dignidad. Sólo era un chasco más, uno de tantos que duelen un ratito y se olvidan. Nos dijimos adiós y se fue.

4

Al día siguiente estaba bastante desanimada. Fui a hacerme un café y eché una visual al móvil. Tenía varios mensajes, algunos de mi madre, otros de distintos grupos en los que estaba metida, pero en los que no participaba jamás, uno de Sara. Me llamó la atención uno de un número desconocido.

“Hola Raquel. Me marcho ya a Barcelona. No he podido dormir pensando en ti. Ayer fue una noche especial. Conocerte fue especial. Siento que no haya podido ser en otras circunstancias. Arreglaré mis cosas. Espero volver a verte”.

En contra de mi primer impulso, decidí no contestar. Tenía que pensar. Me tomé el café tranquilamente. Eché un vistazo al mensaje de Sara.

“Raquelita, guapa. ¿Qué tal ayer con el llorica? ¿Lo consolaste como es debido? Ja ja. Ya me contarás. En mi casa ardió Troya, no te digo más “ A este sí sabía que contestar.

“Hola zorrón. Al llorica le di esquinazo. No me van los muermos. Espero que no le vaya con el cuento a tu Gonzalito, pero por lo que me cuentas se ve que está demasiado ocupado con tu cuerpo serrano. Me alegro por ti. Por cierto, sí que se parece a Bardén “

Me arreglé para ir al trabajo. Al llegar al hotel Laura estaba ya atendiendo a clientes, me echó una visual de reojo y siguió a lo suyo. Me ponía muy nerviosa que me mirase de esa forma, como perdonándome la vida. Se la tenía guardada y en el fondo estaba deseando un enfrentamiento directo para decirle lo que pensaba de ella. La ocasión no tardó en llegar. Hubo un momento en el que entró bastante gente de repente y algunos tuvieron que esperar un ratito. Fui todo lo diligente que pude, pero se ve que no era tan rápida como ella. Entonces, cuando ya no quedaba nadie presente, me recriminó.

—Raquel, venimos aquí a trabajar. Lo sabes ¿verdad?

Era el colmo. Me dejó con la boca abierta, ¿cómo se atrevía a decirme algo así? Siempre habíamos tenido cierta tensión, pero era la primera vez que se lanzaba a hacerme un ataque frontal. Por supuesto no me quedé callada.

—¿De qué vas? Tú no eres mi jefa, sólo me faltaba eso. Además… ¿se puede saber qué te pasa conmigo? Siempre me estás lanzando pullas, cuando no es una cosa es otra.

Es algo personal, Laura. Me la tienes jurada desde el principio.

—No te pongas intensa. No es personal. Yo vengo aquí a trabajar y tú eres mi compañera. Lo que no hagas tú, lo tengo que hacer yo, ¿eso lo entiendes? Por supuesto que no soy tu jefa, si lo fuera ya no estabas trabajando aquí.

Se me puso la cara roja de la rabia.

—Estoy flipando.

—Pues deja de flipar—dijo elevando el tono—Mira, ¿quieres saber por qué no me caes bien? Te lo digo, no hay problema. Te autocompadeces. Y no lo soporto. Llegas aquí siempre con esa cara de pena, haciéndote la víctima, arrastrándote por no se sabe qué. Vienes con ese aire de merecer algo más, de que el mundo te debe algo. Pues resulta que el mundo no te debe una mierda. La vida es dura y este trabajo hay que hacerlo y poner buena cara.

—Claro, como haces tú, doña perfecta. ¡Qué fácil es juzgar a los demás! No me conoces de nada ¿qué sabes tú de mi vida? En estos años nunca me has preguntado cómo estoy, qué tal

me va, no te has interesado jamás por mí.

—¿Ves? Ya estás de víctima otra vez. No, no me interesas, ni tú ni nadie en este edificio. Yo vengo aquí a trabajar. Intento ser profesional. Tú tampoco me has preguntado nunca nada. Todos tenemos cosas con las que lidiar. A mí no me interesa contarte mis penas, y trato de hacer bien este trabajo, aunque por dentro esté hecha polvo. Que a veces lo estoy. Pero no pienso que los demás tengan la culpa. Y si odiase tanto este trabajo, como parece ser tu caso, me buscaría otro.

—Ehhh, ¡córtate un poco!… —me quedé en blanco. No esperaba esa reacción y no sabía qué decir. Parecía tonta ahí parada con la boca abierta. Nos quedamos un ratito en silencio hasta que nos calmamos un poco.

—A ver, Laura—le dije por fin—que no vengo siempre de mal humor, ¡estás exagerando muchísimo! Quizás haya días que sí, pero es que soy de esas personas a las que les cuesta arrancar por las mañanas. En cualquier caso, no sé por qué te afecta tanto a ti que yo esté contenta o deje de estar.

—No es que me afecte—dijo ya más tranquila—Lo que me molesta es que yo hago un gran esfuerzo. Y no es fácil. Hay días en los que me cuesta un mundo. Y te veo a ti que vas un poco como si esto te quedase pequeño, como si fuese poca cosa y lo hicieses de mala gana y reconozco que me saca de quicio. De verdad que no es personal. Efectivamente no te conozco apenas, pero tu desprecio hacia el trabajo lo veo como un desprecio hacia todo el esfuerzo que yo hago.

Me dejó un poco descolocada.

—Vaya… ¿Doy esa imagen? —pregunté sinceramente— ¿De verdad? Sí que últimamente he estado más irascible, pero no pensaba que fuese para tanto.

—Bueno. Es que realmente no es para tanto. Pero ya que ha surgido el tema, pues quería aclarar las cosas. Nos caigamos bien o no, tenemos que trabajar juntas.

—Sí. Mira, —le dije tratando de ser conciliadora— siento si mi actitud alguna vez te saca de quicio, pero por favor, cuando sea así dímelo. Prefiero mil veces que me digas algo a que me lances indirectas. Tú también tienes lo tuyo —dije con un tono de broma—pero vale, vamos a hacer un pacto ¿Te parece? A partir de ahora, dime las cosas en el momento, como ahora. Yo haré lo mismo. No quiero andar generando tensiones tontas entre nosotras.

—Por mi vale. Oye, cuando se acumule aquí bastante gente intenta darle más caña, que si tardamos mucho en atender se nos pueden quejar en internet y eso ya sabes que es peor que el infierno. Rafa se dedica todos los días a mirar las reseñas que dejan los clientes para ver si alguien se ha quejado del personal. Es un capullo, pero bueno, ¡eso ya lo sabes!

Nos reímos. Era la primera que nos hacíamos una broma. Al final, la conversación me había resultado liberadora. Nada como decir lo que se piensa para volver a sentirse en equilibrio. Agradecía que al menos mi compañera hubiese tenido los arrestos de decirme lo que pensaba de mí. Respetaba eso. A partir de aquel día nuestra relación laboral mejoró mucho.

Durante la mañana hice lo que pude por concentrarme en el trabajo. Tenía en la cabeza el mensaje de Miguel. No sabía qué hacer al respecto. Me había gustado mucho, pero no estaba dispuesta a ser la otra en una relación a tres. No quería sufrir. Sabía perfectamente cómo acababan esas historias, donde el chico de turno se divierte durante un tiempo para luego volver al redil de la novia de toda la vida con la que sí se compromete. Yo no quería ser un juguete. Con el trabajo que me había costado quererme un poco a mí misma, como para echar todo por la borda por un hombre. No valía la pena. No le iba a contestar.

Aguanté la jornada de trabajo lo mejor que pude. Traté de no distraerme, tal y como le había dicho a Laura que haría. Me costó un mundo. Al final ella iba a tener razón en eso de que me autocompadecía. Sentía que mi vida era un fracaso, que no era capaz de establecer vínculos de calidad con nadie, ni con mi madre, ni con los hombres, ni en el trabajo. Bueno, con mi gata sí, y con Sara. Al menos las tenía a ellas.

Cuando estaba a punto de marcharme del hotel, Laura me hizo un comentario.

—Oye, por cierto. El tipo de ayer, el científico, ¿sabes a quién me refiero? Cuando bajó de la habitación me preguntó por ti. Se le veía el plumero. No le dije nada, pero me dio la impresión de que le gustaste. Sólo te lo digo para tu información.

5

Esa tarde estuve inquieta, dándole vueltas al tema de Miguel. En ese momento me entró un mensaje de Sara

"¿Qué haces, Raquelita? ¿Un café?"

Justo lo que necesitaba. Un café y una amiga. Le pedí que viniese a mi casa y al rato ya estaba llamando a mi puerta. Me apetecía tanto verla que me abalancé sobre ella y le di un abrazo. Me lo devolvió aumentado.

—A ver, ¿tienes hecho ya el café? He traído unos pastelitos que te vas a chupar los dedos —dijo mientras sacaba de una bolsa una bandejita y la ponía encima de la mesa del salón.

—Por supuesto. Siéntate que lo llevo ahora mismo.

—Vale—dijo mientras se quitaba el abrigo y se ponía cómoda en el sofá—A ver, cuéntame qué pasó ayer con el amigo de mi Gonzalito. Menudo chasco se llevaría, ¿no?

Yo creo que le habías gustado.

—¿Qué dices? Si se pasó toda la noche hablando de su ex. De verdad Sara, ¡menudo drama! Le aguanté el rollo una hora, pero en cuanto vi que la cosa no iba a mejorar le dije que iba al baño y nunca más. No me da ninguna pena, él se lo buscó. —El pobre seguro que estuvo allí esperándote como un bendito. Pero sí, tienes razón, era muy pesadito ¿no? No te preocupes, que bastante hiciste. Y no sabes cómo te lo agradezco. Porque la noche fue épica, Raquel... grandiosa, memorable. Inconmensurable…

—Como sigas con los adjetivos, ¡te mato! Eres un incordio. Pero me alegro por ti—le dije mientras le daba un beso en la mejilla—La verdad es que tu chico es muy atractivo y no tiene ojos para otra cosa que no seas tú. ¡Qué envidia!

—Gracias mi vida. Pero tienes cara de que te pasa algo. ¿Me lo cuentas o tengo que sonsacártelo?

—Sí, me pasa. Anoche, cuando me iba a ir del pub, me encontré a un chico. Era un cliente que había conocido en el hotel esa misma mañana…ya me gustó de primeras… bueno, el caso es que coincidimos y empezamos a hablar. Me fui a otro sitio con él y la noche hizo su magia… Me gustaba muchísimo. Conectamos. El caso es que nos besamos—mientras decía esto Sara hacía un gesto de aplauso con las manos—Fue muy fuerte. Hacía mucho tiempo que no tenía tantas ganas de besar a alguien, sentí escalofríos y todo … pero, cuando yo ya estaba totalmente rendida a sus encantos, me suelta que tiene pareja.

—Venga ya. ¿En serio? Pues ya te lo podía haber dicho antes.

—Eso mismo dije yo. Me soltó el típico rollo de que no está bien con su pareja y bla bla bla. Me quedé muy chafada. No sé, Sara, tengo muy mala suerte.

—Vaya. Pues ya lo siento. Según lo estabas contando parecía que iba a acabar de maravilla. Ahora entiendo esa cara que me traes.

—Es que no sé qué pasa Sara, ¿por qué me salen las cosas así? ¿soy tan horrible?

—Pero qué dices, Raquel. ¿Me estás preocupando! ¿Cómo que horrible? ¿De dónde sacas eso?

—Es que no entiendo por qué no encuentro a nadie con quien conectar. Siento que soy un bicho raro, de verdad. Hace unos días me acosté con un tipo que conocí por las redes, un tipo del montón. Tú ni te habrías fijado en él. Y lo peor es que yo tampoco, si no estuviese tan

desesperada por encontrar a alguien. Y ¿sabes lo peor? Que después de eso el tipo pasó de mí. Sin más. Ni un mensaje. Estuve como una imbécil pendiente del móvil, ni siquiera se tomó la molestia de bloquearme… me ignoró. Y digo yo que no seré tan horrible como para que no quiera volver a verme, o eso o soy malísima en la cama, ¿No? ¿Soy tan patética?

Me sentía como una niña pequeña con un berrinche. Sara me miraba de una forma que me reconfortaba. Ella era así, tenía la capacidad de acoger en los momentos difíciles cuando te sentías avergonzada. Me pasó la mano por el pelo y me dijo

—A ver, vamos por partes. Tú no eres patética. Eres sexi, profunda e inteligente. Respecto al tío ese con el que te acostaste, que le den. Olvídalo. Todas hemos tenido algún polvo chungo que nunca debería haber ocurrido. No es el fin del mundo. Un polvo es un polvo. Ahora ya sabes lo que tienes que evitar a toda costa. Por eso no vas a sufrir, ¿verdad que no? Y respecto al chico del hotel, no sé… se ve que te gusta mucho. Y tú le gustas. Ahora, que si tiene pareja tienes que pensar muy bien si te quieres meter en esos berenjenales.

—Ya lo sé, Sara. Te dicen que van a dejar a su pareja y te tienen ahí en la reserva hasta que te aburres de esperar, te pones exigente y cuando resultas problemática vuelven con la oficial. Lo he visto en cientos de películas. El prota nunca se casa con la amante. Eso lo sabe todo el mundo.

—Pues si lo tuvieses tan claro, no estaríamos hablando de esto.

—Ya. No puedo evitar darle vueltas. Esta mañana me mandó este mensaje. Y mi compañera del hotel me dijo que había preguntado por mí.

Le enseñé el mensaje de texto y se quedó pensando un rato.

—Vale, y ¿qué sabes de este chico? ¿Sabes cómo se llama?

—Miguel.

—Miguel ¿y qué más?

—No se lo pregunté, pero ¿qué importa eso?

—Importa, Raquel. Vamos a hacer un poco de investigación sobre tu príncipe azul.

Lo primero es saber si te contó la verdad. Venga, trae el ordenador.

Abrimos el portátil y nos pusimos a buscar en plan detectives. Le conté a Sara lo que sabía, o al menos creía saber. Que había dado una conferencia en el CNB por la tarde, que trabajaba en un laboratorio que hacía medicamentos y poco más. Nos fuimos a la web del Centro de Biotecnología de Madrid y buscamos la lista de los ponentes de la conferencia del día anterior. Estaba nerviosa, tenía miedo de que Miguel me hubiese mentido, que me hubiese contado una historia inventada y yo hubiese caído como una boba. A mí no se me había ocurrido en ningún momento comprobar quién era hasta que ella lo sugirió. Había sido demasiado confiada. Como siempre. Por fin, en la información del congreso, aparecía un nombre, Miguel Garza López.

—Aquí lo tenemos—dijo Sara—Tiene que ser este. Al menos no te ha mentido, ya es algo. Espera, vamos a buscarlo a ver qué sale …

Tras teclear su nombre completo, lo primero que vimos fue su foto. Era él, mi Miguel, el mismo que aparecía en una foto en primer plano sonriendo con sus gafas de pasta, sus rizos adorables y su cara de pertenecer a otro mundo.

—Oye, está bueno ¿eh? No me extraña que quisieras meterlo en la camita y dale un poquito de caña.

—Sara, ¡mira que eres bruta! No todas somos como tú, que ves un tío guapo y ya no te llega la sangre a la cabeza.

—Ya, ya. Lo que tú digas….

Buscamos un poco más y comprobamos que efectivamente trabajaba en un laboratorio de primer nivel, Pharma BioScience, uno de los grandes. Tuve que reconocer que me sentí orgullosa No encontramos ninguna información de su vida personal y su acceso a redes estaba restringido. Sara propuso hacernos una cuenta falsa en algunas aplicaciones y lanzarle una invitación de amistad, pero a mí me pareció una idea espantosa. No quería parecer una loca acosadora. Tras un rato navegando dimos por concluida la sesión. Seguimos con el café y los pasteles y nos reímos un rato.

—Raquelita, respecto a tu príncipe azul, te voy a proponer algo.

—Vale, dispara. Sorpréndeme—dije mientras terminaba de zamparme un pastelito de yema que estaba para chuparse los dedos.

—Mira. Tu amorcito vive en Barcelona, si quieres vamos el viernes y quedas con él. Yo te acompaño. Cogemos el Ave por la tarde, buscamos un sitio barato para pasar la noche y nos venimos al día siguiente. Tú queda con él, y si luego tengo que irme a dormir sola me voy y aprovecho para hacer turismo, que me apetece. Te lo debo por lo de ayer.

—Sara, ¿te has vuelto loca? ¿tenían droga los pasteles o qué?

—A ver, piénsalo, te vas a pasar toda la semana obsesionada pensando en este tío. ¡Échale narices!, vámonos. Si sale mal nos pegamos una cenita y unas copas por Barcelona.

Me quedé pensando un rato.

—Es decir, me estás proponiendo que nos vayamos las dos a Barcelona a buscar a un tío que conozco de una noche. ¿es correcto?

—Es correctísimo. Pero primero escríbele, no vaya a ser que justo el viernes no esté, o no pueda quedar. Eso ya te lo dejo a ti.

—Vale. ¡Me encanta la idea! Enciende otra vez el portátil y vamos a buscar los billetes y el hotel.

Era una idea terrible y lo sabía, pero me sentí tremendamente afortunada de tener a alguien con quien compartir ese momento.

6

Esos días Miguel me había seguido enviando mensajes. Me decía que le gustaba, que se comía la cabeza y quería volver a verme. Yo le había contestado sin exponerme demasiado, siguiendo el consejo de Sara. Pensaba mucho en él, había mirado sus fotos en internet cientos de veces. Estaba obsesionada, y apenas nos conocíamos. Sabía que estaba alimentando una ilusión. El día anterior le había escrito diciendo que iba a ir con una amiga a Barcelona de turismo y que si podía nos veíamos un rato. No tardó mucho en contestar.

"Me encantaría. Dime cuándo llegáis. Os recojo en la estación y os llevo a ver sitios. ¿Podremos hablar a solas en algún momento?"

"Espero que si…"

"Estupendo. ¡Qué ganas de verte!"

Al llegar el viernes estaba muy nerviosa. Me vestí con lo mejor que tenía y me puse un conjunto de ropa interior sexi por si la cosa iba bien. Me encontraba guapa, con confianza. Llevaba un ratito esperando cuando llegó Sara. Me saludó con su calidez de siempre y su actitud me hizo olvidarme de los nervios. No se me ocurría mejor compañía de aventuras. Fuimos todo el trayecto hablando, pero a mí se me iba la mente al momento en que me encontrase con Miguel. No sabía cómo me iba a sentir ni cómo se iba a sentir él.

Por fin, llegamos al destino. Se paró el tren y a mí el corazón. Me sudaban las manos. Cogimos nuestras cosas y nos bajamos. Anduvimos un poco y enseguida establecí contacto visual con Miguel. Me sonrió. Me salió un gritito de alegría, por suerte nadie lo escuchó. Estaba pletórica. En cuando estuvimos a su altura se acercó a darme un abrazo. Con el contacto físico sentí un escalofrío. Estuvimos así casi un momento y enseguida se dirigió a Sara para presentarse.

—Hola, tú debes ser Sara—dijo muy caballeroso— Un placer.

—Debo ser —contestó mientras le plantaba dos besos— El placer es mío.

Nos marchamos tras él para buscar su coche. En cuanto se dio la vuelta, Sara me lanzó una mirada que entendí perfectamente. Le gustó.

Fuimos a nuestro hotel a dejar las cosas y después nos llevó a conocer Barcelona. Había estado varias veces, pero nunca con un anfitrión como él, así que disfruté más que nunca. Paramos a tomar algo en un local muy bonito en el que había un grupo tocando en directo. Entre el ambiente del local y Miguel que no paraba de hablar de mil cosas interesantes, yo estaba en una nube. A medida que fue avanzando la tarde fuimos a varios sitios, empezamos con las cervezas, vinos, tapas y demás. Nos fuimos intercambiando miraditas, guiños y alguna caricia debajo de la mesa. Sara se dio cuenta perfectamente de la situación, así que en el momento preciso fue al baño y al volver dijo que había quedado. No pude evitar sonreír. Estábamos deseado besarnos. Tras el protocolo de despedidas, nos quedamos a solas.

—Bueno, por fin para mí sólo—dijo arrimando su silla—Estás salvajemente guapa hoy.

Me miró, me acarició la cara y nos besamos. Fue intenso, contundente y claramente sexual. Yo estaba a cien. No recordaba que nadie me hubiese gustado tanto en muchos años. Tenía algo que me volvía loca y a la vez me intimidaba. Me sentía algo insegura y con un enorme deseo de gustarle. Eso le daba poder e incrementaba mi deseo. Después de eso nos fuimos a cenar. Me llevó a un restaurante japonés. Era un edificio completamente acristalado

donde podías ver a la gente comer desde fuera. Tenía pinta de ser caro. En el centro, una barra de sushi donde podías ver al chef preparar los platos.

Nunca había estado un sitio así y era toda una experiencia. Me sentía como una niña pequeña en un parque de atracciones. Él desplegaba todo su encanto para seducirme. No le hubiera hecho falta tanto esfuerzo, ya estaba en el bote desde el principio. Cenamos, bebimos, hablamos y nos comimos con los ojos. Quería sacar el tema de su pareja, preguntarle si habían hablado, pero no quise ser intrusiva o pesada y decidí esperar a que surgiese. Tarde o temprano tendríamos que hablar de ello. Tras unas horas de vino y risas, se lanzó.

—Raquel, ¿te apetece que nos vayamos a mi casa? —preguntó —No está lejos, y me muero por estar contigo, tranquilos, los dos solos.

—Bueno…—traté de parecer dubitativa a pesar de que tenía clarísima la respuesta—Sí, vamos.

Se empeñó en pagar la cena y salimos de allí agarrados. Durante el trayecto al coche paramos a besarnos varias veces, así que tardamos bastante en llegar a su casa. Aparcó en su garaje y subimos por el ascensor. No recuerdo nada más que su boca. Metió la llave con urgencia y en cuanto pasamos al piso nos desnudamos.

Me llevó a su habitación y me acostó en la cama. A pesar de que estaba algo nerviosa, me apetecía tanto que me dejé llevar completamente por la situación. Empezó a besarme, cada vez más intensamente. Me desabrochó el sujetador, se me escapaban jadeos de placer. Estaba muy excitada. Se revolvía muy bien, se notaba que tenía experiencia, así que descarté tomar la iniciativa. Le dejé quitarme las bragas, a pesar de que solía ser un momento de bastante pudor para mí y me gustaba quitármelas yo misma. En cuanto lo hizo, se quitó toda la ropa quedando completamente desnudo y pude ver por primera vez su sexo. Estaba muy bien dotado. Enseguida se puso encima de mí y se me pasó por la cabeza decirle que se pusiera un preservativo, pero como no teníamos aún mucha confianza no me atreví. Cuando me quise dar cuenta ya me había penetrado. Me sobresalté un poco, no lo esperaba tan rápido. Me pilló por sorpresa y me quedé un poco extrañada. Él no se dio cuenta de mi reacción y siguió, cada vez con más intensidad. Achaqué esa urgencia a que yo le gustaba mucho y no le di más vueltas. Me penetraba con ganas, incluso con cierta prisa. Me gustaba, pero me había imaginado que nuestra primera vez sería algo más delicado, más dulce. Continuamos hasta que no pudimos más. Terminamos los dos agotados, empapados en sudor y con la cama totalmente revuelta.

Él estaba satisfecho, yo un poco rara. No sabía exactamente qué era, pero se parecía un poquito a la desilusión. Esa primera vez ya no iba a volver a repetirse y hubiese preferido que fuese de otra manera. Pensé que la culpa había sido mía, en ningún momento había tomado la iniciativa ni había verbalizado mis deseos. Él no podía adivinarlos. Era algo que me pasaba a menudo. Me quité esos pensamientos de la cabeza y traté de disfrutar el momento después del sexo. Los dos estábamos desnudos, cansados, satisfechos y nada importaba ya fuera de aquellas cuatro paredes. Me miró fijamente.

—¿Te ha gustado?

—Sí—le dije mientras le besaba en la boca—mucho.

No mentí, pero tampoco dije toda la verdad. No le dije que me molestó un poco que fuese tan rápido y para mi gusto demasiado frío. Y tampoco entendí que no me hablase de la situación con su pareja antes de acostarnos. Me sentí mal conmigo misma por no haber sido capaz de decir esta boca es mía. Quitando eso, sí me había gustado estar con él. Pensé que, si la cosa avanzaba, tendría que hablar abiertamente de todo y ser más auténtica. No quería empezar algo si no iba a ser libre.

Después de tanta pasión se había hecho tarde. Yo no sabía muy bien si coger mi ropa y marcharme al hotel a dormir con Sara o quedarme allí. Estaba a la expectativa.

Como él no se decidía a decir nada, fui yo quien lo hizo.

—Miguel, mira qué hora es ya. Debería irme ya, ¿no?

Se produjo un silencio. Tuve miedo de su reacción. Si me daba largas y me invitaba educadamente a irme de su casa, me quedaría bastante dolida, incluso humillada. Su respuesta tardó demasiado en llegar. Finalmente me dijo que me quedase a dormir allí. Sin embargo, por el tono, no me dio la impresión de que le hiciese demasiada ilusión. No fue eso lo que dijo, pero a mí me sonó a un "haz lo que quieras". Hubiese preferido más entusiasmo, pero lo achaqué a que estaba cansado. No me iba a poner quisquillosa con chorradas. Decidí quedarme. Me costó quedarme dormida. Tenía la sensación de que habíamos perdido la conexión.

Cuando desperté a la mañana siguiente, Miguel aún estaba dormido. Lo observé durante un rato. Pensé que podría enamorarme de ese hombre. Me levanté despacio y tratando de no hacer ruido para no despertarlo. Me las arreglé para buscar las cosas para hacer café. En el camino de vuelta a la habitación eché un vistazo por la casa. No era una persona especialmente cotilla, pero tenía curiosidad. Me pasé por el salón, un sitio práctico, elegante, con muebles sencillos que se veían buenos y por supuesto lleno de libros. Eché una visual rápida, libros y más libros, demasiado técnicos para que yo los hubiese leído. Me llamó la atención un marco de madera con una foto. Me acerqué para verla mejor. Era él abrazando a una chica. Parecían sacados de una novela romántica. Era una chica guapísima, casi perfecta. Sonreían a la cámara. Me sentí una estúpida allí plantada mirando aquella foto. Volví a la habitación con la taza de café en la mano, la dejé en la mesilla y me acerqué a darle un beso a Miguel. Se despertó.

—Bueno días, perezoso.

—Buenos días—dijo medio dormido —¿has dormido bien? ¿qué hora es?

—Son casi las diez. Sí, dormí de maravilla.

—¿Las diez ya? ¡Tengo que levantarme! Se me ha hecho tarde...Tengo que estar a las once en el trabajo.

—¿Trabajas un sábado?

—Sí, algunos sí. Estamos en medio del lanzamiento de algo importante y voy a estar todo el día a ello —dijo mientras se levantaba a toda prisa y recogía sus pantalones del suelo para ponérselos—Voy a ducharme a toda prisa. ¿Quieres que te prepare el desayuno antes de irte?

—No, tranquilo. Si te pones con eso no te va a dar tiempo. Mira, me voy a ir al hotel a buscar a Sara para desayunar con ella. Ya me ducho allí. Así vas más tranquilo, ¿Vale?

—Vale, genial.

Me quedé un poco decepcionada con su actitud tan distante. Esperaba algún beso, alguna referencia a lo que había pasado. Parecía otra persona, nada que ver con el hombre atento y apasionado que había sido la noche anterior. Me sentí muy insegura.

—Vale, pues espero que aproveches bien el día—le dije— Ahora vístete que no llegas. Me marcho ya. Pillo un taxi.

Recogí mis cosas, nos despedimos con un beso apresurado y me fui de su casa.

Cerré la puerta con una sensación agridulce.

7

Cuando llegué al hotel Sara ya se había levantado. Por suerte estaba sola, no me apetecía nada encontrarme con una situación embarazosa. Me alegré mucho de verla.

—Raquelita… ¿qué tal te fue con Romeo? Por la cara que traes, menos dormir habéis hecho de todo

—Ufff—dije tirándome en la cama—Aún no me lo creo. Miguel lo tiene todo. Parece que alguien ha estado registrando mis sueños estos años para crear al hombre perfecto.

—Alaaaaaaaa, ya estás delirando. Lo que hace un buen polvo...

—Mira que eres mala. No es eso, bueno, eso también. Pero dime qué te pareció. ¿te gustó?

—Sí, es un tío educado, es guapo, tiene cerebro. Está por encima de la media, desde luego. Pero a mí me van más los malotes, ya sabes—dijo riéndose—pero sí, te doy mi visto bueno. Y te miraba con una carita…

—Pues no sé, Sara. No me ha comentado nada de su pareja. Y tiene su foto todavía puesta en la estantería. Encima es un bellezón. No sé, igual estoy siendo una ilusa y me voy a meter en un callejón sin salida. ¿No te parece raro que el día que nos conocimos me lo soltase así a bocajarro y ayer ni haya mencionado el tema? No tiene sentido. —Pues no sé, Raquel. Igual sí que es raro. Igual tienes que sacarle tú el tema si él no lo hace.

—Ya. ¿Y tú? ¿Qué tal la noche con tu amigo?

—Ufff, a la quinta copa perdí la cuenta. Lo pasé muy bien, pero llegó un momento en que se puso intenso y me las arreglé para escaparme y venirme al hotel. Yo solo pienso en mi Gonzalito. Después de probar el jamón de bellota, ya no quieres el del súper…

Nos reímos. Desayunamos en el hotel y nos fuimos a dar una vuelta por Barcelona. Disfrutamos del día y regresamos a Madrid por la tarde. Estaba contenta, tenía a Miguel en la cabeza y todo lo que había pasado la noche anterior. Sin embargo, también tenía miedo. Era una punzada en el estómago, algo difícil de catalogar. Ya había sentido algo así antes, pero no tan rápido. Pensar en lo que me esperaba me hacía ilusión y a la vez me daba vértigo. La ansiedad de conseguirlo y el miedo a perderlo. En el fondo sabía que era una adicta. Buscaba una y otra vez esa conexión cósmica que solo existía en mi cabeza. Y me llevaba una y otra vez la misma decepción. Sin embargo, me reponía enseguida. Pero con Miguel sentía que tenía más que perder. Algo me decía que iba a salir mal parada. Su actitud después del sexo me había parecido tan fría que me había hecho sentir mal. Pensé que podía haber sido por la falta de confianza y que seguramente, la próxima todo iría mejor.

Al llegar a Madrid me entró un mensaje suyo

“Ya te estoy echando de menos”

Me dejó tranquila. Deseaba un mensaje así con ansias. Me sentía muy vulnerable.

Durante los siguientes días me levantaba con un mensaje de Miguel dándome los buenos días que yo recibía como un chute en la vena. Iba a trabajar con energía y aunque estaba algo distraída, todo me parecía diferente. Hasta mi compañera Laura se dio cuenta de mi cambio de actitud. Seguramente lo achacó a la conversación que habíamos tenido días atrás. Pero el único culpable era él. Me daba perfecta cuenta de que era demasiado pronto para eso, pero no iba a

ponerle puertas al campo. Mi deseo y mis ilusiones iban por libre. Hasta mi madre me lo notó cuando fui, como todas las semanas, a comer al restaurante con ella. Me moría de ganas de hablarle de Miguel, pero me contuve. Si las cosas iban mal me resultaría demasiado humillante.

Pasamos una semana de intercambio intenso de mensajes, sobre todo por las noches. Nos contamos vida y milagros. Sin embargo, él nunca sacaba el tema de su pareja. Ya cansada de esperar y ante el temor de que se enquistase el problema, lo hice yo.

"Miguel, una cosa…no quiero agobiarte ni nada, pero ¿has hablado con tu pareja?… ¿cómo se lo ha tomado? No me has contado nada sobre eso"

Ahí se cortó la conversación. Pasaron horas y no hubo respuesta. Me quedé bloqueada, sin saber qué estaba pasando. No sabía si le había molestado la pregunta o si le había pasado algo. Tampoco quería insistir y parecer una loca. Me agobié mucho. Le di vueltas una y otra vez a la cabeza pensando si había hecho mal sacando el tema, si estaba invadiendo su espacio. No entendía que me hubiese dejado así, con la palabra en la boca sin una explicación. Me torturé durante horas y no pude hacer otra cosa hasta que me quedé dormida. Volví a mirar el móvil antes de apagar la luz. Nada.

A la mañana siguiente cuando me levanté tenía un mensaje suyo.

"Raquel, perdona... ayer me quedé sin batería. Que tengas un buen día. Un beso"

Al leerlo tuve una sensación extraña. Por una parte, sentí alivio. Había llegado a pensar que no iba a volver a hablarme. Pero me contestaba como si nada hubiese pasado. Había obviado mi pregunta, sencillamente pasaba del tema. Me parecía que tenía muy poca consideración hacia mí. ¿no tenía derecho a saber si había roto con su pareja? O al menos a saber en qué estado se encontraba su relación. No me parecía justo tener que tragarme mi malestar sin poder hablarlo siquiera. Lo dejé correr, pero me dejó un sentimiento de alarma que no puede quitarme de encima durante días. Ni siquiera se lo comenté a Sara porque me daba vergüenza y no quería empañar la imagen que ella tenía de Miguel.

Tras varios días quedamos en vernos de nuevo. Esta vez vendría él a Madrid. En las vísperas estaba muy nerviosa. Había salido con Sara a comprarme ropa. Quería estar espectacular. Lo planeé todo a conciencia. Como íbamos a cenar en mi casa había mirado por internet una receta. La cocina no era lo mío, así que había buscado algo sencillo que fuese imposible que me quedase mal. No quería estar agobiada pensando en eso. Hice una limpieza general a la casa, cambié las sábanas y hasta me animé a lavar las cortinas, cosa que no había hecho nunca desde que vivía en el piso.

Cuando llegó el momento, me fui a la estación a buscar a Miguel. Por el camino estaba atacada, revisando el maquillaje constantemente en el espejo retrovisor. Por fin le vi acercarse a lo lejos. Venía muy tranquilo, llevaba una gabardina beige y con sus gafas y el pelo peinado hacia atrás tenía un aire distinguido. Me podía haber tragado mi propio corazón, porque me lo notaba latiendo en la garganta. Me miró y sonrió. Nos saludamos. Dudé por un momento si darle un beso y al ver que él me daba un abrazo tuve que recular y se produjo una situación un poco embarazosa para mí. No se dio cuenta. Subimos al coche y empezó a hablar sin parar de unos informes que iba repasando en el tren. No me preguntó nada, solo hablaba y hablaba de cosas del trabajo No hizo ningún comentario acerca de mi vestido. Me hubiese gustado un poco más de atención, pero achaqué su frialdad a que estaría un poco cortado.

Decidimos ir a tomar algo antes de ir a cenar a mi casa, así que lo llevé a mi terraza favorita. Charlamos, bebimos y nos reímos. Yo estaba pletórica. Miguel tenía todo lo que había

buscado siempre en un hombre, conversación, sentido del humor, ambición y atractivo físico. Una combinación difícil de encontrar. Me moría por besarle, pero no quería arrimarme mucho. Estaba bastante cohibida. Nos tomamos unas cuantas copas y nos fuimos a casa.

Nada más cruzar la puerta de mi piso lo primero que hizo fue abalanzarse sobre mí. Así, de sopetón. Me sorprendió, pero me gustó. Me agarró y me dio un beso apasionado. Era como si se hubiese transformado de repente al no haber testigos. El arrebato repentino me puso muy cachonda. Me fue quitando la ropa sin mucho cuidado, y me susurró que nos fuésemos a la habitación. Yo no dije nada, lo agarré de la mano y lo llevé. Una vez allí, me tiró encima de la cama. Fue como la primera vez, pero con más energía y más decisión por su parte. En ese momento asumí que así iban a ser nuestros encuentros sexuales. Estaba claro que no era el tipo de hombre al que le gustaban los preliminares, las caricias y la conversación antes del sexo. Fue desnudándome con prisa.

Yo me volvía loca. Me sentía dominada a su voluntad. Sabía hacerlo bien, me quitó la ropa interior en un par de movimientos y me dejó a su merced. No hubo preguntas, me dio la vuelta y me penetró desde atrás. Yo no podía hacer nada. Tras unos minutos de embestidas yo ya estaba a punto de gritar de placer. Aguanté como pude hasta que noté que iba a tener su orgasmo para sincronizarlo con el mío. Cuando por fin sucedió, se dejó caer con todo el peso encima de mi cuerpo, todavía jadeando. Quería que me diese la vuelta para poder abrazarle, pero tenía que esperar a que él decidiese hacerlo ya que yo no podía moverme. Tardó un poco hasta que se calmó y se acostó a mi lado. Me giré y le quise abrazar. Me apartó los brazos en un gesto que me pareció brusco. Me quedé muy sorprendida. Enseguida se dio cuenta y se disculpó.

—No te molestes Raquel, de verdad. Es que después de correrme tengo mucho calor y no me gusta que me abracen.

—Vale—dije sin mucho convencimiento—No lo sabía.

—¿Cómo lo vas a saber? Apenas nos conocemos aún. Ya me irás conociendo.

—Y tú a mí, ¿no?

—Claro, qué cosas tienes—dijo riéndose—Nos conoceremos mutuamente. Y te aseguro que no te vas a arrepentir. Oye, ¿no tienes hambre? ¿qué te parece si cenamos?

Me muero por comer lo que hayas preparado.

—A ver, Miguel, no te esperes la octava maravilla. La cocina no es lo mío. Pero bueno, espero que te guste. Vamos si quieres.

Fuimos a la cocina, pero yo estaba algo contrariada. Su falta de tacto en la cama, y sobre todo después, me dejaba muy descolocada. Era como si cambiase de repente, no terminaba de entenderlo. Por fin cenamos, bebimos algo de vino y hablamos de muchas cosas. Después nos fuimos a dormir, hablamos un rato y apagamos la luz. En ese momento hubiese matado porque me agarrase y me dijese que me quería, pero sabía perfectamente que era demasiado pronto para eso. Tampoco me abrazó, simplemente se durmió.

8

Miguel dormía como un tronco en mi cama. Salté hacia el baño a lavarme los dientes, fui a la cocina a ponerle de comer a la gata y me propuse hacerle a él un desayuno para chuparse los dedos. Saqué todo mi arsenal de exquisiteces de la nevera, un poco de todo. Hice café, unos huevos, tosté pan y puse la mesa con todo el mimo que pude. Al rato apareció por la puerta de la cocina con cara de dormido.

—¡Qué bien huele aquí! —dijo mirando todo lo que había en la mesa—Me muero de hambre.

Nos sentamos y empezamos a desayunar. Me gustaba la escena, los dos recién levantados, en pijama, como si fuésemos una pareja. Porque al fin y al cabo eso éramos, dos personas que se gustan, hacen lo posible que pasar tiempo juntas, se cuentan sus cosas y, además, se acuestan. El problema era que no estaba segura de si yo era la única que lo pensaba. No quería arruinar un momento como ese, así que decidí esperar a que terminase de comer para sacar el tema. Por fin, me lancé.

— Miguel, hay una cosa de la que me gustaría que hablásemos. Verás—dije algo dubitativa—es que… no sé…es que no hemos vuelto a hablar del tema de tu pareja. O tu ex. No lo sé. El otro día que te lo pregunté, me dejaste en visto y no me llegaste a decir nada.

Noté que le cambiaba la cara. Me puse nerviosa. Dejó la taza sobre la mesa y me echó una mirada que no conseguí descifrar, pero que desde luego no era amigable.

Empecé a sentirme mal. No sabía qué hacer.

—Raquel —dijo por fin— Hemos follado dos veces y… ¿ya te crees con derecho a pedirme explicaciones de mi vida? ¿De qué vas?

Me quedé helada. No esperaba esa reacción y me salió una risita nerviosa. Me puse colorada como una chiquilla. Escuchaba las palabras, pero no terminaba de creerlas.

—Pero… ¿Por qué me hablas así? — pude contestar con la voz algo entrecortada—¿Tan extraño te parece que quiera saber si estás solo conmigo o con alguien más? Joder, Miguel…

—¿Es que no llega con esto? He venido a Madrid a verte, me he quedado a dormir en tu casa… ¿Qué más quieres? ¿Qué me case contigo?

No daba crédito a lo que oía.

—No me hables así. ¡No tienes derecho! —le dije levantando la voz— Yo solo quiero saber a qué atenerme contigo. Estoy en mi derecho, ¿no te parece? Es que no entiendo nada, cuando nos conocimos me soltase que tenías pareja, y de repente es como si no existiese, ya no puedo ni hablar de ella. ¡No es justo, Miguel!

Tenía un nudo en la garganta y quería serenarme para no llorar delante de él. Le miré y me di cuenta de que apenas sabía nada de su vida, que solamente había conocido la superficie. Pero ¿quién era realmente? ¿por qué se ponía a la defensiva de esa manera?

No entendía nada. Pasaron unos minutos hasta que reaccionó.

—Raquel, escucha—dijo mientras se levantaba y se acercaba—Lo siento, creo que me he pasado.

—Pues sí. Mucho.

—Tengo un pronto muy malo, perdóname.

—Miguel, es que a veces parece que cambias de repente, que te conviertes en otro.

—Lo siento. Es que estaba todo tan bien, el desayuno tan rico que preparaste, la conversación… estaba fluyendo todo tanto, que no sé, me sentó mal la pregunta Me pasé. Es que tengo mucha presión, de verdad. Las cosas con Elena son muy complicadas, no es decir "te dejo ", y punto. Llevamos juntos toda la vida. Nuestras familias se conocen de toda la vida. Y hay implicaciones no solo a nivel personal, también a nivel laboral.

—¿Cómo? …. No me digas que trabajas con ella.

—Mucho peor. Es su padre el que trabaja conmigo. De hecho, es el dueño de la empresa en la que trabajo.

—¿Qué? —dije mientras me volvía a sentar para digerir mejor la noticia.

—Como lo oyes. En cuanto terminé la carrera me metió en el laboratorio sin pensárselo dos veces. No es que no lo mereciera, pero el puesto que tengo se tardan muchos años en conseguirlo. En cierto modo, se lo debo. Es así. Y mi relación con él es extraordinaria, es una persona a la que respeto mucho. No quiero buscarme problemas con mi jefe. Que no es solo mi jefe, es el dueño de la empresa, ¿te haces idea? No puedo llegar y decirle a Elena que se acabó, y al día siguiente ir al trabajo como si nada.

—Buf. No tenía ni idea. ¿Cómo iba a saberlo? Menudo marrón.

—Pues sí. Tú me gustas mucho Raquel, de verdad. Si no, no estaría aquí contigo. No te habría dicho el día que nos conocimos tengo pareja. Porque fui yo quien te lo dijo, recuerda. No puedes decir que no lo supieses, que te haya engañado.

—Es verdad, Miguel. Eso no lo niego.

—Pues eso. Ahora no puedes pedirme que deje a Elena así, sin más. Todo llegará, pero tengo que hacerlo a mi manera. Ahora estamos en medio de un proyecto importante en el laboratorio y no quiero por nada del mundo tener tensiones en el trabajo. No es el momento. Ni loco.

—Vale, lo entiendo. ¿Ves? Si me cuentas las cosas, es más fácil entenderlas. Y por favor, no vuelvas a hablarme de esa forma.... nunca más.

—Ven aquí, anda.

Nos abrazamos y me estremecí. Me levantó y me llevó en brazos a la cama, aún desecha de la noche anterior. Como las otras veces, me excité muchísimo, pero a la vez me pareció muy brusco. Me dominaba. Me hacía sentir extraña, era una sensación de indefensión que no había sentido antes, al menos en ese contexto. No me importaba que fuese tan intenso, sin embargo, hubiese querido que se ofreciese alguna vez a darme placer a mi manera. Sentía que algo estaba mal en nuestra forma de relacionarnos en la cama. A pesar de todo, me estaba enamorando, y era perfectamente consciente.

Pasaron las semanas y las cosas fueron más o menos bien, no parábamos de chatear a través del móvil, pero yo lo sentía algo frío. Establecimos un acuerdo en el que una vez iría yo a Barcelona y la siguiente vendría él a Madrid. Sobre el papel, nada que objetar. Sin embargo, todas las decisiones en nuestra relación las tomaba él. Yo me adaptaba a sus necesidades. Al fin y al cabo, era él el que tenía una vida complicada, con todo lo que me había contado sobre su pareja y el padre de ésta. Yo no tenía otra pareja, mi trabajo no era tan importante y mi círculo de amistades era muy reducido. Era yo quien debía ser comprensiva. Él tenía mucho más que perder. Eso me decía a mí misma para tolerar algunas cosas que me hacían daño. "Humildad, Raquelita, no eres el centro del universo", pensaba para no sentirme agraviada cuando Miguel me hacía algún desplante. Porque los hacía. No eran cosas graves, más bien pequeños detalles. Yo siempre le escribía, él se pasaba días enteros desaparecido. Era algo errático, había días en los que estaba muy elocuente y comunicativo y de repente al día siguiente me escribía apenas

monosílabos. No sabía muy bien a qué atenerme, estaba siempre a merced de su estado de ánimo. A veces era cariñoso y me sentía conectada, sentía que había algo especial.

Pero no duraba mucho. En cuanto algo lo contrariaba, se volvía hermético.

Le había dado todo el poder en la relación. Pensaba que esa situación sería temporal, que en algún momento se iba a arreglar el asunto con su pareja y podríamos tener algo estable. No hacía preguntas porque sabía que le molestaba. No sabía si seguía acostándose con ella, a pesar de que era un tema que me afectaba directamente. Practicábamos sexo sin protección y me preocupaba que estuviese haciendo lo mismo con ella. Ni se me pasaba por la cabeza sacarle el tema. Me callaba todas esas cosas por miedo a enfadarlo. Me había enamorado como una tonta y ya ocupaba el centro de mi vida. Lo había colocado en ese lugar a cambio de muy poco. Hubiese dado cualquier cosa por hablar de ello con Sara, pero conocía de sobra a mi amiga como para saber que enseguida se iba a poner de mi parte y me iba a decir que lo mandase a la mierda. Así que, a mi pesar, preferí mantenerla al margen de mis dudas fingiendo que era una relación perfecta.

Me estaba consumiendo entre la felicidad y la ansiedad. En un par de meses había perdido unos cuatro kilos. La parte buena era que me veía estupenda, la ropa me sentaba mejor que nunca. Por supuesto a mi madre no se le pasó por alto este detalle y me lo alabó por activa y por pasiva. También durante este tiempo no había podido aguantar y le había hablado de Miguel. Sólo le había contado que salíamos juntos, por supuesto omití el detalle de que tenía otra pareja. Conociendo a mi madre, era bastante probable que me hiciese sentir como una tonta por prestarme a una cosa así. Le hablaba sobre todo de su trabajo. Ella estaba encantada y a mí me resultaba inmensamente satisfactorio. Por fin había cumplido sus expectativas en algo. Miguel se convirtió en tema habitual en nuestras comidas semanales. Su aparición en mi vida no sólo me había causado una conmoción, sino que había animado nuestras conversaciones. Aunque todo fuese mentira.

9

Esa mañana tenía la energía por los suelos. Apenas había dormido. Lo primero que hice fue revisar el móvil, había un mensaje de Sara un poco inquietante.

—Raquel, llámame cuando puedas. Necesito contarte algo. Beso.

Me dejó mal cuerpo. No era habitual en ella ponerse tan seria. El mensaje me lo había enviado la noche anterior y era muy temprano para llamar. Tomé un café tranquilamente y decidí llamarla a media mañana desde el trabajo.

Llegué al hotel arrastrándome. Laura ya estaba allí, como siempre, con su energía incombustible.

—Hola, compi—me dijo en un tono que me pareció cariñoso—Menuda cara traes hoy. ¿Estás bien?

—No tanto como me gustaría. Pero no me voy a quejar, que luego me llamas gruñona.

—Bueno, oye, una cosa es quejarse todo el día y otra es hacerlo cuando viene a cuento. Además, soy yo quien te ha preguntado.

—¿De verdad quieres saberlo? ¿o es una pregunta de cortesía?

—Quiero saberlo sólo si quieres contármelo.

—Vale. Pues verás, ¿te acuerdas de aquel chico que hace unos meses se alojó en el hotel? ¿aquel que era científico y venía a un congreso y preguntó por mí?

—Perfectamente—dijo con una sonrisa—Parecía muy interesado en ti.

—Lo estaba. Bueno, lo está. Llevamos unos meses saliendo.

—Ah, pues estupendo. Me alegro por ti. Te notaba diferente. Has perdido mucho peso de repente, típico de cuando estás enamorada. Solo piensas en eso y ni comer te apetece. Pero, ¿por eso estás hoy así?

—Sí. Es por eso. Bueno, es porque he dormido mal. Pero también porque estoy enamorada hasta las trancas. Ya ves.

—Pues vaya. No sé si darte la enhorabuena o el pésame.

—Yo tampoco lo sé. A ratos estoy pletórica y de repente estoy triste. Supongo que el amor es eso, no me había enamorado así antes. ¿Algún consejo?

—¿Consejo de la experta? —contestó soltando una carcajada—¿Tengo pinta yo de experta en relaciones sentimentales?

—Bueno, Laura. Con tu físico imagino que tendrás experiencias de todo tipo. Más que yo, seguro.

—Gracias por el piropo. Pero no. Mi vida amorosa ha sido una mierda. Escojo fatal a los hombres. No te puedo dar muchos consejos. Bueno sí, sólo uno. Huye de los tíos que te traten mal. No te hablo de que te peguen, no hace falta eso para ser un capullo. Hay tíos que son muy narcisistas, te hacen de menos para tenerte controlada. Lo sé porque estuve mucho tiempo con uno. Así que, nunca quites importancia ni validez a tus propias sensaciones. Si algo te molesta, es por algo, fíate de tu instinto. Nada más, que ya sueno como una sabelotodo repelente. Sólo eso, que te trate bien, te haga sentirte querida y priorizada. Pero imagino que tu científico es un buen tío. Mi ex era una cabeza hueca de gimnasio, prototipo total. Nada que ver.

Me quedé bastante inquieta. Parecía que me había leído el pensamiento. Era una extraña

coincidencia que me dijese eso sin haberle planteado yo absolutamente nada. Había descubierto que Laura era una mujer interesante, no la frívola que prejuzgué durante tanto tiempo, y no quería estropear las cosas hablándole de mis patéticos miedos. Me dio vergüenza contarle mi problema con Miguel, pensaba que me iba a tomar por tonta.

—Sí, claro—dije sin mucho convencimiento—Miguel es todo un caballero.

—Pues nada, Raquel. Te deseo suerte. Aunque por lo que veo, ya la tienes. Y venga, vamos a ponernos a currar, que como venga Rafa nos baja el sueldo. Menudo gilipollas, estoy harta de aguantar sus salidas de tono. Cualquier día le doy un corte, así me ponga de patitas en la calle.

El resto de la mañana fue bastante ajetreada. Hubo varias excursiones y se llenó el hotel de gente durante buena parte de la jornada, así que tuve la cabeza ocupada. Pensaba llamar a Sara a la hora de comer. Me había dejado algo preocupada. Pensé que habría roto con Gonzalo y seguramente necesitaba hablar de ello. Ya había pasado por varias rupturas con ella y sabía lo sensible que era. Sabía que Gonzalo le gustaba mucho.

Además, me parecía un buen tío. Decidí escribir a Sara en ese momento.

—Ven a mi casa por la tarde, te preparo un chocolate calientito y me cuentas todo.

—Perfecto, guapa—contestó casi al momento—A las cinco estoy ahí.

Antes de volver a casa pasé por una pastelería para comprarle algo rico a mi amiga del alma. Sabía perfectamente qué llevar para levantarle el ánimo. Después de comer, preparé chocolate, puse las delicias en una bandejita y me entretuve un rato en el ordenador hasta que por fin sonó el timbre. En cuando entró por la puerta ya supe que le pasa algo gordo. Tenía mala cara y un semblante demasiado serio para ser ella.

—Pero Sara, ¿qué pasa? —pregunté mientras le daba un abrazo—Menuda cara de funeral. Seguro que no es para tanto. Siéntate anda, mira qué cosas más ricas te compré.

—Eres un amor—respondió mientras se quitaba el abrigo—¡Cómo sabes lo que me gusta!

—Pues claro. Lo que sea que me vayas a contar, entrará mejor así.

Serví el chocolate, comimos unos pastelitos y tras un poco de rodeo por fin se decidió.

—Raquel. Tú me conoces bien, y sabes que a pesar de mis locuras soy siempre muy cuidadosa con según qué cosas.

—Claro, pero… ¿a qué cosas te refieres? —dije sin entender muy bien.

—Pues al sexo, hija mía. Siempre tomo precauciones, siempre miro mucho eso, que no están los tiempos como para andarse fiando de cualquiera.

Me quedé un poco perpleja. La conversación estaba yendo por unos derroteros que no esperaba. Asentí, con cierta sensación de culpa, ya que con Miguel no me estaba aplicado ese cuento. Seguí escuchando.

—Pues Gonzalo hace unos meses se puso muy pesadito con que yo era el amor de su vida. Pero mucho ¿eh? Y yo ya me conozco esa cantinela, nena, que cuando el sexo funciona es muy fácil pensar que el otro es el amor verdadero y luego dura…lo que dura. En fin. ¿Te acuerdas ahí atrás que nos hicimos los dos una escapadita a la casa rural? — dijo mientras yo asentía—Pues ese finde fuimos muy a lo loco. Que lo hicimos sin protección, vaya. Y como sabes yo no llevo el DIU ni tomo pastillas ni nada, así que me la jugué. Me dejé llevar por el ambiente, sus palabras, sus ganas de empezar una vida juntos. Yo que sé, Raquel, que yo también soy humana. Y Gonzalo es muy convincente. Y no fue una vez, ni dos, no. Fueron un montón de veces las que lo hicimos ese finde. Al volver ya se nos pasó la locura y volvimos a

usar medidas, pero yo desde entonces he estado comiéndome la cabeza. Y la regla, que no baja. Y tengo en el bolso un test de embarazo, pero no me atrevo a hacerlo.

—A ver, vamos a analizarlo. Calma. ¿Sólo fue ese finde?

—Sí, hija… pero no digas "sólo". Que somos los dos muy fogosos. Hay opciones de que esté embarazada, Raquel. ¿Y qué hago?

Le di un abrazo y nos quedaos así un ratito. Noté cómo se emocionaba. Quería a mi amiga como a una hermana. Era, junto con mi madre, la persona más importante de mi vida.

—Pues vamos a hacer ese test —le dije con decisión—Ahora mismo. Y antes de ponernos a hacer hipótesis y a pasarlo mal por un problema que aún no sabemos si existe. Venga, sácalo del bolso y vete al baño a hacer pis en el cacharro. Y te lo traes y esperaos juntas el resultado.

—Sabía que ibas a decir eso. Qué bien hice en venir a contártelo, nadie mejor que tú para pasar por esto. Te quiero.

—Bueno, se hace lo que se puede. Espero que la sobredosis de azúcar que nos acabamos de meter no altere los resultados.

Se fue con el test al baño. Tardó unos minutos en salir y colocó el cacharro en la mesa. Estábamos nerviosas, mirando cómo iba subiendo el color al panel y esperando a que apareciesen las rayitas. Ahí estaba la rayita uno, la de control, que indicaba que el test estaba bien hecho. Esperamos unos segundos más y casi sin darnos tiempo, apareció la segunda. La del positivo. Clara como el día, innegable, contundente. Era un sí de esos que se oyen con eco. Nos miraos sin saber muy bien qué decir.

—Y... ¿esto es completamente fiable? —le pregunté.

—Y tanto. Si sale que no, puede ser un error. Pero si sale que sí, es que sí. Si está, está. No hay otra. Estoy embarazada. Vas a ser tía.

No sabía si reír o llorar. Esperé a ver cómo reaccionaba ella. Estuvo un rato mirando el test sin moverse, pero en cuanto lo hizo, fue para darme un achuchón y echarse a llorar de alegría.

—Pues ya está. Voy a ser madre. No era lo que tenía planeado, pero en el fondo de mí sabía que quería hacerlo. Y ya está. Un bebé, ¿te lo imaginas? Llevo sufriendo todas estas semanas… y ahora que lo sé, me siento aliviada.

—Yo estaré contigo en todo. Lo sabes de sobra. Tendrás que decírselo a Gonzalo ¿no?

—Claro, qué cosas tienes. Gonzalo se va a quedar como loco, en el buen sentido.

Pero ¿sabes qué? Que con Gonzalo o sin él, ¡voy a ser madre!

Nos pasamos el resto de la tarde hablando del tema, comiendo pasteles y haciendo planes para el futuro. Admiraba muchísimo a mi amiga, su capacidad de adaptarse a lo que le sucedía, su coraje. A partir de ese momento tendría un objetivo, algo por lo que luchar, y no tenía duda de que iba a ser una gran madre. Y no iba a estar sola. Cuando se fue me quedé con una sensación algo rara. Estaba feliz por ella, pero también pensaba en qué sucedería si estuviese yo en esa situación. Y sabía cuál sería la reacción de Miguel. No contaba con su apoyo incondicional. Me di cuenta de que mi relación tenía muchos agujeros y me agarraba a ella como a un clavo ardiendo. Aquella tarde, tras la increíble noticia de Sara, supe que Miguel no era la persona adecuada para mí.

10

Las semanas siguientes pasaron muy rápido. La noticia del embarazo de Sara trastocó su vida y también la mía. Se lo había contado a Gonzalo y su reacción había sido la de alguien enamorado. Al principio por lo visto se había llevado un buen susto, pero enseguida se mostró entusiasmado con la idea. Gonzalo era un buen tío. Con su aspecto rudo y contundente, al principio me intimidaba un poco. Sin embargo, en cuanto lo fui conociendo me di cuenta de que era de esas personas que no buscan agradar por encima de todo, sino que se muestran relajados y no hacen grandes esfuerzos cuando están con los demás. Eso me gustaba, era algo que yo envidiaba. A mí las relaciones sociales me costaban mucho trabajo, hasta el punto de acabar agotada. Gonzalo era directo, no se escondía. Trabajaba como fotógrafo freelance y la verdad es que no le iba mal. Viajaba mucho por trabajo y tenía siempre muchas anécdotas que contar. Era divertido, tenía carisma. Me gustaba el hombre que había escogido mi amiga, hacían un buen equipo. Lo que más me gustaba de él era que estaba loco por ella. Tampoco es que eso tuviese mucho mérito, porque Sara era Sara, no había otra igual. Estaba muy contenta por ella.

Con respecto a Miguel, las cosas no iban bien. La urgencia y la intensidad de los primeros meses ya habían quedado atrás, y aunque yo estaba más enamorada que al principio, había notado que él se había distanciado mucho. Ya no nos veíamos todas las semanas. Decía que tenía mucho trabajo. Yo pensaba que, además del trabajo, había más cosas. No le había vuelto a preguntar por Elena, pero sabía que seguía viéndola. Eso me frustraba. Tenía la sensación de que estaba perdiendo el interés en mí, y en vez de apelar a mi dignidad y marcar límites, lo que hacía era mendigar las migajas que le quedaban entre su trabajo y su ajetreada vida social en Barcelona. Había cedido todo el control y ya no sabía recuperarlo.

Empecé a tener ansiedad. Estaba distraída, me costaba concentrarme y tenía una sensación de preocupación constante. Me obsesioné con él. Leía sus mensajes muchas veces, buscando entre líneas, interpretando y dando rienda suelta a mis paranoias. Lo peor era no poder compartirlo con nadie. Si al menos hubiese tenido a Sara para decirme que me estaba comportando como una loca… pero no quería preocuparla con mis cosas en ese momento. Y también me daba vergüenza reconocer la situación. Pensaba que, mientras no lo verbalizase, todavía tendría arreglo. Mi plan era aguantar el tirón sin denigrar la imagen de Miguel, para que cuando las aguas volviesen a su cauce, siguiera siendo el novio perfecto que tanto Sara como mi madre pensaban que era. Me sentía como una cobarde, pero no tenía fuerzas para hablar de ello. Así que aguantaba que me hablase mal algunas veces, que me ignorase cuando no le gustaba lo que le decía, que le quitase validez a mis opiniones. Pero lo que más me avergonzaba era cómo me hacía sentir en la cama. Era agresivo, demasiado para mi gusto. Había veces en las que me hacía sentir muy incómoda. En esos momentos notaba una falta total de conexión. Siempre había pensado que el sexo era un momento de intimidad en una pareja, pero con Miguel, durante y sobre todo después, me sentía sola. Ni siquiera me miraba, alguna vez lo había pillado mirando al infinito mientras lo hacíamos en una expresión que me sentía incapaz de descifrar. Lo que estaba claro es que no estaba allí, ni conmigo ni para mí. Lo echaba de menos tanto, y cuando por fin lo tenía, se iba mentalmente a alguna otra parte. Me sentía usada. Cada vez me costaba más disfrutar, no estaba relajada, así que empecé a fingir placer de forma sistemática. Esa se

convirtió en mi forma de relacionarme con él y lo asumí como algo normal.

En una ocasión me atreví a decírselo, justo después de su orgasmo. “Miguel, ¿por qué no lo hacemos alguna vez despacio, sin tanto fuego? Me gustaría que me besases durante un rato largo, que me acariciases, que me mirases, ¡no tenemos tanta prisa!” Y no le sentó bien. Primero me acusó de quejarme por todo, de ser exigente, luego se hizo la víctima diciendo que él lo daba todo por mí, luego se puso digno diciendo que podía acostarse con cualquier otra chica y que cogía el tren para venir a acostarse conmigo. Y cuando ya no le quedaron más argumentos me vino con una chorrada de que el sexo era un acto animal y que eso de los besos y las caricias era un invento del ser humano que no hacía más que complicarlo todo cuando la vida era tan sencilla. En ningún momento se le pasó por la cabeza valorar que eso era lo que yo quería y que no le costaba nada concedérmelo. Así que desistí de volver a discutir por lo mismo una y otra vez. Yo tenía bastante claro que Miguel tenía algún problema con la intimidad, algo profundo en lo que yo no podía ayudarle. Y reaccioné quedándome callada. Me afectaba de una forma exagerada. Estaba contantemente en la cuerda floja, porque a la mínima que le contrariaba se volvía indiferente, cuando no desagradable. Empezaba a dudar de mí misma, de mi criterio y de mi valía.

Con el paso del tiempo empecé a obsesionarme con la idea de que me había mentido y realmente no pensaba dejar a Elena. Si hubiera querido, podría haberse enfrentado a ella, a su padre y a quien fuese. Siendo como era un profesional reconocido de una especialidad tan demandada podría haber encontrado trabajo en cualquier parte. Pero no quería. Empecé a desconfiar. No dormía bien y tenía bajones. Había días en los que me levantaba con ganas de llorar, y encima no podía hablar con nadie del problema que me tenía consumida. A veces pensaba que era un miserable, otras que todo estaba en mi cabeza, que era cuestión de tener paciencia y dejar pasar el tiempo. La mayoría de las veces me sentía tan mal que no tenía ganas de levantarme de la cama. Llegó un punto en el que me estaba afectando a nivel profesional y mi compañera Laura me había dado un toque de atención.

—Raquel, ven un momentito al almacén, que necesito que me ayudes con unas cosas— me había dicho esa mañana—No tardamos mucho.

La acompañé, sabiendo que realmente lo que quería era hablar en privado.

—No sé qué te pasa—me soltó nada más entrar—pero me preocupa. Has adelgazado un montón, estás como distraía… y joder, Raquel, es obvio que lo estás pasando mal. Es por ese tío ¿verdad?

—Sí, es por ese tío. Todo es por ese tío, Laura. Y no puedo hablar con nadie de lo que me pasa.

Según terminé de decir esas palabras, me eché a llorar. Laura se quedó sorprendida de la intensidad de mi reacción. Sin pensárselo, me abrazó. Me parecía algo surrealista que mi compañera de trabajo me estuviese consolando en el trastero del hotel —A ver, cuéntame eso tan terrible.

—No hay mucho que contar—dije sollozando—Simplemente que soy una gilipollas. Que soy una cobarde, que me he agarrado a un clavo ardiendo porque estoy más sola que la una. Que no me quiero a mí misma, y ya está. Que me ha tomado el pelo.

—¡Jesús! Sí que tienes un drama montado. ¿Pero por qué dices todo eso? ¿Qué pasa?

—Miguel tiene pareja. Lo supe desde el primer día, él mismo me lo dijo. Empezamos a salir así, con ese panorama. Y yo lo acepté porque pensaba que la iba a dejar en algún momento. Pero me equivoqué, Laura.

—Joder, tía. ¿Cómo te metes en esos berenjenales?

—Acabo de decírtelo. ¡Porque soy gilipollas!

—Bueno, a ver. Al menos has abierto los ojos. ¿No? Por eso estás así. Ya me imaginaba que algo había, pero como se te veía tan emocionada con ese tío…

—Lo estoy. Eso es lo peor. Que sigo pensando que quizás me quiere y todo está en mi cabeza. Pero no puedo más, me estoy volviendo loca. Necesito aclarar las cosas, pero no puedo hablarle del tema, se pone como una fiera y me echa la culpa. Me dice que soy una egoísta por preocuparme solo de mí, por no entender su situación. Me hace sentirme mal de verdad. Y yo trago porque quiero estar con él. Pero de verdad, ya no sé si me compensa.

Laura se quedó un rato pensando, mirándome a la cara.

—No te compensa, Raquel. Escúchame bien, ¿ok? Harás lo que te dé la gana, pero si quieres el consejo de alguien ajeno a la situación, te diré que ese tío es un caradura. Hace lo que le conviene a él y si dices esta boca es mía intenta hacerte sentirte culpable. ¿Sabes cómo se llama eso? Maltrato emocional. ¿No lo ves? No se hace cargo de tus sentimientos, sólo le importan los suyos. Conozco bien esa historia. Sal corriendo, mientras puedas.

—No es tan fácil…

—Pero, cuánto llevas con este tío, ¿meses? ¿De verdad te compensa estar así por un tío que hace un año ni conocías?

—Ya, pero tú ya sabes que no es tan fácil como decir “lo dejo”. Cuando estamos bien me siento en otro mundo. Estoy enganchada, enamorada, llámalo como quieras.

—A ver, Raquel, te entiendo. Pero te digo una cosa, eso no va a acabar bien y lo sabes. Doler, te va a doler de cualquier manera, mejor ahora que después. Piensa en ti, que te aseguro él no lo hace.

—Es verdad—contesté—Me ha costado mucho trabajo tener mi propia vida como para dejarme tratar así.

—Es que tienes que quererte más. ¡Tú no te mereces que te traten así!

—Ya lo sé. Te lo agradezco, de verdad. Sólo necesitaba desahogarme Y vamos a salir de este trastero ya, no vaya a aparecer Rafa y nos monta un pollo.

Nos pusimos de nuevo a trabajar. Me quedé dándole vueltas. Laura tenía razón y yo no tenía argumentos para defender lo contrario. Pero no estaba dispuesta a tirar la toalla, al menos sin presentar batalla. Esa conversación terminó de convencerme de que debía pedir explicaciones. No iba a tragar más. Pero iba a hacerlo cara a cara, no por el chat del móvil. Al salir del trabajo le mandé a Miguel un mensaje pidiéndole que viniese el fin de semana. “tengo que hablar contigo cara a cara”, le escribí. Tardó una hora en leerme, y otra más en contestar. Finalmente, llegó su respuesta.

“Este finde imposible. Estoy con muchísimo lío. El próximo si quieres nos vemos.

¿de qué querías hablar? Te pones muy misteriosa…”

No iba a darle la satisfacción de abordar el tema por mensaje.

“Nada importante. El próximo finde entonces te lo cuento. No te preocupes, espero que aproveches para trabajar. Dale duro”

En ese momento, decidí que el viernes cogería un tren para ir a Barcelona. Sin previo aviso. Y no me iba a ir sin saber la verdad.

11

El resto de la semana estuve muy ocupada en mi trabajo. Tenía la intención de contarle todo a Sara a la vuelta del viaje. No quería seguir ocultándole a mi amiga mis verdaderos problemas. En cuanto volviese, le haría una cena en casa y hablaríamos largo y tendido. Mi idea era ir a Barcelona por la tarde y acercarme al piso de Miguel. Él no sabía nada, simplemente iría, me presentaría en su casa y esperaría su reacción. No tenía la sensación de estar haciendo algo malo. Sabía que iba a enfadarse, pero al menos tendría que darme una respuesta. No me iba a ir de allí sin tener las cosas claras respecto a lo nuestro.

Llegó el viernes. Después del trabajo fui a casa a comer, descansar un rato y prepararme. Había intercambiado varios mensajes con Miguel por la mañana y estaba claro que no tenía ni la más remota idea de mis intenciones. Estuvimos hablando de cosas intrascendentes. Antes de salir de casa le puse la comida a la gata, no sabía si iba a dormir en Barcelona o no, así que le puse de más. Por si acaso. Una vez en el tren me relajé. Tomar esa decisión me había dado fuerza, estaba segura de lo que hacía. Al llegar cogí un taxi al centro y me fui a dar una vuelta por la cuidad. Estaba cerca del piso de Miguel, así que me quedé por la zona tomando algo y paseando. Era más o menos la hora a las que solía salir del trabajo. Me entretuve haciendo tiempo en una cafetería. Pasaron varias horas, se hizo de noche y Miguel seguía sin aparecer por allí. Tampoco había luces encendidas en la casa. Llamé al telefonillo varias veces y no contestó nadie.

Miré el móvil y tenía un mensaje suyo.

“Ya en casa, ufff. Qué día más duro. No paramos ni un minuto, estoy desenado pillar la cama. ¿Tú que tal estás?”.

Me estaba mintiendo. Volví a llamar al portal. Nada. Allí desde luego no estaba. Me puse nerviosa. No sabía qué hacer. Estuve dando vueltas por la calle, intentando organizar mi cabeza. Parecía una loca de un lado para otro sin rumbo fijo. No pasó mucho hasta que vi que se acercaban dos personas caminando hacia donde yo estaba. Por un momento tuve dudas, pero en cuanto se acercaron un poco vi que era Miguel. Iba con Elena. La reconocí por la foto. Sentí una punzada en el estómago, como si me clavasen un cuchillo afilado. En cuanto avanzasen un poco iban a verme, así que tenía que hacer algo rápido. Quise salir corriendo, pero no pude. Me quedé paralizada, tanto física como mentalmente. No sé cuánto tiempo pasó hasta que me vieron. Vi cómo a él le cambiaba la cara en un gesto de asombro que fue mutando entre el enfado y el desprecio. Éramos dos trenes a punto de colisionar, ya no había forma de evitarlo. Por un momento me temblaron las piernas, pero había ido hasta allí con un propósito y no tenía opción. En cuanto llegó a mi altura descargó sobre mí.

—Hola, Miguel—dije con una decisión que aún no sé de dónde me salió—Así que estabas en casa agotado por el trabajo, ¿no?

—¿Se puede saber qué cojones haces aquí? ¿Qué significa esto? ¿quién te crees que eres para venir a espiarme a mi casa? Yo no tengo que darte ninguna explicación, ¿entiendes? Es lo que me faltaba, que te plantes aquí, sin avisarme…estás muy mal, joder, muy mal… estás loca.

Estaba fuera de sí. Escuchaba sus palabras y me parecían dichas por otra persona. Algo se me rompió por dentro, incluso pude escuchar un crujido. Me mareé y me dieron ganas de vomitar. Sin embargo, no me quedé callada. Siguió insultándome, recriminándome que hubiese

aparecido allí. Elena se acercó para tratar de calmarlo. Estábamos montando un espectáculo en plena calle, la gente se paraba a ver qué pasaba.

En cuando puede meter baza, lo hice.

—Eso es lo que te preocupa, ¿verdad? Que haya venido, que te haya desafiado. Yo te importo una mierda. Cómo me siento te importa un carajo. Eso soy yo para ti después de este tiempo. Una puta loca. Me queda muy claro. Pierde cuidado que no vas a volver a verme.

—¡Ya lo creo que no!

No hizo falta decir más. Me tragué todas las lágrimas para no darle el gusto. Miré a Elena y puede ver que estaba desencajada. No parecía enfada, ni sorprendida, más bien avergonzada. No sabía si de mí, de Miguel o del numerito que habíamos organizado. Nos miramos un momento, pero no nos dijimos nada. Me alejé de allí lo más rápido que pude sin mirar atrás. Cuando ya había salido de su campo de visión, eché a correr. Entonces sí pude llorar. Busqué un sitio resguardado, no quería que nadie me viese así. Vi un parque y fui hacia allí. Era de noche y estaba vacío. Me senté en un banco, me temblaban las piernas y me encontraba muy mal. Vomité varias veces, pero al no tener nada en el estómago sólo me salía un líquido blanquecino. Pasó una mujer y me preguntó si necesitaba ayuda. Seguro que pensó que estaba borracha. Estuve así un rato hasta que me calmé y volví a tener el control de mi cuerpo. Hubiese matado por poder volver a mi casa, pero por la hora que era no iba a poder coger ningún tren hasta el día siguiente. Anduve un poco hasta que encontré un hotel y pedí una habitación. Ni siquiera pregunté a la recepcionista el precio, si me lo dijo no lo escuché, le di la tarjeta sin saberlo. Ya en la habitación me sentí a salvo. Saqué el teléfono del bolso y lo puse en silencio. Tenía varios mensajes de Miguel, los borré sin leerlos. Sólo quería dormir y olvidarme del mundo por unas horas. Contra todo pronóstico, me quedé frita en un santiamén.

Al abrir de nuevo los ojos ya era de día. Recuerdo lo bonita que era la habitación. Estaba con la ropa del día anterior puesta y con restos de maquillaje en la cara. Al ir al baño y mirarme al espejo pensé que tenía el aspecto de alguien que acaba de salir de una discoteca a las siete de la mañana. Ojalá. Por suerte había traído ropa de repuesto en la mochila, así que tras darme una ducha y cambiarme ya parecía de nuevo un ser humano.

Por fuera podía disimular, pero por dentro estaba destrozada.

Iba a necesitar tiempo para asimilar lo que había sucedido, la reacción de Miguel. Nunca pensé que fuese a tratarme como a una apestada. Eso era algo que no se podía perdonar. Se había acabado, tendría que hacer el luto por una relación que nació medio muerta. Lo que no entendía era por qué me había buscado, para qué me necesitaba, qué pretendía hacer conmigo. No me encajaba nada. Me costaba creer que fuese una especie de psicópata que sólo buscaba jugar con la gente para entretenerse. O por placer. ¿era un enfermo? Y su novia, ¿sería ella así también? ¿Hablarían de sus encuentros conmigo y se reirían los dos en la cama de mí? Se me revolvió el estómago sólo de pensarlo. Traté de no pensar más en ello. Bajé a desayunar, fui a la estación y le mandé un mensaje a Sara.

“Esta vez soy yo quien tiene que darte una noticia. No te preocupes, estoy bien. Es sobre Miguel, se acabó. Te necesito, Sara, no puedo más. Si no tienes planes esta tarde, te espero en mi casa”

El camino de vuelta fue muy deprimente. Me sentía sola. Era como volver de la guerra habiendo perdido. En ese momento me arrepentí de haber borrado los mensajes de Miguel. Me hubiera gustado saber qué tenía que decirme. Puede que se hubiera disculpado, pero ya no lo sabría. No podía quitarme de la cabeza su expresión cuando me vio en el portal. Me había mirado como si fuese una extraña, eso fue lo que más me dolió. La complicidad, el cariño, todo

eso se había esfumado en un abrir y cerrar de ojos… ¿Cómo había podido ser tan tonta? ¿Tan ridícula? No soportaba estar así, sin entender nada. Me torturé mucho hasta que llegué a Madrid, a mi casa, con mi gata, el único sitio seguro que conocía. Pasé todo el día metida en la cama hasta que me llamó Sara para decirme que venía. Fue mi tabla de salvación.

Cuando llegó me vio en un estado lamentable. No me había molestado en disimular los ojos hinchados, me dejé llevar por la pena y solté todo lo que había guardado para mí. Le hablé a Sara de los cambios de humor de Miguel, de todas las veces que me callé por miedo a contrariarlo, para no resultarle incómoda. Le conté cómo esperaba siempre obediente a que tuviese ganas de hablarme, de verme, cómo fingía no oír cuando tenía una salida de tono, cómo le quitaba importancia. Y también le conté cómo miraba para otro lado cada vez que se ponía violento en la cama. Le expliqué con pelos y señales cómo un día habíamos salido y yo había bebido, llegué a casa y me tiré en la cama sin quitarme la ropa. Y cuando abrí un momento los ojos, estaba sin la ropa interior y Miguel estaba a mi espalda. Me estaba penetrando, y no hice nada. Me quedé inmóvil, sintiendo que no tenía opción. Me dejé hacer, y noté como después me apartaba y me dejaba allí y se ponía a dormir como si nada. Y no entendía nada, podía tenerme cuando quisiese, le daba mi cuerpo cuando él quería. No necesitaba hacer eso. Y me quedé en shock ante algo que no podía ni entender ni procesar. Y después de eso estuve semanas con dolores, punzadas que no respondían a nada físico. Un dolor que procedía de mi frustración. Todo eso se lo conté a mi amiga que me miraba y no podía cerrar la boca. Se lo conté entre sollozos y babeos, pero pude decirlo todo claramente, tal y cómo había sucedido. Por primera vez, había verbalizado mis sentimientos.

Sara me abrazó y no dijo nada. Estuvo un rato así, sin soltarme. Daba la impresión de que se había quedado muda.

—No tenías que haber pasado por esto sola—dijo finalmente—Yo podía haberte ayudado, Raquel. Lo que me acabas de contar es … tú sabes lo que es ¿verdad? ¿hace falta que lo diga?

—No, Sara, no hace falta. Pero es complicado, cuando sientes algo hacia una persona no ves las cosas con claridad. Y yo he consentido todo….

—Pero, ¡qué me estás diciendo! ¿Tan enamorada estás de ese tío para no ver lo evidente? ¿Qué se aprovechó de que estabas borracha para abusar de ti?

—Sabía que ibas a decir eso. Por eso no te dije nada antes… sabía que ibas a pensar eso y me daba mucha vergüenza. Es que las cosas no son tan sencillas. No estoy segura de lo que pasó, Sara, te lo juro…Me torturo constantemente con eso. Y no me atrevo a sacarle el tema. Es muy humillante, no te haces una idea. Miguel tiene un problema, tiene un bloqueo emocional de la leche…

—¿Y? Es que me hierve las sangre. ¿Es que no lo ves? ¡Lo estás justificando! El puto problema del imbécil ese no es culpa tuya. Y eres tan buena persona que haces un esfuerzo enorme por entender lo que le pasa a él por la cabeza, cuando tú estás hecha una mierda. Has estado todo este tiempo aguantando esto y yo no sabía nada. Tenía que haberlo visto, ¡joder! Has perdido peso, has estado distraída, nerviosa y yo lo achacaba a que estabas enamorada. Imaginaba que estarías follando como una loca y siendo feliz.

¡Mierda! Si lo hubiera sabido antes, Raquel…

Se echó a llorar. Las dos estábamos en shock.

—La culpa es mía, por haber sido una ilusa. No sé qué me pasa, Sara. Ojalá fuese como tú, que te comes el mundo, que lo tienes clarísimo. Yo sin embargo me arrastro por un poco de cariño. No me soporto—dije echándome de nuevo a llorar.

—¿Qué yo me como el mundo? ¡Ya me gustaría! ¿crees que es fácil tener mi cuerpo en un mundo como este? Intento sobrevivir. Si tengo mala hostia es porque no me queda otra. Pero tengo mis días malos en los que me lanzo a la nevera y me como hasta los limones pochos. Y me siento como la mierda No me pongas de ejemplo de nada, no quiero. Tú eres guapa, inteligente, culta, y si ese tío no lo ve, el problema lo tiene él, no tú. Tú no has hecho nada malo, Raquel. Tú sólo has sido considerada y has dado con un maltratador de mierda. ¿De acuerdo? Deja ya de maltratarte tú.

—Tienes razón. No sé qué haría sin ti.

—Venga ya, tendrías otras amigas—dijo sonriendo para quitar de quitarle tensión al momento—igual no tan molonas como yo. Sólo te digo una cosa, Raquel, a este tío tienes que denunciarlo. No se puede ir de rositas después de lo que hizo.

—Sara, no me pidas eso. Por favor. Es mi palabra contra la suya, él tiene poder, contactos, dinero… y lo único que voy a conseguir es pasar por un infierno. Dime, ¿quién me va a creer a mí? Si ni siquiera estoy segura de que pasó como te lo conté, de verdad… no puedo, no tengo fuerzas. Hay otra cosa... he ido a Barcelona. Quería sorprenderlo y pedirle explicaciones. La sorprendida fui yo. Descubrí que me miente, que sigue con ella. Me vio en la puerta de su casa y me dijo cosas horribles. Me dijo que no quería volver a verme en su vida.

—¡Madre mía! ¡Madre mía! Escúchame, Raquel. Si no quieres denunciarlo, no te voy a obligar a ello. Pero este tío se merece que lo pongan en su sitio. No puede salirse con la suya. No te preocupes, encontraremos la forma, juntas. Ya verás. Estamos juntas en esto. De entrada, por favor te lo pido, no vuelvas a hablar con él. Bloquéalo en el móvil. Prométemelo, por favor…

Se lo prometí. Después de la tensión inicial, lloramos mucho, hablamos largo y tendido del tema. Cuando Sara se fue de mi casa me sentía muchísimo mejor, más ligera. Sabía que iba a tener unos días duros por delante. Tenía que arreglar mi vida, y Miguel era solamente una parte de ello. Él había abierto una herida que ya estaba ahí, le había echado sal y la había dejado sangrando de nuevo. Sin embargo, no la había causado, simplemente se había aprovechado de ella. Había olido mi vulnerabilidad, eso era lo que hacían los abusadores, los miserables. Me había usado de la peor manera posible.

12

Durante varios días Miguel me acribilló a mensajes por WhatsApp. A pesar de que se lo había prometido a Sara, no lo bloqueé. Me decía que lo sentía, me ponía todo tipo de excusas para justificarse por su reacción. Esa tarde estaba muy cansada y recibí otro mensaje, pero esta vez era más largo de lo habitual.

"Raquel, sé que no quieres hablar conmigo. Lo entiendo. Me porté como un capullo. Me pillaste por sorpresa y reaccioné mal. No pienso que estés loca, y eres muy importante para mí. No dejo de pensar en ti y en lo que pasó. Si quieres, cuando quieras, estoy aquí, me encantaría poder hablar contigo. No pierdo la esperanza. No tenemos por qué estar así, sin hablarnos. Te echo de menos"

Sentí un escalofrío al leerlo. Aún sentía algo por él y leer eso activó de nuevo esa emoción. Tuve que contenerme mucho para no responder. Me entraron dudas, pensé por un momento que quizás podríamos solucionar las cosas. Quizás lo que había pasado le había hecho reflexionar y darse cuenta de lo que sentía por mí, a pesar de todo lo que me había hecho. Quería verle y a la vez sabía que no debía hacerlo. Anduve dando vueltas por la casa, nerviosa. Tenía miedo de mí misma y de que mis emociones me jugasen una mala pasada.

Esa noche, cuando ya estaba en la cama intentando leer un poco, recibí un nuevo mensaje.

"Hola. Perdona que me atreva a escribirte, pero es importante. Me gustaría hablar contigo"

Me quedé muy sorprendida. El número no lo tenía en la agenda. No tenía ni idea de quién era.

"Disculpa, ¿nos conocemos?"

"Sí. Bueno, no directamente, pero sí. Soy Elena"

Me costó un rato entender. Elena, la novia de Miguel ¿De dónde había sacado mi número? ¿Cómo tenía las narices de escribirme? ¿Para qué? No estaba dispuesta a empezar una guerra por WhatsApp con ella, era lo último que necesitaba.

"¿Qué quieres?"

"Sólo hablar contigo, de verdad. Creo que hay cosas que debes saber"

"Pues tú dirás"

"No, por aquí no. Voy a estar en Madrid el jueves. Si tiene un momento podemos tomar un café. Es importante. No voy a echarte nada en cara. Lo que haga Miguel me importa un bledo. Pero creo que debo explicarte la situación. Por mí, para quedarme tranquila. Y por ti. Después, haz lo que quieras"

Me inquietó. ¿A qué se refería con la situación? ¿Qué pasaba con Miguel que yo no sabía? Y ¿cómo era posible que le importase un bledo lo que hiciese su novio? No entendía nada. Pensé que se estaba quedando conmigo, que quería jugármela de alguna manera. Pero tenía que saber de qué estaba hablando.

"Muy bien. El jueves. No voy a tolerar ningún numerito. "

"Yo tampoco. Te mandaré un mensaje cuando llegue a Madrid. Buenas noches"

Y así me dejó. Por supuesto no pude pegar ojo dándole vueltas al asunto. Me daba miedo

lo que tuviese que contarme. Estaba claro que no me iba a gustar. Pero siempre era mejor la verdad. Iba a quedar con ella, no tenía duda.

La espera del jueves se me hizo eterna. En el trabajo estaba distraída y por las tardes no hacía más que darle vueltas imaginando qué iba a decirme.

Llegó el día y Elena me mandó un mensaje diciéndome la hora a las que estaría en Madrid. Le di la dirección de una cafetería que estaba en el centro, y contestó con un escueto "ok". Desde luego no se explayaba mucho por mensaje. Esperaba que en persona fuese más locuaz. Llegué al sitio media hora antes. Pedí un café mientras la esperaba. Estaba muy nerviosa, me temblaban un poco las manos al sujetar la taza. Al cabo de un rato entró ella en la cafetería. Me miró y enseguida me reconoció, aunque sólo me había visto aquella vez en la calle y de lejos. La vi acercarse desde la puerta. Iba muy bien vestida, impecable, seguramente de algún diseñador de alta costura. Era muy alta, con una melenita corta que le llegaba hasta la mandíbula. Según se acercaba veía como la gente de las mesas se giraba a mirarla. Era espectacular. Cuando llegó a mi mesa se quitó el abrigo, las gafas y se sentó. Al mirarla a la cara me desinflé un poco, su belleza me resultaba intimidante. Me sentí insegura con mi vestido de treinta euros y mi bolso de segunda mano. Todos mis complejos quedaron expuestos ahí frente a aquella mujer que no pertenecía a mi mundo. Ella jugaba en otra liga. Intenté controlar la situación como pude y suplir mi inferioridad física con toda la dignidad y la seguridad que pude sacar en ese momento. Así que tomé la iniciativa.

—Hola, Elena. Espero que estés bien, pero no vamos a perder el tiempo con preguntas de relleno sobre el viaje, el tiempo y nuestra salud, ¿verdad? Llevo días esperando para saber qué tienes que decirme

—Vaya, ¡qué directa! Eso me gusta. Para qué perder el tiempo. Déjame pedir algo para beber y enseguida te cuanto lo que he venido a contarte.

—Claro—respondí haciendo un gesto al camarero que en ese momento pasaba por allí.

Cuando ya estábamos con las bebidas delante, arrancó con su relato.

—Verás, Raquel. Entiendo que esto te choque y que te preguntes muchas cosas.

—Sí. Por ejemplo, de dónde has sacado mi número, qué sabes de mí…

—Ya. Es normal. Y te lo voy a contestar todo. Pero la pregunta más importante no es qué sé yo de ti, sino qué sabes tú de Miguel.

—Menos de lo que creía, sinceramente. Llevamos, o mejor dicho llevábamos saliendo un tiempo. Nos veíamos algunos fines de semana, a veces en Madrid, a veces en Barcelona. Sabía de tu existencia desde el principio, pero me contó un rollo de que teníais problemas y que era cuestión de tiempo que te dejase. Pero, es obvio que no fue así.

—Ya. Eso lo sabía, Raquel. Sabía que estaba con alguien. No es la primera vez.

—¿Cómo dices?

—Es así. Antes que tú hubo otras. Es que creo que no sabes con quién estás tratando.

Dejé la taza sobre la mesa para no derramar el café. Sabía que lo que iba a decirme me iba a doler, pero esa declaración tan tajante me dejó sin defensas. Ya tenía un nudo en la garganta desde que habíamos empezado, pero en ese momento ya me iba a costar hablar sin que se quebraza mi voz.

—Explícate—fue todo lo que pude decir.

—Mira, sé que esto que te voy a contar te va a impactar. Sin embargo, seguro que tú ya intuías algo. Sabes que hay algo en él que no funciona bien. Yo ya pasé por ahí. Fuimos novios desde muy jóvenes. Nuestras familias están juntas en el negocio, mi padre y el suyo levantaron la empresa juntos desde cero. Mi padre es un cerebro privilegiado, pero el caso del padre de Miguel

es diferente. Están podridos de pasta, son de las familias más ricas de Barcelona. Miguel ha nacido millonario. Su padre y otro socio pusieron una cantidad inmensa de pasta. Como te imaginarás, Miguel estudió la carrera ya con la idea de trabajar ahí. Nuestra relación al principio fue bien. Pero con el tiempo empecé a observar cosas raras. El padre de Miguel tiene negocios turbios y el mío sabe que utiliza el dinero del laboratorio para sus chanchullos. Está metido con empresas de apuestas, algo muy feo. Además, la línea ética del laboratorio pegó un giro hacia el lado oscuro, por decirlo así. Tuvieron una discusión y el padre de Miguel amenazó con echarnos del negocio. Y tiene de su parte al otro socio que andaba metido en los líos también. Así que mi padre tuvo que decidir entre mirar para otro lado o quedarse sin todo lo que había construido durante toda su vida.

—Joder, no tenía ni idea. La historia que me contó él no tiene nada que ver.

—Ya me imagino. Es muy bueno mintiendo. A raíz de descubrir todo esto quise dejarle, pero me amenazó con echar a mi padre de la empresa y dejarlo sin nada. Es muy capaz de hacerlo. Creo que quería seguir con la relación por tener una tapadera y poder hacer su vida aparte, le venía bien. Llegamos a un acuerdo en el que seguiríamos de puertas para afuera, pero fue solo un paripé. Nos veíamos de vez en cuando, pero no volví a tener sexo con él, aunque para mí eso fue un alivio. Las tendencias sexuales de Miguel nunca fueron de mi agrado. Sé que sabes de lo que te hablo. Es un cerdo misógino. Tienes problemas serios.

Asentí. Lo sabía perfectamente. Me dio tanta vergüenza que no dije nada.

—Ahí fue donde empezó a tener otras chicas. Por eso te digo que no fuiste la primera. Me daba exactamente igual, aunque si te soy sincera me daba pena por ellas. Me propuse encontrar algo para inculparle a él y a su padre para que pudiésemos librarnos de ellos. Estuve indagando y descubrí algunas cosas muy fuertes. Pero por desgracia nunca pude probar nada. La situación en la empresa es un infierno, mi padre está controlado por los otros dos y está con pastillas para la ansiedad. Yo ya no puedo hacer nada. Y ya me da igual. Estoy con alguien, un tío estupendo. En unos meses vamos a marcharnos de Barcelona y nos vamos a ir al extranjero a empezar una nueva vida. Lo siento por mi padre, pero él también escogió eso. Creo que hay cosas mucho más importantes en la vida que el dinero.

—Sin duda. No sé qué decir. Es que no lo sé… Esto es demasiado. ¿Qué es eso que descubriste acerca de Miguel? Cuéntamelo por favor.

—Ufff. Pues es un tema muy sucio. Verás, Miguel tiene una pandilla con otros tres amigos. Se conocen de niños, vienen de muy buenas familias, con mucho poder. Mucha, mucha pasta. Son los típicos niñatos que nunca tuvieron que ganarse nada y ni sienten ni padecen, caprichosos, ególatras y unos hijos de puta. Me enteré de que de vez en cuando organizaban fiestas en un pub de Barcelona, donde había mucha coca y muchas prostitutas y se dedicaban a todo tipo de prácticas sexuales. Un puto asco. Eso es Miguel. En una de estas fiestas se les fue la mano y una de las chicas acabó en el hospital. Nunca pude hablar con ella ni demostrar nada. Se lo conté a mi padre, pero me prohibió seguir por ese camino, que según él salpicaría a la empresa y nos iríamos a la mierda. Como siempre, la pasta primero. Así que ahí quedó. Pero nunca pude sacármelo de la cabeza. Raquel, cuando te vi el otro día en el portal, se me cayó el alma a los pies. La forma en la que te habló es repugnante. Solo te cuento esto para que puedas decidir sabiéndolo todo.

—Estoy flipando. ¿de qué prácticas sexuales estás hablando? Aunque mejor no me lo digas, no puedo digerirlo ahora. Lo que no entiendo es ¿para qué me necesita Miguel a mí? ¿por qué se mete en una relación conmigo, para qué? ¿qué gana con eso?

—Eso tendrías que preguntárselo a él. Pero mi teoría es que es un narcisista que disfruta

sintiéndose admirado. Se mete en relaciones en las que tiene el control y poco a poco va destruyendo la autoestima de la chica en cuestión. Lo necesita para sentirse fuerte, pero ya te digo que no lo sé. Ni me importa ya. Como te he dicho, yo me voy a ir de aquí. Pero creía que tenía que contarte esto.

—Pues te lo agradezco. Pero es demasiada información para procesarla así, de sopetón. Es muy fuerte todo lo que me has dicho. No sé, tengo que digerirlo. Es demasiado. Estoy en shock ahora mismo. Es que siento que no lo conozco de nada…

—Te entiendo. Al principio puede ser encantador. Yo estuve enamorada de él. A veces puede ser sensible y cariñoso, tiene muchos conflictos internos. Yo le he visto hacer cosas buenas por los demás, no es que sea un hijo de puta todo el tiempo. Tuvo una infancia de mierda, sinceramente, lo tenía todo a nivel material pero no le hicieron ni puñetero caso. Pero eso ya es cosa suya, no puedes hacer nada por ayudarlo. Para mí que tiene algún trastorno mental y necesita ayuda, terapias, pastillas y esas cosas. Aléjate de él.

Es todo lo que puedo decirte.

Nos quedamos en silencio unos minutos. Ella me miraba a la cara con cierta pena y yo no sabía ni qué decir ni qué pensar. Lo que acababa de escuchar no era cualquier cosa. Ni en el peor escenario hubiera imaginado algo así. Elena parecía sincera, no tenía sentido que se hubiese inventado algo así. Sentía que era todo cierto. Me estaba mareando y tenía náuseas. Por un momento me pareció estar soñando. No quería prolongar la agonía, así que le dije.

—Elena, no me encuentro bien. Me voy a ir a casa.

—¿Has venido en coche?

—En taxi.

—Pues déjame por favor que te acompañe. No tienes buena cara. Te acompaño en el taxi y después ya me voy yo a mis cosas.

No tuve fuerzas para oponerme, me encontraba realmente mal. Salimos de allí y pidió un taxi. Llegó muy rápido, nos metimos y le di mi dirección. Estaba aguantando las ganas de vomitar y me dolía mucho la cabeza. Además, tenía un nudo en la garganta que me estaba quemando, me ardía la cara como si tuviese fiebre. Debía de tener una pinta espantosa porque Elena le decía al taxista todo el rato que se diese prisa. Fue un momento horrible. Al llegar me ayudó a bajar y se despidió de mí.

—Raquel, siento mucho todo esto, pero todo pasa. Pareces una tía espabilada, te irá bien, Y mira, toma, por si en algún momento lo necesitas.

Me metió algo dentro del abrigo. No lo miré, estaba demasiado ocupada en meter las llaves del portal sin caerme redonda Al llegar a casa, caí a plomo sobre la cama. No recuerdo nada más hasta que me desperté al día siguiente. Me dolía mucho la cabeza. Me tomé un café todavía algo aturdida por lo que había posado el día anterior, dudando si fue real o no. Enseguida me acordé de algo y fui corriendo a mirar en el bolsillo de mi abrigo. Había una tarjeta de visita de un pub.

“Club Minerva, Barcelona”

13

Tras reponerme del impacto que me supuso escuchar la revelación de Elena, lo primero que hice fue contárselo a Sara. No quería cometer de nuevo el error de dejarla fuera. Estábamos en mi casa y se quedó con los ojos abiertos como platos cuando le conté lo de la fiesta, la chica en el hospital, el chantaje para que Elena no le dejase. No se lo podía creer, y no la culpaba. A mí me costaba…

—¡Qué fuerte! Qué fuerte, qué fuerte—dijo por fin— Menudo psicópata, cómo engaña el muy cabrón… Es que tiene el pack completo. Para mí, esta historia que cuenta la novia tiene todo el sentido, después de lo que me contaste el otro día. ¿Tú la crees?

—A ver, no vendría a cuento que me contase una mentira así. Para qué, ¿para qué me aleje de él? ¿Tú crees que se va a molestar en buscar mi número y venir a Madrid para contarme un cuento? Que, por cierto, al final no supe cómo consiguió mi número.

Cuando me contó todo esto estaba tan impactada que olvidé preguntárselo.

—No es tan difícil conseguir el móvil de alguien, Raquel. Eso es lo de menos. Por lo que se ve el psicópata es él. ¡Menuda historia! Tenemos que buscar algo para poder denunciar a este tío, no he podido quitármelo de la cabeza. Esto que me cuentas lo veo como una oportunidad de averiguar algo y hundirlo. Es lo que merece.

—Pues yo también lo he pensado. Y no somos las únicas. Elena me metió esto en el abrigo antes de irse. Mira.

Le enseñé la tarjeta del pub. Se le abrieron aún más los ojos.

—Vaya, vaya. Te deja un hilo del que tirar. ¡Qué lista!

—Está claro que ella está atada de pies y manos por culpa de su padre. Pero nosotras no. Creo que esa es la verdadera razón por la que ha venido a Madrid a hablar conmigo. Busca hacer daño a Miguel a través de mí. Lo tengo clarísimo.

—Y no le faltan motivos, seguramente. Desde luego a ti te sobran. Lo que te hizo… no puedo pensarlo de la rabia que siento. Mira, Raquel, tenemos que ir al pub ese y tratar de hacer algo. Puede que lo que descubramos te duela, pero si yo hubiese estado medio año en una relación con alguien, querría saber quién es realmente. Eso te ayudaría a curar, a pasar página antes. Si te quedas con cosas en la cabeza entras en la espiral de la obsesión. Sé muy bien cómo es eso. Te mereces saber la verdad.

—En eso tienes razón. Pero piénsalo un poco Sara, no nos vamos a poner peliculeras. ¿Nos plantamos allí, en el local ese, una embarazada con su amiga despechada preguntando cosas en plan detectives? ¿Verdad? Sara, que nos va a mandar a la mierda.

—Sí, eso sí. Pero bueno, pues ya no las apañaremos ¿no? No sé, Raquel. ¿No tienes ganas al menos de intentarlo?

—Te conozco tanto… Sé que te mueres por ir y que nada de lo que diga te hará cambiar de idea. Pero mira, vamos y si no conseguimos nada nos piramos. No quiero disgustos ni malos rollos y mucho menos riesgos innecesarios estando tú embarazada.

—¡Por supuesto! Nada de riesgos. ¿Por quién me tomas? —dijo guiñándome un ojo.

Decidimos ir ese mismo fin de semana a Barcelona. Mientras tanto, traté de poner en orden mis cosas. Bloqueé por fin a Miguel en el móvil y borré su número de la agenda para no

tener tentaciones al respecto. Y se lo conté a mi madre. Solamente le dije que habíamos roto, omití la parte escabrosa. Pensaba que era demasiado fuerte como para compartirla con ella. Se mostró bastante cariñosa y comprensiva, lo cual me alivió porque me había imaginado que se llevaría una decepción. En ningún momento me reprochó nada. Tan solo me soltó una frase hecha tipo "el mar está lleno de peces" y "mejor sola que mal acompañada". Tuvimos una comida muy agradable, sin discusiones, en la que me sentí libre de amenazas. Ya nos tocaba.

La semana transcurrió deprisa y traté de no comerme mucho la cabeza con el tema. Aun así, de vez en cuando me daban bajones. Me sentía una estúpida por no haberme dado cuenta de nada, por haber aguantado tantas cosas. En el momento no era consciente de las señales, pero pensándolas a toro pasado me parecían evidentes. Sobre todo, me hacía daño pensar en el tema sexual. Saber que Miguel había sido capaz de hacer daño a una chica, daño de verdad, me repugnaba. Odiaba pensar en las veces que había tenido sexo con él por complacerlo, en la forma en la que me trataba, sin tacto, sin delicadeza, usándome, no podía pensarlo por mucho rato sin sentir náuseas. Lo tenía enquistado. Ojalá hubiese podido volver atrás y mandarlo a la mierda. Pero ya no podía.

Llegó el sábado y estaba con las pilas cargadas para el viaje con Sara. Era la segunda vez que hacía ese trayecto con ella, pero esta vez por motivos completamente diferentes. Nos encontramos en la estación. El embarazo le estaba sentando maravillosamente, la encontré más guapa que nunca. Fuimos hablando y se nos hizo el viaje muy corto. Al llegar, fuimos a comer a un restaurante japonés, tomamos café y ya por la tarde nos dispusimos a hacer nuestra investigación. Al subirnos al taxi y decirle el nombre del destino, el conductor nos echó una mirada escrutadora. Imaginé que estaría haciendo hipótesis en su cabeza acerca de qué íbamos a hacer dos personas como nosotras en un sitio como el Minerva. Al llegar al local nos acercamos al tipo que estaba en la puerta. Nos miró como si fuésemos dos pueblerinas que acaban de llegar a la cuidad. Me sentí fuera de lugar, pero a Sara la veía serena y decidida como siempre, así que la dejé hacer a ella.

—Buenas tardes—dijo Sara— ¿podemos entrar a echar un vistazo al local?

—Esto no es un museo, si queréis hay muchos por Barcelona. Esto es un local de copas, si queréis entrar son veinte euros cada una.

—¿Veinte euros? ¿Sólo por entrar?

—No me hagáis perder el tiempo. Tengo mucho trabajo. O pagáis, o a la calle.

—Joder, tío—le dijo Sara molesta—desde luego el don de gentes no es lo tuyo. No hace falta ser maleducado. Y mucho trabajo no parece que tengas…

Le di un codazo a Sara para que parase de hablar. Si cabreaba al tipo nos iba a largar y se acabarían ahí nuestras posibilidades de averiguar algo. A regañadientes, le soltamos la pasta en efectivo, nos dio un par de tickets y se puso a otra cosa sin mirarnos, así que entramos. El local era un sitio bastante grande con un aspecto sórdido. Nada más entrar llamaba la atención lo oscuro que estaba. Era como si de repente estuvieses en otro universo diferente. La decoración no podría decir de qué estilo era ya que había una mezcla extraña de elementos que a priori no pegaban mucho, pero en conjunto no quedaban del todo mal. Había una sala llena de sofás de cuero que se veían de buena calidad, una barra inmensa limpia y minimalista, sin embargo, en las paredes no cabía nada de lo recargadas que estaban. Daba la impresión de que el dueño del local era un coleccionista de arte. Las lámparas eran imposibles, con formas extrañas que apenas alumbraban las mesitas en las que charlaban los clientes. Era un sitio curioso, aunque con un toque decadente.

Le recordé a Sara que estábamos allí para preguntar discretamente, que debíamos mantener un perfil bajo. Me hizo un gesto diciendo que tranquila. Nos acercamos a la barra y llamamos al camarero. Sara no podía tomar alcohol, así que pedí un refresco para ella y un vino para mí, los más caros que tomamos jamás. Aprovechando que estábamos hablando, le pregunté

—Disculpa, estamos buscando a alguien y nos dijeron que suele frecuentar este sitio. ¿Te suena haberlo visto por aquí? —le dije mientras le ensañaba una foto de Miguel que llevaba en el móvil.

—Hmmm, pues igual sí o igual no—dijo sin mucho convencimiento—No me meto en la vida de los clientes, y mucho menos doy información a desconocidos. Ya lo siento. Ahora os traigo las bebidas.

Dicho lo cual se largó. Empezábamos mal. Había gente en la barra, algunos hombres charlaban con chicas demasiado jóvenes para ser sus novias. No me parecía buena idea acercarme a ellos, así que opté por un grupo de chicas que estaba solas en la barra.

—Disculpad, estamos buscando a alguien. Nos dijeron que organizaban fiestas privadas en este local, ¿os suena de algo?

—Sí, lo conozco de vista—dijo una de ellas mirando la foto— ¿Por qué lo buscas? ¿Estás metida en algún rollo raro? No quiero meterme en problemas. ¿eh? No vengas a joder.

—No, no te preocupes. Sólo dime una cosa y te dejo en paz. ¿Quién es el encargado de este local, está aquí?

—Encargada. Mira, allí mismo, es aquella chica del vestido negro. Te deseo suerte, porque ya te digo que no te va a soltar prenda.

Y dicho eso, se esfumó. Nos giramos a mirar a la chica que nos había señalado. Era una mujer que quitaba el hipo. Tenía el pelo negro, largo, recogido en una coleta, llevaba un vestido mínimo que dejaba al aire unas piernas kilométricas. Un espectáculo. Nos quedamos mirándola con cara de tontas. Confié en que Sara tomase las riendas y así fue. Se dirigió hacia ella, con su incipiente barriga de embarazada y sus formas de mujer fatal.

No sé qué le dijo, yo las miraba desde la barra Estuvieron intercambiando algunas frases, Sara le pasaba algo en la mano, supuse que un billete, y enseguida vi que se acercaban.

—Hola—me dijo—. Me dice tu amiga que estás buscando a alguien y que es súper importante para ti y bla bla bla. Te doy cinco minutos, que tengo curro. No te prometo nada, ¿vale? No tengo buena memoria, por suerte. Dime.

Saqué de nuevo la foto de Miguel. La miró y noté por su expresión que lo reconoció perfectamente.

—¿Este es tu novio?

—Sí, bueno, era. Ya no.

—Pues mejor para ti.

—Pero… ¿Me puedes decir de qué le conoces?

—Pues mira, organizaban fiestas aquí. Lo recuerdo a él y a algunos más que venían siempre juntos. Traían a chicas y había drogas. Nunca me gustó lo que hacían, pero pagaban bien.

—Y, ¿sabes algo de una chica que mandaron al hospital?

—¿Tía, tú cómo sabes eso? —dijo sorprendida—Esa chica trabajaba aquí. Escuché que pasó algo, pero no te puedo a dar detalles. Nada bueno, eso seguro. En cualquier caso, no volví a verla. No sé mucho, después de aquello dejó el trabajo. No la culpo, este trabajo es una mierda. Muchos se creen que por pagar tienen derecho a hacer lo que les da la gana y les importas menos que nada. Hay mucho enfermo mental. Yo ya no me asusto de nada. En cuanto consiga ganar

algo más de dinero me iré de aquí. Y no voy a volver a tocar a un tío ni con un palo. Así te lo digo…

—Bueno, no todos los hombres son así—intervino Sara.

—Lo que tú digas. Pero ya me he pasado hablando. Si realmente quieres saber más, deberías hablar con una de las chicas que sé seguro que trabajó en alguna de esas fiestas. Viene por aquí de vez en cuando, se llama Lara. Es una chica rubia con el pelo muy corto.

—¿Y está aquí ahora?

—No, ahora no, pero vendrá un poco más tarde. Podéis esperarla si queréis. Pero os digo una cosa, no me busquéis problemas.

Nos quedamos tomando las consumiciones y tratando de mantener una actitud normal en aquel ambiente que nos resultaba tan extraño. Éramos dos pingüinos en un desierto y se nos notaba. Desentonábamos.

Al cabo de una media hora, vimos entrar en el local a una chica que se ajustaba a la descripción de Lara. Esperamos un tiempo prudencial antes de abordarla.

—Hola, ¿Cómo estás? Eres Lara, ¿verdad?

—¿Quién lo pregunta? —dijo mirándonos de arriba abajo en un gesto de desconfianza total.

—Me llamo Raquel. Mira, Solo busco respuestas, no pretendo buscarte ningún lío. Te voy a decir la verdad. Me han avisado de que mi exnovio es un putero, que solía venir aquí y organizar fiestas en las que había cosas muy feas y que en una ocasión una chica tuvo que ir al hospital. Yo sólo quiero saber la verdad, y si puedo, hacer algo al respecto. Nada más. Sólo te pido que me digas si lo conoces, no te voy a pedir datos ni detalles que puedan comprometerte en nada, te lo juro. Por favor, ayúdame. Te lo pido por favor, estoy desesperada con esta historia.

Me miró de nuevo, esta vez con algo más de amabilidad. Incluso compasión.

—A ver, déjame ver la foto del figura.

Se la enseñé.

—Sí, vale. Ya sé quién es. Recuerdo su cara y la de alguno de sus amigos. Estuve en alguna de esas fiestas, siempre había drogas y alcohol, pero en plan mal… un desastre.

Había muchas chicas, algunas eran prostitutas, otras eran chicas normales a las que yo creo que convencían. Algunas eran crías, joder. Todo muy loco.

No dije nada. Me recorrió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Hubo una fiesta que se salió de madre—continuó— Esos tíos iban muy a saco, les iba ese rollo… A una tía la dejaron en el hospital, pero nadie presentó cargos porque tenían miedo Si puedes encontrarla, tal vez te pueda dar más detalles. Yo sinceramente creo que esos tíos pagaban a menores para sus fiestas, pero esto yo… no te lo he contado. Es sólo un pálpito.

—Te agradezco mucho que hables de ello. De verdad. No te imaginas lo importante que es para mí. Una última cosa, ¿tienes idea de dónde puedo encontrar a esta chica?

—No recuerdo su nombre. Lo siento, por aquí pasan muchas chicas…pero sí recuerdo que trabajaba en el turno de tarde en una cafetería cerca de aquí, La Chinata. Lo sé porque a veces iba allí a tomar el café y la veía. Es una chica de estatura media, delgada y morena. Creo que podría ayudarte mucho más que yo. Que tengas suerte. Te lo veo chungo. Pero oye, ojalá.

Tras despedirnos, nos fuimos pitando del local. En cuanto estuvimos fuera respiramos aliviadas. Aquel ambiente nos resultaba tóxico.

Buscamos la cafetería que nos había dicho la chica del pub. No nos costó dar con ella. Preguntamos a un señor que estaba allí atendiendo, le dimos la descripción y nos dijo que esperásemos. Al cabo de un rato, una chica morena se asomó desde la cocina.

Nos echó una mirada asesina, pero finalmente se acercó a donde estábamos.

—¿Puedo saber por qué me buscáis? —dijo en un tono bastante arisco.

—Hola. Me llamo Raquel, y esta es Sara. Si me das un par de minutos, te explico qué hacemos aquí.

Se quedó un rato pensativa. Nos hizo un gesto para que la siguiéramos. Obedecimos y nos llevó a una zona más apartada del bar, donde no había nadie. Una vez allí, me miró directamente y me estremecí. Era una chica demasiado joven para haber pasado por una experiencia tan complicada.

—Supongo que imaginas por qué hemos venido a hablar contigo. Nos han dado indicaciones en el club Minerva de dónde encontrarte. Acabamos de estar allí. Fuimos buscando información sobre mi ex novio. He descubierto cosas sobre él que me han dejado con la boca abierta. No hace falta que te explique lo que estoy pasando. Sé que no es nada en comparación con lo que tuviste que pasar tú, pero estoy destrozada. Me cuesta seguir con mi vida, pasar página… y saber la verdad me ayudaría. No quiero buscarte problemas, ni hacerte pasar un mal rato. Me conformo con saber que estás bien, saber si lo has superado… no sé. Necesitaba hablar contigo. Eso es todo.

—Mira, tía… Raquel. No puedes aparecer aquí sin más y pretender que te abra mi corazón. ¿no te parece? Estoy trabajando, eso para empezar. Esas cotillas del Minerva podían tener la boca cerrada. Si van hablando de mí a la primera que aparece por la puerta, no te haces idea de la seguridad que me da. Pero bueno, es lo que hay. Dime una cosa, ¿quién es tu novio?

Abrí el móvil y le enseñé la foto. Noté como apartaba la vista tras el primer segundo.

—Enhorabuena. Te ha tocado la lotería.

—Lo sé. Ahora lo sé—dije con un hilo de voz.

—Bueno, al menos te has dado cuenta. ¿Llevabas mucho tiempo con él?

—Unos seis meses.

—Bueno, no es mucho, lo superarás. Te lo deseo, de verdad. No voy a contarte detalles, ¿vale? Pero esto es lo que pasó. Fui a una fiesta privada que organizaban en el club. Me prometieron dinero fácil. Yo entonces lo necesitaba y la vida en Barcelona es una mierda para alguien como yo. Al llegar me di cuenta de que algo no iba bien, había chicas demasiado jóvenes, parecían menores. Me dio muy mal rollo. Muchas de ellas estaban drogadas. No sé cómo en el Minerva permiten esas cosas. Tu novio me echó el ojo... él y otro más, uno al que hacen llamar el Loco. Con ese apodo, hazte una idea. Me ofrecieron una bebida, y otra y aquello se me subió demasiado rápido para ser solamente alcohol. Me quedé tirada. No recuerdo mucho, pero sí que abusaron de mí estando en ese estado. ¿Te sorprende lo que te cuento?

Dudé un momento antes de contestar.

—No. Por desgracia no me sorprende.

—Ya. Bueno, pasé unos días en el hospital porque tuve una crisis nerviosa muy chunga. No hay dinero que pague una cosa así. Quise poner una denuncia, pero empecé a recibir amenazas. No iban dirigidas hacia mí, sino hacia mi hijo. Tengo un crío pequeñito, entonces tenía dos años. Me metieron el miedo en el cuerpo. Dime... ¿qué habrías hecho tú? No me dieron un duro, no lo habría aceptado jamás. Prefiero morirme de hambre. Pero mi hijo, eso son palabras mayores. Así que decidí dejarlo estar y seguir con mi vida. Durante meses tuve a un tío espiándome, siguiéndome, lo veía en todas partes, en el trabajo, en los alrededores de mi casa. Un infierno.

Sara y yo estábamos calladas como tumbas. No sabíamos qué decir. Escuchar ese relato me estaba haciendo un daño indescriptible. Jamás en mi vida me habría podido imaginar verme

envuelta en algo semejante. Sara tenía el rostro desencajado. Me sentí culpable por hacer a mi amiga pasar por algo así. Y encima, estando embarazada.

Continuó hablando un rato más acerca de cómo la habían presionado, hasta que por fin decidieron dejarla en paz.

—Lo siento muchísimo—le dije—Dime una cosa, ¿ahora estás bien?

—Sí. He conseguido salir adelante. Dejé atrás el ambiente en el que estaba metida. Tengo un trabajo de mierda, pero al menos no tengo tratar con esa escoria. Mi hijo me da mucha fuerza. Y estoy con alguien que me cuida y además quiere a mi hijo. No me quejo. Además, me he puesto a estudiar. No voy a trabajar en un bar toda mi vida.

—No sabes cómo me alegro. Yo aún quiero vengarme de Miguel.

—Tía, no le des más vueltas. Mira, nadie va a declarar en contra de esa gente. Nadie te va a ayudar. Puedes hablar con las chicas que estaban allí aquel día, pero te dirán lo mismo que yo. Ponte en mi lugar. Sólo quiero vivir tranquila. Estas son las cartas que me han tocado en la vida y hago lo que puedo. Nadie se merece esta mierda, pero es lo que hay. Ahora sólo me importa el crío, tengo que protegerlo y darle la mejor vida que pueda. Siento que te hayas encontrado con ese capullo. Sigue adelante, como puedas.

Según terminaba de hablar, saqué un boli de mi bolso y le escribí mi número en una servilleta de papel.

—Te agradezco mucho que hayas hablado conmigo. De verdad. Y te deseo mucha suerte, con tu niño, tu trabajo… Mira, toma, te dejo mi número de móvil. Guárdalo, por favor. Nunca se sabe, quizás en algún momento lo necesites.

Nos despedimos y salimos de allí cabizbajas. Derrotadas. Para relajarnos, decidimos irnos a tomar algo y a cenar. Buscamos un restaurante tranquilo y nos retiramos pronto. Esa noche dormimos en un hotel y volvimos al día siguiente. En el tren estuvimos bastante calladas. Sara estaba cansada y necesitaba estar tranquila, así que al llegar la dejé en el sofá de su casa con la comida en la nevera y el mando de la tele en la mano.

—Amor—le dije mientras le daba un beso de despedida—gracias por esto. Eres para mí una hermana, lo sabes ¿verdad?

—Lo sé. Yo también te quiero, haría cualquier cosa por ti. Y ahora déjame disfrutar de un día de peli y manta. ¿Seguro que no quieres quedarte?

—No, de verdad. Quiero ir a casa y organizar mis cosas. Disfruta.

Llegué a casa y me acosté. Estaba agotada.

14

Sabía que iba a pasar una temporada muy tocada. Sin embargo, haber descubierto la verdad sobre Miguel me iba a ayudar a superarlo. Pasaron un par de semanas en las que no pude pensar en otra cosa. Me torturaba constantemente pensando en él, en las chicas de sus fiestas, en su violencia contenida conmigo. Me hacía daño recordarlo. Lo estaba pasando mal, aunque intentaba hacer vida normal. A mi compañera Laura no la engañaba. Me sorprendía mirando al infinito en el trabajo y me decía "Ya estás pensado en él, ¿no?" Y todas las veces era cierto. En una ocasión, me sorprendió llorando en la cocina.

—Raquel, ¿qué te pasa? Es por ese tío, ¿verdad?

—Sí, es por eso. Es porque he descubierto cosas de su vida, cosas muy chungas. Cosas que preferiría no haber sabido nunca. Miguel es un enfermo. Su novia, exnovia, mejor dicho, vino a verme y me contó una historia de terror. Me fui con mi amiga Sara a Barcelona a seguir una pista, y resultó que la historia era cierta.

—¿Qué dices? ¿A qué tipo de cosas te refieres, si puedo preguntar?

—Cosas muy feas, Laura. Resulta que Miguel, además de millonario, es un misógino que se dedica a drogarse y pagar a prostitutas. ¿Cómo te quedas? Pues así me quedé yo.

—¿Eh? Joooderrrrrr—fue todo lo que pudo decir.

—Sí, lo sé. Eso mismo pienso yo. Y por eso me ves así, como un zombi pensando en ello. Me cuesta asumirlo.

—Normal. Es muy fuerte. Lo siento, de verdad. Es que no me lo puedo creer…

— Lo que me carcome es que se salga con la suya. Eso me está matando. Siento rencor y estoy a años luz de pasar página. Y no sé qué hacer con estos sentimientos.

Se quedó un rato pensativa, mirándome. Sentí que me entendía.

—Mira, ¿Recuerdas que te conté que había tenido una relación muy tóxica con un ex? Me ayudó mucho hablar con alguien. Es un buen amigo. Es trabajador social y está metido en temas de mujeres maltratadas. Aunque no sea el caso, que no lo sé, pero él sabe lo que hay que hacer. Sabe dónde buscar, conoce terapeutas, conoce gente en la poli y sobre todo sabe dar buenos consejos. Ha visto tantas cosas que no se asusta de nada. No sé, creo que podrías hablar con él. Se llama David. Te voy a pasar el número por WhatsApp y tú luego les escribes si quieres. Dile que te mando yo, que trabajamos juntas. Creo que te haría bien. Pero no sé, Raquel, todo esto es una mierda. Menudo cabronazo. Dime una cosa, si quieres, si no, no me la digas… ¿te ha hecho daño a ti alguna vez?

—No lo sé—fue todo lo que pude decir.

Dicho esto, me plantó un abrazo, sin decir nada. Estuvimos así un minuto, en silencio, y me sentí arropada. En poco tiempo, Laura se había ganado mi respeto. La escuchaba y valoraba sus opiniones. Decidí que contactaría con el tal David. No tenía nada que perder, y quizás pudiese ayudarme. Añadí su contacto a mi agenda para llamarlo más tarde.

Esa misma noche, cuando llegué a casa, le mandé un mensaje.

"Buenas noches. Siento molestar a estas horas. Me llamo Raquel. Me ha dado tu número Laura, trabajamos juntas en el hotel. Cuando tengas un momento, me gustaría hablar contigo. Un saludo"

Tenía miedo de haberlo molestado. Que te escriba una desconocida diciendo que quiere

hablar igual no era muy apetecible. Sin embargo, no tardó mucho en contestar.

"Hola Raquel. Sí, Laura me mandó un mensaje diciendo que igual contactabas conmigo. Me alegro de que te hayas decidido. Claro, cuando quieras hablamos. Tengo un hueco el viernes por la tarde. Si te va bien, hablamos para concretar"

"Sí, me va perfecto. Muchísimas gracias"

"No hay por qué darlas. Si puedo ayudar, encantado. Vale, hablamos entonces el día anterior para quedar. Un saludo"

Me quedé con la sensación de que iba a ayudarme mucho. Parecía un buen tipo, y si había ayudado a Laura ya tenía mucho ganado conmigo. Por fin en el camino para recuperar mi vida.

Cuando ya me disponía a acostarme, me entró una llamada en el móvil. Era un número desconocido. Dudé si cogerlo, pero me pudo la curiosidad.

—¿Sí?

La persona al otro lado tardó bastante en responder. Cuando estaba a punto de colgar, dijo

—Hola Raquel. Soy yo.

Se me heló la sangre. No podía créelo.

—Miguel, qué narices tienes para llamarme.

—Me tienes bloqueado en el móvil, no tengo otra forma de comunicarme contigo que llamarte desde otro número.

—Voy a colgar ahora mismo.

—No, Raquel. ¡Espera! Necesito que me escuches, por favor. Sólo te pido cinco minutos. Te prometo que después no volverás a saber nada de mí.

—Tus promesas no valen gran cosa, Miguel.

—Vale. Me lo merezco. Mira, déjame decirte esto. Lo que te dije el día que apareciste por sorpresa en Barcelona fue una cagada. No me esperaba verte allí. Dije cosas que no pienso. No me diste opción a explicártelo. Quiero pedirte disculpas por eso.

—¡Que cojones tienes! Pedirme disculpas, después de lo que he pasado por tu culpa. Mira, lo de Barcelona es lo de menos y me importa una mierda. Francamente.

—Lo pillo. Pero necesitaba que lo supieras. Pienso en ti.

—Estás enfermo, no hay otra. No entiendo qué jueguecito sádico te mueve a decirme estas cosas. Déjame en paz, aléjate de mi vida, ¡déjalo ya!

—Pero… ¿qué dices? ¿Sádico?

—O peor. Sé lo que hacías con esas chicas, Miguel. Me repugna tanto que no me lo saco de la cabeza. No sé cómo he podido estar contigo. Eres un mentiroso.

—Vale, vale. Mira, entiendo que pienses eso. Pero tienes que escuchar mi versión de la historia. Tengo derecho a defenderme, ¿no crees? Sólo escúchame. Escúchame, ya sé que has estado indagando en mi vida. Al principio me molestó mucho, pero bueno, lo entiendo. Estás decepcionada y seguramente me odias.

—¿Lo entiendes? Muchas gracias. Ahora me quedo más tranquila.

—Muy bien, me merezco tu desprecio, pero no soy el monstruo que piensas. Me enteré de que habías ido a Minerva y me quedé sorprendido, no sé cómo llegaste a relacionarme con ese sitio. Aunque me da que Elena habló contigo. No sé qué te habrá contado, pero tampoco creas todo lo que te dijo. Tiene problemas, no está muy bien de la cabeza. Está con un tratamiento y a veces pierde el norte. Nunca te hablé de ello, hay cosa que no sabes. No te las conté porque es una parte de mi vida que quería dejar atrás.

Pero ahora, ya no puedo seguir así. No quiero perderte.

—Ya me has perdido—le dije sin muchas contemplaciones—Nada de lo que digas puede cambiar eso ya. Ahora resulta que Elena está loca, ¡qué conveniente para ti! Y ¿cómo te enteraste tú de que fui al Minerva?

—No es que sea conveniente, Raquel. Es una putada, pero es la verdad. Y me enteré de lo del Minerva porque, como imaginas, tengo bastante relación con el dueño de ese local. Te plantaste allí con tu amiga haciendo preguntas, no es que fueseis muy discretas. Pero mira, antes de nada, debes saber toda la historia Ya sabes que mi familia tiene mucha pasta. Mi padre tiene negocios por toda Barcelona, el laboratorio es sólo una parte. Anda metido en mil historias Me metió en el laboratorio ganando un sueldazo. La relación con Elena fue cosa de nuestros padres, nos presionaron mucho. Ahora se ha pirado con un tío a Francia. Les deseo suerte con las movidas mentales que tiene. Ponte en mi lugar, me vi muy joven, ganando un dineral, con poder, y no lo supe gestionar. Me desquitaba con mi grupo de amigos de siempre. Nos metíamos de todo. No te voy a engañar, Raquel, si llegaste hasta el Minerva sabes qué hacíamos allí. He pagado a chicas, he practicado sexo duro, me metí todo tipo de mierdas y he llevado una vida de mierda. Y tenía que habértelo contado desde el primer momento. Pero no es fácil contar algo así. Tú eras tan diferente a todo eso, no sé... estaba avergonzado. Pero nunca he hecho daño a ninguna chica. Lo que yo hacía era consentido. No soy un violador, joder.

—Ya. Ahora resulta que tu relación con Elena era falsa, y a mí me has hecho creer todo este tiempo que no podías dejarla porque sería un batacazo para ella. Pero, ¿tú de que vas? ¿me tomas por imbécil? Ese rollo que me soltase el día que nos conocimos, de que no te sentías libre, de que te gustaba escribir cuentos… ya, el cuento me lo contase y me lo tragué como una imbécil. ¿Y qué pasó con esa chica que mandasteis, tus amigos y tú, al hospital?

—Ya me imaginaba que te habían ido con eso. ¡No es verdad! Desfasábamos mucho, pero nunca hemos pegado a nadie. Por favor, Raquel… Lo que sucedió aquel día fue que esa chica se pasó con la coca y las mil pastillas que se había tomado. Esa tía iba hasta el culo ya cuando llegó y una vez allí se puso ciega de todo. Le dio un bajón y se quedó inconsciente. Nos asustamos y la llevamos al hospital. Después lo que pasó es que intentó aprovecharlo para sacarnos pasta. Cuando tienes dinero la gente trata de hacer eso, sienten que se lo debes. Pero no hubo denuncias, no había pruebas de nada porque no había nada de nada. ¿De verdad crees que si fuese una agresión no habrían actuado desde el propio hospital? Esa chica no es ninguna mosquita muerta. Tienes que saber que consiguió contactar conmigo y me pidió mucha pasta a cambio de no denunciarme por violación. Y le pagué, no porque hubiera hecho nada sino porque no podía arriesgarme a ver mi nombre y el de mi padre salpicado por una cosa así. Las cosas no siempre son lo que parecen. Cuando te relacionas con ese tipo de gente ya no te crees nada, nadie es inocente. Todos están ahí buscando algo, esas chicas también, nadie las obligó. Raquel, sé que te asquea todo eso, pero piénsalo… ¿de verdad crees que soy un pervertido, un violador? Te estoy diciendo la verdad. He estado muy perdido. He hecho cosas de las que no me siento orgulloso. Pero no soy un maltratador… por favor, Raquel. ¿A ti alguna vez te he maltratado de alguna manera?

—No puedo creer que me preguntes eso. No me lo creo, de verdad. Miguel, ¡tú abusaste de mí! Aquel día que iba borracha, me follaste sin permiso, ¿recuerdas? ¿o crees que no me di cuenta? ¿Sabes que puedo denunciarte por eso? ¿Tú sabes el daño que me has hecho? Me has tratado como una mierda. Me has hecho creer que significaba algo para ti, me has tenido en vilo todo este tiempo con tus idas y venidas, me has tomado el pelo. No sé qué pretendes diciéndome esto. Y lo peor, Miguel, es que yo te he querido, ¿sabes?

Se produjo un silencio. Yo estaba llorando de rabia.

—Raquel... Soy consciente de lo mucho que la he cagado. Sé que eres demasiado lista como para perdonarme. No soy tan ingenuo. Pero esa noche de la que hablas te pregunté si querías sexo y me dijiste que sí. ¿No te acuerdas? Estabas borracha, pero eras perfectamente consciente, yo no soy un puto violador. ¿qué cojones estás diciendo?

¿denunciarme? ¿te has vuelto loca? Creo que no piensas con claridad.

—No, Miguel. Yo no te dije que sí.

—Lo dijiste, yo nunca te habría tocado si no fuese así.

—Que no lo dije. No lo recuerdo.

—Bueno, si no lo recuerdas, ¿cómo puedes estar tan segura?

Siguió un rato retorciendo las cosas, dándole la vuelta a lo que le decía y haciéndome sentir que yo estaba desequilibrada y había interpretado todo mal. Él no reconocía absolutamente nada. Lo que me pedía el cuerpo era colgar. Pude ver todo con claridad su intento de manipularme y me pareció una broma de mal gusto. Me ofendía que me tomase por una mujer tan ingenua, tan estúpida. La culpa había sido mía, era lo que le había demostrado el tiempo que habíamos estado juntos. Sin embargo, ya estaba cansada, no tenía ganas de dar nada más. En ese momento me di cuenta de que había estado enamorada de una ilusión. Todo lo que había visto en él era mentira, era un niño de papá, infantil, egoísta, que no tenía nada que dar. Sin embargo, yo le había intentado dar una gran parte de mi vida. Había puesto en él mis ilusiones, mi energía, lo que yo era para bien y para mal. Sentí que tenía mucho valor. Que era mejor que él. Que no me merecía.

—Miguel—dije tranquila—¿Te digo por dónde puedes meterte esas excusas? ¿O no hace falta? Ahórrate el esfuerzo de mentirme más ¡Que te jodan!

Se quedó sorprendido. Tenía la sensación de que iba a empezar el terremoto., como cuando estábamos en el portal de su casa.

—No me lo puedo creer, Raquel. Estoy intentando explicarme, aclarar las cosas… ¿y me dices eso? ¿Cómo puedes ser tan cabrona?

—¿Cabrona yo? ¿Por qué? ¿por decirte lo que pienso? Pues entonces, sí, lo seré…

—No sé cómo tienes los cojones de hablarme así—dijo ya muy irritado—¿Te crees que lo sabes todo, ¿verdad? —continuó— No tienes ni idea de lo que estoy pasando. Me hablas con tono de superioridad, como si tú fueses mejor que yo...

—Miguel, no sigas por ahí. No tengo por qué aguantar esto. Te está pasando de nuevo, no lo hagas. Para…

Pude sentir su respiración agitada, estaba rabioso. Pero se estaba conteniendo.

Colgó el teléfono.

15

Había quedado con David en una cafetería del centro. No tenía ni idea de cómo era, en su perfil de WhatsApp tenía puesto un paisaje. Él si sabía cómo era yo por mi foto, así que confiaba en que me reconociese y se acercase a hablarme. Me senté en el sitio que estaba más en el centro del local, era imposible no verme. No tuve que esperar mucho. A los pocos minutos, vi llegar a un chico de unos treinta y tantos, el pelo sorprendentemente canoso para su edad, rasgos muy marcados y una barba de varias semanas que le daba el aspecto de acabar de llegar de un largo viaje. No tuve duda de que era él. Enseguida me vio. Nos presentamos y se sentó enfrente de mí. Estaba algo nerviosa, parecía una cita. No podía evitar sentir la necesidad de gustarle a cualquier hombre con el que me relacionaba. Hubiese preferido que mi interlocutor fuese una mujer para estar más relajada. David era bastante extrovertido, así que enseguida tomó las riendas.

—Bueno, Raquel. Estoy aquí básicamente porque eres amiga de Laura. Ella me dijo que necesitabas ayuda, pero no me dio ningún detalle de tu situación. Es muy discreta, y una persona leal de las que ya no quedan. Tienes suerte de tenerla de compañera.

—Pues sí. Y mira que durante años estuvimos prácticamente ignorándonos, por una especie de manía que nos cogimos sin venir a cuento. Si te soy sincera, tenía celos de ella—dije mientras él hacía un gesto como si le sorprendiese mi confidencia—Pero luego un día sacamos todo fuera y a partir de ahí, mano de santo. Y sí, ahora la respeto mucho.

Es muy buena compañera.

—Vaya, la gente no suele reconocer esas cosas así con esa naturalidad. Me parece perfecto.

—Bueno, no sé. Gracias, supongo.

—De nada. Pues a ver, cuéntame qué te pasó, Necesito conocer tu historia para poder orientarte.

Pedimos algo para tomar y le hice un resumen de mi relación con Miguel. Le hablé de todo menos de la parte sexual, que me la reservé porque me daba vergüenza hablarlo con un desconocido. Me miraba con interés, asintiendo en cada una de las cosas que le iba diciendo. No parecía sorprendido, aunque sí interesado.

—Vaya. A ver, antes de nada, siento que hayas tenido que pasar por eso. No es justo. Pero lo vas a superar, no tengas duda. En eso puedo echarte una mano. Tienes la ventaja de que te has dado cuenta a tiempo. Es una suerte. La ex pareja de tu novio te hizo un gran favor al contarte todo eso. Muchas mujeres viven engañadas durante años.

Otras, toda la vida.

—Sí, es verdad. Siempre es mejor saber la verdad. Aunque duela.

—Necesito saber algo. ¿Este chico ejercía algún tipo de violencia hacia ti?

—No me pegó nunca.

—La violencia no es sólo física. Puede ser también psicológica, sexual, familiar…

—Pues, es que es difícil de decir así, rotundamente… Sí que hay cosas que podrían considerarse violentas. Pero no sé, se movía siempre en un terreno ambiguo, me trataba mal pero no tanto como para acusarlo de ser un maltratador. No sé, David. Sí, me hizo daño, pero no sé hasta qué punto fue culpa mía. Estoy hecha un lío. Además, las cosas que te he contado son la parte mala de la relación. No siempre era así. Había días que era considerado, atento. Yo creo

que él está luchando con sus problemas, con sus traumas. Creo que es bipolar o algo de eso. A su manera creo que sí que me quería, o quería quererme. Pero creo que no es capaz. Es una persona que sufre mucho.

—Vale, te entiendo perfectamente. Es muy generoso por tu parte que puedas ver la parte buena de alguien que te ha hecho daño. Es posible que, como dices, este chico tenga algún problema, hasta que hubiese tenido la intención de quererte. Pero lo que cuenta es lo que hacemos al final, no lo que pretendemos hacer. Nada justifica utilizar la violencia, sea del tipo que sea, contra los demás. Tú no tienes la culpa de trauma. Esta reacción tuya es normal, porque eres una buena persona. Hay muy buenos terapeutas especialistas en casos como el tuyo. Te ayudaré en el proceso y con los trámites en el caso de que quieras denunciarlo.

—¿Denunciarlo? No sé. No estoy preparada para eso.

—Esa es una decisión que tienes que tomar tú, obviamente. Analízalo, medítalo y procesa toda la información antes de decidir.

—Vale. Lo pensaré, pero de entrada te digo que no. Hablé con esta chica, la que agredió. Es una larga historia. Pero lo que me dejó claro es que no nadie va a testificar en contra de Miguel.

—No me sorprende. El miedo es muy paralizante. He visto mujeres reventadas a palos que no han querido poner una denuncia a su maltratador, y eso jode mucho. Es un proceso muy complejo, Raquel. Y cada uno tiene su forma de afrontar el dolor. Lo primero que hay que hacer es apoyar, sin juzgar. Y menos, a ti misma.

—Ya, tienes razón. No sabes cómo te agradezco estos consejos, David.

—Bueno, tengo experiencia en estas cosas.

—Debe de ser complicado, tu trabajo. Tienes mucho mérito.

—Es gratificante—dijo sonriendo—A mí me encanta. Y a ti, ¿te gusta el tuyo?

Su pregunta dio lugar a una larga conversación. Le conté algunas cosas de mi vida, y él me dio una pincelada de quién era. Hablamos de las pasiones, los sueños y la forma de encajarlos en la realidad de la vida. Al cabo de un rato, miró el reloj.

—Ufff, se me ha hecho tarde. Se me ha pasado el tiempo volando.

—Pues nada, te dejo que vayas a salvar al mundo. ¡Que falta hace!

Nos despedimos y se fue corriendo. Me quedé con buen sabor de boca.

Esa misma noche, me mandó un mensaje.

“Hola Raquel. ¿Cómo estás? Solo quería decirte que superarás todo esto. Seguro. Cuenta conmigo para lo que necesites”

Acababa de volver de casa de Sara y estaba cansada, pero me hizo ilusión recibir su mensaje. Me tomé un poco de tiempo para contestar.

“Hola David. Gracias. Por cierto, me gustó el café, lo pasé bien. Un abrazo”

Sabía que era una idea terrible tontear con el amigo de mi compañera de trabajo, pero era una cosa inocente. No estaba en situación de pensar en nadie en ese momento. Y decir que lo había pasado bien en el café tampoco era una declaración de amor. Me sentí un poco infantil, pero tampoco le di mayor importancia. Tardó un poco en contestar, pero finalmente lo hizo.

“A mí también. Buenas noches, que descanses”

Un poco seco para mi gusto, pero podía no haber contestado y lo había hecho.

Al día siguiente hablé con Laura de nuestro encuentro. Le di las gracias por todo y me habló maravillas de David. Me habló de aquel novio que la maltrataba psicológicamente y le había hecho la vida imposible. Ella se daba cuenta, pero lo excusaba pensando que quizás ella

estaba haciendo las cosas mal. Me dijo que tenía la autoestima tan anulada que dejó de relacionarse con la gente, se aisló y vio como en cuestión de un año su mundo se había reducido a ese chico. Se había salido con la suya. Entonces conoció a David, a través de una asociación a la que llamó en un momento de desesperación. Y le cambió la vida. La ayudó a entender lo que estaba pasando y a romper con su novio, a lidiar con el miedo y la culpa. Desde entonces habían seguido en contacto. Además, me hizo otra confidencia. Me contó que después de todo eso, se enganchó emocionalmente a David, y durante una temporada estuvo llamándolo a diario. La entendí perfectamente. Sin embargo, él nunca cruzó esa línea. Me quedó claro que era un tipo de fiar.

16

Sara había empezado a guardar reposo al final de su embarazo y estaba encantada con los cuidados que le daba todo el mundo. Especialmente mi madre, que iba a su casa a cuidar de ella casi todos los días. Llegué a sentirme un poco celosa de la complicidad que había entre ellas, pero se me pasaba rápido. Lidiaba con mis miserias como podía. Ya quedaba poco para la llegada del bebé. Me hacía muchísima ilusión pensar en el nacimiento, en tenerla en nuestras vidas y poder cuidarla. Ya sabíamos que era niña. Pensaba malcriarla y darle las golosinas a escondidas cuando no me viese su madre.

Estaba deseando conocerla.

Esos días me pasaron varias cosas extrañas. Me llegó un mensaje de correo diciendo que alguien había accedido a mi cuenta de Facebook desde una ubicación nueva. Inmediatamente me metí en la aplicación y cambié la contraseña. No le di más importancia. Sabía que a veces pasaban estas cosas. Sin embargo, al cabo de dos días me llegó otro mensaje con lo mismo, esta vez de otra de mis redes sociales. Eso ya me extrañó más. Cambié las contraseñas de todo, incluso de mis cuentas del banco. Me puse bastante nerviosa. Por suerte era una persona bastante discreta y no aireaba mi vida en las redes. Si había mirado, no habían encontrado nada. Sin embargo, me inquietaba.

No comenté nada ni con Sara ni con mi madre, pero sí lo hice con David. Me dijo que era bastante habitual, pero que no dejaba de ser un delito apropiarse de la identidad de alguien en las redes sociales. No tenía pruebas de nada, pero me aconsejó que pusiera los hechos en conocimiento de la policía igualmente, para cubrirme las espaldas. Yo no estaba por la labor. Le dije que me lo pensaría, aunque mentí. Me pidió que tuviese cuidado y que, a la mínima señal de acoso, no me anduviese con remilgos. “A este tipo de gente solo la detiene que les planten cara, saber que lo que hagan tendrá consecuencias”, me dijo. Y no le faltaba razón. David estaba muy pendiente de mí y eso me daba mucha tranquilidad.

Llegó el fin de semana y no tenía planes. Gonzalo iba a pasar los dos días con Sara así que no quería estar en el medio. Necesitaban espacio propio como pareja. Estaba decidida a quedarme en mi piso y ver unas cuantas pelis al calor de una manta y un chocolate caliente. En cuanto salí del trabajo me fui a casa de Sara para comer con ella. En cuanto llegó su novio charlé un ratito con él y me marché dejándolos solos. Fui andando hasta mi piso. Era más o menos una hora de caminata, pero me apetecía. El sol ya estaba descendiendo y siempre me había parecido la mejor hora para pasear por la calle, cuando la gente vuelve de sus trabajos y van bajando los decibelios de la frenética vida en una ciudad como Madrid. Paré a tomar un café en mi terraza favorita, a la que siempre había llevado mis ligues de internet. Me hizo gracia pensar que era la primera vez que iba allí sin pareja. Me dio por pensar en lo perdida que había estado buscando algo que no iba a encontrar en ninguno de esos chicos. En ese momento abrí el teléfono y borré mi perfil de la aplicación. Ya no iba a repetir el mismo error en bucle, perdiendo un precioso tiempo que necesitaba para construir la vida que quería. Sara, el bebé, y la relación con mi madre, que había dado un giro hacia el buen camino, me hacían estar ilusionada con el futuro. Quizás me animase a ir a una asesoría para informarme de las gestiones necesarias para tener mi agencia de viajes. Sólo por saber. Quizás había llegado el momento. Fui todo el camino hasta

casa dándole vueltas a la idea.

Al llegar al portal, metí la llave y subí por las escaleras. Vivía en un segundo y trataba de usar el ascensor lo mínimo. Cuando ya estaba llegando, paré en seco. Había alguien esperándome en la puerta. Estaba de espaldas a mí, pero reconocía perfectamente su silueta. Se me encogió el corazón. Al oírme, se dio la vuelta.

Se me pasaron mil cosas por la mente en cuestión de segundos. Sopesé la idea de salir corriendo, pero enseguida la descarté. El portal estaba cerrado y tendría que sacar la llave, tardaría demasiado. Pensé en gritar para que algún vecino saliese a mirar qué estaba pasando. Sin embargo, no me salió ni un solo sonido de la garganta. Me quedé allí parada mirándolo como si estuviese viendo un fantasma.

El tiempo se congeló durante un minuto, me oía latir el corazón. Miguel me miraba. Estuvimos así un tiempo que no sabría decir si fueron segundos o minutos. De repente, se acercó. Di un paso hacia atrás. Le tenía miedo. Lo notó.

— ¿A esto hemos llegado? ¿piensas que voy a hacerte daño?

No supe qué contestar.

—He venido hasta aquí porque ya no sé qué hacer. Estoy desesperado. Si me dejas estoy perdido. No puedo más, Raquel. Te necesito, no puedo seguir así…

Estaba muy afectado, nervioso. Le temblaban las manos. Pensé que se habría metido algo antes de venir, no tenía muy claro qué intenciones tenía. No me fiaba. Aun así, intenté hablarle con calma.

—Miguel, no sé qué pretendes. De verdad que no te entiendo, ya no sé con quién estoy hablando. Soy yo la que no puede más, me has hecho mucho daño, ya es suficiente. Estás siendo muy egoísta apareciendo aquí en mi casa. No voy a denunciarte, lo único que quiero es seguir con mi vida. Déjame en paz, por favor. ¿Qué es lo que quieres de mí?

—Quiero hablarte. Quiero ser sincero contigo. Déjame entrar a tu piso y hablarte. No voy a hacerte nada, puedes dejar la puerta abierta si te sientes más tranquila. Pero no quiero hablar aquí, en un descansillo…

—Miguel…

—Sé que te cuesta fiarte de mí. Lo entiendo. Pero necesito hablarte. Lo necesito.

Me pilló por sorpresa y bajé la guardia. Dudé bastante, pero finalmente accedí a dejarlo entrar. Tal y como me sugirió, dejé la puerta abierta. Desde el salón se veía la puerta, así que le dije que se sentase en el sofá. Yo me quedé de pie. No le ofrecí nada, le pedí que fuera al grano. Así que empezó a hablar.

—No sé ni por dónde empezar.

—Pues mira, puedes empezar por decirme la verdad. Cuéntame algo que sea cierto, por una vez.

—Te quiero.

—Miguel…por favor.

—Es la verdad. Me he enamorado de ti. Eres lo único bueno que me ha pasado en años. Y sé que no vamos a estar juntos, pero eso no cambia lo que siento.

Callé.

—Voy a contarte todo, ya no quiero esconderme más. Verás, lo que te dije de mi familia es cierto. Mi padre está forrado, pero es un cabronazo. Es el típico tío que nació sin nada, hizo mucha pasta con varios negocios y se dedicó a joder a todo el mundo. A mi madre siempre la tuvo puteada y a mí me trató como la mierda. Así de claro. Es, un putero, un drogadicto y un corrupto. Yo siempre estuve en internados, y cuando estaba en casa me ignoraba. Eso es lo que

hay. Yo he acabado siendo su viva imagen, con lo que lo detesto. Pero me he convertido en lo mismo…No vengo aquí a darte pena. Sólo quiero que sepas que soy consciente de lo que hice.

—Eso no me consuela. Casi prefería que no lo fueses…

—Lo que te dije de Elena también es verdad. Está algo desequilibrada. Pero no la culpo, también tiene lo suyo. El padre de Elena sería capaz de prostituirla por pasta. Está completamente desquiciada por culpa de su familia. Empezamos a salir porque nos gustábamos, pero eso no duró y al final decidimos seguir con el juego, pero cada uno hacía su vida. Era una relación de conveniencia y punto. En cuanto me puse a trabajar en la empresa me dediqué a hacer el capullo. Estoy enganchado a varias drogas desde hace años. Mi trabajo es un mero trámite. Esas conferencias que doy, me las preparan. Es todo un teatrillo. El laboratorio funciona a base de dinero que meten empresas que necesitan sacar determinados productos, es un nido de corrupción. Se manipulan datos, se omiten cosas deliberadamente…Sólo importa el dinero. Yo soy un mero actor en todo eso. Durante años he vivido así y la forma que tenía de soportarlo era drogarme y el sexo. Creo que soy un adicto a ambas cosas.

—No, no es sexo. Lo que haces es abusar. Hay una diferencia.

—Ahí te equivocas. No abusé nunca de ninguna chica. No conoces a la gente que se mueve en el ambiente de pasta en la noche en determinados sitios de Barcelona. Es muy triste todo, Raquel. La gente se droga y pierde la dignidad, va tan pasada de vueltas que ya todo les vale. Yo reconozco que me gusta dominar a las mujeres en la cama, eso ya lo sabes… igual es un problema mental mío, una tara, igual odio a mi madre por no haber cuidado de mí, vete a saber. Pero no soy un violador. No violé a esa chica, ni lo hice contigo, desde luego. Esa chica llegó drogada al local, ni siquiera la toqué. Y cuando me pidió dinero, se lo di. Ya te expliqué por qué. Además, tenía un crío pequeño. Me dio pena, con una madre así... qué vida le espera.

—Me han contado que en esas fiestas tuyas había chicas menores de edad.

—No lo sé. De verdad, yo no les pedía el carné a las tías que venían Sí, puede que sí, que alguna fuese menor.

—Pero tú sabes que eso es un delito ¿verdad?

—Mira, Raquel, no eran niñas inocentes. Venían a sabiendas de lo que allí pasaba. No vamos a entrar en debates morales. Sólo te digo que jamás obligué a una chica a hacer algo que no quisiera.

—Es que no puedo creerte, Miguel. Yo te he visto cuando te pones violento. No entiendo por qué eres tan cambiante, de repente estás tan normal y por cualquier cosa, te alteras y te vuelves agresivo. Es como si tuvieses dos personalidades. Conmigo has sido así casi desde el principio. Y entiendo que con algunas de esas chicas haya podido pasarte eso.

—Ya. Tienes razón. No sé qué me pasa. Sé que pierdo el control. Es como si de repente saliese de mi cuerpo y fuese otra persona. Pero nunca abusé de nadie. Creo que estoy jodido de la cabeza. Puede que ya naciese con ello, pero la mierda de viejos que tengo, la vida que llevo y la cantidad de coca que me he metido tampoco me han ayudado. No me gusta vivir así, ¿sabes? Tú eres tan diferente a todo eso… contigo encontré algo de paz.

—Pues a mí me la quitaste—le dije sin muchos miramientos— Malos momentos, ansiedad, dudas, inseguridades... Eso me diste a cambio de la paz que yo te di. Menudo intercambio ¿no crees?

—Soy consciente de que he perdido la oportunidad de mi vida. Probablemente la única que he tenido de ser feliz. Sé que no vas a volver conmigo. Ya no te lo voy a pedir más veces, no quiero volver a molestarte. Sólo necesito que tengas claro que, aquel día que habías bebido, yo no te obligué. Hablamos y me dijiste que querías. ¿Me crees?

No contesté. No quise decir lo que pensaba.

—No puedo hacer nada para que me creas. Eso me mata.

Continuó hablando un rato más de sus sentimientos. Sin embargo, lo hacía torpemente. Se veía que no solía hacerlo. Saltaba de una cosa a otra, no terminaba de explicarse con claridad. Pero, por primera vez desde que nos habíamos conocido, sentí que estaba siendo sincero. Lamenté profundamente que no hubiésemos tenido esa conversación meses antes. Si entonces hubiese sabido por lo que estaba pasado, le podría haber ayudado. Pero ya era demasiado tarde. Ya era irrecuperable.

—Estoy hecho una mierda—dijo finalmente— No sé qué voy a hacer. A veces pienso en denunciar a mi padre, destapar sus chanchullos. Hacer explotar todo por los aires. Algo me salpicará, pero al menos podría estar tranquilo y llevar algo parecido a una vida normal. De momento me iré una temporada de aquí. No sé a dónde. Ya no soporto estar aquí. No soporto haberte perdido. Esa es la verdad. Necesito empezar de cero. Dame un abrazo, por favor… —Miguel…

Se levantó y se lo di. Sentí cómo temblaba. Estuvimos así un rato largo.

—Raquel, lo siento. Espero que seas muy feliz. Ojalá puedas empezar ese negocio del que me hablaste.

—Miguel, ¿a dónde te vas a ir? Me preocupas un poco, te pones tan solemne... no es necesario que te marches. Ya te he dicho que no te voy a denunciar. Me basta con que sigas con tu vida.

—¿Pero es que no ves que eso es precisamente lo que no quiero? ¿seguir con mi vida? No sé a dónde iré. No te preocupes, estaré bien.

Se marchó y me dejó una sensación extraña. Tenía un mal presentimiento. Debí de hacer caso a mi instinto y tratar de hablar con él, convencerlo de que no se fuera. Pero no lo hice.

17

No eran ni las siete, muy temprano para llamar. Había estado sonando el móvil un buen rato, así que no tuve más remedio que cogerlo. Era David.

—Raquel, sé que te estoy despertando. Tengo que darte una noticia…

Supe inmediatamente lo que iba a decirme. Lo había estado temiendo desde que había estado en mi casa hacía un par de días.

—Lo han encontrado—continuó—No sé cómo decirte esto… —Miguel ¿verdad?

—Sí.

Lo presentí desde que salió por la puerta. Había venido a despedirse de mí, estaba clarísimo. Sin embargo, no pude hacer nada por evitarlo. David siguió hablando del tema. Lo habían encontrado en un edificio abandonado a las afueras. Tenía un tiro en la cabeza. No se sabía todavía lo que había sucedido. La noticia estaba ya en internet. Como había abierta una investigación no se conocían más detalles. Desconecté de lo que estaba diciendo y a partir de ahí ya no escuché nada.

—Raquel, ¿sigues ahí? —preguntó.

—Sí. Sigo aquí. David, voy a colgar, necesito un tiempo para asimilar lo que me acabas de decir. Hablamos más tarde, ¿de acuerdo?

—Claro. Llámame. Esto va a ser difícil, pero lo vas a superar. Estoy aquí ¿vale?

Los siguientes días fueron un infierno. Volvía una y otra vez a aquella tarde, aquella conversación. Buscaba indicios, repasaba cada frase, cada palabra en mi cabeza. Me atormentaba pensando que podía haber hecho algo para evitar lo que sucedió. Sin embargo, me engañaba. Sobrestimaba mi poder sobre las decisiones de los demás. Fue lo que me dijo David y a eso me agarré para no volverme loca.

Tras el impacto que supuso la aparición del cadáver de Miguel, empezaron a salir noticias en la prensa relacionadas con Pharma BioScience. Por lo visto habían llegado documentos a manos de alguna agencia y no tardaron en hacerlos públicos. Cómo llegaron, no se sabía… y si se sabía, no se dijo. Fueron sacando cosas con cuentagotas, imaginaba que por una mera estrategia de impacto informativo.

Eran documentos donde aparecía Ricardo Gaza, el padre de Miguel y socio fundador de la compañía. Una persona muy conocida en los círculos empresariales. Contratos falsos, registros contables amañados, transferencias bancarias a paraísos fiscales en el extranjero… Aquello cayó como una bomba. Poco a poco se fue rastreando el dinero y se demostró que tanto él como los otros socios estaban metidos en negocios ilegales de juego y prostitución. Resultó que el Minerva estaba a nombre de una sociedad de un testaferro que no era más que un truco para encubrir al verdadero dueño, Ricardo Gaza.

También se filtraron informes de seguridad que ponían en evidencia la manipulación de datos sobre la seguridad y eficacia de productos farmacéuticos para permitir su lanzamiento al mercado sin cumplir con los requisitos legales. Aquello fue un tsunami empresarial. La empresa se hundió en bolsa en cuestión de días. Al final de la semana ya no valía nada. La cosa llegó a tal punto de alarma que tuvo que salir el ministro de sanidad a dar una rueda de prensa diciendo que los productos farmacéuticos que estaban en el mercado comercializados eran perfectamente

seguros y cumplían con la normativa. De poco sirvió, para la sociedad el nombre del laboratorio iba a quedar asociado para siempre con aquello.

Salieron algunas personas en debates televisivos aportando testimonios, ex empleados asegurando haber presenciado reuniones, llamadas y situaciones donde se llevaban a cabo estas prácticas ilegales. A la espera de que actuase la justicia, la empresa estaba sentenciada. El imperio se desmoronó como un castillo de naipes.

Nunca tuve la seguridad de saber qué le pasó a Miguel. Se especuló mucho sobre la hipótesis del suicidio, pero siempre planeó la duda. Nunca se pudo demostrar nada. De lo que sí estaba segura era de que había sido él quien había revelado la verdad. Quería creer que había sido su manera de pedir perdón, de redimirse. Ninguna versión de la historia terminaba de encajar del todo. A pesar del dolor que me causó, había algo que me impedía odiar a Miguel. Aprendí a vivir así, sin certezas.

Llegó el día. Después de un final del embarazo que se le hizo muy largo debido al reposo, por fin Sara salió de cuentas. Se puso de parto por la noche y Amaia nació entrada la mañana. Pasamos toda la noche mi madre y yo en la sala de espera, nerviosas e ilusionadas a partes iguales. Gonzalo estaba con Sara, no se separó de ella ni un minuto. Cuando por fin le vimos salir, llevaba a Amaia en los brazos. Se le veía tan feliz… No pude dejar de llorar al verlo venir.

En cuanto vi a Amaia, me enamoré perdidamente de aquella criatura diminuta.

Querida Amaia:

Tienes mucha suerte de que Sara sea tu madre. Es una mujer increíble. La verás cuando está contenta e ilumina la casa con su alegría y sus ganas de devorar cada momento. Te dará toda su fuerza cuando la necesites y te aseguro que nunca te sentirás sola. Y te querrá como eres, sin importar lo que hagas. Y eso es una inmensa suerte. Sabrás lo que es una pareja que se quiere cuando veas como tus padres se apoyan el uno al otro cuando vengan mal dadas. Y seguro que te servirá para saber qué quieres para ti cuando seas mayor.

También tendrás en tu vida a mi madre, tu abuela, porque es tu abuela, aunque no sea de sangre. Le haces mucha falta y te dará muchos momentos buenos, consejos y complicidad que sé que vas a valorar.

Y me tienes a mí, tu tía Raquel. No soy la mejor mujer que podría ser, aunque lo seré. Tú me has ayudado, con todo lo pequeña que eres. Quiero tener la oportunidad de verte crecer y de paso crecer yo también contigo. Nada me gustaría más.

He pasado por malos momentos, Amaia. Tenía un vacío muy grande, me sentía pequeñita. Tú nunca vas a estar tan sola y tan perdida como yo lo estuve, me aseguraré de que así sea. Tengo que advertirte de que la gente a veces no tiene buenas intenciones y que deberás aprender a verlo. Entenderás que tu tiempo es lo más valioso que tienes y no debes desperdiciarlo de cualquier manera. Aprenderás a detectar cuándo alguien lo tiene para ti, y cuándo no te dan más que las sobras. Y sabrás irte de dónde no te quieren. Será una liberación saber que no tienes que complacer a todo el mundo. Me muero de ganas de verte convertida en una mujer fuerte que toma sus decisiones y vive la vida que desea. Espero poder acompañarte.

Yo ahora estoy recomponiéndome del golpe que me supuso una relación destructiva. Te hablaré de ello cuando seas mayor, no tengo nada que ocultar. Quiero que al menos te sirva a ti para aprender de mi experiencia. Tengo la suerte de contar con tu madre, con la mía, con Laura, una buena amiga, y con una persona especial, David, que está a mi lado mientras te escribo. Espero que cuando crezcas todavía esté en mi vida. Pero he aprendido a disfrutar el momento, así que, si no es así, no pasa nada. No debes entristecerte. Hay personas que pasan por nuestra vida por un tiempo y tienen que irse cuando toca. Y está bien así. Otras estarán contigo para siempre, como tu madre y como yo.

No te voy a mentir, no me he recuperado todavía. Aún a veces me siento culpable, a veces lloro de rabia, pero cada vez me pesa menos. Ahora tengo más días buenos, más ganas de vivir, más motivos. Ya no siento rencor, a veces tristeza, pero no odio. Tú me has ayudado tanto, sin saberlo.

Quiero que sepas, Amaia, que ahora tú siempre serás parte de mí. Una parte que no se puede partir, ni borrar, ni separar.

Raquel



1

Me despertó el ruido de la televisión. Ya no iba a ser capaz de volver a dormir, así que me levanté de mal humor. Me cabreaba que el muy idiota pusiera el volumen tal alto cuando sabía perfectamente que estaba durmiendo.

De camino a la cocina lo vi en el sofá. Sonreía como si no tuviera nada en la cabeza, resultaba patético. Me hervía la sangre y no podía pensar en nada bueno. Sabía que me estaba volviendo una amargada insoportable. Mientras preparaba unas tostadas se levantó y apareció por la cocina, irritándome aún más. No soportaba que me hablara cuando estaba recién levantada y aún no había desayunado. Su presencia me desagradaba, especialmente a esas horas. Ignoré lo que me estaba diciendo y seguí a lo mío. Tras un par de miradas de desprecio por mi parte,

desistió y se marchó

. Desayuné con la única compañía de mi mala leche. Mientras recogía los cacharros escuché el sonido del agua corriendo en la ducha. Normalmente se duchaba y vestía rápido, así que solo tendría que esperar un poco para quedarme sola en casa. Miré un rato el telediario, sin atender a lo que decía, hasta que por fin Javier apareció en la sala. Así, recién afeitado y vestido, resultaba menos desagradable. Incluso podría considerarse un hombre atractivo, pero a mí ya no me quedaban ganas de verle el lado bueno. Sacó su abrigo azul marino del armario, cogió el paraguas y se dirigió hacia mí con una media sonrisa

—Ten cuidado, Marta, el día menos pensado descubren un aparato para leer las mentes y voy a comprobar que fantaseas con matarme por poner la tele muy alta —dijo mientras me lanzaba en el aire un beso—Relájate, mujer, que ya me marcho.

Dicho lo cual, desapareció y me quedé sola. Me había hecho cierta gracia su comentario porque era absolutamente cierto. No sabía en qué momento me había vuelto una gruñona de semejante calibre. Estaba claro que no resultaba nada fácil convivir conmigo. Sentí un gran alivio por estar al fin a mi aire.

Adoraba quedarme en casa por las mañanas cuando Javier no estaba y podía olvidarme de que existía el mundo ahí fuera. Bendita soledad. Esa mañana tenía previsto ir a la oficina a las diez, así que aún tenía tiempo para tomármelo con calma. Volví al telediario, pero tras unos minutos escuchando perdí el interés y me quedé mirando las imágenes sin pensar en nada. Me di cuenta de que estaba poniendo la misma cara que Javier. Me pregunté si él sentiría el mismo desprecio hacia mí, aunque intuía que era mucho más generoso que yo.

Por fin decidí levantarme y ponerme en marcha. Entré en el baño y me paré un rato en el espejo. Llevaba puesta una camiseta vieja y la parte de abajo del pijama. Así, despeinada y sin maquillaje, me veía mayor. Estaba a punto de cumplir cincuenta y cinco y mi cara me lo recordaba. Las ojeras, que hacía años solo estaban las noches de mal dormir, habían decidido quedarse y parecían dibujadas a propósito, perfectamente marcadas. Lo peor eran esas arrugas alrededor de la boca. Ese surco a ambos lados me ponía años y cara de pocos amigos. Estiré con los dedos la piel hacia arriba y parecía diez años más joven. Pensé en pedir cita en una clínica estética para quitarme esas arrugas, un pinchazo y adiós. Lo cierto es que seguía siendo guapa, pero esa imagen que veía en el espejo no se correspondía con cómo me sentía. No sabía exactamente cuándo me había convertido en una mujer mayor.

Me desvestí y eché un vistazo a mi cuerpo desnudo. Había engordado. Siempre me había mantenido delgada gracias a una extraordinaria fuerza de voluntad, sin embargo, toda esa determinación no fue suficiente para mantener la línea tras la menopausia. Haciendo lo mismo de siempre empecé a coger peso. Llegado ese punto sólo me quedaron dos alternativas: aceptarlo o morirme de hambre. La segunda opción no me pareció sostenible ni apetecible, así que acepté que ese iba a ser a partir de entonces mi cuerpo. Lo único que tenía que hacer era no compararlo con el de antes. Regalé la ropa que ya no me servía y decidí comprarme solamente prendas que me hicieran sentir bien conmigo misma. Fue traumático al principio no poder enfundarme en un pantalón vaquero y mirarme con complacencia en el espejo. Pasado un tiempo aprecié la comodidad de los pantalones sueltos. En cierto modo, mi cambio corporal supuso una liberación y me hizo darme cuenta de lo obsesionada que había estado toda mi vida con la delgadez. Podía tener unos kilos de más y no pasaba nada, no me tiraban piedras por la calle ni me señalaban los niños con el dedo. Solo me importaba a mí. Desnuda ante el espejo no me veía tan mal. Mis pechos se llevaban la peor parte, pero ya habían hecho bastante por mí durante toda mi vida. No veía con malos ojos mis pechos caídos ni la barriga que se había abultado hacia afuera, tampoco

mis muslos con celulitis. Eso estaba bien, pero los surcos de la boca, esos me los iba a quitar. Estaba decidido.

Tras la ducha me puse un traje de pantalón y chaqueta, blusa blanca y botines. El maquillaje me sentaba de maravilla, siempre había tenido mano para ello. Con los años otra de las cosas que había cambiado era mi fondo de armario. Tenía mejor gusto y sabía qué me iba bien. Así arreglada me sentía poderosa de nuevo. No dejaba de ser un poco triste que necesitara una imagen determinada para sentirme bien. Envidiaba profundamente a esas mujeres que no necesitaban gustar a nadie y salían a la calle con la cara lavada. En cambio, yo había perdido una ingente cantidad de tiempo pensando en mi cuerpo y tratando de modificarlo. Cuánto estrés, sufrimiento y sacrificios inútiles. En la guerra contra el tiempo y la naturaleza estuve siempre condenada a perder. No se me ocurría nada más estúpido.

Estaba bastante segura de que Javier no perdía mucho tiempo por las mañanas examinando sus patas de gallo, su barriga flácida, sus dientes que iban amarilleando cada año. Intuía que mientras se lavaba los dientes y salpicaba de espuma el espejo pensaba en cosas más interesantes que pedir cita para inyectarse algo en la cara. Hacía tiempo que le había empezado a clarear el pelo y nunca le escuché un comentario al respecto. Sin embargo, cada vez que descubría una cana me llamaba entusiasmado para que fuera a verla y me la mostraba como un trofeo de guerra. Lo cierto es que Javier no había sido un hombre especialmente guapo cuando era joven, así que su pérdida no era tan dolorosa como la mía. No tenía claro quién tenía más suerte de los dos. De camino al trabajo rumié esos pensamientos. Se me había hecho tarde.

Al llegar a la oficina fui directamente a mi despacho. No tenía muchas ganas de charlas intrascendentes con mis compañeros y estaba decidida a que la mañana resultase productiva. Trabajaba en una pequeña revista de decoración y diseño que aún se editaba en formato físico. En los buenos tiempos había llegado a ser un referente. No quedaba casi nada de la gloria del pasado. Solo resistía gracias al empecinamiento de viejos románticos y jóvenes culturetas que la compraban porque quedaba bien en la mesa del salón, y seguramente no la llegaban a abrir. Era directora de contenidos. Cada semana llegaban a mi mesa decenas de libros, artículos, cartas manuscritas y algún regalo que devolvía sin mirar el remitente. Sabía que era lo suficientemente buena en mi trabajo como para no tener que aceptarlos. Me había labrado una buena reputación en la empresa y mi carrera podía considerarse exitosa, pero a mí no me parecía gran cosa. Había ido desarrollando una mezcla de hastío y cinismo hacia el mundo laboral. Era consciente de la situación privilegiada en la que me encontraba y, aun así, no me resultaba satisfactorio. Cumplía con mi parte sin mucha ilusión. La experiencia en mi puesto me había dado un fino olfato para diferenciar la paja del trigo y, por desgracia, cada vez era más difícil encontrar algo bueno entre tanta mediocridad e impostura. El mundillo del diseño se alimentaba de complaciente compadreo y bastante ignorancia. Asistía cada vez menos a reuniones, exposiciones y eventos. Solo iba a aquellos a los cuales me obligaba mi posición en la revista. Por desgracia ese día tenía una comida de trabajo ineludible. Traté de no pensar en ello mientras me ponía al día con el trabajo atrasado.

Al llegar la hora de comer apareció en mi despacho Fernando, el subdirector. Era un hombre cincuentón, pelo canoso perfectamente cuidado y vestido con un traje maravillosamente confeccionado. Su encanto era innegable, lo mismo que su fanfarronería. El típico perro viejo. Se le veía a la legua. Fernando me había tirado los tejos cientos de veces durante los años que llevábamos trabajando juntos, lo mismo que al resto de las mujeres que trabajábamos allí. Para él era casi una obligación. Yo no creía que fuese algo sexual, la coquetería era su forma de entender la masculinidad. Para las más jóvenes no suponía ninguna amenaza, se sentían halagadas ante su

repertorio de piropos. Para mí era una simple galantería sin importancia. Sin embargo, en los tiempos que corrían era bastante peligroso jugar a hacerse el macho en la empresa y me sorprendía que no tuviera aún ninguna denuncia por acoso. Llegaría, tarde o temprano, y me daba cierta lástima por él. Respetaba a Fernando en el terreno laboral, tenía una capacidad inmensa para gestionar el caos. Fue él quien me empujó profesionalmente hasta donde estaba en la empresa y encajábamos a la perfección en cuanto a nuestra visión de la revista.

—Hola Martita —me llamaba así, aunque éramos más o menos de la misma edad —, estás espectacular. Como siempre. ¿Nos vamos?

Cerré el documento en el que estaba trabajando, apagué el ordenador y me levanté para coger mi gabardina. Al levantarme me di cuenta de que Fernando me miraba las caderas, me pareció que examinaba mi figura y me incomodé un poco. Pensé que habría notado mis kilos de más, pero quizás la inseguridad me estaba jugando una mala pasada y simplemente me miraba porque le gustaba. Me sentía como una chiquilla ridícula. Le hubiera preguntado por qué me miraba si no temiera la respuesta. Salimos juntos de la oficina.

Enseguida llegamos al restaurante donde habíamos quedado con nuestro invitado, el dueño de una empresa de productos de decoración bastante importante a nivel nacional. El motivo de la comida era cerrar un acuerdo de colaboración que sería económicamente muy conveniente. Se suponía que yo estaba allí para informar a nuestro potencial inversor de las maravillas de nuestra revista, pero eso era algo que Fernando sabía hacer perfectamente sin mi ayuda. Intuía que el verdadero motivo de mi presencia era bastante más primitivo y menos intelectual. Dos hombres de negocios y una mujer de buen ver. Estaba claro mi papel.

En cuanto nos acercamos a la mesa, el hombre se levantó para saludarme a mí en primer lugar. Era un señor bastante mayor, muy elegante, de modales exquisitos. Enseguida nos trajeron la carta, pero Fernando se empeñó en pedir él mismo todos los platos. Había comido allí infinidad de veces y sabía cómo quedar bien. Yo no puse objeciones y el invitado estaba encantado dejándose querer. Comimos bastante bien, entre los chistes sin gracia de Fernando, la camaradería simplona entre los dos señores y la inocente coquetería de ambos hacia mí. Yo apenas había hablado, pero veía que el acuerdo estaba cerrado así que me preferí dejarlo estar. No me apetecía decir nada. Estaba deseando pedir la cuenta y terminar de una vez. Pedimos postre y café.

—Disculpadme un momento, aprovecho para ir al servicio—dijo el inversor guiñándome un ojo de una forma un poco forzada.

Nos quedamos Fernando y yo solos. Aproveché para charlar con él un poco y preguntarle sus sensaciones respecto al acuerdo. No parecía muy interesado en hablar de eso.

—Prefiero darte mis impresiones acerca de lo maravillosa que has estado, Martita.

—Pero qué dices. Apenas he abierto la boca. No sé para qué me has hecho venir.

—Quizás por el simple placer de tu compañía —mientras lo decía había deslizado una mano por debajo de la mesa y la había puesto encima de mi rodilla—. Y ya sabes que valoro mucho tu opinión.

Me pilló por sorpresa. Cuando reaccioné ya había vuelto nuestro acompañante del baño. Le aparté la mano con un gesto algo brusco y enseguida la volvió a colocar, esta vez con más firmeza. Continuó hablando con el inversor como si tal cosa, obviando por completo lo que estaba sucediendo debajo de la mesa. Me puse algo nerviosa, aunque esta vez no lo aparté. No escuchaba nada de lo que estaba diciendo, sólo podía pensar en su mano llegando a mi muslo. Como si nada, con toda la naturalidad del mundo, él seguía charlando mientras me acariciaba cada vez con más atrevimiento. Me excité. La situación era absurda, me estaba latiendo la

entrepierna. No podía controlarlo. Pasó un rato, no mucho, hasta que por fin nos levantamos para marcharnos. Esperé, fingiendo buscar algo en el bolso y me levanté la última.

Cuando nos dirigíamos hacia la salida, Fernando posó suavemente la mano en mi cadera acariciándola de arriba a abajo en un gesto delicado que me dejó temblando. Necesitaba irme a mi despacho cuanto antes y recuperar la compostura.

Pasé la tarde entre mis papeles y el ordenador tratando de mantenerme centrada en el trabajo para no pensar demasiado en lo que había pasado en la comida. Obviamente no lo conseguí. Llevaba mucho tiempo sin tener sexo con Javier. Recordaba la última vez, aunque no podía recordar exactamente cuánto tiempo había pasado desde entonces. Seguramente mucho. Javier había sido un hombre muy sexual durante los primeros años de la relación, pero llegó un punto en el que la pereza venció a la lujuria. Yo tampoco hice nada al respecto. Después de tantos años de convivencia la cama era para ambos un espacio de descanso de las incomodidades del día a día. No estábamos dispuestos a hacer más esfuerzos.

No volví a ver a Fernando en todo el día. Me fui un poco más tarde de mi hora habitual. Cuando llegué a casa Javier ya estaba en el sofá, leyendo algo.

—Hola—me saludó con una sonrisa—, ¿Qué tal el día?

—Bueno, como siempre—mentí—. Estoy cansada. ¿Has cenado ya?

—No, te estaba esperando. Si quieres voy preparando algo mientras te cambias. A ver qué encuentro en la nevera.

Accedí sin mucho entusiasmo. En el fondo esperaba poder cenar sola y descansar un poco sin tener que hablar con nadie. Javier me irritaba incluso cuando era amable y considerado. Estaba cansada de estar siempre resentida sin motivo. Javier no era en absoluto culpable, simplemente estaba ahí para ser el blanco de mis rencores. Me puse ropa cómoda y cenamos algo ligero y triste, igual que nuestra conversación. Tras recoger la cocina entre los dos me fui a la cama. Él se quedó un rato en el sofá viendo la tele. Me metí en la cama y abrí la novela que tenía en la mesita de noche. Traté de retomarla donde la había dejado el día anterior, pero me costaba concentrarme. Releía el mismo párrafo una y otra vez sin conseguir avanzar. Estaba alterada, inquieta. Pensaba en Fernando metiéndome mano en la comida, en cómo disimulaba mientras me apretaba con total descaro, en cómo me excitaba. Empecé a sentir calor y me quité el pijama, quedándome solo con las bragas y una finísima camiseta de tiras. Observé mi cuerpo y me pareció increíblemente sensual.

Javier entró en ese momento en el baño. Escuché correr el agua mientras se lavaba los dientes. Cuando entró en la habitación me miró sin mucha curiosidad y siguió con su ritual para acostarse. Mientras yo me estremecía de ganas de sexo, él se acomodaba la almohada y seguía a lo suyo, bla bla bla... como si nada. Ni siquiera era consciente de mi excitación. No me deseaba. Ya no era más que a una compañera de piso, una amiga. Apagó la luz y me di la vuelta para tratar de dormir. En ese momento deseaba que me pusiera la mano en el culo y me acariciara, pero sabía que eso no iba a ocurrir. Javier estaba ya a años luz. Tocaba conformarme con eso el resto de mi vida y fantasear con algún escarceo de vez en cuando. Era lo que me esperaba los siguientes veinte años. O quizás no. En ese momento llevé la mano hasta mi sexo y me masturbé mientras Javier comenzaba a roncar a mi lado. Mientras me tocaba tenía una sensación desagradable. El desahogo físico no consiguió acallar la frustración. En ese momento, cansada y desilusionada, decidí que iba a dejar a mi marido.

2

Tenía que ir temprano a la oficina, así que me levanté antes que Javier. Traté de vestirme lo más rápido posible. No me apetecía verlo y mucho menos habar con él. Salí cerrando muy despacio la puerta y sin desayunar. Una vez en el trabajo sentí alivio por no tener que volver a casa hasta la tarde. No tenía ganas de enfrentarme a mis problemas. Lo que me pedía el cuerpo era meter la cabeza debajo de la tierra y dejar pasar el tiempo, pero no podía seguir viviendo así de amargada. No recordaba la última vez que me había reído. Ya no hacía nada de lo que me solía gustar. Alternaba el trabajo con una vida familiar que era cualquier cosa menos familiar. En casa trataba de esquivar a Javier y trataba por todos los medios de pasar el menor tiempo posible con él. No tenía muchas dudas de lo que tenía que hacer, pero no soportaba pensar en el drama y los inconvenientes que eso me iba a ocasionar. Pensé que sería todo más fácil si fuera él quien me pidiera el divorcio. De primeras montaría un numerito en plan mujer despechada y ofendida, pero le firmaría los papeles enseguida y me lanzaría ansiosa a mi vida en soledad. No pensaba que eso fuese a ocurrir. Javier estaba cómodo a mi lado y además era de ese tipo de hombre que apreciaba la rutina por encima de cualquier cosa. Quizás hubiese tenido alguna aventura, eso no lo podía asegurar con total certeza, pero que no iba a abandonarme. Estaba claro que tendría que hacerlo yo.

Continué con mis tareas, dando vueltas a la idea del divorcio. Pensamientos circulares y poco fructíferos. Era bastante obsesiva, así que me esperaba una temporada de hiperactividad mental. Justo cuando estaba empezando a concentrarme en el artículo que estaba escribiendo, llamaron a mi puerta. Era Fernando. Entró en mi despacho antes de que yo le hiciera algún gesto, como siempre. A él le daba igual si estaba ocupada, lo suyo era más importante. Me sacaba de quicio que lo hiciera, pero en ese momento no quería ponerme quisquillosa por pequeñeces. Le lancé una sonrisa forzada.

—Martita, ¿Qué tal estás? Aunque la pregunta se contesta sola.

—Venga, Fernando. ¡Déjate de rollos! Estoy con lío. ¿Querías algo?

—Vaya, ¿estás de mal humor? —cerró la puerta tras de sí y se acercó a mi mesa —Marta, ¿tiene algo que ver con lo que pasó en la comida? ¿Estás molesta conmigo?

Me sonó infantil. Parecía un adolescente con cara de señor mayor. Me hizo cierta gracia, resultaba tierno. No iba a decirle que me había puesto cachonda, ni mucho menos, pero tampoco me parecía justo mostrarme molesta con algo que en el fondo me importaba bastante poco.

—No — dije —Por mi parte está todo bien.

—No sabes cuánto me alegra oírte decir eso. Pero — dudó un momento — ¿me dejarías invitarte a comer? Tú y yo. Me gustaría que hablásemos tranquilamente.

No tenía ni idea de qué quería decirme. Sentía curiosidad y además necesitaba distraerme, dejar de pensar en mis problemas. Acepté y salió de mi despacho visiblemente satisfecho. Estuve trabajando bastante bien el resto de la mañana. A medida que se acercaba la hora de comer me fui poniendo un poco nerviosa. Tenía una sensación extraña en el estómago y algo de inseguridad. Esa comida era lo más parecido a una cita que había tenido en décadas. Me hacía cierta ilusión, aunque también me daba miedo. Daba por hecho que iba a ser una charla personal, pero pudiera ser algo relacionado con el trabajo, lo cual me dejaría bastante decepcionada. En realidad no sabía qué quería escuchar. Traté de serenarme y no darle más vueltas. Cuando llegó

la hora, Fernando pasó por mi despacho a recogerme y nos marchamos.

Me llevó a un restaurante algo alejado de la oficina, intuía que para tener algo más de intimidad. En cuanto llegamos desplegó sus modales de carcamal y me dedicó todo tipo de atenciones, arrimándome la silla, y ofreciéndose a colgarme el abrigo. Todo aquello me resultaba ridículo, pero no quería entrar en una discusión estéril, así que cedí. Una vez sentados llegó la camarera para tomarnos nota. Era una chica muy joven, de veintitantos, y era increíblemente atractiva. Me hizo sentir incómoda de forma casi automática. No existía ningún contexto en el que esa mujer y yo pudiésemos ser rivales, pero aun así me molestaba cualquier hipotética e injusta comparación en el terreno físico. Fernando la miró sin especial interés, pensé que por deferencia hacia mí. Temí que se hubiera dado cuenta de mi incomodidad. Un poco humillada, me concentré en la carta. Pedí lo primero que vi para salir de esa situación cuanto antes. Tras un poco de conversación ligera y una vez con la comida en el plato, fui directa al grano.

—Fernando, ¿qué hacemos aquí? Estoy un poco intrigada.

—Como siempre, eres implacable — dijo mientras dejaba los cubiertos sobre el plato — ¡no me das tregua!

—Fuiste tú el que propuso esta charla. Es normal que quiera saber por qué, ¿no te parece?

—Sí, sí. Tienes razón. El problema es que lo que tengo que decirte no me resulta nada fácil.

Empecé a sentir calor y el corazón se me aceleró. Esperaba que no se me notase, no quería evidenciar mis nervios. Deseaba una confesión romántica, por pura vanidad, por darme el gusto de rechazarlo. Podría incluso dejarme querer un poco, quizás una aventura era el empujón que necesitaba para dejar a Javier. Fernando estaba visiblemente incómodo y su lenguaje corporal lo estaba delatando. Por fin, se lanzó.

—Verás, Marta... no sé cómo decirte esto... supongo que no hay una forma buena de decirlo... eh... —mientras no decía nada concreto evitaba mirarme a los ojos — Bueno, verás, la dirección de la revista cambia de manos. Ahora mismo es económicamente inviable. Hay una oferta de un grupo empresarial sobre la mesa. Es cuestión de días que se produzca la venta.

Así, de entrada, me quedé sorprendida y molesta. Adiós a mis fantasías románticas.

—¿Cómo que se vende la revista? Fernando... ¿Qué estás diciendo? Si ayer estuvimos cerrando un acuerdo de patrocinio, ¿a qué viene esto ahora? No entiendo nada.

—Ya. El hombre con el que comimos ayer está al corriente de la operación. Esto no afecta a ese acuerdo, la nueva empresa se lleva consigo los patrocinios. Es una compañía muy fuerte con proyección internacional. Tienen mucha fuerza en internet y su idea es apostar por el formato digital. Se mantendrá la revista física, pero la tirada será pequeña. La idea es avanzar con los tiempos...

—Entonces... ¿Tú ya los conoces, ya te has reunido con ellos?

—Sí.

—Entonces seguirás siendo subdirector, ¿no? Y yo, ¿Seguiré teniendo la libertad que tengo ahora para hacer mi trabajo? ¿O voy a tener que pelearme con esta gente por no convertir la revista en un escaparate barato?

—No, no… no vas a tener que pelearte con nadie. Verás, la idea de esta gente es renovar los contenidos, el formato, van a cambiar el concepto y para eso van a traer a su propia gente. Y yo no estoy de acuerdo con eso, ¿eh? Pero no he podido convencerlos... Marta, lo siento mucho... he hecho lo que he podido.

Tras decir esa frase se quedó en silencio. Debieron pasar varios minutos mientras lo miraba a los ojos tratando de averiguar si me estaba tomando el pelo hasta que me di cuenta de

que hablaba completamente en serio.

—No debo de estar entendiendo bien —me tomé un tiempo para decirlo con calma—¿Me estás diciendo que me echan? ¿Así, sin más? Fernando, no me puedo creer lo que me estás diciendo...

—Sin más no, Marta. No es que te echen, así como lo dices suena fatal... pero entiéndelo. Hoy en día hay chavales jóvenes que saben todo del mundo digital, nosotros no podemos competir con eso. Es otra liga. Juegan a algo diferente con unas reglas diferentes. Tú has trabajado como nadie en la revista, pero los tiempos son lo que son, y no es una decisión mía. Por supuesto te pagarán una buena indemnización y te recomendarán por todos los medios posibles. Con tu experiencia no te costará encontrar algo… y probablemente mejor que esto. Marta, esto no tenía recorrido, y lo sabes.

—¡Venga ya! ¿Cómo puedes ser tan cínico? —noté cómo se retiraba hacia atrás en la silla con gesto de desagrado—Llevo veinte años trabajando contigo codo con codo, ¡al menos podías tener la decencia de no tratarme como a una estúpida! Has jugado tus cartas y conociéndote habrás hecho tu campaña para quedarte en la empresa y me has aparatado a un lado. ¿Acaso tú no estás tan obsoleto como yo?

—Sí, tienes razón, he luchado por mi puesto. ¿Me convierte eso en una mala persona? Cálmate, por favor. No digas nada de lo que te puedas arrepentir...

Traté de mantenerme serena, pero fue imposible. No podía creer lo que estaba pasando. No lo había visto venir. Me sentía traicionada. Hacía apenas unas horas pensaba que iba a declararse. La situación no podía ser más humillante. Fernando estaba pálido, moviendo la comida con el tenedor sin llevársela a la boca. No quería montar una escena en el restaurante, aunque me estaba comiendo la rabia.

—¿Desde cuándo lo sabes, Fernando? —me miró y levantó los hombros, haciendo un gesto que dejaba claro que no me iba a dar más detalles — Y ayer, cuando me metías mano debajo de la mesa, ¿no te pareció una buena idea decírmelo? Eres un miserable. Eres repugnante.

—Marta, por favor. No sigas por ahí. Entiendo tu enfado, pero estás matando al mensajero. Ayer no pasó nada, tú misma me dijiste por la mañana que estaba todo bien. ¿A qué viene eso ahora? Solo te acaricié la pierna, ¡por el amor de Dios! No tiene nada que ver una cosa con la otra. Eres una mujer atractiva y deberías de sentirte halagada por seguir resultando deseable en vez de echármelo en cara.

—¿Seguir resultando deseable? Por favor... es lo más ofensivo que he escuchado en mucho tiempo...

—Pero, ¿qué quieres que te diga? Somos mayorcitos ya, ¿no? ¿qué esperabas? Mira, Marta, cálmate, por favor... vamos a volver al trabajo. Tienes todo el mes para buscar algo, te escribiré una carta de recomendación siempre que la necesites... y puedes aprovechar para dedicar un tiempo para estar con tu marido.

—Me hace gracia que pienses ahora en mi marido. ¡Eres un hipócrita! Ayer no te acordabas mucho de él.

Me levanté de la mesa para irme. Fernando me pidió que me volviese a sentar, pero no estaba dispuesta a hacerlo. No quería estar ni un segundo más allí. Tenía calor, náuseas y ganas de llorar. Solo quería desaparecer. Cogí mi abrigo y mi bolso lo más rápido que pude. Saqué un billete de la cartera y lo dejé encima de la mesa. Era bastante más de lo que costaba mi comida, pero no quería esperar por el cambio.

—Yo invito, quédate con el cambio. Manda a un mensajero a mi casa para que me lleve mis cosas de la oficina. No pienso volver a aparecer por allí. Que te vaya bien.

No le di tiempo a decir esta boca es mía. No había nada más que discutir. Mientras me alejaba me temblaban las piernas. Llamé a un taxi y entré en un portal para evitar encontrármelo en salía del restaurante, cosa que por suerte no pasó. Llegué a casa en estado de shock. Me costaba pensar. Pasé un buen rato tirada en el sofá mirando al infinito. Todavía no podía entender el alcance de lo que acababa de ocurrir. Tanto sacrificio por mi trabajo, mi matrimonio, mi belleza, ¿para qué? Afortunadamente todavía quedaban unas horas hasta que llegase Javier de trabajar. No sabía qué iba a decirle. Lo último que necesitaba era su compasión, su “todo va a salir bien”. No soportaría escucharlo. Me tumbé y cerré los ojos con la infantil idea de que cuando los volviera a abrir todo hubiera desaparecido.

3

Desperté con el sonido de las llaves en la puerta. Me había quedado dormida en el sofá. No sabía qué hora era. Javier acababa de entrar en casa y se sorprendió al verme allí. Debía de tener una pinta horrible a juzgar por la cara que puso.

—¿Y tú ya aquí? ¿Estás bien? ¿Estabas dormida?

—Sí, me quedé frita. Estoy perfectamente, no te preocupes.

—Pero, ¿ha pasado algo en el trabajo? —dejó el abrigo y se sentó a mi lado.

—No, todo como siempre. Tuve una migraña horrible y me vine a casa. Ya estoy mejor.

—Vaya. ¿quieres que te prepare algo? Métete en la cama, aquí vas a coger frío. Venga, deja que te haga una infusión.

Su paternalismo me sacaba de quicio. Sabía que solo pretendía ayudar y que estaba siendo injusta con él, pero no podía evitarlo. Ese sentimiento me estaba volviendo loca. No me gustaba ser tan despiadada. Asentí por no decirle que me dejara en paz, que sabía cuidarme sola. Dejé que me hiciera una asquerosa manzanilla que me tomaría por obligación. Sólo quería meterme en la cama y dormir, olvidarme de Javier, del trabajo que ya no tenía y sobre todo de mí misma. Podría quedarme durmiendo durante meses sin salir de casa a base de pastillas que me dejasen en un placentero estado de inercia mental. Lo único que me detenía era él, con sus preguntas, sus infusiones y su preocupación. Pensar en ello me ponía todavía más furiosa, así que me fui a odiarle a la habitación. Cuando llegó con la bebida me hice la dormida, la dejo en la mesilla y se fue.

Cuando desperté al día siguiente estaba sola. Había una bandeja en la mesilla con una taza de café, algunas frutas y una nota: “No quise despertarte. Espero que estés mejor. He llamado a tu trabajo para avisar de que no irás. Descansa “. Me molestó. ¿Quién se creía que era para llamar a mi trabajo como si yo fuese una chiquilla? También me preocupó. ¿Habría llamado realmente? No sabía hasta qué punto los compañeros eran conscientes de la situación en la revista y le podían haber contado algo. De ser así me habría despertado para pedirme explicaciones. Esa nota era cualquier cosa menos inocente. Si quería saber si era una mentirosa, sí, lo era. No le diría la verdad ni bajo tortura. No me daba la gana. No sabía qué iba a hacer, pero Javier no estaba en ninguna de mis opciones.

Me levanté, me duché y vestí con pocas ganas. No tenía ningún plan y no quería quedarme en casa todo el día dándole vueltas a la cabeza. Salí a despejarme y tomar un café. Hacía un día estupendo, algo frío pero muy soleado. Paseé por el parque y entré en una cafetería. Necesitaba serenarme tras el mazazo del trabajo y pensar qué hacer. Tenía bastante claro que iba a divorciarme, sólo necesitaba un poco de asesoramiento. Conocía a varios abogados, no sería un problema dar con uno bueno. Pensé en cómo reaccionaría Javier cuando le diera la noticia. Así de primeras se sorprendería y empezaría a ponerse nervioso. No era un hombre al que le gustasen las novedades. Enseguida empezaría a explicarme, con la frialdad de un científico, los inconvenientes de un divorcio. Como si yo fuera a decirle “Oh, vale, no había pensado en eso, olvida lo del divorcio”. De lo que estaba muy segura era de que no habría muchos sentimientos en la escena, nada de ira, nada de pena, nada de nada. Ninguno perdería los papeles, nadie lloraría, todo sería muy civilizado y muy racional. Eso era nuestro matrimonio, un acuerdo cómodo y desafectado. Ya no quería formar parte de ello.

Javier no siempre había sido así. Cuando nos conocimos éramos muy jóvenes. Nos vimos en una fiesta a la que había ido acompañada. Javier era conocido de unos amigos y coincidimos allí sin tener nada en común. No era un hombre especialmente guapo, pero tenía algo diferente. Siempre tuvo una mirada despistada, el aspecto de un Don Quijote moderno. Daba la impresión de estar siempre soñando despierto. Se fijó en mí y se las arregló para que pasara de mi acompañante y acabamos la noche juntos. Después de aquella noche hubo muchas más. Entonces ambos estábamos terminando los estudios, teníamos grandes proyectos, nos pasábamos horas y horas hablando de ellos. La química sexual era increíble, durante años disfruté cada centímetro de su cuerpo con empeño y devoción. Yo era una amante entregada y ardiente. Nos fuimos enseguida a vivir juntos y esos fueron sin duda los mejores años de nuestra relación. Luego nos casamos, compramos una casa, nos endeudamos, caímos de lleno en el mundo laboral y nos dimos un baño de realidad. No pude tener hijos. Yo hubiera querido adoptarlos, pero Javier mostró todo tipo de reticencias. Podía haber insistido más, o hacerlo yo sola, pero no lo hice. Cuando nos dimos cuenta habíamos pasado de nuestros ideales y habíamos cedido prácticamente en todo. Enseguida me puse a trabajar, primero en una galería, luego en la revista, y Javier como ingeniero químico en una importante empresa de cosméticos. No me gustaba su trabajo por lo que esa empresa representaba, sin embargo, sabía que mi falta de coherencia no resistiría ni la primera de las críticas que le hubiese podido hacer a él.

Lo que llevé peor fue la muerte de la pasión. Llegó un momento en el que Javier apenas me miraba, no se fijaba en mí. Me daba por sentado. Perdió el interés por descubrirme, pensó que ya sabía todo lo que tenía que saber acerca de mi persona. Y ahí se equivocaba. Dejamos de hablar de sentimientos y entre nosotros los intercambios se limitaban a detalles concretos de nuestro día. Le echaba muchísimo de menos y me acostumbré a eso. El sexo fue de las primeras cosas en desaparecer, aunque a eso nunca pude acostumbrarme. Javier hacía su vida y yo la mía. Mientras tanto compartíamos el piso. Me hubiese resultado muy fácil tener alguna aventura y creo que a él le hubiese dado igual. Nunca sucedió nada grave, más allá de las pequeñas desilusiones que nos iban minando poco a poco. Cuando pasé los cincuenta y empecé con los síntomas de la menopausia, las cosas fueron a peor. Tuve que adaptarme a muchas pérdidas personales y me encontré tremendamente sola. La falta de sensibilidad de mi marido me ponía los pelos de punta. No trataba de explicarle cómo me sentía, me resultaba un proceso muy doloroso tener que hacerme entender hasta en lo más elemental. Fui perdido la juventud, la belleza en la que siempre me había apoyado y que me había dado tanta seguridad. Al convertirme en una mujer mayor tuve que replantearme quién era.

Lo más duro fue perder a mi madre. Le diagnosticaron Alzheimer y la enfermedad fue implacable. Fue convirtiéndose en otra persona. A veces tenía momentos de lucidez y me hacía ilusiones de que iba a mejorar, pero cada paso que daba hacia delante la conducía a un nuevo retroceso. Fue muy triste. Hubo un momento en el que no podía seguir viviendo sola y le planteé a Javier llevárnosla a nuestra casa. Se negó, por muchas razones perfectamente justificadas y sensatas. Había millones de argumentos en contra de traerla y solo uno a favor: era mi madre. Cedí y fue el mayor error que cometí en mi vida. No tuve valor y lo pagué con unos remordimientos que me visitaban en medio de la noche quitándome el sueño. Era el precio por no haber hecho lo que quería hacer. Fui a visitar a mi madre a la residencia tres veces por semana mientras estuvo allí, hasta el día que falleció. A ella le contaba lo que no podía explicarle a mi marido. No podía decirme nada desde la niebla oscura en la que se encontraba, pero sé que me escuchaba con cariño. Cuando murió mi madre me quedé completamente sola.

Con estos pensamientos y varios cafés se pasó la mañana. Busqué un restaurante para

comer, no tenía intención de ir a casa hasta tarde. Incluso barajé la posibilidad de quedarme a dormir en un hotel. No le daría muchas explicaciones a Javier, quizás incluso podría aprovechar la ocasión para plantearle la separación. Eché un vistazo a mi móvil que llevaba muchas horas en el bolso sin recibir ninguna atención. Tenía más de veinte mensajes. La mayoría cosas de trabajo que ni me molesté en leer. Me detuve en un mensaje de Fernando: "Martita, no seas cabezota. Cuando recapacites llámame, tengo algo que puede interesarte. Por cierto, ayer hablé con tu marido... ¿va todo bien entre vosotros?".

Eliminé el mensaje. No iba a dale explicaciones acerca de mi vida. Tampoco me interesaba lo que fuera a proponerme. No estaba resentida, al contrario. Me sentía aliviada de no tener que volver a un trabajo que nunca me satisfizo del todo. Además, no quería deber nada a nadie. Había otro mensaje, de Vera. Era mi amiga desde hacía más de veinte años, quizás la única verdadera. Nunca había sido una persona muy sociable. Por mi trabajo me había visto forzada a mantener más relaciones de las que hubiese deseado. En general la gente me resultaba mortalmente aburrida, plana y no me aportaba gran cosa. Había excepciones, cómo no, pero el esfuerzo de topar con ellas me resultaba agotador. En cuanto una amistad se volvía demasiado exigente mi impulso era salir corriendo. Había conocido a muchas personas y muy pocas me interesaron realmente. Con Vera las cosas eran fáciles, se podía decir que nos entendíamos bien. Le contesté con una llamada y quedé con ella esa misma tarde.

En cuanto llamé al timbre de su apartamento me sentí en casa. Vera resultaba siempre acogedora, daba igual dónde estuviera, su sola presencia era reconfortante Nos dimos un abrazo y enseguida hicimos un té y nos pusimos a charlar en la mesita de la cocina. Ella estaba igual que siempre. Estaba divorciada desde hacía mucho tiempo y tenía un hijo que vivía con ella por temporadas. Yo había vivido con ella su separación. Había visto como criaba a su hijo con muchas dificultades, cómo superaba sola todos los problemas que le fueron apareciendo por el camino. Y no fueron pocos. La admiraba por eso. Tras ponernos al día de las idas y venidas de su hijo, fue directa a por mí

—Bueno, ¿y tú qué? Tienes toda la pinta de tener novedades que contarme. Ya te lo noté cuando hablamos por teléfono…

—A ti no puedo engañarte, aunque quiera... que no quiero. Me ha pasado de todo. No sé por dónde empezar. Mi vida se va a la mierda. Estoy en caída libre.

—Pero... ¡qué exagerada! No será para tanto —dijo sin dejar de sonreír —a ver, mujer, ¿qué es eso tan grave?

—Vera, me han echado del trabajo. Y me voy a divorciar de Javier.

Dicho así, sonaba suficientemente grave. Vera se quedó con la boca abierta, sin saber muy bien cómo reaccionar. Tomé un poco de té, despacio, dándole tiempo a asimilar lo que acababa de decir.

—La revista cambia de manos —continué —y ya no cuentan conmigo. Me lo dijo Fernando, el subdirector, en una comida en la que yo pensaba que iba a declararse. Fue muy humillante. Se ve que estoy obsoleta, vamos, que voy vieja y quieren gente joven. Me duele el orgullo, pero no lo siento por el trabajo. Ya no me aportaba nada más que el dinero. La verdad es que he perdido interés por casi todo. No sé qué voy a hacer a partir de ahora, no he querido pensar en ello. Y respecto a Javier...

—Eso me lo puedo imaginar. No se os veía muy compenetrados precisamente. Ya sabes que te apoyo al cien por cien. Pero, ¿por qué ahora? ¿qué pasó?

—Todo y nada. Pasó la vida, Vera. Pasó que me cansé y pasó que tengo miedo de perder el tiempo que me queda. No hay terceras personas ni grandes dramas. Ya no tenemos sexo, no

nos buscamos, no nos tocamos, no recuerdo la última vez que nos besamos en la boca. Pero lo peor de todo es que ya no me gusta el Javier con el que vivo ahora. No me gusta en quién se ha convertido, ni en quién me he convertido yo. Siento que con él me resulta imposible avanzar. Hay momentos en los que estoy deseando que la cague, que cometa algún error y haga algo horrible para tener una razón para odiar. Y le acabo odiando por no hacer nada. No sabes cuántas veces he deseado que me fuera infiel, pero ni ese gusto me dio. Ya no encuentro ningún motivo para estar con él, de verdad. Eso es todo.

—¡Vaya! Sí que lo tienes claro. Bueno, Marta, siento que estés pasando por esto. Siento lo de tu trabajo, pero si como me dices estabas harta quizás es lo mejor que te podía pasar. Y lo de Javier, creo que tienes tomada esa decisión desde hace tiempo- Así que solo te puedo decir esto: adelante. No es el fin del mundo, ya verás.

Me acarició la cara mientras lo decía y no pude evitar emocionarme. Necesitaba esa caricia desde hacía tiempo. No hizo falta decir nada más.

Después de cenar me preparó la cama en el cuarto de su hijo, que esos días estaba con su padre. Era una habitación muy sencilla, se veía que el chico no se paraba mucho en detalles, pero a mí me hacía muchísima ilusión dormir allí. Cuando estuve lista para irme a dormir comprobé el teléfono. Tenía varias llamadas perdidas de Javier, así que decidí informarle de que no iría a dormir. Lo último que quería era que montase algún número o llamase a la policía.

“No me esperes. Me quedo a dormir en casa de Vera. Necesito tiempo y distancia. Ya hablaremos en otro momento”.

El mensaje quedó demasiado frío, no me salía otra cosa. Lo envié algo nerviosa. Comprobé que lo recibía y lo leía en ese mismo instante. Estuvo en línea unos minutos y luego se desconectó sin responder. Comprobé varias veces el móvil durante la siguiente media hora y finalmente lo dejé estar. Eso era todo lo que había: la callada por respuesta.

4

Al levantarme escuché a Vera trastear en la cocina. Cuando aparecí por allí estaba la mesa puesta con el desayuno.

—¡Buenos días! —dijo nada más verme — ¿Dormiste bien? Espero que tengas hambre...

Asentí y agradecí el detalle con una gran sonrisa. Mientras comíamos charlamos un poco acerca de su trabajo. Me comentó que esos días tenía doble turno, pero vendría a casa a comer. Vera trabajaba como enfermera en un hospital bastante céntrico y le gustaba mucho su trabajo. Se había puesto ropa cómoda: pantalón holgado, jersey fino y unas deportivas. Llevaba el pelo atado en una coleta y apenas nada de maquillaje. Sin artificios, ella misma era más que suficiente. Yo no había sido capaz de salir así a trabajar ni un solo día de mi vida. En cuanto terminamos, recogimos y se marchó. Me dejó en su casa con unas llaves en la mano, abriéndome las puertas de su vida sin dudarlo ni un solo momento.

Por mucho que me apeteciera no podía quedarme en su casa todo el día. Tenía muchas cosas que resolver y en algún momento tendría que hablar con Javier para poner el divorcio encima de la mesa. Me daba una pereza terrible, pero no tenía más remedio que hacerlo cuanto antes. Cada día que pasara las cosas serían más difíciles. Por la hora que era estaría en el laboratorio así que decidí ir al piso a recoger algunas de mis cosas.

En cuanto llegué allí me dio un bajón. Demasiados cambios en unos pocos días. No había tenido tiempo de asimilar que ya nada sería igual. En aquella casa estaba la que había sido mi vida durante décadas. Los muebles que yo misma escogí, los cuadros que me acompañaron y reconfortaron en muchas ocasiones, los detalles que significaron tanto para mí. Todo eran recuerdos. Siendo honesta conmigo misma, tenía que reconocer que no supe llenar mi vacío. Ya no me apetecía contarme mentiras, culpar a la suerte, a Javier, a un trabajo que me hubiera dejado igual de insatisfecha que cualquier otro. La culpable era yo, siempre fui yo. Me tiré en la cama y lloré con rabia. No sabía si iba a poder soportarlo. En ese momento hubiera deseado estar en mi habitación de adolescente, oír a mi madre llamar a la puerta para asomarse y preguntarme si iba todo bien. Ella me hacía sentir segura instantáneamente, sólo con oír su voz. Sólo ella podía hacerlo. Cuantos más años pasaban, más la echaba de menos. Procuraba no pensar mucho en su enfermedad y en la etapa en la que estuvo en la residencia. Me hacía daño el remordimiento. Aparté esos pensamientos me puse a sacar ropa del armario para llevármela a casa de Vera. No sabía muy bien cuántos días estaría fuera, así que cogí lo que más me gustaba sin darle muchas vueltas. Me tentaba mandarle un mensaje de texto a Javier exponiendo la situación, pero me parecía muy cobarde por mi parte. No quería que pensase que no me atrevía a decírselo a la cara. Tampoco sabía muy bien qué decir. Al final decidí mandarle un mensaje citándolo para hablar en persona. Esta vez contestó enseguida y quedamos ese mismo día a las ocho en casa, cuando hubiera vuelto del trabajo. Tendría tiempo de pensar y ordenar mis ideas antes de esa conversación. Metí las cosas en una maleta y me fui.

Durante la comida con Vera hablamos del tema. Ella pensaba que lo mejor era decir las cosas directamente, sin paños calientes. La sentí muy cansada después de la jornada, tenía el gesto más serio y marcado que cuando la vi por la mañana. Me pregunté si estaría pasando por algo que se me escapaba. No me atreví a preguntar. Nunca me había gustado indagar en las intimidades de los demás, y mucho menos dar consejos no solicitados. Pensé que si le pasaba

algo me lo acabaría contando. Por la tarde se fue a trabajar y me quedé en su casa poniendo en orden las ideas antes de encontrarme con mi marido. Aquella situación me estaba empezando a pesar y necesitaba soltarlo todo cuanto antes. Cuando llegó la hora, me arreglé, quizás demasiado para lo que requería la ocasión, y me fui a la cita.

Nada más entrar en casa vi a Javier esperándome sentado en el sofá y me puse nerviosa. Me miró muy serio y seco.

—Hola, Javier. ¿Estás bien? —pregunté por romper un poco la tensión.

—Ahórrate las cortesías. No creo que te importe mucho cómo estoy.

No me lo pensaba poner fácil. Quizás la idea del mensaje de texto

no hubiera estado tan mal después de todo, pero ya era demasiado tarde. Tenía que enfrentarme a él me gustase o no. Y no me gustaba nada.

—Muy bien, como quieras — me senté en el sofá, a una distancia prudencial —Mira, no voy a andarme con rodeos. Por respeto hacia ti, creo que debo ser clara. Últimamente las cosas entre nosotros no funcionan. Lo sabes tan bien como yo. Tú, por tu carácter, puede que lo lleves mejor, pero yo no puedo vivir así Javier. No me gusta vivir así.

—No me vengan con gilipolleces —dijo visiblemente irritado — Llevamos casados un montón de años y ahora mismo las cosas no están peor que antes, ni ha pasado nada que yo sepa para que de repente, cojas la puerta y te largues de casa sin más. ¿A ti te parece normal comportarte así? ¿Es que te has vuelto loca? No doy crédito, de verdad, ¿Qué estás haciendo? ¡Joder! Llego ayer del trabajo y me encuentro con que no estás, y me mandas un mensaje diciendo que ya hablaremos, sin una explicación. ¿Por quién me tomas? Yo no soy tu ligue del instituto, Marta por Dios... Es una falta de respeto, de consideración, del más mínimo sentido común. ¿Tú sabes lo humillante que resulta esto?

Estaba fuera de sí. Me estaba echando una bronca como si fuera una chiquilla. No era la reacción fría que esperaba. Empezaba a sentirme insegura y no quería caer en eso. No iba a disculparme. Me temblaba el pulso y tenía un nudo en la garganta. Traté de sacar fuerzas para no apocarme y buscar el coraje de donde fuera.

—Javier, cálmate. Si levantas el tono no voy a seguir hablando contigo. Imagino que no te gustó que ayer no durmiera en casa, pero no es para llamarme loca, ¿no te parece? Y no digo gilipolleces. Cambia el discurso porque no te voy a consentir que me trates así. Sólo quiero que entiendas los motivos por los que he decidido hacer eso.

—Esto es el colmo... ¿ahora vas de víctima? ¡Es lo que me faltaba por oír! — al decir esto ya estaba gritando — ¿Qué me vas a decir, que no eres feliz conmigo? ¿Y quién lo es? Eres tremendamente infantil. Tienes la cabeza llena de pájaros, eres tan emocional… La vida no es así, querida. En la vida no hay cuentos de hadas, ni finales felices, las parejas no viven en una eterna luna de miel. Nosotros no estamos como antes, pero lo único que ha pasado es que nos hemos hecho más viejos. Nada más. ¿Tú de verdad crees que vas a rehacer tu vida ahora? ¿Es eso lo que quieres ¿Te estás viendo con alguien? ¿Es eso?

—No, no me veo con nadie —contesté tratando de mantener la calma — No necesito estar con otro para saber que no soy feliz contigo. No quiero seguir casada contigo. Te puedes poner como quieras, pero no me puedes obligar a querer estar contigo. Y si bajas la voz, hablamos de ello.

—No me puedo creer lo que estás haciendo. No te reconozco. No sé qué te habrá pasado para que de repente hagas esto. Hemos pasado media vida juntos —le empezó a temblar la voz —no lo entiendo. Y encima me mientes respecto a tu trabajo, hablé con tu jefe y sé todo lo de la revista. ¿No pensabas decírmelo? Estaba con la boca abierta mientras lo escuchaba. Encima

debió de pensar que soy un imbécil. De un día para otro descubro que me mientes y que quieres abandonarme. Ya no me creo nada de lo que me digas, Marta.

Me quedé callada un rato. Me miraba mientras esperaba que le diese una explicación racional, pero no la había. ¿Qué podía decirle? No quería decir algo como "la vida es así", me parecía demasiado simple. Sin embargo, no había mucho más que explicar. No quería decirle que en los últimos años los días a su lado se me habían hecho feos, aburridos y vacíos. Que su falta de deseo hacia mí me hizo tragarme las lágrimas muchas noches, que yo seguía siendo una mujer, a pesar de ese "nos hemos hecho viejos". Que no había nada ya en su persona que me despertase la curiosidad. Que pensaba que merecía algo más y que no me iba a quedar a su lado viendo pasar el resto de mi vida. No le dije todo eso porque no quería hacer más daño. Y tampoco quería disculparme, no hubiese sido sincera. Así que guardé silencio tratando de que captase lo que no le estaba diciendo. Y creo que lo escuchó, alto y claro, en las excusas que no estaba dispuesta a dar y las lágrimas que ya no me apetecía derramar.

Me levanté del sofá. Seguía mirándome con un gesto a medio camino entre la incredulidad y la súplica. No quería quedarme mucho tiempo, era demasiado doloroso verlo así.

—Voy a pasar unos días en casa de Vera. Sé lo mucho que te gusta esta casa y no tengo ninguna intención de pedirte que te vayas. Podemos llegar a un acuerdo más adelante, pero ahora no es el momento. Lo siento, Javier.

Me fui, consciente del dolor que dejaba tras la puerta que acaba de cerrar.

5

Cuando llegué a casa de Vera me estaba esperando con la cena hecha y una sonrisa en la boca. No sabía cómo se las arreglaba para gestionar la casa trabajando tantas horas. Yo odiaba las tareas domésticas, especialmente cocinar. Al sentarme me derrumbé. Demasiada tensión. Traté de contarle lo que había pasado con Javier, pero me costaba hablar y no era capaz de ordenar una sola frase. Tampoco hizo falta, lo entendió todo. Me ofreció un pañuelo y me reconfortó con todo tipo de palabras cariñosas que yo acepté sin rechistar.

—Menudo drama, Marta. Esto parece una escena de un culebrón — dijo sonriendo — No será para tanto, mujer.

—¡Tú no sabes cómo se puso! No me lo esperaba. Nunca antes había reaccionado de esa forma tan pasional...

—A ver, es normal. Para él todo esto ha sido una sorpresa. Ten en cuenta que, de un día para otro, se entera de que quieres dejarle. Es lo que pasa cuando estás tanto tiempo tramando algo en tu cabeza sin decir nada a nadie. No tenías que haber aguantado tanto. Y no tenías que haber pasado por esto tú sola. ¿Por qué no me dijiste que estabas tan mal?

—Porque no me gusta dar la lata mis problemas. No soporto a la gente que va de víctima. Antes me muero que ir por ahí dando pena.

—Ya, pero una cosa es ir de pobrecita y otra compartir con una amiga algo que te preocupa. Mira que eres radical —dijo riéndose — aunque reconozco que me gusta eso de ti. Eres dura de pelar.

—No te creas. La procesión va por dentro. Seguramente soy mucho peor de lo que crees.

—¡Pues sí que estás negativa! Anda, vamos a cenar, que las penas con pan...

La cena resultó muy agradable y apaciguó un poco mis nervios. Estar con Vera me sentaba de maravilla, pero no podía evitar sentirme un poco culpable por invadir su espacio de esa manera. Por mucho que ella lo hiciera de mil amores necesitaba devolverle el favor de algún modo. Prefería que se me echase de menos a resultar cargante o un estorbo. Pareció adivinar lo que estaba pensando.

—Sabes que puedes quedarte aquí el tiempo que quieras. A mí me encanta tenerte por aquí. Ni se te ocurra pensar que molestas, que te conozco. Si me molestases, te echaría —dijo en tono de broma— Soy mayorcita para cuidar de mí misma y sé decir que no. Quiero que te quedes el tiempo que necesites, sin fechas. Eso sí, el fin de semana va a venir mi hijo Rubén. Tengo una cama supletoria que puedo poner en mi cuarto o en el salón, como prefieras. ¿Te parece bien?

—¿Qué me va a parecer?¡ Sólo faltaba! Te lo agradezco en el alma. Pero mira, el finde mejor me voy a un hotel y te quedas en tu casa con tu hijo. El querrá estar contigo y yo tengo cosas que arreglar.

—¡De eso nada! Si ya empezamos así, malo. Mi hijo va a su rollo, se pasa todo el fin de semana metido en su habitación. No creas que vamos a hablar de la vida y ver películas, bastante será si no tenemos alguna bronca. Quédate, así lo conoces un poco mejor. Si te apetece, claro.

Cedí ante el entusiasmo de Vera, pero no estaba muy convencida. Apenas había tenido trato con Rubén en todos estos años y me había ido muy bien. Sin embargo, no quería ser una cascarrabias antisocial. Dejaría mis manías de lado el fin de semana. Era lo menos que podía hacer por ella.

Pasamos el resto de la semana atareadas. Ella con su trabajo, yo con mis obsesiones. No tenía ninguna noticia de Javier. Tampoco había vuelto por la oficina y no sabía si finalmente me habían mandado mis cosas a casa. Fernando me había llamado infinidad de veces, tantas como rechacé la llamada. Ya se cansaría de insistir, aunque tenía que reconocer que estaba tardando mucho. Uno de los dos acabaría cediendo. Aproveché que tenía todo el día libre para ir a consultar el tema del divorcio. Era un tema desagradable pero necesario. Llamé a una abogada especialista en esos asuntos a la que conocía por amigos comunes. Me citó al día siguiente. La consulta fue bastante rápida.

Hablamos principalmente de cómo resolver los asuntos económicos que teníamos en común, sobre todo la casa. No tenía ninguna duda de que el arreglo sería de mutuo acuerdo. A pesar del arrebato de aquel día, Javier era un hombre sensato y juicioso. La abogada dijo que se encargaría de todo el papeleo y me llamaría en cuanto hubiese novedades. Salí de allí bastante tranquila. Esperaba que las cosas se arreglaran sin hacernos mucho daño y que cada uno pudiera continuar con su vida.

La vida en casa de Vera me estaba resultando más fácil de lo que esperaba. Llevaba tanto tiempo conviviendo con Javier que había olvidado lo que era compartir de verdad el tiempo. Con ella disfrutaba de todo, hacer la compra, preparar la comida, estar en el sofá acurrucadas en una manta. Ella era una persona buena, sin segundas intenciones, y su carácter me parecía producto de una decisión, de un deseo interior, y no de la ingenuidad. Yo no estaba a ese nivel, ni mucho menos. Esos días en su casa comencé a admirarla. Con todo, tenía la impresión de que algo la perturbaba. De vez en cuando notaba una mirada extraña, como perdida, parecía estar en otra parte. Era como si estuviese luchando contra algo que yo desconocía por completo. No le preguntaba porque no quería molestar. No quería ser invasiva, prefería esperar a que ella tuviese la necesidad de expresar su preocupación en voz alta. Pasaron rápido los días hasta que llegó el fin de semana, y con él, Rubén.

Llamaron a puerta y Vera salió corriendo a abrir. Escuché sus gritos entusiasmados, y me sorprendió la fría respuesta de su hijo, como queriendo quitársela de encima. Era un chico bastante alto, delgado, de unos veinte años. Tenía marcas en la cara, seguramente por algún episodio de acné juvenil mal curado, los ojos grandes y vivos y una sonrisa de chico travieso. Tenía algo de Vera, sin duda. La última vez que lo había visto era un niño. Había crecido y había cambiado. Para mí ese chico era un completo desconocido. Dejó las bolsas en el suelo y miró hacia mí. Vera empezó a explicarle el motivo por el que me encontraba en su casa y me sorprendió que no lo hubiera hecho antes. Me saludó con un “hola” desprovisto de intención de entablar conversación. Fue a la cocina y cogió un refresco mientras su madre le hacía todo tipo de preguntas que despachó con monosílabos. Tras un rato bastante incómodo se metió en la habitación. Cuando Vera dijo que iba a su bola, no me imaginaba algo tan literal. Me quedé bastante descolocada presenciando algo que debía de haber sido privado. Sentí lástima por ella cuando se volvió hacia mí tratando de excusar el comportamiento de su hijo. En ese momento hubiese preferido estar en un hotel. Quería pasar de las explicaciones lo más rápido posible, así que le dije:

—Vera, no te preocupes. Son todos iguales, creo. Ya se le pasará.

Dio por bueno mi comentario y zanjamos el tema. Me quedé con mal cuerpo, pero al cabo de un rato habíamos cambiado de tercio y estábamos tomando una copa de vino en la cocina mientras preparábamos la comida. Yo no tenía ni idea ni ganas de cocinar, pero echaba una mano en lo que podía. Con Javier no solía compartir momentos así, entre nosotros establecimos unas extrañas dinámicas que mantuvimos como si no hubiera otra opción.

Convertimos el no relacionarnos como una forma de relación. En ese momento me alegraba de haber tomado la decisión de dejarlo todo atrás. Merecía más, mucho más. Quizás era el vino, que me estaba subiendo. Vera también parecía más animada, aunque tenía la intuición de que en cuanto Rubén saliese de su cuarto para comer se esfumaría todo el buen rollo. En cuanto estuvo lista la comida y puesta la mesa, lo llamó golpeando la puerta suavemente con los nudillos. Parecía tenerle un poco de miedo. Fingí no darme cuenta. Al cabo de un rato estábamos los tres comiendo.

La conversación con el chico no era fácil. Me esforcé en hablar de cosas que pudieran interesarle, sin mucho éxito. La mayoría de las veces era Vera la que hablaba por él. Rubén me parecía un adolescente tardío, su actitud era infantil y egoísta, no hacía el más mínimo esfuerzo y me estaba empezando a cansar. El fin de semana se me iba a hacer muy largo. Yo no tenía mucha paciencia con las faltas de educación de los demás, pero dada mi situación de invitada y por deferencia a su madre, mantuve la compostura. Su actitud respecto a Vera me molestaba, la trataba con desdén a pesar de que ella se desvivía por él. Yo sabía lo que había pasado por darle una buena vida y él no parecía ser consciente. Por un momento me alegré de no haber tenido hijos, pero enseguida me arrepentí de esos pensamientos. No quería juzgar ni ser soberbia. Traté de mantener una actitud positiva en la medida de lo posible, aunque me estaba costando. Después de la comida se metió en su habitación y de ahí no salió. Y la verdad, fue un alivio.

Pasamos la tarde entre charlas y un poco de televisión, dimos un paseo por la cuidad y nos sentamos en una terraza a tomar un café. Sin embargo, desde que había llegado su hijo Vera estaba afectada. Le pregunté si estaba todo bien y me dio largas. No esperaba de ella esa actitud de negación u ocultación, pero trataba de entenderla. Era evidente que entre ellos había problemas y no quería hacerme partícipe. Puede que se sintiera avergonzada, pero hubiese agradecido la confianza. Quizás entre las dos hubiésemos podido ver las cosas con más claridad, pero no se puede ayudar a quien no quiere ayuda. Me molestaba un poco tener que fingir que no había un elefante en la habitación.

Al llegar la noche le pedí a Vera la cama supletoria para instalarme en el salón. No me apetecía dormir con ella en el cuarto. Prefería tener algo de independencia. Mientras hacía la cama escuché a Rubén ir a la habitación de su madre. Apenas escuchaba lo que decía hasta que empezó a levantar un poco la voz. Vera le estaba pidiendo que bajase el tono. En un momento dado escuché como él le reprochaba que me hubiese dejado dormir en su habitación estos días, “Habrás cambiado las sábanas, ¿no?, no quiero dormir donde haya dormido esa vieja”. Me quedé helada. Tras eso, escuché a Vera pedirle que tuviera algo de educación, pero el chaval ya no atendía a razones y tras varios exabruptos más se fue con viento fresco y de paso dio un portazo al cerrar. Me quedé un rato sentada en el colchón, dudando qué hacer. Aquello era más de lo que estaba dispuesta a soportar. No quería quedarme allí esa noche, pero tampoco quería hacer que Vera se sintiese mal. Había cosas que arreglar entre ellos, no quería ser demasiado severa ni sacar conclusiones. Desconocía los detalles de la relación, los problemas que Rubén tenía, el motivo de su comportamiento infantil, y seguramente las cosas no eran tan fáciles como para hacer un juicio rápido. Ya tenía muchos años como para saber que, entre el blanco y el negro, había una inmensa escala de grises. Sentía que el hecho de estar yo allí, estaba poniendo a Vera en una situación complicada con su hijo.

Tras meditarlo un poco decidí poner una excusa y marcharme a dormir a un hotel. Cuando se lo planteé se puso a la defensiva. No lo dijo, pero era evidente que sabía que había escuchado el comentario de su hijo. Así, sin decir lo que pensábamos realmente, evitamos una situación incómoda, pero ambas nos quedamos con mal cuerpo. Le agradecí de mil maneras la

ayuda, la hospitalidad, y ella estuvo cariñosa, pero me fui de allí con la desagradable sensación que haber enturbiado nuestra relación.

6

No tuve que pensar mucho para escoger un hotel donde pasar la noche. Había uno al que había ido con Javier hacía un tiempo y que me parecía especial. Tenían libre una habitación doble con terraza y no me importaron los más de cien euros que costaba.

En cuanto entré en la habitación sentí esa ilusión que solo se siente en los hoteles. Mucha gente los encuentra deprimentes, por impersonales y fríos, sin embargo, para mí eran sinónimo de excepcionalidad y aventura. Con esas buenas sensaciones deshice la maleta y me acomodé en el cuarto. Era una estancia bastante grande con una decoración minimalista y cuidada hasta el último detalle. Por suerte me había traído libros, así que no echaba nada en falta. Estaría en la gloria si no fuera porque me pesaba la sensación de haber molestado a Vera. Esperaba que estuviese bien. Yo tenía cierta experiencia con adolescentes, por temporadas había impartido talleres en academias a chavales de esas edades. Además, había tenido bastante trato con los sobrinos de Javier, uno de ellos pasó algún tiempo en casa en un momento en el que había tenido problemas con sus padres. Sabía que eran etapas difíciles en las que les podía la impulsividad. También había podido ver cómo las madres excesivamente entregadas y sacrificadas acababan a menudo recogiendo el desprecio de sus hijos. Noté ese rencor en Rubén. Estaba segura de que el comentario despectivo hacia mí lo hizo por hacerle daño a su madre. No me ofendía que un chico de veinte años me llamase vieja, pero me dolía presenciar esa violencia pasiva contra Vera. Decidí dejar pasar unos días antes de llamarla para aclarar las cosas y normalizar de nuevo la relación. Pero no iba a volver a quedarme en su casa, estuviera Rubén o no. Ya no era una opción.

Me tumbé en la cama y eché un vistazo a la carta. Pedí que me subieran a la habitación una ensalada de salmón, una copa de vino y un coulant de chocolate. Mientras esperaba eché un vistazo al móvil. Tenía varias llamadas perdidas de Javier, varios mensajes de Fernando y ni rastro de Vera. Lo que esperaba. Leí los mensajes sin muchas ganas. Fernando se estaba empezando a poner muy molesto. Pensé que le pesaría la conciencia por haberme hecho la cama en la revista de esa manera. Sin embargo, una parte de mí tenía ganas de escuchar sus excusas. A estas alturas mis contradicciones internas ya no suponían un problema muy grande. Ya no aspiraba a la perfección que mi condición natural no me permitía. Empecé a redactar un mensaje cuando llamaron a la puerta. Dejé el móvil sobre la cama y abrí. Era mi cena. Busqué en el bolso y le di una propina al camarero. Era un chico de unos treinta años, bastante guapo. Me sonrió y me hizo un cumplido con mucha educación. Se me pasó por la cabeza que pudiera estar coqueteando, pero mi sentido común me dijo que podría ser, literalmente, mi hijo. Así que le devolví la sonrisa, le di las gracias y cerré la puerta. El placer de la comida no entiende de edades y me entregué a él con pasión. El vino me hizo una gran compañía y en cuanto terminé volví al mensaje que había dejado a medias. Estaba ya animada cuando le dije a Fernando que accedía que nos viéramos. No tardó más de un minuto en contestarme que cuándo y dónde. No me lo pensé.

No pasó mucho tiempo hasta que se plantó en la puerta de mi habitación. Vestido impecablemente, como siempre, y con una botella de un vino exquisito en la mano. Me sentí un poco culpable, como si estuviera haciendo algo malo, y enseguida me arrepentí de haberlo citado allí. Ya estaba hecho, así que le invité a pasar.

—Vaya sorpresa, Martita. Pensé que no volverías a hablarme —dijo mientras entraba —y la verdad, me alegro muchísimo de que cambiaras de idea. Estos días me hiciste sufrir, espero haber pagado ya la penitencia.

—Menos rollos, Fernando. Ya soy muy vieja para tragármelos.

—Eres tremenda —dijo riéndose a carcajadas — Lo que más voy a echar de menos en la oficina son tus puyas. Pero dime... ¿Qué haces en este hotel? ¿Me has citado aquí a propósito para seducirme o es que estás viviendo aquí? ¿Va todo bien con tu marido?

—No, querido, no voy a seducirte. Eres tú el que está empeñado en hablar conmigo. No estoy viviendo aquí, solo pasaré unos días mientras busco un apartamento. Y sí, me he ido de la casa en la que vivía con Javier.

—¡Vaya! No es que me sorprenda, pero bueno, no es asunto mío. Si te apetece contármelo, estoy a tu disposición.

—No creo que hayas venido hasta aquí para hablar de mi marido, ¿Verdad? Quiero saber qué es eso que tienes que decirme y por lo que me has estado bombardeando a mensajes. Pero venga, siéntate y vamos a abrir esa botella de vino.

Nos enfrascamos en una conversación animada acerca del vino. Fernando era un hombre que disfrutaba de los placeres caros, en todos los sentidos. No le faltaba buen gusto con la moda y la comida, pero siempre había tendido la sospecha de que frecuentaba prostitutas de lujo. Eran rumores que circulaban por la oficina y encajaba perfectamente con su predilección por las mujeres jóvenes y guapas. Demasiado jóvenes y demasiado guapas para un señor como él. Con todo, no me gustaba dar cancha a las habladurías y nunca dije una palabra al respecto. Lo que hiciera en su vida privada era cosa suya, aunque los hombres que se acostaban con putas me parecían unos aprovechados sin escrúpulos No iba a sacar ese tema, prefería centrarme en lo que me concernía a mí.

—Bueno, entonces, ¿Qué pasa conmigo? ¿Qué querías decirme tan desesperadamente?

—Pues pasa que te largaste sin darme tiempo a decir esta boca es mía. Mujer, mira que eres radical. Me hubiese gustado debatir, intercambiar opiniones y opciones, pero no me diste tiempo. No me esperaba tu reacción tan impulsiva, la verdad...

—Vaya, ¿me porté muy mal contigo? No me hagas reír, Fernando, que no tengo ganas. Asume que pensaste solo en ti. No pasa nada, pero no pretendas que te de las gracias.

—Ya, Marta, ya. El caso es que estuve dándole vueltas y creo que quizás no hice todo lo que estaba en mi mano para convencer a la nueva dirección de que contaran contigo. Lo intenté, de verdad que sí, pero podía haber hecho más. Tienes mucho talento, mucha experiencia y mucha personalidad, tres cosas que no se suelen encontrar juntas. Sería una pena no volver a trabajar contigo.

—Muy bien, gracias. Y, ¿a dónde quieres ir a parar? ¿te estás disculpando o qué?

—Sí, por supuesto. Te pido disculpas. Pero además quiero proponerte algo.

—Disculpas aceptadas. Dispara.

—Verás — noté que se ponía tenso — Bueno, en fin, lo tenía todo muy claro, pero ahora aquí contigo delante, me intimidas un poco. Me da miedo que me sueltes un bofetón —soltó una carcajada un poco nerviosa.

—Si no me lo dices ya, lo que sea, voy a pensar que quieres proponerme algo ilegal.

—No, no, nada de eso. Estoy pensando en dejar yo también la revista y empezar desde cero por mi cuenta. Con todos los años que llevo en esto, sé moverme en el mundo empresarial, tengo muchos contactos... y a pesar de la edad, aún estoy con ganas. No creas que es cosa de un impulso, ya llevaba con la idea de cambiar de aires desde hacía años, pero nunca tuve el coraje

de tomar esa decisión. El otro día al ver tu reacción y la facilidad con la que mandabas todo a paseo y te ibas sin mirar atrás me hiciste reflexionar. Quizás necesitaba algo así para darme cuenta de que estaba haciendo las cosas por inercia. Además, todo esto de la era digital me pilla un poco con el pie cambiado. Quiero empezar de cero, dedicarme al diseño de espacios comerciales, ya hablamos muchas veces de que era un área con muchas posibilidades. Tengo en la cabeza un par de personas con las que me gustaría contar, y desde luego, una de ellas eres tú.

—Vaya —me quedé en silencio mientras procesaba lo que acababa de oír — No sabía que estabas pensando en irte. Fernando, se te veía encantado en la revista, lo tuyo son las relaciones sociales. Jamás pensé que se te pasara eso por la cabeza., nunca antes me habías hablado de ello.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí. Si no te lo dije antes fue porque no estaba seguro. A ver, miedo claro que tengo, y mucho, a equivocarme. Después de lo que luché por quedarme en la revista, de todas las reuniones con la directiva, de todos los contratos cerrados, decir que me voy... No sé cómo lo haré. Me aterroriza. Pero, por otro lado, estoy deseando hacerlo. Y tú, ¿Qué me dices? ¿Cuento contigo?

—Fernando, eso es algo que no te puedo contestar ahora —dije con tono sereno—. No he pensado aún qué voy a hacer con mi vida. Tengo mucho que reflexionar. Acabo de dejar atrás muchas cosas, mi trabajo, mi matrimonio, necesito tiempo para saber qué quiero. No puedo lanzarme a hacer cosas sin saber antes dónde estoy, a dónde voy. A mi edad yo ya no quiero hacer algo que no me satisfaga del todo. ¿Entiendes? No estoy en disposición de darte una respuesta. Pero me alegro de que hayas tomado esa decisión. Eres muy valiente. No conozco a mucha gente dispuesta a dejar un buen trabajo y un estatus social por un negocio incierto. Estoy segura de que te irá bien.

—Y, ¿qué vas a hacer mientras descubres qué quieres?

—Ya te dicho que no lo sé. Nada.

Permanecimos callados unos minutos digiriendo todo lo que nos habíamos dicho. Miraba a Fernando y me costaba reconocerlo. Siempre le había tenido por un ególatra que buscaba el aplauso de los demás por encima de cualquier cosa. Nuca hubiera pensado que tuviera esas dudas acerca de su trabajo. Su oferta no me parecía descabellada, siempre nos habíamos entendido muy bien a nivel laboral. Pero no era el momento para mí, no me sentía capaz de decidir nada.

—Y dime Marta —continuó mientras dejaba la copa de vino en la mesita — El hecho de que estés aquí, en este hotel, de que hayas dejado a Javier, ¿tuvo algo que ver lo que pasó el otro día en aquella comida?

—No seas tan engreído. No, no tiene nada que ver con eso. Mi matrimonio hacía aguas, pero, igual que te pasa a ti con el trabajo, son decisiones que no queremos tomar. Hasta que ya no podemos más.

—Siempre me has gustado, lo sabes, ¿verdad?

Me miró de frente y sentí un escalofrío. Sabía que le gustaba, igual que tantas otras. Sin embargo, sentía una atracción extraña haca él. Todo lo que me repugnaba de su actitud rancia y prepotente también me atraía de una forma que me costaba reconocer. Su decisión de dejar el trabajo contra todo pronóstico me había dejado descolocada. El vino y la cantidad de tiempo que llevaba sin tener sexo me estaban pidiendo a gritos un poco de marcha.

La cama detrás de nosotros se hizo gigante por momentos, como una presencia incuestionable que no se podía ignorar. Había estado ahí desde el principio, pero de repente se convirtió en el centro de la habitación. Me estaba mareando.

Fernando seguía mirándome esperando una reacción por mi parte. Estaba agotada de la

tensión en casa de Vera, de mis problemas con Javier, de todo. Necesitaba darme un respiro. Me levanté, fui hacia él y le agarré de la mano. Le llevé hacia la cama. Estaba nerviosa y excitada a partes iguales. Empezamos a besarnos de pie al lado de la cama. Ya no recordaba lo que sentía con el tacto de otra lengua, esa sensación de humedad tibia. En un momento nos estábamos devorando, su lengua exploraba cada rincón de mi boca presionando todos los interruptores de mi cuerpo. Estaba excitadísima, pero no conseguía estar relajada. Me preocupaba lo que iba a suceder a continuación, iba a desnudarme y no estaba preparada para eso. Pensaba en los pelillos alrededor de mis pezones, las estrías de los muslos, la grasita de la barriga. No recordaba qué sujetador llevaba puesto, pero seguro que no era el adecuado para la ocasión. Fernando no parecía estar preocupado por nada de eso, me tumbó con decisión encima de la cama y me desabrochó la camisa. No se detuvo en las imperfecciones que sólo me importaban a mí, lo cual fue un gran alivio. Comenzó besarme los pechos como si fuesen lo único que había en el mundo.

—Hace mucho que no hago esto —le dije con la voz entrecortada — lo siento si estoy un poco nerviosa.

No contestó. Me tapó la boca con un dedo y siguió bajando para desabrocharme la falda, para después quitarme las bragas. Sentí pánico ante la idea de que viera mi sexo. Lo paré en seco con un gesto algo brusco. No me sentía cómoda y quería que me penetrase con la ropa interior puesta. Le desabroché un poco el pantalón para agarrarle el pene. Me sorprendió encontrármelo flácido. Lo que sucedió a continuación fue bastante triste. Mis intentos de provocarle una erección con las manos y la boca fueron en vano. Me vi tratando de que aquel hombre me penetrase como si me fuera la vida en ello, como si solo así pudiera volver a sentirme deseable y atractiva. Y no conseguirlo me humilló más a mí que a él. Tras un rato, desistí. Nos quedamos tumbados en la cama a medio vestir, uno al lado del otro. No había mucho que decir.

—Lo siento — susurró —Esto no es por ti. Me gustas muchísimo, pero ya no soy el que era. La ansiedad y la edad me juegan malas pasadas.

—No te preocupes. Todo esto ha sido muy rápido, muy improvisado. Para empezar, no debí de citarte en un hotel. No sé en qué estaba pensado...

—Marta, no digas eso. Yo no me arrepiento de nada de lo que ha pasado. Podemos volver a intentarlo, en otra situación y con más calma...

No contesté. Le di un beso en la frente y lo abracé. Sentí cierta lástima por nosotros. En ese momento Fernando me parecía un hombre viejo y asustado. Y yo una mujer que había estado toda su vida tratando de gustar a hombres como él. No quedamos abrazados un buen rato. No hicimos más preguntas. Sólo nos hicimos compañía física, aunque ambos estábamos solos. Tras un rato se levantó y se vistió para irse. La escena no podía ser más triste. Cuando se despidió me dijo que pensara en la oferta que me había hecho. Lo dijo por decir, porque él sabía que después de lo que había pasado no había ninguna opción de que aceptase.

7

Al despertar a la mañana siguiente me costó reconocer el lugar en el que estaba. La habitación del hotel era preciosa, sin duda, acorde con el dineral que costaba. Me hubiese quedado como mucho un par de días mientras encontraba un piso de alquiler. Me daba una pereza inmensa ponerme a buscar. Si hubiesen estado las cosas bien con Vera me hubiese encantado ir con ella a ver pisos, pero me tocaba ir sola.

Aproveché el día para visitar varias agencias inmobiliarias. Tenía un presupuesto amplio, mi cuenta corriente estaba bastante saneada por la herencia que me dejó mi madre. Buscaba algo por el centro, aunque al escuchar lo que pedían por algunos de los pisos me daban mareos. Quizás tendría que revisar mis expectativas más adelante, pero de entrada estaba dispuesta a encontrar el piso ideal en el sitio ideal.

Por la tarde ya estaba agotada y harta de esos trámites, así que volví pronto al hotel a descansar. Mi ida era darme un baño y tumbarme en la cama a leer un libro. Eché un vistazo al teléfono y comprobé que, tal y como sospechaba, no había ni un mensaje de Fernando. Nada sorprendente. Lo que sí me sorprendió fue no tener noticias de Vera. Tendría que dar el primer paso yo misma.

Al poco de meterme en la bañera sonó el móvil. Lo tenía al lado. Dudé un momento y finalmente descolgué.

—¿Sí?

—Hola Marta. Soy Javier —hubo un silencio incómodo— No sabía si me cogerías el teléfono... te he llamado unas cuantas veces.

—Sí, ya lo he visto. Después de la última conversación no tenía muchas ganas de hablar contigo.

—Sí ya... quería disculparme por eso. Me soltaste la bomba así de sopetón. Me pilló por sorpresa y no estuve muy fino.

—Muy bien. Disculpas aceptadas. ¿Y qué quieres ahora?

—Vaya, tan directa como siempre. Nada de cortesías, ¿eh?

—Javier, me conoces de sobra. No me van los paripés.

—Sí, lo sé. Pero un poco de amabilidad nunca molesta. Bueno, oye…—titubeó un poco — no te llamo para echarte un sermón. Me ha llamado tu abogada por lo del divorcio.

—Sí, mejor arreglarlo cuanto antes, ¿no te parece?

—No lo sé. Yo lo veo muy precipitado. No se puede decidir en una semana romper con toda una vida. Yo no soy así, Marta. Todo esto me parece una locura. Yo soy más prudente, aunque supongo que eso lo ves como un defecto. Y otra cosa, llamé a Vera y me dijo que ya no vivías allí. Me quedé muy sorprendido. ¿Puedo saber dónde estás viviendo? No es una pregunta maliciosa, simplemente que me importa todo lo que tiene que ver contigo. Todavía soy tu marido.

—Javier, estoy perfectamente. Tuve un desencuentro con Rubén, el hijo de Vera, y no me parecía oportuno quedarme allí. Pero no fue nada importante. Estoy en un hotel, uno bueno y muy caro. ¿Necesitas que te diga cuál o te llega con eso?

—Me llega con lo que quieras decirme. Pero ya me imagino en qué hotel estás, el mismo al que hubiese ido yo, pero tranquila que no pienso plantarme allí.

—Es un alivio. Lo último que necesito ahora es un numerito.

—No, tranquila. Nada de numeritos. Y estás buscando casa, supongo.

—Supones bien, pero es un infierno. ¡Estoy agotada!

—Es que no vas a encontrar una casa en la que vivir de un día para otro. Estas cosas llevan tiempo, hay que patear mucho, ver mucho y cansarse mucho. Mira, no tiene ningún sentido que te metas en la primera chabola que encuentres, no hagas las cosas deprisa y corriendo. Eso nunca sale bien. Ven a casa, hay sitio de sobra.

—Javier...

—No, no es lo que crees —dijo en tono muy serio —Respeto tu decisión. No la entiendo, pero la respeto. No voy a tratar de convencerte de que sigas conmigo. Lo que te digo es que hay sitio en la casa, quédate en nuestra habitación. Yo puedo dormir en la de invitados que me resulta muy cómoda. Tómate el tiempo que necesites, mira las casas que te gusten sin la presión de estar pagando un hotel. Esta casa es tan tuya como mía. Marta, hemos estado casados media vida, eres mi familia. Ya no quieres seguir conmigo y está bien. Haz tu vida, pero eso no quita que no podamos vivir bajo el mismo techo un tiempo como dos personas adultas que somos, siempre que haya respeto mutuo. Piénsalo, por favor.

La verdad es que la oferta de Javier era bastante sensata. Muy típico de él ver el lado práctico de la vida. La reacción del otro día había sido un espejismo, volvía a ser el hombre de hielo que siempre tiene la respuesta adecuada. Sin embargo, en ese momento agradecí mucho el tono comedido y sereno de sus palabras.

—No sé qué decirte. Me parece sensato, no te digo que no, pero no sé si quiero volver a la casa, aunque sea como compañeros provisionales de piso. Ya me había hecho a la idea de irme a un piso céntrico, aunque bueno, no sabes qué precios he tenido que escuchar. Una locura.

—Ya, por pedir que no quede. Pero escucha, tú piénsalo y si te vienes puedo ayudarte a buscar casa. Puedo ir contigo si quieres...

—Me lo pensaré, ¿vale?

—Me vale.

—Y, ¿has leído los papeles del divorcio?

—Claro. ¿Por quién me tomas? —se rio con ganas — Soy un maniático y un perfeccionista, sabes bien que los he leído y varias veces. Ya te dije que lo veo precipitado. Dame algo de tiempo, por favor. Unos meses para hacerme a la idea, digerir todo esto y verlo desde un punto de vista más sereno. No quiero meterme en un proceso de divorcio con esta sensación de agitación, sin entender. Es todo lo que te pido.

—Muy bien. Tómate un tiempo. No hay problema.

—Gracias, de verdad — parecía aliviado— Bueno no te quito más tiempo, te dejo con tus cosas. Piensa en lo que te he dicho de la casa.

Ya me dirás, ¿vale?

—Muy bien. Hasta luego, cuídate.

La conversación me dejó un buen sabor de boca. Conocía a Javier como la palma de mi mano y sabía que su salida de tono en nuestra casa había sido una simple anécdota. Volvía a ser el hombre reflexivo, sensato y concienzudo con el que había estado casada media vida. Esas cualidades fueron grandes virtudes hasta que se convirtieron en odiosos defectos. Quizás tocaba recorrer ese camino de nuevo y volver a apreciar el lado sereno de un hombre con el que siempre sabías a qué atenerte. En ese momento lo último que necesitaba eran dramas. Me tentaba aceptar su oferta de paz y convivencia amigable, pero tenía miedo de acomodarme de nuevo. Me apetecía arreglármelas sola. Sin embargo, tras un solo día de mirar pisos, me encontraba agotada.

Preferí dejar las decisiones para el día siguiente, después de haber descansado. Terminé el baño, pedí la cena y me acurruqué en la cama entre los cojines con un libro en la mano. No necesitaba nada más que una buena lectura y la conciencia tranquila para ser feliz. Tuve la sensación de que todo iba a ir bien, que saldría adelante de una forma u otra. Estaba confiada, contenta.

Cuando llamaron a la puerta para traerme la cena no me sorprendió encontrarme al mismo camarero del día anterior. Me dejó los platos encima de la mesita mientras me regalaba sonrisas y guiños. Supongo que la confianza que sentía se trasladaba al exterior y eso me hacía más atractiva a los ojos de los demás. Suerte que ya no quería gustar a cualquiera, ni de cualquier manera. No necesitaba mendigar halagos, incluso me resultaban molestos. Le di un corte, elegante pero suficientemente claro, cerré la puerta y me quedé a gusto con un rape a la plancha que, a buen seguro, no me iba a decir ninguna impertinencia.

Esa noche dormí de un tirón.

8

Pasé el resto de la semana buscando piso. Fue una tarea odiosa. No encontré nada que estuviese a mi gusto, cuando no era una cosa era la otra, y se me estaba acabando la paciencia. Y el dinero. No podía seguir viviendo en un hotel tan caro y la idea de irme a una pensión barata me resultaba deprimente.

Había empezado a considerar seriamente la oferta de Javier de marcharme a vivir a la casa con él durante unas semanas, quizás meses, hasta que encontrase lo que buscaba. Me parecía lo más sensato. También necesitaba centrarme un poco y empezar a buscar un trabajo. No había vuelto a hablar con Fernando desde aquella noche para olvidar. Ni ganas. En cuanto a Vera, la había llamado varias veces, pero se mostró bastante cortante por teléfono. Le dije que iría a verla y me dijo que prefería quedar en una cafetería. Me chocó, pero acepté. Pasé por un mercado y le compré unas flores sencillas. Sabía que a ella le gustaban esos detalles. Llegué muy pronto a la cafetería y me pedí un vino mientras la esperaba. Al verla venir desde lejos la noté muy desmejorada. No habían pasado tantos días desde que me fui de su casa, pero la noté cambiada. Parecía más delgada, incluso demacrada y tenía pinta de no haber dormido. En cuanto se acercó le planté dos besos y traté de no prestarle atención a su aspecto para no hacerla sentir incómoda. Nos sentamos, pedimos y charlamos de trivialidades un rato. No tardó en salir el tema de su hijo.

—Marta —dijo con la voz algo temblorosa —siento mucho lo que pasó con Rubén. Su comentario fue horrible, sé que lo escuchaste y entiendo que te fueras. No tienes qué aguantar eso.

—No te disculpes. No fuiste tú quien hizo ese comentario. No tiene importancia, Vera, de verdad. No es para tanto. No podía quedarme eternamente en tu casa. Y en cuanto a Rubén, son cosas de la edad.

—No, no son solo cosas de la edad, es más serio. Si tengo que disculparme es por no habértelo contado antes. Estos días en mi casa te abriste por completo y yo no tuve el valor. Me daba vergüenza. Estoy superada, derrotada...

Se desmoronó. No sabía muy bien qué hacer mientras ella se deshacía en lágrimas. En ese momento sólo podía estar ahí. La agarré de la mano y esperé a que estuviese preparada para hablar. Le gente en la cafetería nos miraba con curiosidad y con una falta total de discreción.

Tras un rato de silencio, continuó hablando.

—Rubén fue siempre un niño difícil. Era tan movido, tan nervioso. Tú ya sabes los problemas que tuve con su padre. En cuanto vio problemas, se largó. Pasó de mí y de Rubén, lo crie completamente sola. Se lio con una tía más joven, me soltó que la vida familiar no era para él. Que no estaba hecho para eso. ¿Te lo puedes creer? — Hacía gestos exagerados con las manos mientras hablaba —Y me dejé los cuernos para criar al enano, ¡renuncié a mi vida! Toda la vida luchando mientras su padre follaba con su nueva novia y salía de copas por las noches. Perdona que hable así, Marta... pero me saca de quicio.

—Tranquila, te entiendo.

—Nunca le pedí nada, me pasó la pensión que quiso cuando quiso, y nunca monté gresca por nada de eso. Y tampoco le hablé mal a Rubén de su padre. Lo veía cuando quería y yo tenía que soportar que fuese el padre enrollado. Cuando venía de estar con él contando las cosas que

hacían juntos me echaba en cara que yo fuese tan seria y aburrida, y yo me callaba. Me mordía la lengua, que hasta alguna vez tuve que hacerme sangre. Nadie sabe la bilis que tragué yo en mi vida. Y bueno, no voy de pobrecita. Lo hice porque quise. Pero en cuanto llegó la adolescencia la cosa se hizo insoportable. Al menos de niño era agradecido, pero de adolescente se volvió agresivo conmigo. Era como si me rechazase. Incluso a veces pienso que me odia. Tú no sabes las cosas que ha llegado a decirme. Se me ponen los pelos de punta, nadie debería de escuchar esas cosas de su propio hijo. Y sé que no lo piensa, pero me hace daño. Hace lo que le da la gana, va con su padre cuando quiere. Luego pasa temporadas conmigo, según le conviene. Me maté para que terminara los estudios… que si no es por mí, no tendría ni la secundaria. Pero parece empeñado en tirarlo todo por la borda. No hace nada y ya no es ningún crío. Está todo el día con el móvil, con amigos, y no sé en qué gasta el tiempo. No sé casi nada de él. Solo soy la señora que limpia la casa y que cocina, Marta. Es trise, pero es así, no reconozco a mi propio hijo. Es horrible. Ya ni siquiera me gusta estar con él, ¡le tengo miedo!

No pudo continuar por culpa de los sollozos. Yo estaba al tanto de todos los problemas que había tenido con el padre de su hijo, de lo mucho que había luchado por sacarlo adelante, de todo lo que había tenido que sacrificar. Sin embargo, nunca me había hablado antes del comportamiento de Rubén con ella. No sabía muy bien qué decir. Y sabía que, como en todo, en esta historia también habría dos versiones. Quería a Vera, pero no tenía ni idea de cómo podía ayudarla en eso.

—Tranquila —le dije mientras le acariciaba la mano — ¿Has buscado ayuda? Me refiero a un psicólogo.

—Lo intenté, pero él se niega a ir. Y ya me dirás tú cómo se puede obligar a alguien a ir a un psicólogo en contra de su voluntad.

—Pues pide cita para ti. Necesitas desahogarte. Y tener una estrategia con tu hijo. Yo no soy madre y hay cosas en las que no me puedo poner en tu lugar. Pero sé que un plan imperfecto siempre es mejor que ninguno. Ahora mismo estás perdida, necesitas pautas, cosas concretas. Lo que me estás contando es grave, pero tiene solución. Tienes que estar fuerte mentalmente y empezar a tomar las riendas de la situación.

—¡Qué bonito suena! Pero ahora mismo me parece imposible. Siento que he fracasado como madre, no he sabido hacer de Rubén una buena persona. Se ha convertido en un tirano que no es capaz de hacer nada por sí mismo. Y mucho menos por los demás. No sé qué tiene en la cabeza...y qué va a ser de él. Y de mí.

—Y, ¿cómo puedo ayudarte? ¿Quieres que te busque un buen profesional? Tengo contactos, puedo hacer ahora unas llamadas.

—No, no. Lo que yo quiero es que vengas a casa conmigo. Sé que estás buscando tu propia casa, pero mientras tanto, ven por favor. Tu presencia me hace más fuerte, y estando tú Rubén se corta un poco. Esto sería algo temporal, de verdad, solo mientras no encuentres tu casa.

Me eché para atrás en la silla. Me incomodó. Nunca había llevado bien que me pidieran favores, y tampoco acostumbraba a pedirlos. Sin embargo, ella acababa de acogerme en su casa cuando yo lo necesité, sin pensárselo. Estaba claro que yo no era tan buena amiga como ella. Ya solo el hecho de estar pensado eso me hizo sentirme fatal. Me hubiera gustado sentir otra cosa, aceptar su oferta sin dudar, ser más generosa, pero no lo era. No quería estar en esa situación. Pensé un momento, con calma mientras terminaba la bebida. Ella me miraba con los ojos empapados, hecha un trapo y con las manos temblorosas.

—Vera, entiendo que estás pasándolo fatal. Mira, tú tienes que solucionar los problemas con tu hijo. Yo no soy la solución, no me puedes utilizar de escudo para no tratar con él en tu

propia casa. La fuerza que buscas la tienes que encontrar en ti misma. Yo no soy ningún ejemplo, mira el desastre en el que he convertido mi vida...

—Todo lo contrario. Yo creo que le has echado muchas narices, dejar el trabajo, a Javier, ojalá yo pudiera dejarlo todo. Me iría, empezaría de cero. Si no lo hago, es porque no sé qué va a ser de mi hijo si me voy.

—Pues lucha por él. Pero empieza por organizarte. Yo me voy un par de días contigo a tu casa, pero tienes que buscar ayuda. Como te dije, podemos tirar de mis contactos. Te ayudo a hacer un plan, cuenta conmigo. Pero no me quedaré más que un par de días, mientras te repones, ¿te parece bien?

—Sí, sí. Gracias —lloraba como una chiquilla, todos en las mesas de alrededor nos miraban— No sabes cómo te lo agradezco. Y sí, un par de días me parece bien. Eres la mejor amiga del mundo. Lo sabes, ¿verdad?

Y no lo era. La mejor amiga del mundo no habría dudado antes de responder. Pero no hacía falta ser la mejor en nada. Con ser una amiga con la que se pudiera contar me daba con un canto en los dientes. Terminamos la conversación y nos despedimos hasta el día siguiente. Yo tenía que recoger mis cosas en el hotel y hacer unas gestiones. Además, quería relajarme y tener un rato para reflexionar. Tenía mucho en qué pensar.

9

Al día siguiente me planté en casa de Vera. Ella me recibió como agua de mayo. Sabía que aquello no era buena idea, pero se lo debía. Rubén, según lo esperado, no salió a saludarme. Dejé mi maleta en un rincón del salón donde había una cama improvisada y una mesita. Pensaba quedarme dos días, ni uno más. Dejé mis cosas y me tomé un café con Vera antes de comer.

Me contó que Rubén estaría allí una temporada, por lo visto había discutido con su padre. Al parecer era algo habitual. Siempre habían tenido una relación de amor y odio, y desde hacía unos meses parecía que a su padre se le habían acabado la paciencia y las ganas de aguantar a un parásito en su casa, por muy hijo suyo que fuese. Ella me lo contaba como si fuese algo terrible, pero yo en cierto modo podía entenderlo. Con la edad que tenía el chico, ni estudiaba ni trabajaba y encima era un déspota. Estaba claro que me faltaba el instinto maternal necesario para sentir empatía por alguien así. Al fin al cabo, yo no era madre de nadie y no tenía que aguantar esos desplantes. Vera me hablaba de cosas que me sonaban a ciencia ficción mientras yo trataba de no juzgar. Quería ser útil y ayudar a resolver el problema, lo demás no era asunto mío. Me abstuve de dar consejos fáciles y ayudé a poner la mesa. En cuando estuvo todo listo, apareció Rubén en el salón.

—Hola—dijo mientras me miraba—Todo bien.

Interpreté esas tres palabras como una disculpa, así que nos sentamos a comer. Al menos reinaba la paz. Noté a Vera nerviosa, tratando constantemente de involucrar a su hijo en la conversación. No entendía por qué seguía intentándolo, no lo dejaba en paz. Resultaba un poco cansina.

Continuamos comiendo en calma hasta que empezó a preguntarle insistentemente acerca de su padre. Rubén trataba de comer y callar, pero se estaba poniendo muy pesada. Le hice un gesto a Vera para que parase, incluso le di una patadita por debajo de la mesa. Pero ella erre que erre. Había mucha tensión, la situación era un polvorín y estaba a punto de explotar. No sabía a dónde mirar, me estaba poniendo muy nerviosa. En cuanto Vera volvió a la carga, preguntando por qué su padre lo había echado de casa, Rubén saltó. Tenía la cara enrojecida y la vena del cuello marcada. Dio un golpe sobre la mesa y empezó a gritarle a su madre que se callara. Me eché atrás en la silla, no estaba acostumbrada a esos arrebatos y me resultaba extremadamente desagradable. Vera se había quedado muda de repente. Rubén, al levantarse bruscamente, tiró la copa al suelo. El ruido fue tremendo. Se partió en mil trocitos que salieron desperdigados a todas las esquinas del salón. Me impresionó, nunca había visto romperse una copa con esa violencia. Instintivamente me levanté, tenía miedo de que se descontrolara la situación.

—Y tú, ¿qué haces aquí en esta casa? ¿te quieres follar a mi madre, vieja de mierda?

Miré a Vera, estaba desencajada. Hubo un silencio de unos segundos en los que me pasaron por la cabeza mil cosas. Rubén me miraba fijamente, desafiante. No sabía muy bien qué hacer, pero no pensaba dejarme amilanar por un chico al que doblaba la edad. Nunca nadie me había tratado así y no estaba dispuesta a consentirlo. Pareció congelarse el tiempo y no sé cuánto pasó hasta que reaccioné. No sé si fue la adrenalina del momento la que me guio, pero levanté la mano con una determinación impresionante y le metí un sopapo en plena cara. Sonó como si le hubiera pegado con un bate de béisbol, hasta yo misma me asusté. El daño ya estaba hecho.

Le pegué por todas las veces que no lo había hecho su madre, por todos esos “vieja de

mierda" que ya no me iba a decir en el futuro, y también por los portazos, insultos y desplantes que seguro que a mí ya no me iba a dedicar. Como yo no tenía ningún cariño que perder, me permití el lujo. Se quedó estupefacto. Ni se lo esperaba él, ni muchos menos Vera, que tenía una expresión como si estuviese presenciando el fin del mundo. En cuanto a Rubén, estaba bloqueado mirándome con cara de incredulidad. Esas cosas pasan, cuando menos te lo esperas la amiga vieja de tu madre te planta una bofetada por gilipollas. Me preparé para su reacción, con el corazón a cien, pero sin retroceder un milímetro. Los siguientes segundos fueron de una tremenda tensión. El chico, enrojecido de la ira, se fue hacia mí y me agarró del cuello. Vera se puso a gritar como una loca, pero fue incapaz de moverse. Me defendí, pero era bastante más fuerte que yo. No tenía muy claro si sería capaz de hacerme daño de verdad. Sentí miedo. Me apretó fuerte hasta hacerme daño, pero al cabo de unos segundos me soltó. Mientras recuperaba el aliento, Vera empezó a gritarme que estaba loca, que me fuera de su casa. No daba crédito a lo que estaba pasando Rubén estaba apretando los puños como un psicópata y yo, con el cuello palpitándome del daño que me había hecho. Y yo era la loca. Vera había perdido el juicio, no estaba pensando con claridad. Me vi allí en medio de aquel caos completamente sola.

Fui a por mi maleta que estaba en una esquina del salón y guardé las pocas cosas que había sacado. Mientras, Rubén me decía que me largase en el peor de los tonos posibles, respaldado por su madre que había acudido corriendo a consolarlo. En ese preciso momento, le perdí a Vera todo el respeto que le tenía. Apresuré el paso para marcharme de allí lo antes posible. En cuanto cerré la puerta sentí una mezcla de alivio y tristeza. Llamé a un taxi que por suerte llegó enseguida. Sin pensarlo mucho, le di la dirección de mi casa, la que compartí con Javier tantos años y en la que pensaba quedarme.

El trayecto en el taxi fue bastante extraño, aún seguía acelerada por lo que había sucedido. Me parecía una pesadilla. El taxista se dio cuenta enseguida y no se empeñó en darme conversación. Fuimos en silencio todo el rato, lo cual agradecí.

Al llegar, abrí la puerta de mi casa con la sensación de entrar en un templo. Tiré la maleta encima de la cama y me eché a llorar. Esa cama tenía el extraño poder de sacar mis sentimientos profundos, casi todos los recuerdos que tenía de haber llorado eran allí. Sentí que estaba de nuevo en mi sitio natural. Demasiados años en el mismo lugar dejan huella.

Me puse ropa de andar por casa y me fui a la cocina. La gresca en casa de Vera me había impedido probar bocado. Por suerte, Javier tenía la nevera bastante surtida. Comí algo, sin muchas ganas, mientras pensaba en lo mucho que había cambiado mi vida en unas pocas semanas. Me había quedado sin marido, sin trabajo, y lo peor de todo, sin mi mejor amiga. Al menos no me había quedado sin casa, porque pensaba quedarme en la mía. Decidí que, si había aguantado a Javier durante tantos años, bien podía aguantarlo unos meses más, o el tiempo que hiciera falta. No era de esas mujeres que desdeñan las facilidades. Ya bastante dura era la vida. Caí en la cuenta de que no había avisado a Javier de mi llegada. Se iba a llevar una buena sorpresa. Fui a mirarme en el espejo del baño y comprobé que tenía marcas de dedos en el cuello, así que no tendría más remedio que contarle lo sucedido. Me tomé una pastilla para relajarme y me metí en la cama. Enseguida caí en un sueño profundo, estaba agotada. Me despertó la voz de Javier, llamándome suavemente.

—Marta… ¿Qué haces aquí? ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

Me acariciaba la cara con mucha delicadeza. Era una maravilla despertarse así.

—Tranquilo. Está todo bien. Iba a llamarte para avisarte de que venía, pero me quedé frita.

—Pero… ¿Seguro que no ha pasado nada?

—Bueno, algo pasó. He tenido una discusión muy fuerte con Vera… bueno, en realidad con el hijo de Vera, pero si me das un momento para espabilar te lo cuento todo. Voy a hacer un poco de té y hablamos con calma.

En cuanto me moví para levantarme, vio las marcas del cuello.

—Pero, ¿qué coño es eso? —dijo señalando los moratones— ¿Quién te ha hecho eso, Marta?

Estaba muy alterado. Me imaginaba que reaccionaría así, y no era para menos. Las marcas eran muy recientes y tenían un color muy vivo y además tenía la zona algo inflamada. En el momento no había notado la presión de las manos de Rubén, pero estaba claro que me había apretado con ganas. No me dolía, pero tenía mala pinta. Traté de tranquilizar a Javier, que estaba fuera de sí. Fuimos juntos hasta la cocina, y mientras preparaba la infusión le conté lo que había sucedido. Al contarlo en alto me sonaba horriblemente mal, lo cierto es que la cosa no había sido una tontería. Se me hizo un nudo en la garganta cuando le expliqué la reacción de Vera. Eso me había dolido.

—Tienes que denunciarlo. Eso ha sido una agresión, y no podemos permitirlo.

Sabía que se iba a poner paternalista. Y ese "podemos", como si le hubieran agredido a él también, no sabía si era una forma de hacer equipo conmigo o más bien un orgullo estúpido. En cualquier caso, no me apetecía nada discutir. Haría lo que yo considerase oportuno. Sin más.

—Javier, te recuerdo que le metí un bofetón en toda la cara. Eso también es una agresión, ¿no crees?

—¡No compares! Un bofetón no se puede equiparar a intentar estrangularte. Pero, ¿qué clase de energúmeno es el niñato ese? ¿Vas a dejar las cosas así?

—Venga, tranquilízate. No tenemos ni idea de los problemas que tiene Rubén. Esa reacción es de alguien que está mal. No creo que quisiese matarme, hombre, lo que pasa es que nunca le han plantado cara y no supo reaccionar. Y en cuanto a Vera, es mi amiga, y aunque su reacción no me gustó nada tengo que ponerme en su lugar. Imagino que cuando se trata de un hijo, no razonas demasiado bien.

—Ya, menos mal que no tuvimos hijos, ¿verdad? Cuántos problemas nos hemos ahorrado, visto lo visto.

—Ahí voy a tener que darte la razón. No creo que todo el mundo sirva para ser madre o padre. Hay que tener cualidades para ello. No sé si yo las hubiese tenido, me dejan un rato con el hijo de alguien y mira la que se monta—dije mientras me echaba a reír con cierta amargura.

—Eres tremenda. ¡Le arreaste un bofetón en toda la cara! Siempre tuviste mucho carácter, es que te estoy viendo. No sabía el chico con quien se la estaba jugando. Pero eso no quita que lo que hizo fue muy fuerte. Sigo pensando que deberías denunciarlo.

—No voy a hacer eso. No puedo. Por Vera.

—¿Tampoco me vas a dejar que te lleve al médico para le eche un vistazo?

—Obviamente no. Si aparezco contigo en la consulta con estas marcas en el cuello, vamos a tener que dar muchas explicaciones. Y más cuando estamos en proceso de separación, no veas la pinta que tiene eso. Olvídalo.

—El médico no sabe si estamos juntos o separados, pero sí, tienes razón, querrían saber muchas cosas que no quieres contar. Pero si te encontrases mal esta noche, vamos, sea como sea. ¿Vale?

—Vale—le dije para tranquilizarlo, aunque no pensaba ir a un hospital a no ser que me estuviese muriendo.

Preparamos algo de cena y continuamos la charla en el salón. Hablando animadamente,

Javier me miraba con curiosidad, cosa que echaba de menos desde hacía tiempo. Estaba claro que mi decisión de dejarle le había hecho fijarse en mí de nuevo. Era bastante triste que tuviésemos que perder algo para darle valor. Después de cenar me propuso que me quedase en nuestra habitación. Él se acomodó en el cuarto de invitados, donde había un sofá convertible en cama bastante cómodo. Insistió tanto que no pude discutir el reparto de habitaciones. Lo único que tendríamos que compartir era el cuarto de baño, pero no me molestaba en absoluto.

Ahora que ya no estábamos conviviendo como pareja me sentía mucho más tolerante. Lo cierto es que estaba agradecida de poder contar con él. Me puse el pijama y me metí en la cama, que era enorme para mí sola. Comprobé el móvil y no había ningún mensaje de Vera. Me hubiera encantado leer un “lo siento” o al menos un “tenemos que hablar”, pero no sucedió. Estaba muy cansada, había sido un día difícil. Le lancé un “buenas noches” a Javier, que estaba en el salón viendo algo, y se acercó a devolvérmelo mientras me daba un beso en la frente. Me sentí arropada y era un sentimiento agradable. Se fue y me quedé frita enseguida.

10

Los siguientes días los pasé descansando en casa. Traté de reponer fuerzas, tanto física como mentalmente, y asimilar todo lo que había sucedido. Las marcas del cuello fueron desapareciendo sin complicaciones, pero la herida que me había dejado Vera iba a tardar algo más en curarse. Sobre todo, porque seguía sin tener noticias suyas. Podía entender su reacción en el momento y que se hubiese puesto de parte de su hijo, pero lo que no entendía era que pasados unos días no se hubiera puesto en contacto conmigo. Hubiera esperado una llamada para saber simplemente si estaba bien Yo no iba a llamarla ya que había sido ella la que me había echado de su casa. Estaba bastante molesta por la situación y muy desilusionada.

Aproveché ese tiempo para buscar casas y pisos a través de internet. No tenía ganas de ir a visitarlas, pero me había hecho un dossier con todo lo que encontré interesante. No existía una propiedad en la red que yo no hubiera clasificado y tenía ya una buena idea de la situación del mercado inmobiliario. Pensé, medio en serio medio en broma, que podría dedicarme a la gestión inmobiliaria. No era tan complicado, podría hacerlo muy bien. Me animé a redactar un currículum y enviarlo a algunas empresas relacionadas con el mundo del diseño, pero en el fondo deseaba que no me llamaran. Estaba quemada de ese entorno y prefería un cambio de aires. Mandaba esos correos por pura inercia, aunque mi idea era encontrar un nuevo enfoque para mi vida.

Esos días mi relación con Javier fue especialmente buena. Él se pasaba casi todo el día fuera, se iba a las ocho de la mañana y llegaba a la hora de cenar. Le iba bastante bien en el trabajo, tenía un puesto de responsabilidad y ganaba un buen sueldo. Sin embargo, yo siempre había pensado que ese trabajo no le hacía feliz, al menos no del todo. El tiempo que estaba en casa se mostraba considerado y atento conmigo. No hay nada como abandonar las expectativas sobre alguien para empezar a verlo de verdad. Me di cuenta de que nos pasábamos media vida queriendo cambiar a los demás en vez de disfrutarlos como son.

Ahora que ya no estábamos juntos como pareja, sino como compañeros circunstanciales de piso, me sentía más libre y más generosa en mis juicios. Empecé a verlo con otros ojos. Ya no me sacaba de quicio, sino que trataba de aceptar lo que era. Y todo porque en el fondo había dejado de importarme demasiado lo que hiciera o dejase de hacer. Sus defectos ya no me afectaban como parte implicada, no había nada personal en ello. Entendí que había estado ofuscada y demasiado centrada en mí misma. Javier era así, con sus aciertos y sus fallos, porque esa era su vida, su elección, su decisión o su lucha, pero no para fastidiarme a mí. Me di cuenta de que había perdido mucho tiempo en mi matrimonio culpabilizándole, cuando el verdadero motivo de mi malestar estaba en mi cabeza. Al menos todo lo que me había sucedido había servido para algo.

Había preparado algo ligero para comer, como siempre, sola. Con tantas emociones había perdido algo de peso y eso me había animado a cuidarme un poco con las comidas. Estaba disfrutando de una ensalada con nueces y queso de cabra cuando sonó el timbre del portal. Me incomodé bastante, no esperaba visitas y me molestaba muchísimo que llamasen justamente a mi piso cuando había tantos donde elegir. Supuse que sería el cartero o alguien que quería meter publicidad en los buzones. Contesté aún con la comida en la boca. Ante mi sorpresa, el cartero preguntó específicamente por mí. Le abrí el portal, a mi pesar, porque tenía un mal

presentimiento. En cuanto llamó a mi puerta se desveló el misterio.

—¿Es usted Marta Sanz Medina?

—La misma.

—Le traigo una notificación. Dígame su DNI por favor para poder hacerle entrega de la misma.

Se fue el cartero y con él mi apetito. El sobre que tenía en la mano era una notificación judicial. El corazón se me paró en seco mientras la abría. No me hacía falta ni abrirla para saber que era una denuncia. La leí. Se me acusaba de un delito por lesiones, en base al artículo 147 del código penal, y se me citaba en el juzgado para prestar declaración. El denunciante, Rubén Peña, me acusaba de provocarle lesiones en la cara y el oído derecho, las cuales le habían causado pérdida parcial de dicho órgano y no sé qué más porque no fui capaz de seguir leyendo, se me nubló la vista. Me mareé y tuve que ir a sentarme al sofá. Estaba bloqueada con la carta en la mano y sin poder hacer nada. Tenía una mezcla de rabia y miedo y no podía pensar con claridad.

Al cabo de un buen rato me serené. Estaba claro que todo era una jugada para sacarme dinero, lo que no tenía muy claro es si habría sido cosa de Vera ¿Sería capaz de hacerme eso? Quizás no, quizás ni supiese que su hijo me había denunciado, aunque esa posibilidad era bastante remota. Puede incluso que hubiese sido ella la que lo hubiese animado a hacerlo. Lo que estaba claro era que yo sólo le había dado un bofetón, no le había ni rozado el oído. No entendía nada. Fui corriendo a mirarme en el espejo y comprobé que las marcas del cuello apenas eran ya visibles. Y al no haber ido al médico no tenía ninguna prueba de que hubieran existido. Me entró pánico. Empecé a moverme en círculos, como un animal enjaulado, tratando de pensar qué hacer. Quería llamar a Vera para pedirle explicaciones, pero mi instinto me decía que no era una buena idea. Tampoco quería llamar a Javier, prefería contárselo cuando volviera del trabajo. Me pasé el resto de la tarde dándole vueltas al tema y buscando información en internet para saber a qué me enfrentaba.

En cuanto llegó Javier le conté todo lo ocurrido. Se quedó de piedra, como yo cuando leí la notificación. Esta vez mantuvo la calma. Me pidió la carta y la leyó despacio, varias veces.

—A ver. Esto no tiene ningún sentido. Tú, según me contaste, le pegaste un bofetón, no le diste un puñetazo como para reventarle el oído. Es posible que esa lesión ya la tuviera o que directamente se la haya inventado. Alguien podría haberle facilitado un parte médico falso. Pero tiene que demostrar que se lo hiciste tú. No es cosa fácil. —No sé si Vera está detrás, pero ella puede testificar a su favor.

—Ya, pero no es muy creíble que una mujer de cincuenta y cinco años pueda pegarle un puñetazo a un chico de veintitantos en plena forma y reventarle el oído. Que yo sepa tú no eres campeona de boxeo. Eso no se lo cree nadie. Y la indemnización que piden es ridícula. Esto solo lo hacen para hacerte daño. Si hubiéramos ido al médico, Marta… Si lo llegas a saber lo hubieras denunciado, ¿verdad?

—Pues sí, esto me pasa por ingenua. No lo vi venir.

—Bueno, no te preocupes —me dijo mientras me pasaba la mano por el hombro—nadie se podía imaginar una cosa así. Mira, en la empresa tenemos muy buenos abogados. Tú ya sabes que a veces nos meten denuncias por cosas que no son nuestra responsabilidad, incluso cosas que se inventa la gente. Y no es tan fácil, denunciar y listo. Hay que demostrarlo y la mayoría de las veces a no ser que sea un caso muy claro, se quedan por el camino. Esto de lo que te acusan es mentira, no tiene recorrido. Deja que yo me encargue de esto. Déjame ayudarte, por favor.

Estaba cansada, así que cedí y dejé el asunto en sus manos. Yo aún tenía el susto en el cuerpo y Javier parecía muy seguro de lo que hacía.

Sabía que en la empresa ganaban ese tipo de demandas, que tenían muy buenos abogados, que era mi mejor opción. Sin embargo, me sentía algo culpable por estar apoyándome en él cuando hacía apenas unas semanas había decidido desterrarlo de mi vida para siempre sin importarme demasiado. Esas últimas semanas se había comportado como un gran compañero, ayudándome en todo sin pedir nada a cambio. Al menos en principio. También era posible que hiciese todo eso para tratar de convencerme de que mi vida era mejor a su lado, más cómoda, más apacible, más conveniente. Y seguramente lo era. Acepté que hablara del asunto con sus abogados y dimos por finalizada la conversación.

—Solo una cosa más. Ni se te ocurra llamar a Vera, ni acercarte a ella. Eso sería muy malo para ti. En estas circunstancias, podría usarlo en tu contra. Contacto cero, ¿queda claro?

Dije que si sin mucha convicción. Trataría de cumplirlo, pero sabía que me iba a costar. Cenamos algo y enseguida nos preparamos para ir a dormir. El día había sido intenso y aunque había dormido por la tarde, me sentía sin fuerzas. Javier tenía mala cara y me di cuenta de que no le había preguntado nada acerca de su día. Nunca lo hacía. Daba por hecho que le había ido bien, que estaba todo en orden, que los problemas que hubiese podido tener los habría solucionado sin más dramas. Me di cuenta de que, en los últimos años, al igual que esa noche, casi todas las conversaciones después de cenar se habían centrado en mí. Lo que yo sentía, lo que yo quería, lo que yo necesitaba. Y él se mantenía en un segundo plano, casi nunca se quejaba de nada. Asumí que yo era más complicada y que él no tenía un mundo interior tan nutrido como el mío, pero realmente no tenía ni idea de cuán profundo era lo que había dentro de su cabeza. En mi posición egocéntrica y prepotente creí que mi vida iba exclusivamente sobre mí. Y no me había ido demasiado bien. No había sido capaz de establecer relaciones profundas con nadie, ni con mi marido, ni con mis compañeros de trabajo, ni con mis amigas, pero lo peor de todo es que tampoco tenía una relación profunda conmigo misma. La denuncia me había dejado tocada, me iba a costar remontar algo así.

Ya en la cama, apenas podía pegar ojo. Harta de dar vueltas y más vueltas me levanté a preparar una infusión relajante. No tenía esperanza de que me fuese a ayudar a dormir, pero al menos estaría rica. Volviendo a la habitación pasé por delante del cuarto de invitados donde estaba Javier. La puerta estaba entreabierta. Me asomé y me quedé observando en silencio. Apenas había la suficiente luz como para distinguir su rostro, pero yo me lo conocía al dedillo. Se había destapado y estaba en calzoncillos. Pensé que tenía unas buenas piernas, algo estropeadas por los años, pero bien torneadas y todavía ágiles. Algunas personas consiguen conservarse dignamente con la edad, pero Javier estaba mucho más atractivo en la cincuentena de lo que había estado en toda su vida. El pelo canoso le resaltaba los rasgos de la cara y le daba un aire intelectual y distinguido. Mantenía una buena figura e iba siempre impecable. Pensé que seguramente algunas mujeres de su entorno se habrían sentido atraídas por él. Quizás hubiera tenido algún lío con alguna de ellas. Era algo que nunca me había quitado el sueño. Allí, mirándolo desde la puerta, pensé lo liberador que sería poder echar un polvo con él. Aunque no estuviésemos juntos, aunque las cosas fuesen complicadas, una sesión de sexo con mi todavía marido me parecía mucho más eficaz que una infusión para tener un sueño reparador Nunca le había dado una importancia exagerada al sexo, pensaba que era una forma estupenda de conectar con el cuerpo, liberar tensiones y estar más contenta. Pensaba que si Javier y yo hubiésemos mantenido una vida sexual activa y satisfactoria nunca nos hubiésemos separado. Yo no era una mujer a la que gustase andar de cama en cama, prefería la calidez de un cuerpo conocido y la comodidad de la confianza. Pero estábamos en el punto que estábamos y, aun así, me apetecía meterme en la cama con él. Además, el intento fallido de escarceo con Fernando me había dejado

mal cuerpo.

Dudé un momento, de pie, sin moverme, no estaba segura de cómo reaccionaría Javier si me metía en la cama con él. Él era muy serio y le daba al sexo un aire solemne, no estaba segura de que entendiese la naturaleza lúdica de mis intenciones. Me arriesgué. Lo mirase por donde lo mirase, un revolcón no iba a cambiar el rumbo de la humaidad. Me quité la camiseta quedándome solo con las bragas y me metí entre las sábanas. Estaba muy excitada por la situación. En cuanto lo abracé, se despertó. Se sobresaltó, estaba claro que no me esperaba allí. Balbuceó algo y le di un beso en los labios. Se quedó inmóvil, aproveché para besarle con más intensidad. Me devolvió el beso. En cuanto sentí su lengua en mi boca me dio un escalofrío. Hacía muchos años que no me tocaba así, ya no recordaba lo bien que besaba. Era emocionante y entre la oscuridad y la tensión del momento se me escapó algún gemido. Tenía ansia por sentirlo dentro de mí, así que le puse las cosas fáciles. Me quité las bragas y le llevé la mano a mi sexo. No estaba húmeda, después de la menopausia había dejado de lubricar como antes. Sin embargo, el deseo seguía intacto. Y al parecer el suyo también porque tenía una erección. Sin pensárselo mucho, se puso encima de mí y me penetró. En un primer momento, sentí un latigazo, no lo suficiente fuerte para considerarse doloroso, pero tampoco placentero. Me sentía como una virgen de cincuenta y tantos. Lo apreté contra mí para que continuara, me moría de ganas, deseaba con toda mi alma que aquello estuviese pasando. Superada la incomodidad inicial, me concentré en mi placer, más consciente y trabajado que el de mi juventud. Me agarraba a él, moviéndome en función de lo que me pedía el cuerpo, friccionando donde más lo necesitaba. No tardé mucho en tener un orgasmo, casi al mismo tiempo que él.

Nos quedamos en silencio, cansados pero satisfechos. No dijimos ni una sola palabra. Eso hubiera estropeado el momento. Me abrazó y me quedé dormida. Esa noche tuve por fin el sueño profundo que tanto necesitaba.

11

Me levanté tarde. Estaba en la cama de Javier, pero él ya no estaba. Levanté las persianas y entró la luz en la habitación. Hacía un día bonito y estaba de muy buen humor. Lo de la noche anterior había sido grandioso y casi me hizo olvidar la denuncia, la traición de Vera y todos los problemas añadidos. Casi. En el salón tenía preparada la mesa con el desayuno. Lo cierto es que lo esperaba, pero eso no impidió que me sacase una sonrisa. Había tomado una buena decisión al romper con él, nos habíamos empezado a gustar de nuevo. Así eran las cosas.

Mientras desayunaba me rondaba por la cabeza la idea de ir a ver a Vera. Javier me había dicho por activa y pasiva que sería un error. Aun así, necesitaba hablar con ella. Quería verle la cara y preguntarle por qué me hacía eso, entenderla un poco. Ir a su casa me parecía un poco arriesgado, podríamos tener una discusión y eso me podría complicar las cosas. Decidí ir hasta el hospital en el que trabajaba. Allí tendría muchos testigos y podríamos tener una conversación más calmada. En ese contexto había pocas opciones de que perdiésemos los papeles.

Salí de casa y cogí un taxi hasta el hospital. En el trayecto iba muy nerviosa, con la sensación de estar haciendo algo malo. No tenía muy claro qué iba a decirle, esperaba que fuese ella la que dijese algo al verme allí. Sabía que no era la mejor de las ideas, pero algo dentro me impulsaba a hacerlo. Fui todo el tiempo con la mente en blanco, incapaz de hilar en mi mente una conversación imaginaria con ella. En cuanto llegamos pagué al taxista y me bajé del coche con las piernas temblando. Era un hospital bastante grande y muy concurrido a esas horas de la mañana. El edificio estaba ya algo viejo y pedía a gritos una remodelación, pero estaba claro que eso no era una prioridad para quienes tenían que tomar esa decisión, costaría una fortuna arreglar semejante mole. Llevaba años teniendo problemas con las estructuras, incluso había cedido un tejadillo del sótano hacía unos años, lo cual había causado un revuelo enorme en su momento. Pasado el tiempo, todo siguió igual. Ese sitio me resultaba bastante deprimente, aunque no conocía ningún hospital que no lo fuese. Entré y me dirigí a la recepción. Pregunté por Vera con la esperanza de que esa mañana tuviese turno y no hubiese ido allí para nada.

—¿Vera Reyes? ¿Seguro que se refiere a ella? —dijo la recepcionista bastante sorprendida.

—Sí, esa misma. ¿No tiene turno? No estoy segura de que se encuentre trabajando esta mañana. Quizás usted me puede confirmar cuándo estará.

—No, lo lamento, pero —dudó un momento mientras buscaba algo en el ordenador— Vera Reyes ya no trabaja aquí.

—¿Cómo que no trabaja aquí? —en ese momento la sorprendida era yo—¿La han despedido? ¿Ha pasado algo?

—Señora, Vera Reyes lleva meses sin trabajar aquí. Y discúlpeme, pero yo no puedo darle más información sobre este asunto. ¿Necesita que le atienda alguna otra persona? Puedo darle una cita si la necesita.

—No, no. Gracias, no necesito ninguna cita—dudé un momento antes de volver a preguntar— pero, ¿está usted segura de lo que me está diciendo? ¿Vera no estuvo trabajando aquí la semana pasada?

—Sí, señora, estoy completamente segura. No sé dónde trabaja ahora, no tengo esa información, tendrá que preguntárselo a ella.

Salí de allí entre perpleja, enfadada y preocupada. Mi mejor amiga me había estado mintiendo todo este tiempo. Los días que estuve con ella en su casa, se levantaba, se vestía y se preparaba para ir a un trabajo que no existía, y se pasaba todo el día fuera de casa. ¿A dónde iba? ¿Por qué me mintió? No entendía nada, no me entraba en la cabeza. Tuvo mil oportunidades de hablar conmigo, de contármelo, pero en vez de eso estuvo haciendo un paripé ridículo. ¿Qué habría pasado? ¿La habrían echado? En ese momento, parecía lo más factible. ¿Tendría Vera algún problema mental? Tuve que apoyarme en la pared para no marearme. Empecé a recordar todas las cosas que me había contado de su trabajo, con todo lujo de detalles. ¿Cómo iba a imaginarme algo así? Y su familia, ¿Sabría qué estaba pasando? ¿Habría engañado a todo el mundo, como a mí? Y lo peor de todo era que no tenía ni idea de qué le pasaba, por qué actuaba de esa manera. Si lo hubiese sabido habría hecho todo lo posible por ayudarla. Y la denuncia, seguramente guardada alguna relación con eso. Si no estaba trabajando desde hacía tiempo estaría desesperada, pero si necesitaba dinero podía habérmelo pedido. Antes de sacar más conclusiones necesitaba hablar con ella, como fuese. La idea de ir a su casa me rondó de nuevo, pero esta vez decidí hacer oídos sordos de lo que me decía el sentido común. Así que fui.

Llegué a la puerta del edificio y estuve dudando si llamar o no al telefonillo. Finalmente lo hice, con la mano temblando. Estuve un rato esperando, nerviosa. Nadie abrió. Pulsé una segunda vez con el mismo resultado. Si Vera estaba en casa, no quería abrirme la puerta.

Me quedé en el portal pensando qué hacer a continuación. No sabía el teléfono de su ex, pero sabía dónde trabajaba, así que podría acercarme hasta allí para hablar con él. Podía preguntarle donde estaba Vera, pero podía meterla en un problema. Incluso podría buscarle líos con su hijo. Además de su ex, no conocía a nadie a quien preguntar por ella. No teníamos amigos comunes. Muy cerca del piso había un restaurante, decidí quedarme a comer allí y así poder controlar si volvía o salía de casa. Me senté en una mesa cerca de la ventana desde la cual podía ver el portal. Pedí un plato de pescado y una copa de vino y traté de relajarme. Aún estaba aturdida por lo que acababa de descubrir, tenía la sensación de estar viviendo una pesadilla. Tras la comida pedí un café y pagué la cuenta. Vera seguía sin aparecer. Tenía mi libro electrónico en el bolso, pero no quería ponerme a leer por si me perdía el momento en el que entrase alguien en el portal, así que me quedé mirando por la ventana. Cuando estaba a punto de marcharme, apareció Rubén. Pegué un bote en la silla, recogí lo más rápido que pude mis cosas y salí corriendo de la cafetería. Veía desde lejos como el chico llamaba al telefonillo insistentemente. En cuanto me vio llegando por la acera, echó a correr. Yo no estaba en tan buena forma como para perseguir a un chico como él. Le llamé a gritos y le pedí que parase. De repente se detuvo. Pude acercarme lo suficiente para ver que estaba muerto de miedo. Yo estaba jadeando por el esfuerzo y tuve que respirar un poco antes de poder hablar.

—No corras, por favor. Solo quiero hablar contigo—dije con la voz entrecortada por el jadeo.

—¿Qué quieres? ¿Por qué no me dejas en paz, puta loca?

—Rubén, ¿dónde está tu madre?

—No tengo ni puta idea—contestó visiblemente nervioso.

—¿Cómo? ¿Hace cuánto que no las has visto?

—No me abre la puerta. Y todo por tu culpa, entrometida de los...

—Espera, cálmate. No he venido aquí a discutir contigo. Solo quiero saber dónde está Vera. Dímelo y te dejaré en paz.

—¡Ya te he dicho que no lo sé! —me dijo a gritos—Cuando estuviste en casa y me pegaste la hostia esa, se puso muy mal. Luego cuanto te denuncié me echó de casa y no he vuelto

a hablar con ella.

—Pero… ¿Por qué me denunciaste, Rubén? Tú sabes que yo no te hice nada y que lo que me hiciste tú fue mucho peor. Me agarraste del cuello, tuve marcas muchos días y pude haberte denunciado yo, pero no lo hice. ¡Si necesitabas dinero podías haberlo pedido!

Se quedó callado. Parecía un niño pequeño y me dio cierta lástima. Estaba empezando a pensar que el chico no tenía muchas luces. La situación era incómoda, los dos parados en medio de la calle sin saber qué hacer. La gente nos miraba, cómo no. Para salir de allí, le dije que le invitaba a un café. Dudó, pero finalmente aceptó. Entramos en la cafetería en la que había comido y nos sentamos en la misma mesa. El camarero se sorprendió al verme allí de nuevo. Pedí un botellín de agua y un refresco. Tras un rato de silencio tenso, empecé a hablar.

—Rubén. ¿Le pasa algo a tu madre?

—¿Algo de qué? —contestó, y supe que la conversación no iba a resultarme fácil. Iba a tener que sacarle la información con sacacorchos.

—Bueno, estoy preocupada. Hace días que no sé nada de ella, desde que pasó aquello en tu casa. No contesta al telefonillo y además, no sé si le van las cosas bien en el trabajo. ¿Va todo bien?

—Mamá no trabaja. La echaron del puto hospital.

—No sabía nada. Me lo ocultó todo este tiempo.

—Eso no es problema mío. No seréis tan buenas amigas. A lo mejor no le importas una mierda.

El chico tenía la empatía bajo mínimos. Ya no era un adolescente, pero se comportaba como tal. Sin embargo, me daba pena, no se le veía muy contento consigo mismo.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticuatro —dijo—.

—Muy bien. Yo tengo más del doble. Podías respetar un poco eso, ¿no te parece? Yo no soy ni tu madre ni tu amiga y no voy a tolerar tus impertinencias. Si quieres irte, vete, pero si te quedas aquí a hablar conmigo, respétame.

No dijo, nada. Bajó la mirada y se concentró en darle vueltas a su vaso. Me resultaba muy difícil conectar con él. Jamás hubiera estado allí hablando con un chico de veintitantos años, medio alelado y con bastante mala leche si no fuera porque estaba desesperada por saber qué le pasaba a Vera.

—Y, ¿por qué la echaron del trabajo? ¿Puedes decírmelo?

—Mamá está loca, o eso dice mi padre. Le dan bajones y hace cosas muy raras. Y le da a la priva. No sé qué pasó, pero creo que fue por eso.

—No deberías hablar así de tu madre. Ella ha hecho muchos sacrificios por ti, se ha matado por darte lo mejor. No la llames loca. Da igual lo que diga tu padre, defiéndela. ¿Acaso tu padre ha sido ejemplar? Está él para hablar... Ella no lo ha tenido fácil y ha pasado épocas de estrés, de nervios, es normal que haya tenido bajones, como tú dices. No debe de ser sencillo criar sola a un hijo, sin ayuda de nadie… y tú tampoco se lo has facilitado mucho que digamos. No te ofendas, pero no has sido un hijo modélico.

Noté que se molestó. Al chico le gustaba dar leña, pero recibirla no tanto. Me pareció tremendamente infantil. Sin embargo, no sentía ningún rencor hacia él, más bien un extraño deseo de ayudarle. Pensé que podría haberle echado una mano a Vera con él. Necesitaba hablar con ella cuanto antes, aclararlo todo de una vez.

—A ver, Rubén, está claro que no tienes llaves de casa de tu madre.

¿Sabes quién las tiene? ¿Tu padre?

—¡Qué va! Mi madre odia a mi padre y mi padre pasa de ella. Mamá me quitó las llaves a raíz de un cabreo que tuvimos, le pillé dinero del bolso y se mosqueó mucho. No sé quién las tiene.

—Pues si continúa sin abrir voy a tener que hacer algo. ¿Tú estás estos días con tu padre?

—Sí. Pero él pasa de todo. No quiere saber nada de mamá, no le importa una mierda, ni yo tampoco. Y a mí sí me preocupa, por eso vine a verla. ¿Y si se ha quitao del medio?

—No digas eso, sólo está pasando una mala racha y todo se va a arreglar. Mira, te voy a dejar mi número. Si sabes algo de tu madre, me llamas. ¿Está claro? Lo primero, me llamas a mí. Y si necesitas algo, me avisas, pero te voy a poner una condición. Vas a ir a la comisaría a quitarme la denuncia. Imagino que cuando fuiste no estabas solo. Y no hace falta que me digas quién te convenció para hacer eso. Ya no eres un chiquillo, Rubén, y no puedes estar viviendo del cuento y de mentiras. Asume que fue un error y arréglalo. Mi marido conoce un buen abogado que te puede acompañar y asesorar para que esto no tenga consecuencias, le voy dar tu móvil y te acompaña. Haz lo que te diga. Si quieres cambiar de vida, empieza por ahí.

—Vale —se rascó la nariz, nervioso—yo lo hago, pero a mi padre no le va a molar nada.

—Pues tendrás que decidir por ti mismo. Tú eliges qué vida quieres, pero toda elección, conlleva renunciar a algo. Es cosa tuya, Rubén. Si sigues adelante con esa pantomima de la denuncia, vas a perder, pero después no cuentes conmigo. Te ofrezco una especie de pacto, si lo haces así, yo te voy a ayudar a arreglar las cosas con tu madre. Tú mismo.

Nos intercambiamos los teléfonos, pagué las consumiciones y nos despedimos sin muchos aspavientos. El chico era un sosaina y yo tenía la cabeza en otra parte. Pasé el resto de la tarde dando vueltas por la ciudad tratando de encontrar a mi amiga. Me preocupaba que el chico tuviese razón y hubiese hecho una tontería. Me rondaba por la cabeza ir a la policía para denunciar su desaparición, pero tenía miedo de meterla en un lío absurdo. Seguramente estaba encerrada en casa y no le daba la gana de abrir la puerta. Aunque así fuera, me parecía muy extraño. Le di mil vueltas sin llegar a ninguna parte. Al llegar a casa ya estaba Javier haciendo la cena. Sabía que me iba a recriminar haber ido a buscar Vera cuando me dijo por activa y por pasiva que no lo hiciera. Pero ya era muy vieja para actuar en contra de mi instinto. Le conté que había ido al hospital a buscarla, que me había encontrado con Rubén cuando hacía guardia en el portal y le hablé del pacto que hicimos. Javier no defraudó y por supuesto me echó un rollo paternalista acerca de lo arriesgado de mi decisión. Reconozco que me resultó agradable que, al menos él, siguiera siendo fiel a sí mismo con su carácter previsible y apaciguador. Quedamos en que se encargaría de ayudar a Rubén a retirar la denuncia, así que me olvidé de ese tema.

Tras la cena, nos metimos en la cama.

Juntos, de nuevo.

12

Pasaron los siguientes días sin rastro de Vera. Rubén retiró la denuncia, tal y como habíamos quedado, sin mayores consecuencias. A partir de ahí empezamos a hablar por teléfono casi a diario. El chico no era muy comunicativo, pero era él quien me llamaba la mayoría de las veces. Entendí que el contacto conmigo le daba cierta seguridad, que me necesitaba en un momento tan complicado. Era yo la que llevaba el peso de las conversaciones, pero lo cierto es que cada vez me costaba menos entenderme con él. Resultaba gratificante poder ayudarle. Empecé a verlo como un chiquillo bastante infantil, algo torpe, pero sin malicia. En esas conversaciones descubrí cosas que ignoraba completamente sobre Vera, sobre la relación tóxica que tenía con su hijo y con su ex, de sus problemas con la bebida y sus depresiones. Hablaba de su madre con mucha tristeza. Imaginarme a mi amiga con tantos problemas y aguantando todo ella sola me partía el corazón. Nunca me dijo nada y mi error fue no preguntar. Mi maldita manía de meterme en mis asuntos. Pensé que no la había llegado a conocer de verdad.

Respecto a Javier, las cosas habían tomado un rumbo totalmente diferente a lo que había planeado. Después de mi huida y vuelta a casa, nos encontrábamos en una situación tan indefinida como emocionante.

Sentía que nos estábamos conociendo de nuevo. Era como si yo hubiera aparecido, después de treinta años, otra vez en aquella fiesta y me hubiese visto por primera vez. Quería saberlo todo de mí. El sexo le había dado un empujón a la curiosidad y al interés. No tenía ninguna intención de parar aquello que estaba pasando. Javier estaba al tanto de recién estrenada relación con Rubén y la apoyaba, aunque tenía bastantes dudas acerca de las intenciones del chico. No tenía muy claro si buscaba seguridad, amor o una forma fácil de llevar una vida más cómoda. A mí no me parecían incompatibles esas tres cosas. No le daba más vueltas.

No pasó mucho tiempo más hasta que decidí ir a denunciar la desaparición de Vera. Fui con Rubén. Nos hicieron todo tipo de preguntas y tras dos horas de trámites nos informaron de los pasos que iban a seguir con el asunto. Dijeron que irían al domicilio, y tras hacer las pesquisas correspondientes, entrarían en la vivienda para comprobar si ella estaba allí. Sentí miedo ante la posibilidad de que estuviese tirada en el salón con las venas abiertas. Había que esperar a que la policía hiciera su labor. Si se había ido por decisión propia, sería difícil dar con ella. Me extrañaba que se hubiera ido dejando a su hijo solo. Quizás contaba con que yo me hiciese cargo de él, pero al menos podía habérmelo dicho. Me daba mucha pena Rubén, con un padre que pasaba de él y una madre a la fuga. Paradójicamente, yo era la única persona que se preocupaba por él. Decidí llamarlo y quedar para comer en casa y poder hablar tranquilamente de todo. Le pedí a Javier que estuviese, había pensado encargar la comida y pasar una velada agradable los tres.

Cuando llegó la hora yo ya había arreglado la casa, puesto la mesa, presentado la comida y encendido unas velas. Estaba contenta e ilusionada con la idea de comer juntos, como una familia. Quería ayudar a Rubén, y hacerlo con Javier me apetecía aún más. Era lo que tenía que haber hecho con mi madre, pero entonces estábamos demasiado ocupados poniendo el foco en los sitios equivocados. Javier no era el mismo que entonces y yo ni siquiera me reconocía en aquella mujer. Sin embargo, no tenía ganas de culparme de nada, sólo de mirar hacia adelante. Me puse a canturrear mientras miraba por la ventana esperando a que llegasen. Javier llegó

puntual, como siempre, y trajo una botella de vino especial para la ocasión. Le recriminé que se gastase tanto dinero, le dije que el chiquillo no sabía diferenciar un vino de tetrabrik de uno de cuarenta euros, pero él se rio de mis ocurrencias mientras descorchaba la botella. Me sonrojé y me besó. Bebimos un trago mientras esperábamos a Rubén.

Esperamos media hora y el chico no llegaba. Bebimos un poco más y le envié un mensaje al móvil. Cuando ya empezaba a inquietarme, sonó el timbre. Me lancé como un rayo a la puerta, pero al abrir me quedé tan sorprendida que no pude articular palabra. En la puerta estaba el padre de Rubén. Yo sólo lo había visto un par de veces en mi vida, lo conocía sobre todo por fotos que me había enseñado Vera, y obviamente había cambiado con los años, pero no tanto como para que no pudiese reconocerlo. Al verme parada en la puerta, sin hacer nada, se adelantó y entró sin que nadie le hubiese invitado. Javier se quedó tan sorprendido como yo y me miraba como pidiéndome una explicación. No hizo falta, el padre de Rubén empezó a hablar.

—Me llamo Marcos, soy el padre de Rubén. Como ya sabéis, iba a venir a comer. Resulta que se encuentra mal, así que he aprovechado para venir yo y hablar con vosotros.

No sabía a qué había venido exactamente, pero estaba claro que a nada bueno. Tenía un acento extraño y su aspecto me causaba rechazo. Se veía que había sido un hombre atractivo en su juventud, pero en ese momento daba la impresión de ser un cuarentón desfasado que son había asumido su edad. Hablaba con cierta chulería.

—¿Hablar de qué? —dijo Javier adelantándose y poniéndose a su altura cerca de la puerta— ¿a usted le parece normal presentarse así en nuestra casa sin haber sido invitado?

—Oye, cálmate hombre. Vengo en son de paz. A ver… hay ciertas cosas que tenemos que negociar. Como comprenderéis, Rubén es mi hijo. Su madre se ha largado y lo ha dejado tirado, aunque la verdad de que no me sorprende. Esa mujer nunca estuvo muy bien.

No me gustó que utilizase la palabra negociar. No me daba buena espina y estaba claro que a Javier tampoco. Continuamos la conversación de pie en la puerta, aunque la cerré para que no nos escuchasen los vecinos.

—Quizás no estuvo muy bien porque tuvo que criar sola al chico mientras tú te dabas a la buena vida Sé la clase de persona que eres. ¿Qué es lo que quieres? —dije bastante irritada—¡No nos hagas perder el tiempo!

—Vaya, qué directa. Me gusta. Verás, Rubén busca desesperadamente un poco de cariño y creo que tú estás dispuesta a dárselo. Pero eso no te va a salir gratis, como comprenderás.

No me podía creer lo que aquel tipejo estaba diciendo. Pobre Rubén, con un padre así, un extorsionador, un aprovechado de mierda. Me dieron ganas de meterle dos bofetadas al sinvergüenza, pero sabía que si lo hacía me iba a llegar, nuevamente, una denuncia y no tenía ganas de lidiar con eso de nuevo.

—¿Tiene usted la desfachatez de presentarse en nuestra casa a intentar sacarnos dinero? ¿Quién se ha creído? ¡Lárguese ahora mismo si no quiere que llame a la policía! —le gritó Javier — Olvídese de que le vayamos a dar un mísero euro por cuidar de Rubén. No sé con qué clase de gente está usted acostumbrado a tratar, pero le advierto de que nosotros no somos unos paletos que se vayan a dejar extorsionar.

—Vaya, vaya. ¡Qué carácter! No, no creo que seáis unos paletos. Sé muy bien qué clase de personas sois y también sé que os podéis permitir vivir en un sitio como este. Yo solo quiero lo mejor para mi hijo —soltó mientras nos miraba expectante, sabiendo perfectamente que se la estaba jugando—

—¡Esto es el colmo! Mira, imbécil —contestó Javier dando por finalizado el trato de cortesía— ya te estás largando ahora mismo de mi casa. Ni se te ocurra decir que quieres lo

mejor para tu hijo, no tienes derecho ni a llamarte padre. No sueñes ni por un momento con sacar tajada de esto. Tengo el mejor equipo de abogados de esta ciudad y se te va a caer el pelo. Has errado el tiro y te va a salir muy caro. Está claro que fuiste tú quien convenció a Rubén para presentar esa denuncia falsa, ¿verdad? No me será muy difícil encontrar pruebas que demuestren que eres un padre de mierda, que has actuado en tu propio beneficio, que has tenido toda la vida una total dejadez hacia el chico, que lo has echado de tu casa muchas veces, que no le pasabas dinero a su madre y lo único que has hecho es anularla por completo. Y te van a prohibir ver a tu hijo, ¿te enteras? Porque la gente como tú sois peor que el veneno. ¿Y vienes aquí a amedrentarnos? ¡Eres un payaso! Y una cosa más, Rubén ya es mayor de edad, no tienes ningún control sobre a quién quiere ver o no. Espera que te abro la puerta y te largas ahora mismo. Si te vuelvo a ver, será en el juzgado, ¡payaso!

Dicho lo cual, abrió la puerta. Marcos se quedó blanco, con cara de póker. Yo, sorprendida y maravillada a partes iguales. Javier le señalaba la puerta y tras un momento de duda, el amantísimo padre se tragó el orgullo de corrupto ofendido y decidió marcharse. Eso sí, se fue blasfemando y diciendo improperios que no entendí. Mejor.

Al cerrar la puerta, Javier y yo nos abrazamos, aún nerviosos por lo que acababa de ocurrir. Fue uno de los mejores momentos de nuestra relación. Estábamos juntos en esto.

13

Tras el altercado con su padre traté de llamar a Rubén un montón de veces, pero no conseguí establecer contacto. Esa noche me costó dormir pensando en que le podía haber pasado algo. Quizás se enfrentó a su padre y se fue de casa, pero ¿por qué no me cogía el teléfono? Todo lo relacionado con esa familia era un despropósito, una incógnita y una fuente de problemas. Sentía mucha pena por el chico, criado en un ambiente como ese. Dormí mal y me levanté peor.

Al día siguiente recibí una llamada de la policía para informar de que habían estado en el piso de Vera y no la habían encontrado dentro. Fue un alivio. Sin embargo, cada vez cobraba más fuerza la hipótesis de que se hubiera marchado voluntariamente. Resultaba sorprendente, siendo como era una madre tan dedicada, sabiendo cómo quería a su hijo, que hubiera tomado esa decisión tan drástica. Me rondaba por la cabeza aquella conversación en la cafetería en la que me pidió que me fuese a vivir con ellos a la casa. Temí que lo tuviese todo planeado, involucrarme en la vida de su hijo para dejarme a su cargo en su ausencia. Ella sabía que no podía contar con su ex para eso. Quizás ya quería sacarse del medio desde hacía tiempo y mi aparición en su casa, con el problema de mi trabajo y mi separación, fue su oportunidad. Por eso me abrió su casa de par en par. Por eso aquellas ausencias, ultimando todo para desaparecer definitivamente. Si había sido así, me indignaba que me hubiese utilizado de esa manera. Pero, hasta el momento eran hipótesis que estaban sólo en mi cabeza. Comprobé en el teléfono que no tenía llamadas ni mensajes de Rubén. Era como si se lo hubiese tragado la tierra. No entendía nada. Si estaba al tanto de lo que había hecho su padre, lo normal era que me hubiese llamado. Y tenía que saberlo, había quedado en venir a casa y no había venido, al menos debía una explicación. Estaba tan preocupada como irritada con todo el tema. Salí a hacer algunas compras antes de comer. Había quedado con Javier. Salir a restaurantes era algo que hacíamos muy poco, pero ahora las reglas habían cambiado.

Al llegar Javier estaba esperando. Me alegré mucho de verlo, incluso sentí una punzada de nervios en el estómago. Qué sensación más agradable. En cuando me senté y pedimos, le solté todas mis preocupaciones y elucubraciones sobre el tema de Vera y Rubén. A medida que iba hablando detectaba un gesto raro en su cara. Sabía que se aproximaba un sermón de los suyos, en plan paternalista.

—¿Qué pasa, Javier? ¿A qué viene esa cara?

—Nada —dijo sin mucho convencimiento.

—Venga. Suéltalo. No me hagas perder el tiempo que sabes que lo odio. Si me lo vas a decir igualmente, hazlo ya.

—Bueno, Marta… es que estás completamente obsesionada con el tema

—¿Obsesionada? Pero... ¿Cómo me dices eso? —repliqué, bastante molesta — ¿Te das cuenta de que en muy poco tiempo me han echado del trabajo, me ido de casa, he vuelto, he descubierto que mi mejor amiga me miente y además ha desaparecido, le he pegado a su hijo que me ha denunciado, su padre ha intentado extorsionarnos… y podría seguir? ¿Y me dices que estoy obsesionada? ¿A qué viene eso? Hablamos del tiempo, si quieres… parece que va a quedar buena tarde.

—Marta, si te vas a enfadar, no me pidas que hable.

Nos quedamos callados un momento. La verdad es que estaba muy enfadada. Sin

embargo, quería saber su opinión.

—Habla sin tapujos —le dije— Dime lo que piensas.

—Muy bien. Para empezar, creo que tienes que tomar un poco de distancia. Estás demasiado involucrada emocionalmente. Es normal, pero yo lo veo con otra perspectiva porque no me afecta tanto como a ti. Mira, yo te apoyo en todo esto de ayudar a Rubén, pero tengo muchas dudas acerca de las intenciones del chico. Creo que ya te lo hueles, que eres muy lista. No creo que sea gratuito que todo esto de Vera suceda justo cuando tú te vas de casa. Piénsalo Marta… podía haberse ido durante todos estos años y decide irse justo ahora, ¡qué casualidad! ¿No te parece? Resulta que la echan del trabajo y ni te lo dice… ¿Por qué no te lo dijo? Es que por más vueltas que le doy, no encuentro una explicación, es todo muy raro. Sé que es tu amiga, pero tengo que decirlo... En cuanto a Rubén, no es un niño pequeño, es un tío mayorcito al que le han dado oportunidades de estudiar y no ha hecho nada, que vive como un adolescente… vamos, un aprovechado que piensa pegarse la vida padre el resto de su vida a costa del esfuerzo de los demás. No olvides que te puso una denuncia, por mucho que estuviese su padre detrás, es dueño de sus actos. Normal que desconfíe, lo que me sorprende es que tú no lo hagas. En cuanto al padre, menuda joya. Un jeta que es capaz de vender a su hijo para sacar tajada, como bien sabemos. ¿Y resulta que tú eres responsable de esta situación? Venga ya, no es tu problema Marta, te están utilizando… ¿es que no lo ves? Creo que te están manipulando. Eso creo.

Le lancé una mirada asesina. Me molestaba mucho que viniera con sus discursos de hombre experimentado. Como si yo fuese una pobre idiota que no se entera de nada. Me arrepentí de haberle pedido su opinión y se me habían quitado las ganas de comer. Sabía que todo lo que había ducho tenía sentido, pero aun así no era capaz de tragarme el orgullo y admitir nada. La verdad es que me estaba sintiendo de verdad como una niña pequeña a la que le acaban de echar la bronca. Javier tenía ese efecto en mí. No dije nada, me tragué el nudo en la garganta con un poco de agua.

—Marta. No te lo tomes por lo personal. Yo estoy de tu parte.

—¿Sí, de verdad? Porque lo que parece es que la única parte que importa es la tuya. Pero no me sorprende. Siempre fuiste a tu rollo, sin pensar en nadie más.

—¿A qué viene eso? Estás matando al mensajero. Me pides mi opinión y ahora me atacas. No te critico a ti, mujer… son ellos los que están montando este número. No tú.

—Ya, pero tú lo ves todo desde un punto totalmente neutral. Y la vida no es neutral. En la vida uno tiene que tomar partido. Por las personas que le importan, aunque a veces no tengan razón. Aunque sepas que no es lo racional, tiras adelante con tus decisiones porque es lo que toca. Eso es amor incondicional, Javier, y es lo que uno espera de los padres, los amigos o de una pareja. Si matas a alguien, no esperas que tu pareja te denuncie a la policía, sino que te ayude a deshacerte del cuerpo. Y tú no eres capaz de entender algo así. Ya pasamos por eso, cuando fue lo de mi madre —mientras lo decía me temblaba la voz—

—No me puedo creer que me salgas con esto ahora. ¿No estábamos hablando de Rubén? ¿Por qué sacas el tema de tu madre, que en paz descanse?

—Porque es lo mismo, Javier. Porque me das razones lógicas, pero no tienes en cuenta lo más importante, los sentimientos. Ya sé que Rubén es un desastre, no es mi hijo y que no tengo por qué hacerme cargo de él, ¡no soy idiota! Veo los problemas, los inconvenientes, las pegas… no creas que eres tan especial ¿eh? Es muy fácil ver las pegas. Lo difícil es actuar a pesar de eso, en contra de lo que te dice el sentido común, porque quieres a alguien. Y no te veo capaz de hacer algo así. Y eso me desanima muchísimo. Estos días juntos pensé que podíamos empezar de nuevo, darnos una oportunidad. Pero ahora creo que fue un error —la garganta me ardía y me

impedía explicarme con más claridad, así que decidí callarme.

Javier me miraba entre confuso y enfadado. Se quedó un rato mirando al plato, luego levantó la vista hacia mí y estuvo así unos minutos, mirándome fijamente sin decir nada.

—Vale —dijo finalmente — Te entiendo. Pero creo que estás sacando las cosas de quicio. En ningún momento he dicho que no vaya a apoyarte, de hecho creo que te he demostrado un apoyo incondicional en todo esto. Te estás ofuscando. Pero bueno, Marta, nada nuevo, es parte de tu personalidad y de tu encanto, siempre fuiste mucho más apasionada que yo. Sólo pretendía hacerte ver mis reservas, pero no te he dicho que no vaya a seguir adelante contigo. No me lances ya por el precipicio, haz el favor… que ya me estás dejando otra vez y me pierdo con tanto vaivén. Yo también necesito un poco más de estabilidad, saber que mi pareja no va a dejarme por un arrebato en cualquier momento. ¿No dices que a las duras y a las maduras? Pues aplícate el cuento y no me vengas con que me dejas a la mínima dificultad, que es justo lo contrario de lo que me estás pidiendo a mí.

Me quedé sin argumentos. Maldito Javier. Continuamos comiendo, al menos en mi caso, intentándolo.

—Y respecto a lo que has dicho de tu madre —se decidió por fin a decir—quiero aclarar eso. Tú sabes que yo quería mucho a tu madre. Era una mujer increíble y cuando le diagnosticaron Alzheimer fue un palo muy gordo también para mí. No se puede comparar con lo tuyo, pero también lo pasé mal. Tú sabes tan bien como yo que ella necesitaba cuidados las veinticuatro horas, que no podía quedarse sola ni un momento y tú y yo trabajábamos los dos prácticamente todo el día. Sabes que ella estuvo muy bien atendida, que la residencia era la mejor que había en toda la cuidad y que fui a visitarla siempre que pude. Ya lo hablamos mil veces Marta, y es que además era tu madre la que quería ir allí. Era muy suya y no quería estar en casa de nadie. Ella estaba bien. No creo que en ningún momento sintiese que la abandonamos, yo desde luego jamás sentí eso. Pero me parece que tú no tienes la conciencia tranquila y cargas contra mí por algo que creo que es cosa tuya. Y no entiendo por qué tienes eso dentro, has sido una gran hija y tenías una relación estupenda. Yo nunca llegué a ese grado de intimidad con mis padres. No sé por qué te martirizas, Marta.

No pude aguantar más las lágrimas y las dejé ir. Me estaba empezando a acostumbrar a los numeritos en los bares y restaurantes. La gente nos miraba, pero ya le había cogido el gusto al asunto. Javier se levantó a darme un abrazo, que duró lo necesario para calmarme, y volvió a su sitio al otro lado de la mesa.

—Mira, vamos a hacer una cosa —me dijo acariciándome la mano por encima de la mesa —En la empresa trabajamos a menudo con un detective privado, hay veces en las que se necesita información de algún demandante para armar los casos. Bueno, el asunto es que es el mejor en su trabajo. Estuve pensando en que podía contratarlo a título personal para averiguar algo acerca del paradero de Vera y ya de paso investigue también a Rubén y a su padre. ¿Qué tenemos que perder? Piénsalo, la policía asume que Vera se fue por su voluntad y no van a hacer mucho más. Si podemos averiguar algo, a dónde ha ido, tiene que haber dejado alguna pista. Y respecto a Rubén, siempre es mejor saber la verdad. Si tiene algo que esconder, mejor enterarse cuanto antes. ¿No crees?

Me pareció un buen plan. Terminamos la velada hablando del tema, organizando los pasos a seguir y haciendo cábalas acerca de lo que podría averiguar o no el detective. Incluso nos reímos con algunas hipótesis absurdas que se nos ocurrieron, fue muy reconfortante. Pero justo cuando nos habíamos levantado para irnos, Javier me agarró del brazo y se acercó un poco a mi oído para decirme algo.

—Marta… me gustaría saber, si quieres contármelo... si esos días que te fuiste de casa te acostaste con alguien. No es que sea un tema de vida o muerte, pero me ronda y no quiero flagelarme con esa idea, prefiero saberlo. Por favor. Cuando quieras, no hace falta que sea ahora. Sólo piénsalo.

No contesté. Necesitaba meditarlo.

14

Pasaron los días sin noticias de Vera ni de Rubén. Javier había contratado al detective, se suponía que en breve tendríamos alguna noticia. Traté de no centrar toda mi vida en ello y distraerme con otras cosas. Había estado pensando en la idea de crear mi propia empresa. Me veía en el negocio inmobiliario, estaba perfectamente capacitada y era algo que me hacía ilusión. Continué haciendo dosieres con los inmuebles más interesantes, con sus ventajas e inconvenientes, y había hablado con una asesoría acerca de los trámites necesarios para ejercer la actividad por mi cuenta. Sin embargo, me daba una pereza extrema todo el tema burocrático, y cuando me daba el bajón trataba de convencerme a mí misma de que era una mala idea.

También había estado fantaseando con asociarme con Fernando en el tema de los espacios comerciales. Era un campo que, desde luego, dominaba. Con la decoración tenia amplia experiencia y, además, me parecía bonito. Si no me hubiera metido en la cama con él aquella noche lo tendría mucho más fácil para poder aceptar la oferta, pero con lo que había pasado, ¡cómo iba a tragar con eso! Estaba todavía un poco dolida y humillada por lo sucedido en aquel hotel. Sin embargo, no descartaba del todo esa vía. También valoraba idea de hablar de ello con Javier, y de paso, contarle la verdad. Si no lo hacía iba a ser un elefante en la habitación cuya presencia se iba a volver más incómoda cada vez. Entonces, sonó el móvil.

—¿Sí?

—Hola Marta. Soy Rubén.

—¡Rubén!—exclamé, entre sorprendida y aliviada—pero... ¿qué te ha pasado? ¿Por qué no has llamado en todos estos días? ¿Estás bien? ¿Dónde estás? ¿Qué pasa? Estaba, bueno, estoy muy preocupada…

—Ya. Lo siento —tardó mucho un rato en continuar, daba la impresión de no saber qué decir — Mi viejo me echó de casa. Estoy viviendo con un amigo.

—¿Por qué no me has llamado antes? Habías quedado en venir a comer a casa y no apareces, aparece tu padre y tú no vuelves a dar señales de vida. No es normal, Rubén.

—Ya. Es que… bueno, es que… estuve liado.

—¿Liado?… estuviste liado. Ahora lo entiendo todo —le contesté. No sabía si el chico tenía tan pocas luces o es que se estaba riendo de mí. Y me estaba cansando —Bueno, y ahora que no estás liado, ¿para qué me llamas? ¿Qué quieres?

—Pedirte un favor. Mi colega dice que ya no puedo quedarme más en su casa, tiene problemas con su novia por estar yo allí y me ha pedido que me vaya. Es un marronazo.

—¿Qué quieres que haga yo?

—Pues, si puedes… me gustaría quedarme en tu casa esta noche. Estoy en la calle y no tengo dinero.

Era el colmo de los colmos. Venirme con estas, después de estar días y días sin llamar mostrando una total falta de consideración hacia Javier y hacia mí. Mi impulso fue colgar el teléfono, sin más explicación, pero no lo hice. No sé por qué no lo hice. Me quedé con el teléfono en la mano como una tonta y se produjo un largo silencio muy incómodo.

—Rubén, yo no vivo sola. No puedo disponer de la casa como me dé la gana. Tengo que hablarlo con mi marido. Te llamo más tarde.

—Vale. Pero no me dejes colgado, por favor. No tengo a nadie más a quién acudir.

Ahí terminó la conversación. Me sentí mal por no haber tenido el valor de decir lo que pensaba y haberme escudado en Javier para no acceder a su petición. Como si necesitase la opinión de mi marido para hacer algo, pero bueno… al menos me había dado tiempo a reflexionar un poco. Estuve dándole vueltas y más vueltas, no tenía un buen pálpito. Llamé a Javier y le conté lo que había pasado. Como era lógico, manifestó sus reticencias a dejar que Rubén se quedase a dormir en casa, pero yo me sentía en cierta manera obligada, como si le debiera algo a su madre. Y le pedí a Javier que accediese a la petición, con la condición de que fuese sólo una noche. Al día siguiente tendría que irse. Con eso me quedaría en paz y con la conciencia tranquila. Con las mismas, llamé a Rubén y quedó en pasarse por casa poco antes de la cena. Javier llegó antes de lo habitual a casa. Intuí que salió pronto del trabajo para no dejarme a solas con él. El chico traía muy mal aspecto, sucio, desaliñado, parecía haber estado viviendo debajo de un puente. Traía una mochila que estaba medio vacía. Me saludó sin muchos aspavientos. No quise avasallarlo a preguntas nada más llegar, así que preparamos la mesa y nos sentamos a cenar los tres. La conversación fue complicada, le pregunté si sabía algo de su madre, qué había pasado con su padre, dónde había estado, casi le supliqué que me diera algún detalle de lo que había pasado los días anteriores. Sin embargo, Rubén no tenía muchas ganas de hablar. Se limitó a contestar sin explayarse en explicaciones. No sabía nada de su madre, ni de su padre (ni quería saberlo) y había estado con un colega y no llamó porque no pudo, es decir, porque no le dio la gana. Javier y yo nos mirábamos estupefactos.

Aguantamos el tirón como pudimos y cuando llegó la hora de acostarse le cedimos la habitación de invitados. Nos fuimos a dormir sabiendo que al día siguiente se acabaría la historia, lo teníamos clarísimo. Me costó coger el sueño, tenía mal cuerpo y no me encontraba a gusto.

Cuando me levanté a la mañana siguiente, Javier ya se había ido. Fui a la habitación de invitados y Rubén tampoco estaba. Me pareció extraño que un chico que ni estudia ni trabaja hubiera madrugado tanto. No tenía nada que hacer, ni supuestamente ningún sitio a dónde ir. Se había llevado la mochila, así que deduje que no había ido a dar una vuelta. Sentí alivio. Preparé el desayuno tranquilamente, bastante más animada que el día anterior.

Estuve pensando en lo que le diría Rubén si volvía a llamarme, lo tenía todo atado. Y si no me llamaba, tanto mejor. Dejarlo dormir en casa esa noche me había parecido suficiente y ya no iba a hacerlo más. Mientras pensaba en ello me empecé a inquietar pensando mal de él, incluso me cruzó la mete la idea de cambiar la cerradura de la casa. ¿Y si había cogido las llaves por la noche y había hecho una copia? No podía ser, por la noche no hubiese encontrado ningún sitio donde hacerla, la única llave estaba puesta en la puerta y no pudo cogerla.

En ese momento fui hacia la puerta para cerciorarme de que la llave seguía allí puesta. La vi y me sentí mal por pensar esas cosas. Estaba claro que ya no confiaba en él. No quería dar rienda suelta a mi imaginación porque corría el riesgo de montarme alguna paranoia sin ningún fundamento real.

Decidí tranquilizarme y darme una ducha. Cuando ya estaba relajada debajo del chorro de agua calentita, me dio un vuelco el corazón. Recordé de que en la habitación de invitados tenía en el armario un joyero con todas mis cosas. No me había acordado hasta ese momento, podía haberlo guardado sabiendo que iba a venir Rubén… pero no lo hice. Ya estaba otra vez con mis paranoias. No es que tuviese muchas joyas, me daban bastante igual, pero tenía una gargantilla de brillantes que me había dado mi madre. Valía mucho dinero, pero sobre todo tenía un inmenso valor sentimental. Nunca me la había puesto, sin embargo, era de los pocos objetos a los que tenía un apego especial. Estaba mis libros, algunos cuadros y esa gargantilla de mi madre. Las

demás cosas, podían quemarse en un incendio. Me empezó a entrar un poco de ansiedad, así que no pude esperar a terminar de ducharme. Con la cabeza llena de jabón, cerré el grifo, me puse una toalla y me fui al armario de invitados a comprobar que estaba la gargantilla. Total, nadie estaba allí para llamarme loca obsesiva. La cajita estaba en su sitio, donde la había dejado. La abrí con cuidado, con miedo, me temblaba un poco la mano. Nada más abrirla ya noté que faltaban cosas, yo era muy maniática con el orden y me di cuenta enseguida de que alguien la había tocado. Quité la bandeja superior y la gargantilla que debía estar en la parte de abajo, no estaba. Me quedé helada, allí mirando el hueco. Me dolió incluso físicamente. Esa gargantilla era lo que me quedaba de mi madre, significaba mucho y sentí que me había quitado algo más que un objeto. Enseguida llegaron la rabia y la impotencia ¿Cómo podía haber metido a ese imbécil en mi casa? No podía haber sido más ingenua, absurda y tonta. Se había reído en mi cara, no podía ser más cabrón. Pedirme el favor de quedarse en mi casa, encima con esos aires de estar haciéndonos un favor. ¿Cómo pude tragar con eso? Por mi culpa, porque Javier lo hizo para darme a mí la satisfacción. No le diría nada a él de lo que había pasado, bastante tenía ya como para pasar esa vergüenza. Ni me molesté en revisar el resto de las cosas de la casa, me daban igual. Terminé de ducharme, llorando de pena debajo del chorro de agua, por mi madre, por la gargantilla, por mí y por Vera.

Pobre Vera.

15

Llegamos antes de tiempo a la cita con el detective. Esperamos un rato antes de que nos invitase a entrar en su despacho. Nos había citado hacía unos días, poco después de que estuviese Rubén durmiendo en casa, y la espera se me había hecho interminable. Necesitaba respuestas. Estaba preparada.

El detective era un señor de unos cuarenta años, bien vestido, con poco pelo y con unos modales un poco toscos, aunque correctos. Pensé que tenía pinta de hacer el trabajo que hacía, era un cliché andante. Nos ofreció un poco de agua y enseguida estábamos los tres sentados alrededor de una mesa. Fue directo al grano.

—Bien, voy a contarles lo que he averiguado. Tengo que decir que hemos tratado de hacer este trabajo lo más rápido posible, pero es una temporada en la que hay mucha carga de trabajo. En fin, vamos al tema. Me han pedido que investigue a tres personas, Vera Reyes Muñoz, su hijo Rubén y el padre del chico y exmarido de Vera. Empecemos por ella. Hemos removido cielo y tierra para buscar algún rastro y no hemos encontrado nada. Cuando alguien decide desaparecer voluntariamente, suele dejar un rastro. Borrarse del mapa es algo que requiere planificación, hay una logística detrás… medios de trasporte, movimientos de dinero, gestiones previas. En este caso no hay nada. No es mi trabajo establecer hipótesis, eso es cosa de la policía, pero en mi experiencia no parece, a priori, una huida voluntaria. En cuanto a su hijo, Rubén, tiene algunas denuncias por delitos menores, nada importante, pero averiguamos que eran habituales las escenas de abuso y malos tratos hacia su madre — Mientras decía esto sacó varios papeles de una carpeta y los puso sobre la mesa, extendidos, para que pudiésemos verlos — Hemos hablado con vecinos y nos contaron que las peleas eran constantes, que ha estado la policía varias veces en la casa y que Vera, la madre, dejaba de salir durante días después de los altercados. No consta ninguna denuncia al respecto. Hemos conseguido hablar también con varios compañeros del hospital en el que trabajaba y nos confirmaron que solía aparecer con moratones difíciles de justificar, cada dos por tres se cogía bajas médicas y la acabaron echando por ese motivo. Además, Rubén trapichea con drogas—nos señaló una fotografía en la que se podía ver a Rubén pasando algo en la mano a una persona, un chaval muy joven, apenas adolescente. Se veía a la legua lo que estaban haciendo. Rubén llevaba al hombro la mochila que le había visto el día que se quedó en casa. Imaginar que podía llevar ahí dentro la gargantilla de mi madre me revolvió el estómago—Son trapicheos de poca monta, pero lleva años en ese mundillo, es muy conocido en el entorno. En cuanto a su padre, Marcos, no ha sido difícil rastrearlo, sólo hemos tenido que seguirlo unos días y hacer preguntas a la gente del barrio. Básicamente, el taller en el que trabaja tiene muy poco movimiento y es todo legal, pero tiene un equipo de personas que se dedican a vender piezas de coches de alta gama, por supuesto robados. Pensamos que tienen contactos en concesionarios y tienen acceso a las fichas de clientes, se dedican a extorsionar, robar y trapichear. Miren estas fotografías—dijo señalando algunas en las que se veía a Marcos, junto a otras dos personas, en una especie de nave enrome—estos dos de aquí son muy conocidos en mercado negro de coches de alta gama. Son peces gordos. En estos casos las denuncias de las víctimas rara vez llegan a nada, es muy complicado localizar y recuperar un coche robado. Cuando no lo sacan del país y lo venden en el mercado internacional, lo desguazan y venden las piezas, por lo que resulta casi imposible rastrear. Si la víctima tiene

cubierto el robo lo arregla con su seguro, y en algunos casos ni siquiera se denuncia para evitar complicaciones o quién sabe, pero parece ser un negocio muy lucrativo. En cuando a su vida personal, vive con su pareja y Rubén entra y sale de esa casa muchas veces. También quiero que vean estas otras fotografías, como ven Rubén ha estado durmiendo en casa de su madre desde su desaparición.

No me lo podía creer, en una foto se veía a Rubén entrando en el portal de la casa de Vera, por la noche, y en otra se veía saliendo por la mañana.

—Vaya con el angelito—dijo Javier —¡Menudo sinvergüenza! Y nosotros acogiéndolo en nuestra casa. Si le van mal los trapicheos siempre puede dedicarse a la interpretación… ¡Cómo nos la ha metido doblada!

No dije nada. Para qué, las fotografías hablaban por sí solas. Miré a Javier y él me devolvió un gesto levantando los hombros. Nos quedamos los dos con cara de circunstancias.

El detective continuó contando algunos detalles más de la vida de Rubén y de su padre, pero ya tenía suficiente y no era capaz de procesar más información. Le dije a Javier que tenía que salir a tomar el aire. Él asintió y se quedó allí en el despacho escuchando todo. Me encontraba mareada.

Ya en el portal del edificio, me senté en un sofá cerca de la puerta y cerré los ojos. Por mi cabeza pasaban imágenes de escenas vividas las últimas semanas con Vera, con Rubén, escenas que cobraban un nuevo sentido ahora que sabía la verdad. Los gestos de tristeza de mi amiga, mirando al infinito cuando pensaba que no la estaba observando, los tenía clavados en la memoria. Ella estaba pasando un infierno, sola, y yo estaba allí hablando de mi trabajo y mis problemas matrimoniales sin saber que su propio hijo la estaba maltratando. Y ella sonreía, y me animaba. Cómo me hubiera gustado saber algo antes, hubiera hecho las cosas de otra manera. La hubiese aconsejado, defendido. Se podía haber venido a vivir conmigo. Por eso me pidió que me fuese a la casa con ellos, seguramente pensaba que si hijo no la maltrataría delante de mí. Y ¿qué hice yo? Decirle que tenía que arreglar las cosas por ella misma. Me sentía fatal y sólo esperaba que no le hubiese pasado nada para poder enmendar las cosas. Deseaba que se hubiera ido a empezar de cero, una nueva vida, lejos de todo,lo entendería, la apoyaría. Pero si no se había ido por voluntad propia, las opciones que quedaban eran todas malas. Dudaba mucho que su hijo hubiese llegado al punto de matar a su propia madre, era un delincuente de poca monta y un mentiroso y ladrón, pero, ¿un asesino? Aunque quizás pudiera haberlo hecho por accidente, esas cosas suceden. Quizás discutieron, la empujó y tuvo un mal golpe, se asustó y decidió deshacerse del cuerpo. O quizás ya estaba sacando las cosas de quicio. ¿Y si Vera se había suicidado? Me dolía muchísimo pensar en esa posibilidad, imaginarme a mi amiga tan hundida y desesperada que no viera más salida que esa. ¿Por qué no me dijo por lo que estaba pasando? ¡Maldita sea! Tenía que habérmelo imaginado, tenía que haber preguntado. Traté de serenarme, estaba entrando en pánico. Cuando salió Javier del despacho nos fuimos a casa. Apenas hablamos en el coche, estábamos en shock. Podía sentir los pensamientos de Javier, no necesitaba una sola palabra.

Pasamos el día como pudimos y nos acostamos pronto. Notaba a Javier muy decaído, las noticias le habían afectado más de lo que esperaba. Tenía las ojeras muy marcadas, la mirada triste y se movía por la habitación con lentitud. Ya en la cama lo abracé durante un largo rato, sentí todo su cuerpo estremecerse y nos besamos despacio.

—Lo que me preguntaste el otro día sobre si me había acostado con alguien. Si quieres saberlo, te lo cuento —le dije —. Sí, cuando estuve en el hotel.

—Lo imaginaba —contestó, sereno—No me sorprende nada, no te habrán faltado

candidatos.

—No te creas. Ya no tengo veinte años, no soy la que era. De hecho no llegamos a tener sexo porque él no pudo. Tuvo un gatillazo.

—¿En serio? Vaya suerte… perdió la oportunidad de su vida —dijo con una sonrisa, y era la primera vez que le veía sonreír en todo el día—Pues no creo que eso tenga nada que ver con tu cuerpo ni tu edad. Más bien al contrario. No tengo ni idea de lo que pasó, pero intuyo que lo tuvo precisamente porque le gustabas mucho. Tú intimidas, Marta.

—¡No digas chorradas!

—No son chorradas. Eres una mujer muy guapa y además se te ve segura, inteligente y con las cosas claras. Hazme caso, intimidas. Y a tu ligue le dio miedo no estar a la altura.

—Mi ligue, como tú lo llamas, es el subdirector de la revista, Fernando. Bueno, era, como bien sabes.

—Pues tampoco me sorprende. Pero gracias por tu sinceridad. ¿Y te ofreció el trabajo ese después del gatillazo? Parece que va en serio.

—En realidad fue antes. Pero qué más da. No lo voy a aceptar, aunque a veces se me pasa por la cabeza. Bueno, ahora te toca a ti. En todos estos años habrás tenido alguna aventura… confiesa.

—Bueno...—dijo, un poco nervioso—como siempre, no te andas por las ramas. Pero qué remedio me queda, no puedo negarme después de lo que me has contado. Sí, tuve una, hace ya bastante tiempo.

—Lo sabía. Quiero detalles.

—Fue hace unos cuatro años. Yo siempre estuve muy enamorado de

ti, pero soy de carne y hueso y tú pasaste una temporada en la que me tratabas como a un trapo, me odiabas. Es que a veces tendrías que verte las caras que pones, Marta. Yo sentía que era un estorbo, una molestia, sólo mi presencia ya te irritaba. Tampoco estaba muy contento en el trabajo y bien sabes que siempre he sido muy reservado para mis cosas. Así que me lo comí yo solo. Lo pasé mal. En esas entró en la empresa una chica nueva, una química con un currículum brillante, muy atractiva y bastante más joven que yo.

—¿En serio, Javier? ¡Vaya topicazo! Señor maduro pierde la cabeza por chica joven. No te pega nada. Pensaba que tenías gustos más refinados.

—Pues ya ves que no. Soy tan vulgar como cualquier otro. Esta chica, que entonces tenía treinta y dos, sabía que era atractiva y por algún motivo que aún desconozco, se fijó en mí. Imagino que mi puesto en la empresa tuvo algo que ver, si me hubiera visto por la calle ni me habría mirado. Me dio desde el principio indicios de que le gustaba y yo tenía el orgullo herido porque tú me detestabas, y la verdad, a nadie le amarga un dulce. Sí, perdí la cabeza, me entró el ansia por un cuerpo joven. La belleza es una cualidad que siempre admiré, porque yo nunca la tuve. Nos acostamos en varias ocasiones durante unos meses, casi siempre en un hotel, alguna vez en su casa.

—Pues vaya, eso ya es una aventura en toda regla, no un escarceo de una noche —puntualicé. No estaba molesta, ni celosa, sentía curiosidad—Sigue…

—Después de aquellos inicios de pasión loca me habitué y ya no me impresionaba tanto su juventud. Empezaron a irritarme sus defectos, su falta de profundidad, su falta de experiencia en la vida y su manía de opinar de todo sin el más mínimo pudor. Digamos que le cogí manía. Sobre todo, porque no eras tú. Ella no tenía tu inteligencia, tu saber estar y tu agudeza. No te digo esto por decir, yo jamás me hubiese acostado con ella si hubiese podido acostarme contigo, pero en aquella época no teníamos sexo. El caso es que quise cortar aquello y ella me lo puso

muy difícil. Supongo que no estaba acostumbrada a que la rechazasen, y menos un viejo como yo, así que se puso furiosa y me hizo la vida imposible en la empresa. Fue muy complicado. Incluso cambié mis horarios de trabajo para no coincidir con ella. No te haces una idea del infierno que me hizo pasar, incluso me llegó a amenazar con hablar directamente contigo. Llegados a ese punto la cosa se puso fea y pensé en dejar la empresa. Al final no tuve que hacerlo, ella se me adelantó. Le surgió algo en otro sitio y se marchó, pero no dudó un momento culpabilizarme de su marcha. La verdad, en vez de sentirme culpable, me quedé aliviado.

—Madre mía. ¡Menuda telenovela! Y en todo ese tiempo, ¿no se te ocurrió contarme nada? Podías haber tenido el coraje de decírmelo y así hubiese podido decir por mí misma qué hacer con nuestro matrimonio. Mientras tú estabas pasándolo bien con esa chica, yo también tenía derecho a disfrutar de la vida, ¿no te parece?

—Sí. Tienes razón. Lo pensé mil veces y muchas otras estuve a punto de contártelo, pero tenía miedo. Pensé que te agarrarías a eso para dejarme. Ya querías hacerlo y solo necesitabas una excusa, y yo te la iba a servir en bandeja. Fui muy cobarde.

—Pues sí. Pero bueno, ya no me importa. De verdad, no me duele lo que me cuentas. Ya soy vieja para melodramas de celos. Lo que me importa es quién eres ahora, y qué clase de pareja queremos ser. Pero, no vuelvas a mentirme, nunca más.

—Eres increíble—dijo respirando hondo—

Seguimos hablando durante mucho rato sobre nosotros. La confesión de Javier me había aliviado la culpa por mis errores. Él también era humano, imperfecto, y yo lo prefería así. Cuando ya apagamos la luz y nos disponíamos a dormir, me dijo

—Creo que deberías de aceptar el trabajo que te propone Fernando. Es un campo que te apasiona, que dominas, y él sabe que eres la mejor. Y siendo socios tendrías capacidad de hacer las cosas a tu manera. No dejes que lo que pasó entre vosotros te impida tomar una decisión inteligente. Hazme caso, acepta.

No dije nada, pero lo cierto es que estaba deseando aceptar la oferta. Estaba decidida a hacerlo, pero antes tenía que encontrar a Vera.

16

La voz al otro lado del teléfono me resultaba familiar. Enseguida se identificó, era el policía que llevaba el tema de la desaparición de Vera. Me dio un vuelco el corazón y me quedé en silencio.

—Señora… ¿Sigue ahí?

—Sí. Sí, estoy aquí. Es que no me esperaba que me llamasen.

—Ya, ojalá fuera una llamada más agradable. Siento decirle que no tengo buenas noticias. Necesito que se acerque a la comisaría para poder comentarle las novedades respecto a la desaparición de Vera Reyes Muñoz. Prefiero no hacerlo por teléfono. Hemos tratado de contactar tanto con su hijo como su exmarido y algún miembro de su familia, pero nos ha sido imposible. Tenemos su contacto como persona cercana así que, por favor, le pido que venga en cuanto pueda. Pregunte por mí, la estaré esperando esta tarde a partir de las 5.

No quería ir. No quería saber. Me quedé acurrucada en el sofá, como una niña pequeña, durante horas, sin poder pensar en nada. No había buenas noticias, lo había dicho bien claro por teléfono. Y eso sólo podía significar una cosa. Desoyendo a mi cuerpo, que me pedía quedarme en casa, me planté allí a las cinco en punto y pregunté por el agente que me había llamado. Me recibió muy serio con un apretón de manos. No se anduvo por las ramas. Con la misma delicadeza que decisión me contó que habían encontrado a Vera. Muerta. Había que esperar a tener los resultados del análisis de ADN, pero tanto la autopsia preliminar como los objetos que encontraron con el cuerpo no dejaban lugar a dudas. Había aparecido el cuerpo en un río, la causa probable de la muerte era el ahogamiento. No había indicios de criminalidad, ni de participación de terceras personas, por lo que la hipótesis más probable era el suicidio, que se hubiese tirado al río desde un puente que se encuentra cerca del lugar donde la encontraron. Me quedé allí de pie sin reaccionar. Muerte, suicidio… estaba ya completamente desconectada de la realidad, ya no escuchaba nada de lo que aquel agente estaba diciendo.

Aguanté el tirón y me fui de allí. Estaba desorientada, así que vagué por la calle un buen rato, desencajada. Me venían a la mente imágenes de Vera hacía unas semanas, conmigo en la cocina de su casa, sonriendo mientras hacía el desayuno, y me la imaginaba rota por dentro. La recordé de joven, cuando Rubén era pequeño, un niño risueño e inocente… me la imaginaba feliz, mirándolo, sintiendo un amor que le reventaba el pecho. Y qué duro debió de ser observar a su propio hijo volverse su verdugo. Sintiéndose sola, culpable y avergonzada. Prefirió callarse antes que luchar, eligió matarse, escapar … ¿Tan perdida se encontraba? ¿Tan desesperada? Pensé en Rubén, en cómo se sentiría al saber lo que había hecho su madre. ¿Se lo merecía? Quizás esa fuera su venganza contra él y contra su padre, que la ningunearon, anularon y apartaron durante toda su vida. Nunca le dieron el lugar que merecía. ¿Y yo? ¿Dónde quedaba yo en toda esta historia? ¿Había pensado en mí, en cómo iba a sentirme? Sentía rabia, tristeza, odio y unas enormes ganas de llorar que me estaban quemando la garganta.

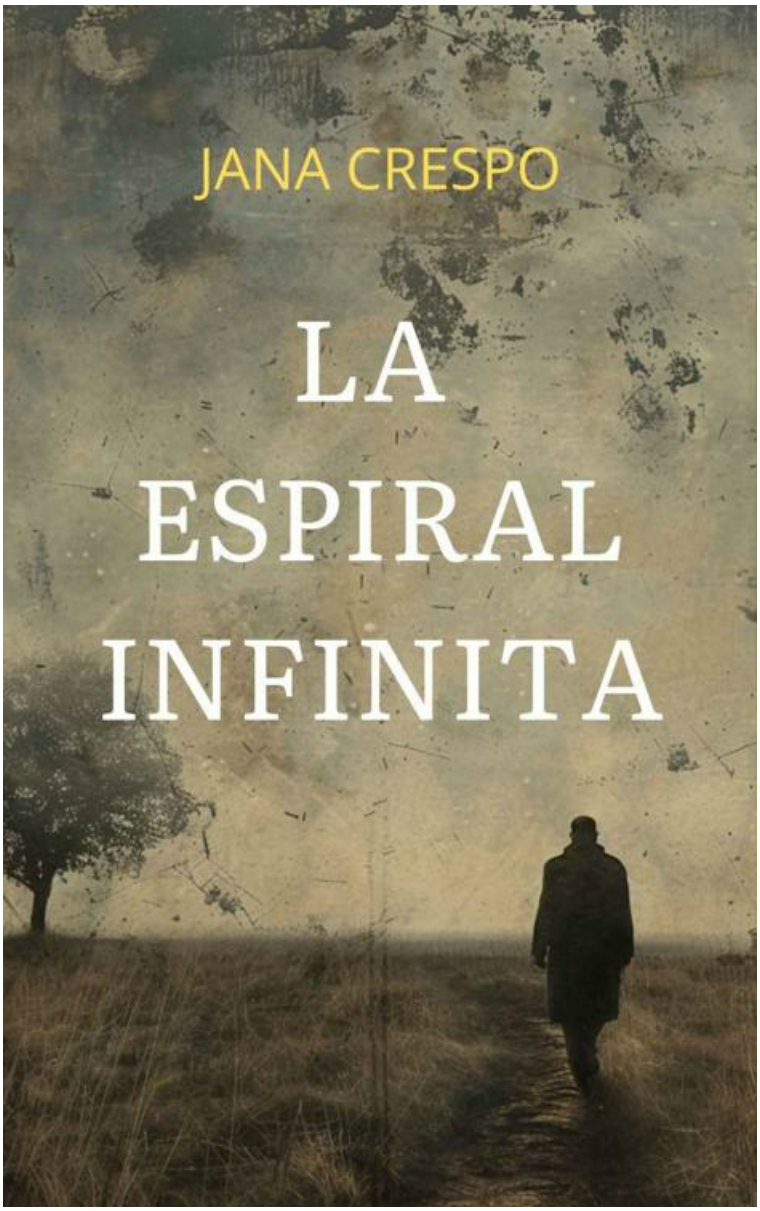
Javier no se lo tomó mejor que yo. Pasamos un par de días encerrados en casa. La muerte de Vera estaba en los telediarios, así que decidimos aislarnos de todo para no sufrir de más. Sólo salimos para asistir al entierro, con el miedo en el cuerpo de volver a ver a Rubén y su padre y con la convicción de pasar el trámite sin muchos daños emocionales. Ya tenía bastante con asumir lo que había pasado.

Llegado el momento me preparé mentalmente, me puse un traje de chaqueta negro, camisa blanca, el pelo recogido en un moño, gafas de sol y salí con Javier y con la esperanza de que pasase todo rápido. En la misa había poca gente, algunos amigos de Vera y familiares cercanos. Eché un vistazo y pude ver a Marcos con su pareja. Busqué con la mirada a Rubén, hasta que finalmente lo localicé al fondo, medio escondido detrás de una columna. Estaba más delgado, con un aspecto muy desaliñado. Daba cierta lástima. Miraba al suelo, sin levantar apenas la cabeza, y se movía pasando el peso de un pie al otro, nervioso. Al terminar la ceremonia, la poca gente que había fue saliendo y al pasar por su lado le daban el pésame, a lo que él respondía con un gesto seco, sin palabras. Cuando pasó su padre por su lado, ni le miró. Javier y yo salimos cuando ya se habían ido y no tuvimos que cruzarnos con ellos. Ya en el cementerio, nos cruzamos las miradas y nos lanzamos un saludo, nada de abrazos ni palabras de ánimo. Ambos teníamos nuestra procesión por dentro. Cuando ya me disponía a irme, se me acercó y me agarró del brazo. No dijo nada, solo me dio un sobre cerrado y con las mismas, se dio la vuelta y se fue. Metí el sobre en el bolso. No me hizo falta abrirlo, ya sabía lo que había dentro. Javier, que había observado el detalle ya que estaba a mi lado, no dijo nada. No preguntó qué había en el sobre, ni por qué se había acercado a dármelo, no pidió ninguna explicación. Agradecí infinitamente esa capacidad de mi marido de respetar el derecho a tener secretos, de contar sólo aquello que a uno le sale por iniciativa propia. Me pareció un gesto exquisito de profundo respeto. Al llegar a casa metí el sobre sin abrir en el armario, en la cajita, y así se quedó.

Después de aquello no volví a tener contacto con Rubén. Traté de seguir con mi vida, curar las heridas y aprender de todo aquello. No fue fácil, pero con Javier de mi parte resultó más llevadero. Aquello nos unió, nos hizo más fuertes como pareja. Javier continuó con su trabajo, yo empecé una aventura empresarial con Fernando como socio. Cuando se lo comuniqué, Fernando no se lo esperaba, se quedó alucinado y le dio la risa, pensaba que era una broma. Nos entendíamos bien a nivel empresarial y las cosas empezaron a irnos bien en ese sentido. Estaba ilusionada. Por primera vez en mi vida sentía que estaba donde quería estar, en mi vida personal, en mi empresa. Estaba disfrutando de verdad.

Una mañana cualquiera estaba limpiando. En la tele se oía de fondo el telediario. Siempre eran noticias sobre política que no escuchaba, pero de repente algo llamó mi atención y apagué el aspirador. En la pantalla aparecían imágenes de un piso precintado por la policía. El periodista explicaba que se había desmantelado una importante red de estafadores que se dedicaban a extorsionar tanto a empresas como a personas particulares. Era una red organizada que se dedicaba a la venta de vehículos robados. En la redada habían incautado decenas de miles de euros en metálico. A continuación, se mostraban imágenes de las detenciones. Allí estaba Marcos. que se tapaba la cara con la chaqueta para que no le reconocieran. Había más gente, tres hombres más o menos de la misma edad, pero no reconocí a ninguno de ellos. Por suerte, no estaba Rubén. Pensé que quizás el chico había sido más listo y había dejado atrás esa vida. Tenía la esperanza de que pudiera haberse redimido. Nunca lo supe, porque a pesar de que lo intenté, nunca pude volver a contactar con él. Quise pensar que sí, que lo había logrado.

Por Vera.


JANA CRESPO
LA ESPIRAL INFINITA

1

Los ojos como platos clavados en el techo a las tres de la mañana. Seguía vivo, para mi desgracia. Vivía en un pequeño piso, que, al estar situado en el centro, tenía un precio excesivamente alto para su tamaño. Al menos la cama era cómoda; aunque de poco me servía si no podía dormir. ¡Vaya negocio! Me levanté con un humor de perros. Mientras preparaba el café recordé que hacía días que nadie me llamaba por teléfono. Podría morir en ese instante y pasarían semanas antes de que alguien lo notara. Acabaría encontrándome la policía tras una llamada de la vecina del tercero quejándose del olor que salía de mi casa, como en esas patéticas noticias del telediario que te hacen pensar durante dos minutos antes de seguir con lo tuyo. Llevaba un tiempo sintiendo desgana, ya nada me interesaba. Pensé en lo mucho que me gustaría ser cualquier otra persona. Lo cierto es que no me soportaba más.

Amargarme era lo único que se me daba bien. Tirado en la cama, fantaseaba con desparecer de repente. Habría sido feliz si al menos hubiera podido quitarme del medio, pero ni siquiera tenía el valor de suicidarme. Además, me daba mucha pereza.

Estuve así algún tiempo hasta que toqué fondo. Me cansé de sentir lástima. Estaba hecho un desastre y no parecía que las cosas fueran a irme mucho mejor arrastrando mi alma del sofá a la cama como un adolescente. No iba a poder vivir muchos años en pijama a base de pastillas, pizza precocinada y cerveza barata, así que, haciendo un esfuerzo heroico, tomé una decisión. Iba a dedicarme en cuerpo y alma a vengarme del hijo de puta que me había arruinado la vida. Al menos tendría algo que hacer y me distraería de mí mismo. Era como un amigo pesado al que no podía echar de casa. ¡Me estaba volviendo loco!

Tras unos días mentalizándome, reuní fuerzas. Ya estaba listo para volver al mundo. Fui al cuarto de baño y me miré detenidamente en el espejo. Demacrado y viejo, tenía el aspecto de un hombre más bien mayor que acaba de salir de un bar de alterne a las tantas de la mañana. Las bolsas debajo de los ojos me ponían años encima y los surcos de la cara me daban un aspecto duro pero interesante. Podría ser peor. Tras una ducha caliente salí a la calle. Me sorprendió ver la luz del día, había pasado demasiado tiempo encerrado entre cuatro paredes. Paré un taxi, estaba en una forma física lamentable y no me apetecía caminar. En media hora estaba en la puerta de la comisaría decidido a empezar con buen pie. Había ido allí en busca de respuestas. No tenía nada que perder en el intento. La recepcionista me recibió sin entusiasmo y sin dedicarme dos segundos. Pregunté por Manuel, el agente que había llevado mi caso. Recordaba su nombre porque así se llama mi padre.

—¿Tiene usted apellido?

—Claro que lo tengo. —La pregunta me pareció estúpida pero no quería perder más tiempo—. Roberto Sandoval. Dígale que soy el del incidente de la calle Ramón Salgado.

Pasé al despacho y el agente me recibió con un gesto seco. Me echó un vistazo por encima y enseguida noté su rechazo. Preguntó el motivo de mi visita y fui directo al grano, le dije que estaba allí para hablar de Sandra. Le había perdido la pista después del juicio y no había vuelto a verla. Habían quedado muchas cosas en el aire. Sé que el agente se acordaba muy bien de todo porque se implicó mucho en la investigación, recuerdo que pensé que era bueno en su trabajo. Por su gesto intuí que no iba a decirme nada de nada. Lo noté molesto, aunque me trató con amabilidad.

—Siéntate, por favor—dijo sin levantar la vista.

—No, estoy bien así.

—Como quieras. Así que vienes a hablar de tu caso.

—Vaya, ¡qué buen poli eres! —contesté, consiguiendo captar su total atención—. Sí, a eso vengo.

—Guárdate tu sarcasmo. ¿Qué quieres saber exactamente? Tengo mucho trabajo

—Lo que necesito son respuestas. Exactamente.

—Pues no las tengo. —Se levantó antes de continuar—. No hay.

—¿Y ya está?

—Sí, ya está —dijo levantando un poco el tono—. Olvídalo. Si vuelves a ver a tu ex, tendremos que detenerte, tienes una orden de alejamiento. No malgastes tu tiempo ni el mío. Vete a tu casa, llama a un amigo, vuelve al trabajo o haz algo que te divierta. No vuelvas a venir por aquí —concluyó señalando hacia la puerta.

Decepcionante. No había ido a buscar consejos y la verdad es que me molestaba su discursito prefabricado. Me daba igual esa filosofía de perro viejo, su condescendencia. ¡Como si yo fuera un chiquillo! No necesitaba tutela, solo respuestas claras y punto. Había sido una estupidez ir a la comisaría. En ese momento me di cuenta de que no estaba razonando con claridad, me sentí idiota. Acababa de hacer el ridículo y de ponerme en evidencia.

Salí de allí sudando. No miré atrás cuando crucé la puerta; pero intuía las miradas de desprecio. Me sentí asqueado, con ganas de vomitar. Tenía la sensación de estar completamente cubierto con papel de celofán y me estaba asfixiando. Me acababan de tomar por tonto y eso me irritaba profundamente. En ese momento lamenté no tener una pistola; habría entrado de nuevo en la comisaría dando tiros al aire y seguro que de esa forma me habrían dicho lo que quería. En vez de eso, me quedé como un gilipollas en la puerta, con mis ojeras, mis dudas y mi dignidad por los suelos, sin saber muy bien qué hacer. Tuve ganas de llorar.

Seguí caminando hacia ninguna parte. No sabía dónde vivía ahora Sandra. Seguramente se habría mudado. Ella pensó que quería matarla. Se equivocaba. No era un asesino, o al menos eso creía. Sin embargo, Sandra, la esquiva y complicada mujer con quien había convivido, lo tenía claro. Eso fue lo que más me dolió. El hecho de encontrarla con él, también. Cuando llegué y los vi, no pude reaccionar. Estuve paralizado mirando la escena a cámara lenta. Tenía la sensación de que el tiempo estaba esperando por mí, congelado. Ese momento no quedará entre los mejores de mi vida. No tengo armas en casa, así que cogí un cuchillo de la cocina. Fue un impulso. Nunca supe reaccionar bien ante las sorpresas, tengo la habilidad de escoger la peor de las opciones. Lo que sucedió después apenas lo recuerdo. Eso fue lo que argumentó el abogado que me libró de una pena de seis a diez años por tentativa de homicidio. Me impusieron una pena de dos años y una orden de alejamiento de por vida. No llegué a pisar la cárcel. Era mi primer delito, no tenía antecedentes, así que me conmutaron la pena por trabajos de servicio a la comunidad. No me importó demasiado. Asistí al juicio desmotivado y sin ningún interés por lo que hicieran conmigo. Había perdido totalmente mi autoestima.

Mientras caminaba miré mi reflejo en un escaparate. Veía a un fracasado en todos los aspectos. Antes de todo eso yo era una persona corriente. Trabajaba en una empresa de software haciendo implantación de aplicaciones en empresas clientes. No era el mejor trabajo del mundo, pero me gustaba y lo hacía bien. Después del juicio me dijeron que no podían permitirse tener en plantilla a una persona conflictiva, políticas de empresa. Mis compañeros hasta entonces no se molestaron en disimular su desagrado. Ni uno solo se acercó a desearme suerte. No volví a encontrar empleo, aunque para ser sincero no me involucré demasiado en la búsqueda. Estuve

muy ocupado sintiendo lástima de mí mismo a tiempo completo. En cuanto a mi familia tampoco llevó bien el tema. A mi padre no lo había vuelto a ver desde el incidente. Mi madre sin embargo sufrió mucho por mí. No eran un matrimonio bien avenido. Ella estaba siempre a su sombra, no tenía opinión, era una mujer frustrada e insatisfecha. Mi padre era un cabrón que me detestaba. No me importó la indolencia de mi padre a la que ya estaba acostumbrado. Sí la desolación de mi madre en el juicio. Eso me rompió el corazón.

Seguí dándole vueltas a la cabeza un buen rato. Era el momento perfecto para llamar a un amigo. Me hizo gracia que fuera precisamente eso lo que me recomendó el poli. Pero había un problema, ya no tenía amigos. Mis conocidos se pusieron de parte de mi ex. Se dice que los amigos no juzgan, solo aceptan, y yo nunca tuve ese tipo de conexión con nadie. De niño era bastante solitario y fui un adolescente introvertido y acomplejado. No guardaba grandes recuerdos de ninguna etapa de mi vida. Estoy seguro de que me mi padre me despreciaba y no tuve hermanos con los que compartir ese privilegio. Yo nunca quise tener hijos, tenía miedo de ser igual que él. Hubo un tiempo en el que Sandra intentó hablar de ese tema, me cerré en banda en todo momento. Quizás fui un cabrón egoísta al actuar de esa manera.

Ya nada de eso importaba, solo eran pensamientos inútiles que no me llevaban a nada. Tenía que concentrarme en mi objetivo, tener la mente clara. Volví a casa sin respuestas, pero con la convicción intacta. Al entrar de nuevo en el piso me pareció todavía más feo. Pensé en lo mal decorado que estaba, no había nada interesante, ni rastro de esas cosas que hacen de cuatro paredes un hogar. El típico calendario colgado en la pared de la cocina con algunas citas, fechas importantes marcadas con rotulador, el cajón con facturas de la luz, la caja de galletas llena de objetos absurdos que no sabes dónde meter, todas esas cosas que vamos dejando como el rastro de los caracoles allí por donde vamos viviendo. Nada de eso, allí solo estaban los muebles y la suciedad. Todo era impersonal. Esa casa no tenía alma, y yo tampoco. Estos pensamientos me estaban deprimiendo. Caí rendido en la cama.

2

Había dormido a pierna suelta y me sentía descansado. Tras una visita al lavabo, preparé un café. No sabía qué hora era, quizás media tarde, daba igual. Lo único importante de este día era que iba a conseguir avanzar en mi búsqueda. Me tiré en el sofá libreta en mano. Empecé a anotar los nombres de las personas que conocían a Sandra y podrían aportarme algo de información. Por supuesto, anoté a su madre. Era una mujer fría y bastante engreída. No me gustaba nada. Siempre sentí que le parecía poca cosa para su hija. Obviamente, no iba a llamarla. La taché. ¡Empezábamos bien! Continué con los amigos comunes. Todos resultaban poco apetecibles para una llamada, y sabía que ninguno de ellos iba a darme lo que necesitaba. Repasé y repasé en mi mente las personas con las que habíamos coincidido durante nuestra vida juntos. Tras un buen rato dándole vueltas, no había anotado nada. Cerré la libreta.

Salí a la calle a despejarme. Caminé sin rumbo fijo, estaba anocheciendo y resultaba agradable caminar bajo ese cielo. Tenía ganas de entrar en un bar, hacía mucho tiempo que no tomaba una copa. No tardé mucho en ver uno, parecía un antro, pero al fin y al cabo tampoco iba vestido de etiqueta. No me fijé en el nombre; en el barrio todos los bares tenían nombres anodinos, nada que mereciera la pena recordar.

El local era horrible, una barra vieja, decoración pasada de moda, mesas baratas distribuidas sin gracia. La limpieza brillaba por su ausencia. Me senté en un asqueroso taburete en la barra y enseguida se acercó el camarero, cuyo aspecto hacía juego con el resto del tugurio. Le pedí una cerveza, que me sirvió enseguida. Al menos no era un pesado de esos que dan la murga con comentarios absurdos acerca del tiempo. La cerveza estaba fresca, me relajé.

Tras un rato ocupado en mis cosas, noté que a mi lado se había sentado un tipo. Me miraba fijamente, incomodándome. Era un hombre de unos cincuenta años, mal vestido, con unos rasgos duros, el típico perdedor que se dedica a emborracharse hasta perder el conocimiento. Jamás le hablaría a un tipo como ese, pero él se había fijado en mí por algún motivo. No sabía lo que quería ni me importaba, estaba decidido a quitármelo de encima cuanto antes y seguir con mi cerveza tranquilo.

—¿Se puede saber qué miras? ─le dije.

— ¿Tú que crees? ¿Eres tonto o qué?

Su respuesta me dejó descolocado. Ese imbécil me estaba insultando, así de buenas a primeras. Pensé que buscaba pelea; estaría frustrado por su mierda de vida y querría desahogarse conmigo. No le iba a dar el gusto. O sí.

—Ya sé que me miras a mí, idiota. Lo que quiero saber es por qué —largué con cierta chulería.

—¿Cómo? ¿A quién llamas idiota? —dijo visiblemente irritado.

—No eres muy listo para darte tantos aires. Si digo idiota mirando hacia ti, te lo digo a ti. ¿No os enseñan nada en la cárcel? —Lo empujé levemente con el brazo—. ¡Pírate y déjame en paz!

Se produjo un silencio tenso. Notaba su mandíbula rígida, iba a arrearme. Solo tenía unos pocos segundos para decidir mi siguiente movimiento y no tenía ni idea de qué hacer en esa situación. No hice nada. Me quedé allí, pasmado como un espantapájaros mientras aquel tipo se preparaba para descargar sobre mí su ira. Me arreó fuerte, en la cara y con el puño cerrado. Ese

día comprendí por qué dicen eso de que el que golpea primero lo hace dos veces. ¡Vaya que sí! Lo que recuerdo de ese momento fue el sonido. Los puñetazos en la cara hacen un ruido tremendo, como si te partieran los huesos. No me tumbó. Estaba de pie, frente a él, dolorido y con cara de bobo, pero seguía allí como una ramita de bambú que se dobla pero no se parte. Al fin y al cabo, era más duro de lo que yo mismo pensaba. El hombre estaba un poco desconcertado, no esperaba que yo aguantara su embestida y se quedó boquiabierto. Ahora era él quien tenía cara de bobo, así que me eché a reír a carcajadas. Creo que era la primera vez que lo hacía en meses. ¡Qué bien me sentía! La adrenalina de ese momento me sentó mejor que mil pastillas, me había relajado. Todo a cambio de una mandíbula dolorida, era buen negocio. Me di cuenta de que el tipo se estaba riendo conmigo. Al cabo de un rato estábamos compartiendo unas cervezas y haciendo confidencias.

Me contó que se ganaba la vida haciendo trabajos para gente que no quería o no sabía hacerlos por sí misma. Era conocido en el barrio, y lo llamaban cuando hacía falta una mano fuerte que no hiciera preguntas ni dejara que se las hicieran. Lo llamaban para todo tipo de cosas como echar a unos perroflautas okupas de una vivienda, a golpes, por supuesto. Echaba la puerta abajo y acababa de una vez por todas con la situación. Era eficaz, aunque alguna vez se había llevado algún susto. Me contó que una vez lo contrató un pez gordo para darle una paliza a un socio que le debía mucha pasta. El trabajo consistía en darle un escarmiento para animarlo a pagar. En esa ocasión había bebido mucho y se cebó tanto con el socio moroso que lo dejó en coma. El hombre que lo contrató amenazó con no pagar el trabajo si su socio moría, además del problema añadido de una inconveniente investigación policial. Lo pasó mal entonces y estuvo pensando en dejarlo. El beneficio que sacaba no justificaba el riesgo que suponía. El problema era que no sabía hacer nada más que pegar, amedrentar y asustar con la fuerza física. Así que allí estábamos, el matón de barrio y yo tomándonos algo en un bar de mala muerte, cutre hasta para dos personajes como nosotros. Entonces se me ocurrió.

—Tío, ¿tú me harías a mí un trabajo? Tengo algunos ahorros, te pagaría muy bien. Lo que me pidas.

—Oye, ¿de qué vas? No sé qué puedo hacer por ti a no ser que quieras que mate a alguien —dijo mientras hacía una mueca graciosa.

—Sí. Bueno, no —dudé—. Matar no, pero quiero que le hagas daño. Mucho.

—Estás de coña. —Soltó una carcajada—. Estás loco. Esto me pasa a mí por pegarle al primer pringado que veo en un bar. Paso de ti, completamente.

—Espera. ¿No quieres saber mi historia? Quizás después decidas ayudarme. Solo escúchame.

—Venga, dale. No tengo otra puta cosa que hacer. Escuchar a un pirado es el mejor de mis planes. Dispara —dijo antes de pedir otras dos cervezas.

—Hace unos años no era el tío que tienes delante. Tenía trabajo, tenía amigos que me llamaban los domingos para salir de tapas, mi familia me abría la puerta de casa y hasta se alegraban de verme. También tenía a alguien en mi vida. Era preciosa. Cuando empezamos a salir se convirtió en el centro del universo. Yo nunca me consideré gran cosa, la verdad, y pensaba que ella era la que le daba sentido a todo. Soy muy patético, ya te lo dije. Yo era feliz, ella no tanto. En eso se resume todo. Ella quería tener críos. Yo no soy una buena persona y no pensaba que tuviera nada que ofrecer a unos pobres chavales.

—Me vas a hacer llorar. ¿Y cuándo viene lo interesante? Hasta ahora tu historia es corriente y moliente. Nadie es feliz. Cuéntame otra.

—Además de un matón eres un filósofo. —Noté que le gustó el cumplido—. Sí, mi vida

no es nada extraordinario. Lo que pasó después fue que un día me cancelaron una reunión de trabajo y llegué a casa antes de lo previsto. Los pillé en la cama, en mi cama. Eso me cambió la vida.

—Ahora se pone interesante. Quiero detalles.

—No es lo que crees. No soy ningún mojigato, no me hubiera escandalizado verla con otro tío. Yo mismo lo hacía con otras cuando tenía ocasión, y si no lo hice más fue porque no se me da bien ligar. Lo nuestro estaba por encima, ya me entiendes. Lo que vi en ese momento me dejó paralizado, porque el tío con el que estaba… era mi padre.

—¿Qué fuerte! ¿Tu chica se acostaba con tu viejo? Siento decírtelo, pero eso es un golpe bajo de la vida.

—Lo sé. Los amenacé con un cuchillo de cocina y ella me acabó poniendo una denuncia. La policía me interrogó en muchas ocasiones, y en todas dije lo mismo. Poca cosa, en realidad. Nunca mencioné a mi padre ni ella tampoco. La verdad me parecía demasiado humillante para mi madre, y para mí. Me callé, preferí no jugar esa carta. En el juicio ella jugó sucio, como era de esperar. Sandra siempre fue implacable. Se arriesgó mucho llevando a un tío que mintió por ella, un pringado como yo al que debió de engañar fácilmente. No sé qué pretendía, si creyó de verdad que quise matarla, o quería librarse de mí para siempre. Intuyo que buscaba pelas, quizás le interesaba aparecer como víctima por el tema de violencia de género o algo así, pero eso son conjeturas mías. —Paré un instante para dar un trago—. En cuanto al cabrón de mi padre, desapareció de la escena, no volví a verlo nunca más después de aquel día. Estoy seguro de que solo se acostaba con mi novia para demostrarme que yo era un mierda y que él podía tener lo mismo que yo si le daba la gana. Le gustó Sandra desde el día que entró por la puerta de su casa. Era un cabrón, pero no idiota. Mi pobre madre ya ha sufrido bastante en esta vida.

—Qué chungo. Lo siento —dijo mientras me ponía la mano sobre el hombro—. ¿Y qué quieres que haga yo?

—Ya te lo dije. Quiero que sufra. Quiero vengarme. No me importa el dinero. Te lo doy todo. Me pegaría un tiro aquí mismo si no fuera un cobarde. Ni siquiera sabría cómo disparar.

—Bueno, tío, tal y como yo lo veo estás pasando por una mala racha. Soy experto en malas rachas. Mira, me vendría de cine tu dinero, pero no voy a hacer eso que me pides. Yo no soy un lumbreras, pero algo de esto sé, y a mí la vida me enseñó que la venganza lo único que hace es joderte la cabeza. Olvídate de eso. Mira, yo le pego duro a tu viejo, y luego ¿qué? ¿Vas a quedarte satisfecho? Un cabrón dolorido no es menos cabrón. Hazme caso y pasa del tema, sigue con lo tuyo. Y para que veas que soy buena gente, te voy a decir una cosita más: habla con tu viejo. Fin de la historia. Ahora me tienes que dejar que te arregle el otro lado de la cara, ¡para que vayas a juego! —dijo con una gran sonrisa.

Nos reímos. Me sentí comprendido por primera vez en mucho tiempo. Era curioso que un completo desconocido tuviera esa compasión hacia mí… después de darme un puñetazo, pero eso no le quitaba mérito. Me sentí agradecido y tuve ganas de abrazarlo. Por supuesto no lo hice. A mí me enseñaron de pequeño que los hombres ni lloran ni se besan. Toda mi vida había estado encorsetado, apretado dentro de un traje que no era de mi talla. Allí en ese bar con ese quinqui me sentí yo mismo. ¡Por fin! Nos dimos un apretón de manos y allí se acabó la relación con el mejor amigo que tuve nunca. Caí en la cuenta de que había olvidado preguntarle su nombre.

Cuando salí a la calle, me notaba más ligero. Para mi sorpresa, estaba contento. Caminé largo rato saboreando esa sensación, ese hormigueo interior. Después de la conversación en el bar caí en la cuenta de que sentía curiosidad por ver a mi padre y mirarlo a la cara. ¿Cómo reaccionaría al verme? Quizás tuviera mala conciencia. O puede que tuviera el arrojo de

regodearse con lo que había hecho y tendría ganas de matarlo. Era un riesgo que estaba dispuesto a correr.

3

Colgué el teléfono algo intranquilo, la conversación con mi madre me había dejado descolocado. Acababa de contarme que mi padre y ella ya no vivían juntos. Desde el juicio no había ido a verla y la había llamado en contadas ocasiones, por dejadez o pereza. Había estado demasiado centrado en mí como para prestarle atención a nada más. Yo quería a mi madre, no era ningún desagradecido, aunque estaba lejos de considerarme un buen hijo. De pequeño me sentaba en su regazo, ella me miraba, me acariciaba el pelo y yo me sentía importante. Sin embargo, lo que más recordaba de mi niñez era la frialdad de mi padre, mis esfuerzos por que me quisiera y la frustración que todo eso me causaba. Me convertí en un amargado. Tampoco soñaba con una familia feliz, nunca creí en cuentos de hadas. Mi madre no mereció la mala suerte que tuvo en la vida, sola, frustrada y no correspondida. Yo nunca hice nada por ella. Ahora era mayor y estaba cansada. Cuando la llamaba trataba de no preocuparla mucho, pero nuestras conversaciones resultaban frías y vacías. Esta vez tuve un presentimiento. Me pareció que quería que fuera a verla y era lo que iba a hacer.

Me puse la mejor ropa que encontré. Estaba muy delgado y se me notaba el golpe en la cara; pero al menos seguía teniendo buena percha. Así, limpio y afeitado, aún tenía un pase. Me estaba juzgando con generosidad, me gustaba. Estaba de buen humor esa tarde.

Cogí un taxi y en una hora me planté en casa de mi madre. Estaba nervioso antes de llamar al timbre. Pensé que debía haberle comprado unas flores o unos bombones, pero ya era demasiado tarde. Me sentí inseguro y algo ridículo poniéndome así por ver a mi madre. Parecía un niño. Ya estaba odiándome de nuevo cuando abrió la puerta.

Me quedé helado al verla, había envejecido mucho en unos pocos meses. Sentí un escalofrío cuando me abrazó. Nos sentamos en el sofá del salón y me miró fijamente a los ojos. No pude mantener su mirada y miré al suelo, a la pared, cualquier sitio me parecía más seguro que los ojos de mi madre. Era un cobarde. Se produjo un silencio tenso entre los dos.

—¿Cómo estás? ¿Qué te ha pasó en la cara? —Frunció el ceño con un gesto preocupado.

—Estoy bien, mamá, una pelea tonta —le dije, intentando quitarle importancia—. ¿Tú qué tal?

—Bueno, voy tirando. Desde que se fue tu padre me siento muy sola. Estoy muy vieja, ¿verdad? —Se tocó la cara, señalando sus arrugas—. Son ya muchos años y muchos disgustos. ¿Seguro que estás bien? Te veo delgado. Pero me alegro mucho de verte.

Se le quebró la voz. Me sentí mal por haberla dejado sola tanto tiempo. En ese momento todas las justificaciones que había inventado para no verla me parecieron excusas ridículas de mal pagador. Hablamos un rato de sus cosas, de sus achaques, de cómo había ido perdiendo a sus amistades, de cómo le costaba enfrentarse a lo que le quedaba de vida. Era terrible escuchar lo sola que se sentía. La dejé hablar, lo necesitaba. Cuando terminó, parecía más tranquila.

—Y ¿qué tal está papá? ¿Os habláis? —le pregunté.

—Desde que se fue de casa no he vuelto a hablar con él. Ya lo conoces, nunca me cuenta nada. Tu padre y yo no éramos una pareja feliz. Él siempre fue a lo suyo. Llegó un momento en que ya no había motivos para seguir aguantando —le temblaba la voz mientras lo decía—, cogió sus cosas y desapareció. Ya no tenemos nada que decirnos.

—Tú ya has aguantado mucho —le dije tratando de ser cariñoso—. ¿Sabes dónde vive

ahora?

—No, pero imagino que en la casa del pueblo. Estoy casi segura de que se está quedando allí. Ojalá sea feliz el tiempo que le queda.

—¡Qué cosas dices, mamá! No es tan mayor. Ni tú tampoco. Tal y como lo dices parece que le quedan dos telediarios.

—Hijo, tenía que haberte dicho esto antes. —Hizo una pausa y supe que no iba a decirme nada bueno—. No quería disgustarte, pero a estas alturas ya no me queda más remedio. Tu padre está enfermo. Es un cáncer en la sangre, lo tiene extendido y no tiene solución. No ha querido tratamiento médico. Lo siento, hijo mío. Yo ya no tengo fuerzas para esto. Tú aún puedes intentar arreglar las cosas con él. Sé que nunca estuvisteis muy unidos, pero ve a verlo, por favor, no dejes que muera solo. No quiero que te arrepientas de nada cuando él ya no esté.

Se le quebró la voz y lloró. Yo no pude.

Me fui de casa de mi madre muy perturbado. No podía pensar, estaba mareado y agotado. Estuve varios días sintiéndome ajeno a todo, como si hubiera perdido mi humanidad. La noticia de la enfermedad de mi padre me había pillado desprevenido. No sabía si me importaba, si me molestaba o me alegraba de ello. Tenía que ir a verlo, necesitaba sentir algo, lo que fuera, antes que estar así. Debía reunir el valor suficiente para dar el paso.

Sabía que mi padre estaría en la casa del pueblo. Yo conocía bien esa casa, había pasado en ella mucho tiempo en mi infancia. Era una casa vieja llena de encanto. De niño adoraba ir allí, jugar con mis amigos y mi prima, con los perros, y perderme en el campo lleno de árboles frutales y rincones que explorar. Había un pequeño estanque con peces en medio del patio. Quién sabe si seguiría allí. Me gustaba mirar en él mi reflejo y pensar en los lugares que visitaría de mayor. Aquella casa era un vestigio de mis sueños. A medida que crecemos olvidamos una parte de lo que somos, nos volvemos unos cínicos y solo creemos en lo que podemos tocar. Dejé muchas cosas olvidadas allí. Ahora ese pensamiento me dolía. No me gustaba mi vida ni en lo que me había convertido.

Con la idea de visitar a mi padre regresaron a mi vida viejos fantasmas. Esos días no pude dormir, me despertaba sobresaltado, sudando y angustiado. Me moría de miedo. No tenía un plan, más allá de plantarme allí por sorpresa y esperar su reacción. Todavía me pesaba la enorme influencia que ejercía sobre mí. Él siempre fue la sombra que lo cubría todo, el cristal a través del cual yo veía el mundo. Nunca me benefició estar tan afectado por su existencia. En una ocasión tuvo un accidente de coche y nos llamaron del hospital. Yo tendría unos doce años. Mi madre estaba al teléfono y tartamudeaba de los nervios. Apenas entendía nada de lo que me decía, pero en ese momento me ilusionó pensar que mi padre pudiera estar muerto. Me costó disimular la decepción cuando por fin mi madre me dijo que estaba ingresado pero fuera de peligro. Odiaba a mi padre de la misma manera en que lo necesitaba y ansiaba su cariño. Así fue como me crie. Contradicciones, frustraciones y algunas cosas buenas que no recuerdo.

Tras unos días estuve preparado para ir. Esa mañana hacía buen tiempo y estaba animado. No hice nada especial, traté de no darle más vueltas y hacer lo que había previsto: seguir la ruta sin cuestionarme nada. En cuanto estuve dentro del coche, ya empecé a ponerme nervioso. Seguía siendo un crío asustado y me iba a presentar de esa guisa delante de mi padre para que me comiera con patatas. Respiré profundo y traté de decirme que todo estaba en mi mano, sentir miedo o no. Lo había leído en un libro de autoayuda. Quizás esa basura funcionase para dar un discurso delante de algunas personas, pero para enfrentarte a un padre tirano que te desprecia tanto que no se molesta ni en mirarte a la cara, para eso, no servía. Los nervios me los tuve que comer. Fui todo el viaje con el estómago revuelto, pero al menos hacía sol y el paisaje era

agradable. En la radio sonaba *The Long and Winding Road*, de Los Beatles. Me entretuve pensando en tiempos pasados, cuando llevaba el pelo largo. Tardé poco más de dos horas y no me costó encontrar el sitio.

Bajé del coche más tranquilo de lo que esperaba. Eché a andar. No había ningún vecino, no se oía a nadie. Al ver la casa, el corazón me empezó a latir fuerte, pero estaba decidido. Llamé a la puerta.

En décimas de segundo todo saltó por los aires. Mi seguridad, mis expectativas, mis ansias de revancha, todo se me cayó a los pies. Me quedé sin palabras observando al hombre prácticamente moribundo que me acababa de abrir. Si algo quedaba de mi padre, no estaba a la vista. Tenía un gesto inexpresivo, aunque estaba seguro de que le afectaba verme. Me llamó por mi nombre. Creo que nunca lo había escuchado en boca de mi padre, o al menos no lo recordaba. Me invitó a entrar.

La casa seguía siendo impresionante a pesar de la cantidad de años que habían pasado. Se veía vieja, le faltaban muchos arreglos, pero en esencia era la misma. Me sobrecogió estar allí de nuevo.

—¿Estás solo? ¿Vives aquí solo?

—No, vivo con Rosa —respondió muy seco—. No está ahora mismo, ha ido a comprar a la tienda.

—¿La tía Rosa? Hace muchísimos años que no la veo. ¿Qué tal estás?

—Viejo y jodido. Me muero.

—Todos nos morimos.

—Sí, pero yo me muero más deprisa. Supongo que estás al tanto de que no me queda mucho. No me quejo ni quiero compasión. —Dio un par de pasos hacia atrás, queriendo apartarse de mí—. ¿A qué has venido? ¿Qué quieres?

—Vaya, ¡qué directo! Mejor, así no perdemos el tiempo, que no te sobra —Me sonó demasiado duro al decirlo—. Quiero que me digas por qué te acostabas con mi novia, por qué me jodiste la vida, por qué desapareciste. Tengo más preguntas, pero, para empezar, podrías responder a esas.

—Muy bien. Soy un cabrón y nunca he sido un buen padre. Es lo que hay. No puedo responder a todo eso porque no hay ninguna respuesta. Quédate a comer, si te apetece.

¿De verdad eso iba a ser todo lo que estaba dispuesto a decirme? «Sí, soy un cabrón, quédate a comer». No me podía creer lo que estaba pasando. Por supuesto que me iba a quedar, no había estado tanto tiempo agobiado para que me despachara así. Lo miraba y no lo reconocía. Parecía más bajito, estaba muy delgado, daba la impresión de que cualquiera podría hacerle perder el equilibrio con un simple empujón. Ya no tenía el porte que le había caracterizado siempre, la envergadura que me intimidaba de niño (y no tan niño). El pelo frondoso había desaparecido, tan solo le quedaban restos desperdigados aquí y allá. Pensé que le iría bien un rapado. Lo peor de todo eran sus ojos, unas enormes bolsas oscuras le ponían encima veinte años. Una vez escuché en alguna parte que cada uno tiene la cara que se merece, y pensé que en este caso era cierto. No era muy amable por mi parte pensar estas cosas, pero era lo que me salía.

Estaba que echaba humo con la contestación que me había dado, pero traté de mantener la compostura. No sabía qué hacer, así que pasé de él y me puse a curiosear por la casa esperando que volviera mi tía de la tienda. Cuando llegó, se emocionó mucho al verme. Al contrario que mi padre, ella era muy expresiva y nunca se guardaba una alegría si podía compartirla. Mi padre se sentó en la cocina mientras Rosa enredaba en las bolsas y colocaba la compra en la alacena. Era una mujer enérgica, fuerte en físico y espíritu. A pesar de los años,

conservaba una vitalidad envidiable. Hablaba sin parar de esto y aquello, poniéndome al día de las cosas de la familia. Me enteré de que mi prima Raquel había terminado derecho, que trabajaba en un bufete muy importante, que estaba viviendo con un hombre también abogado y Rosa no entendía por qué no se casaban. Me hizo gracia recordar a mi prima, en aquella casa, cuando me sonreía y me decía que yo iba a ser su marido y que nos fugaríamos a un lugar lejano. Luego nos besábamos, yo era un enano, ella era algo mayor que yo. Escuchando a su madre en ese mismo lugar, me alegré de que le fueran bien las cosas.

En cuanto estuvo todo listo, ayudé a poner la mesa y nos sentamos los tres a comer. Yo estaba cortado y muy molesto con mi padre, no quería mirarlo. Rosa le hacía gestos de complicidad constantemente, era una mujer cercana y sabía qué hacer para que los demás se sintieran bien. Yo estaba realmente agradecido de que ella estuviese allí. Al poco rato de empezar la comida, mi padre dijo que se iba a descansar. Rosa se levantó.

—Sigue comiendo, Roberto, voy a acompañarlo. Enseguida bajo.

Subieron las escaleras mientras yo me quedaba mirando como un idiota. Pensé que tenía que haberlo acompañado yo, pero me parecía que ofrecerme fuera de tiempo sería peor que no hacerlo. Me pasaba eso a menudo, no reaccionaba en el momento y luego me flagelaba mentalmente por no saber qué hacer. Esta no fue una excepción. Tras un rato volvió Rosa con su eterna sonrisa, dispuesta a dedicarme su tiempo sin pedir nada a cambio. Sentí envidia de esa mujer. Yo nunca había sido tan generoso.

— ¿Cómo te van las cosas? ¿Qué tal llevas lo de tu padre? —preguntó mientras se sentaba a mi lado.

—Pues no lo sé. Me enteré hace unos días y todavía no sé cómo lo llevo. ¿Tú qué?

—Bueno, lo llevo. Fue él quien me pidió que viniera. Fue una sorpresa enorme. Nunca antes me había pedido nada, ya sabes lo orgulloso que es. Dejé mi piso como estaba y me vine. Sabía que estaba muy malito, pero la enfermedad evoluciona muy rápido, cada día veo cómo empeora. Últimamente ha tenido un bajón. Ya casi no me habla, pero sé que agradece mi compañía. No hablamos del cáncer, es como si no existiera. Le veo morirse y se me parte el corazón. Manuel tuvo una vida muy complicada; me encantaría poder darle más cariño, pero no me deja. Quizás a ti te deje.

—¡Tienes que estar de broma! Mi padre me odia. No te imaginas el infierno que pasé de niño. Hay cosas que no sabes. No quiero hablar mal de él, tal y como está. Pero no me pidas que le dé cariño. Bastante hago con no escupirle a la cara. —Puse un gesto de asco—. Déjalo estar. Solo vine a buscar respuestas, y ya veo que aquí no voy a encontrar nada. Bueno, a ti, que me alegro un montón de verte de nuevo.

—Y yo a ti. Eres la familia que me queda. Quédate unos días. Hay sitio de sobra y podremos hablar. Hay muchas cosas que te puedo contar de cuando eras niño. —Me pasó la mano por la cara—. Y podemos hablar de tu padre, si quieres.

Pasamos la tarde charlando mientras no paraba de darle vueltas a la idea de quedarme allí. Decidí posponer la decisión hasta el día siguiente, el calor de Rosa me hacía feliz y quería saborear el momento. Disfruté de la cena, con todas esas historias que ella sabía de mi infancia y que me encantó recordar. Me fui a la cama contento por el vino y por saber que, en mi niñez, no todo fue malo. Me dormí enseguida, con una sensación muy agradable.

4

Me desperté aturdido. Miré alrededor. Noté una punzada en la boca del estómago; con el sueño había olvidado que estaba en aquella casa. El color de las paredes, un tono anaranjado que no había vuelto a ver en ningún sitio, las cortinas con un estampado de hace cincuenta años, la mesilla de madera vieja y algo carcomida. Sentí una mezcla de alegría y nostalgia. Jamás pensé que volvería a esa casa. Era demasiado estar allí conviviendo con mi padre. Solo tenía una muda y unas pocas cosas de baño, así que me puse la misma ropa del día anterior. Aun así, decidí que me quedaría un par de días de cortesía y me iría a mi piso. Y me olvidaría de mi padre, para siempre.

Esos días fueron muy extraños, pero dadas las circunstancias, era de esperar. Mi padre con su carácter tosco, apenas sin hablar. Mi tía haciendo lo imposible por ayudarnos a los dos. A pesar de toda su calidez, empecé a notarla cansada. A veces la pillaba con los ojos húmedos, pero no me atrevía a preguntar. En la cena anuncié que me iría por la mañana y no dijo nada.

Al día siguiente me sentía un poco culpable por dejarla allí sola con el problema. Me levanté y empecé a hacer la bolsa para marcharme. Bajé las escaleras muy decidido a disculparme con ella e irme cuanto antes.

Al llegar a la cocina, la encontré llorando. Yo llevaba la bolsa de deportes en la mano y me quedé plantado en la puerta sin saber muy bien qué hacer, para variar. Ella me vio y se abalanzó sobre mí de tal forma que casi me tira al suelo. No tuve más opción que dejar caer la bolsa y abrazarla yo también. Estuvimos así un rato. En ese momento ignoraba lo que estaba pasando, pero no quería presionarla. Al cabo de un rato, se calmó. Me pidió que nos sentáramos a tomar el café que acababa de hacer y por fin se animó a hablar.

—Estoy agotada. Estos meses aquí cuidando de Manuel me han dejado hecha polvo. Ya no estaba bien antes. Intento parecer animada, pero es solo una forma de seguir adelante, no quiero ir dando pena por la vida. —Se limpió las lágrimas con la manga de la chaqueta—. Desde que murió Andrés, a mí se me hace todo cuesta arriba. Tu prima Raquel es mi principal orgullo, pero ella hace su vida. No la quiero molestar con mis tonterías. Me he sentido muy sola y tuve un poco de depresión. El médico me dio unas pastillas. Las tomo siempre; yo para eso soy muy constante. Me ayudan, al menos tengo ganas de levantarme de la cama para ir al trabajo, pero no hacen milagros. Me cuesta un mundo. —Tragó saliva para poder continuar—. Cuando me llamó tu padre, vi la oportunidad de volver a sentirme útil, de hacer algo por alguien. Durante estos meses he dado todo de mí, pero ahora mismo siento que no tengo más. Esto es muy duro y he vuelto a revivir todo lo que pasé con Andrés. Roberto, necesito que te quedes cuidando de tu padre unos días para que yo pueda irme a mi casa y descansar, porque si sigo así voy a ponerme enferma. Has aparecido de repente cuando llevabas mucho tiempo sin verlo, has venido por algo y creo que necesitas estar con él. Hago lo que puedo, pero tal y como estoy, no aguanto más.

Me quedé mudo. En los últimos días había recibido muchas noticias inesperadas, empezaba a ser molesto que las cosas no salieran nunca como yo las había pensado. Ahora me encontraba ahí, frente a la mujer que había estado meses cuidando de mi padre con total dedicación y que me pedía unos días para descansar. Mis opciones de zafarme de eso eran más bien pocas, y encima sentía cariño hacia ella y la comprendía perfectamente. Quizás después de todo no era tan mala gente. Esta vez iba a hacer lo correcto.

—No te preocupes. Vete y descansa, ya has hecho por él mucho más que nadie. Yo me quedo el tiempo que necesites, y si luego te sientes con ganas, vuelves y si no, buscaremos alguna otra solución. Yo no tengo trabajo, ni novia, ni perro que me ladre. Nadie me espera, así que no tengo mejor plan que aguantar a un viejo cascarrabias unos días. Quizás cuando vuelvas, aún no nos hayamos sacado los ojos. Tú no te preocupes, que si no se muere del cáncer, me lo cargo yo mismo —dije sonriendo.

Nos abrazamos de nuevo y me sentí feliz de poder hacer algo por ella. Iba a pasar unos días horribles con mi viejo, pero aquel momento ya no me lo iba a quitar nadie. Sentí que estaba cambiando y que quizás sí iba a encontrar las respuestas que buscaba, aunque no donde esperaba. Había estado buscando las razones por las que mi padre era así, y lo que necesitaba saber era el porqué de mí mismo. Rosa había tocado la primera tecla. Nunca antes había tenido la oportunidad que ella me daba ahora.

Cuando tuvo la maleta lista, se despidió de nosotros. Cerró la puerta y ahí me quedé yo a solas con mi pasado, mi presente y también mi futuro. Y estaba contento.

No tenía apenas ropa que ponerme y mis planes pasaban por acercarme a mi piso a coger cosas para quince días más o menos. El dilema era qué hacer con mi padre mientras tanto, así que decidí llevármelo. Al fin y al cabo, solo tendría que estar sentado en el coche y aprovecharíamos para hablar. Allí no tendría escapatoria. No le diría nada hasta el momento de irnos, para que no me tocara las narices.

Pasamos el resto del día sin hablarnos, cada uno a lo suyo. Había muchas cosas que ni me había planteado, como hacer la comida y la cena para los dos. No tenía ni idea de sus gustos y manías, así que tuve que improvisar. No me fue mal. Al día siguiente le dije que nos íbamos a mi casa. Le ayudé a asearse y vestirse. Era la primera vez en mi vida que le ayudaba en algo. Todavía podía moverse, subir y bajar las escaleras, charlar un rato sin fatigarse demasiado, pero las cosas se le iban haciendo complicadas a estas alturas. Entendí que aceptaba mi ayuda, aunque ni me miró mientras le colocaba la chaqueta.

—No me apetece ir en coche. Puedo quedarme solo mientras vas a recoger tus cosas —dijo con su brusquedad habitual.

—No sé cuánto voy a tardar, papá. A lo mejor surge algún imprevisto y no quiero estar agobiado pensando en si estarás bien.

—¡Vaya estupidez! Rosa sale muchas veces y yo me quedo en casa.

—No es lo mismo —me armé de paciencia para no saltarle al cuello—, Rosa va al mercado y tarda media hora. ¿Qué más te da? Solo vas estar sentado un rato, conmigo. Ya sé que no es el sueño de tu vida, pero es lo que hay. Estás enfermo y yo voy a cuidar de ti, mal que te pese. Si te dejo aquí solo, eres capaz de morirte para joderme.

Noté que le hizo gracia mi comentario; pero era demasiado orgulloso para exteriorizarlo. Se hubiera plantado fuego, antes que reírme a mí un chiste. Me lo tomé como una pequeña victoria. Me encontraba animado, me gustaba mi nuevo papel de enfermero de un viejo odioso y resentido conmigo por quién sabe qué.

Después de desayunar ya estábamos listos para marcharnos. Una vez sentados en el coche, mi padre se relajó un poco, incluso creo que le hacía cierta ilusión el viaje. Supongo que tanto tiempo encerrado en casa le estaba pasando factura. Le vendría bien un poco de variedad. El paisaje durante el trayecto era bonito, iba entretenido mirando por la ventanilla. Parecía contento. Ante ese panorama tan propicio, me arranqué a hablar. Por la puerta grande.

—Dime una cosa: ¿vamos a hablar de lo que pasó con Sandra en algún momento? ¿O vas a morirte sin decirme ni una palabra al respecto?

—¡Joder! Empiezas fuerte. —Se reincorporó en el asiento—. ¿Para eso querías meterme en este maldito coche? Yo también tengo una pregunta para ti. ¿A qué viene este rollo del buen hijo? Tú no eres así. Siempre has sido un egoísta.

—Muy bien, soy lo peor. —Empecé a calentarme—. En cambio, tú no has hecho más que ayudarme toda mi vida. Ya de pequeñito me tratabas con mucho amor, pero de adulto ya fue la leche lo de acostarte con mi novia y llevarme a un juicio que me arruinó la vida, o lo que fuera. Pero claro, yo soy un egoísta, eso lo explica todo.

—Yo no te llevé a juicio, fue tu ex novia. Estabas tan equivocado con ella que ni lo viste venir.

—¿Así que me hiciste un favor? Si no te callas de una puta vez, juro que te tiro del coche en marcha.

—¿No querías que hablara? ¿En qué quedamos?

Me quedé sin argumentos y me empezó a hervir la sangre. Para eso prefería no hablar más. Mi padre tenía el poder de seguir afectándome y él lo sabía. Aún era capaz de noquearme fácilmente. Me hacía sentir inseguro. Se quedó callado, mirando por la ventanilla. Yo trataba de no hacerle caso, pero no podía evitar mirarlo de reojo. Lo veía tan diferente físicamente, las manos arrugadas, la cara chupada y, sin embargo, conservaba todavía ese extraño carisma que tuvo siempre. Él era una persona de esas que se hacen notar. Yo no. Sentí ganas de llorar, pero ya había hecho bastante el ridículo, así que me aguanté.

Seguí conduciendo, tratando de no darle vueltas y concentrarme en la carretera. Fue imposible. Notaba su superioridad en el cogote y me sentía muy incómodo. El impulso de tratar de arreglar las cosas se había esfumado. Pensé de todo y nada bueno, de nuevo era mi peor versión de mí mismo. Me comían las ganas de estrangularlo; era lo que se merecía por haberme convertido en un imbécil amargado. ¡Muchas gracias! Encima me molestaban mi victimismo y mi cobardía. Al final mi padre tenía razón sobre mí, pero no dejaba de odiarlo por ello. No podía soportarlo más.

Empecé a acelerar. Mucho. Mi padre torció la cara para mirarme, pidiendo una explicación con el gesto. Seguí pisando el pedal a fondo. Noté primero su sorpresa, después su miedo. Tenía claro que no iba a parar. Por una vez, yo tenía el control. Tenía su vida en mis manos y estaba dispuesto a acabar con ella, aunque me costara también la mía. No era gran cosa, en cualquier caso. De perdidos, al río. Mi padre había empezado a gritarme que frenara. Aquella locura no duró mucho, al entrar en una curva muy cerrada perdí el control del coche. Nos salimos de la carretera. El vehículo no se detuvo hasta que chocamos frontalmente contra un muro.

No había pensado en las consecuencias de lo que acababa de hacer, pero las iba a descubrir enseguida. El golpe había sido tremendo. Estaba temblando y tardé un momento en recuperar el control de mi cuerpo. El salpicadero estaba cubierto de sangre. Comprobé que podía moverme y giré la cabeza para ver a mi padre. Lo que vi fue espantoso. Tenía una herida en la cabeza, sangraba como un cerdo y no se movía. No sabía si estaba vivo o muerto. Yo, fiel a mi costumbre, no supe qué hacer. Si lo dejaba ahí solo, no duraría mucho con la cantidad de sangre que estaba perdiendo. Dudé. Sabía que la decisión que tomara en ese momento iba a marcarme para el resto de mi vida.

Eché a correr ladera abajo. Apenas recuerdo los detalles, ni cómo salí del coche. Solo la sensación de correr lo más rápido que podía. Me iba la vida en ello. Estaba aturdido y cansado, pero convencido de que era lo que quería hacer. Me dolía mucho una pierna y no podía ver bien. Si tenía tanta energía, era por la adrenalina y la rabia del momento. No sabía a dónde iba, pero

intuía que acabaría cayendo en el hoyo que yo mismo había cavado con mis actos. Mientras corría me imaginaba a mi padre desangrado, agonizando. Me caí de bruces y ya no fui capaz de incorporarme. Tenía mucho sueño, no sabía a qué distancia estaba del coche. Me quedé en un estado de semiinconsciencia no sé por cuánto tiempo. Entonces no sé si soñaba o recordaba, pero estaban en mi cabeza todas las personas que alguna vez fueron algo para mí. Me juzgaban. Mi ex me llamaba asesino. Ella, una mujer fría y mentirosa, capaz de engañar y manipular por sacar algún beneficio económico. Mi madre se reía de mi desgracia. La misma egoísta que me convirtió en un inútil para sentirse necesitada. Mi padre me condenaba al infierno. Él, que me hundió emocionalmente, me podó como a una mala hierba y me lanzó todo lo lejos que pudo de su vida, robándome la mía. Cerré los ojos y todos desparecieron.

5

Al despertar me dolía muchísimo la cabeza. No tenía ni idea de dónde estaba, ni cómo había llegado hasta allí. Me costó un rato ponerme en situación, saber quién era yo y qué hacía en una cama de hospital. Estaba en una habitación blanca. No había nadie más. Tenía clavado un tubo en el brazo del que salía un líquido trasparente, y un fuerte dolor en una pierna. Supuse que el líquido que me estaban metiendo sería un calmante. No estaba haciendo efecto. Me toqué la cara para comprobar que todo estaba en orden. Repasé con la vista todo mi cuerpo y observé magulladuras, heridas y cortes, pero podía moverme. Tenía náuseas. Me invadían las dudas. Y no quería quedarme allí.

Justo cuando intentaba quitarme la vía, entró alguien en la habitación. Me dejó descolocado. Era el poli que llevó mi caso con Sandra ¿Qué hacía allí? No entendía nada. Puse cara de póker.

—Hola, Roberto. Veo que estás despierto.

—Vaya, qué observador eres —dije sin muchas ganas.

—Y sigues con tu particular sentido del humor. Me alegro. ¿Qué tal estás?

—Estuve mejor, ¿qué ha pasado?

—¿No lo recuerdas? ¿Qué es lo que recuerdas? —Se acercó a mí para escucharme mejor.

—Poca cosa. Recuerdo que iba en mi coche.

—Tuviste un accidente. Cuando llegó la ambulancia, estabas desmayado a cierta distancia del coche y tu padre estaba atrapado en el vehículo.

En ese momento sentí un escalofrío. Me acordé del accidente. Yo lo había provocado. Mi padre. Iba con él en el coche. ¿Había matado a mi padre? ¿Era un asesino? Temía la respuesta.

El agente me observaba con una expresión que yo no entendía. Creo que me detestaba. Sinceramente, creo que se alegraba de verme así. Supongo que hay que tener una sensibilidad un poco curtida para trabajar como policía, todo el día viendo la miseria humana. Debe de ser difícil no acabar deprimido, pegándote un tiro con tu propia pistola. Suponía que me estaba tomando por un asesino cutre y cobarde. Si le hubiera pegado un tiro a mi padre a sangre fría en la tapa de los sesos, me respetaría más. Pero no, en vez de eso dejé que se muriera. Porque estaba muerto. ¿O no? Ni siquiera lo sabía. Deseaba que así fuera. No me atrevía a preguntar. Él parecía que sí, así que volvió a la carga.

—Entonces, ¿me cuentas qué ocurrió? —insistió.

—Te lo contaría, pero no recuerdo nada.

—Vaya, tienes una amnesia postraumática. —Noté cierta retranca en su tono.

—Muy bien, me ha tocado el poli listo, ¡qué suerte tengo!

—Roberto, cuando entraste en comisaría hace unos días haciendo preguntas, me quedé muy preocupado. Ahora este accidente. Yo solo estoy aquí para aclarar esto, pero tengo la sensación de que algo no va bien contigo.

—¡Deja de preocuparte por mí!

—Hago mi trabajo —replicó con calma—. Ahora tengo que irme, descansa y hablaremos. Necesito que me des tu versión de lo sucedido. Poco a poco irás recordando. Habla conmigo cuando estés listo.

No soportaba a ese tío. Me quedé aliviado de que se fuera. No tenía ni idea de qué había

pasado tras el accidente. Suponía que mi padre estaba muerto y por eso estaba allí el policía. Aunque puede que estuviera gravemente herido, o en coma, o que tuviera un par de rasguños y lo hubiera largado todo. Esta última posibilidad me parecía remota, recordaba la imagen de mi padre malherido cuando salí corriendo. Podrían acusarme de omisión de socorro. El poli no había mencionado nada de eso, me estaba precipitando en mis conclusiones. Necesitaba algo más de información sobre lo ocurrido antes de decidir qué hacer, pero no sabía a quién pedírsela. Decidí esperar a que entrase un médico o una enfermera, cosa que en algún momento tendría que suceder.

Pasé bastantes horas a la espera, ansioso. Sudaba mucho y no me encontraba bien. El calmante seguía sin hacerme efecto. Me dolía la pierna cada vez más, demasiado para ser solamente un golpe. Empezaba a preocuparme que estuviera rota o tuviera algo clavado dentro, no estaba vendada, pero yo la veía de un color azulado horrible. Traté de tranquilizarme; al fin y al cabo, estaba en un hospital y no iban a dejar que perdiese la pierna por muy asesino de viejos que fuera. Me estaba poniendo muy nervioso, necesitaba hablar con alguien ya.

No sé cuánto tiempo pasó —me parecieron horas— hasta que finalmente entró un médico en la habitación. No parecía muy simpático y tenía un rostro avejentado poco atractivo. Con todo, tenía un porte elegante. Yo respetaba a los médicos. Me miró la pierna un par de minutos antes de hablarme.

—¿Cómo se encuentra?

—Horriblemente mal. ¿Me puede decir por favor por qué tengo la pierna casi azul?

—Cálmese. ¿Se ha quitado la vía? Está nervioso, llamaré a la enfermera para que le administre un ansiolítico.

—No necesito un puto ansiolítico —dije bastante irritado—, necesito saber qué me pasa, qué hago aquí. ¿Qué pasó en el accidente?

—Muy bien, tranquilícese —me dijo con paciencia—. ¿No recuerda nada?

—Casi nada.

—Es normal. Verá, señor Sandoval, después de un accidente es bastante frecuente tener pérdidas de memoria por causa del estrés, poco a poco irá recordando. Yo no puedo decirle lo que pasó porque no lo sé. Respecto a su pierna, tiene un coágulo derivado de un golpe muy fuerte; en principio le estamos administrando un anticoagulante junto con un sedante, por eso es importante que no se quite la vía. Tiene que estar en observación. Si el medicamento no hace efecto, tendríamos que recurrir a la cirugía.

—¿Es grave? —Estaba empezando a asustarme.

—Puede serlo. Un coágulo puede dañar permanentemente las venas, y también hay la posibilidad de que se desprenda de la pared de la vena y llegue a los pulmones, en cuyo caso sería mortal. Ese sería el peor de los escenarios y de momento no lo contemplamos. Lo que sí le advierto es que no puede volver a retirarse la vía y que haremos todo lo posible por salvarle la pierna. Deberá permanecer en reposo, volveré a verle en un par de horas.

—Escuche, doctor, ¿qué pasó con el hombre que estaba conmigo en el accidente, sabe usted algo? Es mi padre

—Vaya. —En ese momento dudó, se rascó varias veces la barbilla, incómodo—. Su padre entró en el hospital con un traumatismo craneal muy fuerte. Estuvo en estado crítico, pero hemos conseguido estabilizarlo. Ahora mismo no puedo decirle más, todo dependerá de cómo pase las siguientes horas. Lo lamento, ojalá pudiera darle mejores noticias.

Se marchó de la habitación con gesto serio, como si acabara de darme una mala noticia.

Me quedé contrariado, la verdad es que esperaba que mi padre hubiera muerto. Por mi culpa. O debería decir gracias a mí. Después de todo le habría hecho un favor. Su muerte supondría una liberación para los dos. Estaba bastante seguro de que mi padre no iba a salir con vida de ese hospital, por el gesto del médico se veía que la cosa era seria. El problema es que yo tampoco estaba para echar cohetes. La maldita pierna me dolía como si me la estuvieran comiendo mil hormigas por dentro.

Pasé las siguientes horas como un perro enjaulado. Llamé varias veces a la enfermera y tardó demasiado en venir, creo que de forma premeditada. Me estaba incomodando, sudaba mucho y estaba de muy mal humor. Cuando llegó, me puso más calmante y de paso me miró como si yo estuviera loco. Me pareció repulsiva. Al poco rato la medicina comenzó a hacer efecto.

Sentí tocar la puerta y se abrió sin darme tiempo a contestar. Era mi tía. No la esperaba. Estuve tan absorto que ni recordaba que tenía familia. Enseguida se acercó a mí y me saludó con el cariño que solo ella sabía dar. Yo hubiera querido que Rosa fuera mi madre, la verdad. Mi madre siempre se hacía la víctima y cuando había algún problema, se venía abajo. Eso me irritaba. No soportaba su falta de dignidad, siempre dando pena, siempre con su tono de voz lastimoso. En cambio, mi tía era una mujer fuerte y decidida que nuca se dejaba vencer por las circunstancias. La admiraba.

—Estás muy pálido, y esa pierna tiene mala pinta. El médico me ha puesto al día de todo. Tranquilo, que estás en buenas manos. En cualquier caso, mejor cojo que muerto, ¿eh? Si la cosa se pone fea, que te la quiten y listo.

—¡Qué cosas dices! Como si me fuera a cortar el pelo. Tú sabes que si te cortan la pierna no vuelve a crecer, ¿verdad?

—Ja, ja, qué gracioso. —Se sonrojó un poco—. Mira, yo solo te lo digo porque te quiero. No sabes lo preocupada que estaba. He venido en cuanto me llamaron. No tenía que haberos dejado solos. ¿Qué hacíais en el coche? ¿A dónde ibais? ¿Cómo se te ocurrió? Bueno, ya me lo explicarás, ahora lo importante es que los dos salgáis de aquí cuanto antes.

—¿Cómo está papá? ¿Sigue crítico?

—Parece que va a salir adelante. Creo que el golpe fue muy fuerte, dicen los médicos que ha tenido mucha suerte. —Se quedó pensando unos segundos—. Suerte, dicen, y eso que está enfermo de cáncer. Parece una broma, ¿verdad? El caso es que no va a dejar este mundo así como así. Es un luchador.

—Supongo que sí.

—Por cierto, acabo de hablar con el policía que anda por el hospital. Por lo visto, al haber heridos en el accidente tienen la obligación de investigar lo sucedido. No tardará mucho en irse.

—No estoy tan seguro. —Dudé un momento antes de seguir—. Hay algo que no te he contado. No soy una buena persona, y además creo que me he vuelto loco.

—No estás loco, no vuelvas a decir eso. ¿Qué es lo que tienes que contarme?

—Todo esto es culpa mía, yo provoqué el accidente.

No podía creer lo que acababa de decir. Rosa me miraba con los ojos abiertos como platos y yo me sentía como un niño pequeño que acaba de romper algo. Me sentía completamente vulnerable y entregado hacia la única persona que de verdad me tenía afecto.

—¿Por qué ibas a hacer una cosa así? ¿Tanto odias a tu padre?

—Más aún. Mira, puede que para ti haya sido un hermano estupendo, pero te aseguro que como padre no dio una a derechas.

—No fue un hermano maravilloso, hizo lo que pudo. No tuvimos las cosas nada fáciles. Lo pasamos muy mal.

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando.

—Ya lo sé. Hay muchas cosas que no sabes. —Se sentó a mi lado para continuar hablando—. Yo tampoco te lo he contado todo. Ya ves.

—Pues ya estás largando. Me lo debes después de la confesión que acabo de hacer.

—Es raro que tu padre nunca te haya contado nada de su vida. De tu madre no me sorprende tanto. El caso es que aquí estamos y no tengo por qué ocultarte nada. —Se tomó un tiempo para respirar profundo, ordenando las palabras en su cabeza—. No quiero callarme más.

Yo estaba muy cansado, me pesaba el dolor físico casi tanto como el desánimo. Me sentía tan derrotado que esperaba con resignación lo que Rosa iba a contarme. Sabía de antemano que nada de lo que dijera podría hacerme cambiar de idea, a no ser que tuviera una máquina del tiempo y pudiera deshacer todos los malos momentos que mi padre me hizo pasar. Aun así, no perdía nada por escucharla.

6

—Odias a tu padre y te entiendo; pero piensa que quizás no todo fue culpa suya. Puede que no supiera hacerlo mejor.

—Ya, me vas a decir que no sabía que tenía que querer a su hijo. Entonces o es un tirano o un idiota. No sé qué excusa puede haber para tratarme como me trató toda la puñetera vida. Rosa, ¡que yo renuncié a tener hijos por no parecerme a él! No hubiera soportado traer a este mundo a un crío para hacerle sufrir.

—Oye, no te voy a explicar cómo funciona la vida —se puso un poco arisca—, no pretendo justificar nada. No soy una psicóloga ni tampoco estoy para juzgar a nadie. Bastante tengo con llevar mis cosas. Solo te digo que tu padre tuvo una carga muy grande que no supo llevar.

—No te pongas a la defensiva, es que no sé de qué me hablas. No sé casi nada de mi padre. Nunca tuvimos una conversación íntima. Se pasaba todo el día trabajando y en casa me ignoraba, y mi madre jamás hablaba de sus cosas. Me acostumbré a no preguntar. Cuéntamelo, anda.

—Para empezar, tengo que hablarte de nuestro padre y de la forma en que nos crio a Manuel y a mí. Tú no te acordarás de tu abuelo porque murió cuando tenías dos años, pero era un hombre muy duro. Nos lo hizo pasar muy mal de niños. Era muy estricto y poco cariñoso. Tenía unas ideas religiosas raras que no entendíamos, pero lo peor es que era violento con nosotros y con mamá. Si tenías el más mínimo error, te lo hacía pagar caro. Era especialmente duro con Manuel, lo tenía aterrorizado. Pasé muchas noches sin dormir por miedo a que entrara en la habitación. A mí no me pegaba mucho, supongo que porque era una chica, pero con tu padre se cebaba. A veces llegaba de mal humor y la tomaba con él sin motivo. Nunca sabías cómo iba a reaccionar. Una vez llegó muy enfadado del trabajo y Manuel estaba en el comedor escribiendo. Lo agarró y le empezó a pegar muy fuerte, sin más, y con las mismas se fue a su habitación. Aquel día le dejó sordo de un oído para siempre. Le teníamos pánico. —La voz se le estaba entrecortando y tuvo que hacer una pausa—. A mamá también le pegaba. Eran otros tiempos y eso se veía normal dentro de las familias. Yo a mi padre no le quería, de niña soñaba que le pasaba algo y no volvíamos a verle. Me dolía ver a mi hermano sufrir, le hizo muchísimo daño, del físico y del otro. Creció amargado y resentido. Ni siquiera se pudo dedicar a lo que le gustaba, que era escribir. Era muy bueno. ¿A que no lo sabías? Llegó a ganar varios concursos cuando era joven, pero tu abuelo nunca consintió y lo obligó a trabajar en el negocio familiar. También en eso lo castigó. A saber por qué.

Me quedé paralizado. No tenía ni la más remota idea de que mi padre había sufrido malos tratos de niño. Jamás me lo dijo, ni él ni nadie. Rosa estaba muy afectada y quise hacerle un gesto cariñoso, pero en ese momento no pude.

—Conmigo no fue tan bruto —continuó—, pero no creas que le estoy agradecida. Manuel conoció a tu madre por el negocio. Ella, como ya sabes, era de buena familia. Lo que quizás no conoces es que nuestro padre le hacía la pelota hasta el asco. Desde el primer momento removió cielo y tierra para llevar a buen puerto esa relación. Creo que Manuel se dejó querer por obediencia. A mí nunca me gustó tu madre y no te lo voy a ocultar, siempre me pareció una persona débil, sin sangre. Sospecho que se quedó embarazada para animar a Manuel a casarse,

pero es solo mi opinión. Sé de buena tinta que mi hermano quería tenerte, entonces hablábamos bastante y estaba ilusionado con la idea de tener un hijo. Durante una temporada lo vi feliz, pero no duró. Empezó a beber y fue de cabeza a una depresión. La muerte de tu abuelo no mejoró nada la situación, apenas se hablaban ya. Todo lo que pasó de niño lo marcó. Me contó que, a veces, sin motivo, se quedaba sin aire y sentía que se moría. Tú no tenías culpa de nada, pero también pagaste el pato. Solo quiero que entiendas que tu padre no ha tenido una vida normal. Si hubiera pedido ayuda, quizás podría haberlo llevado mejor. Tu madre no lo veía así, ella miraba para otro lado y yo tiré la toalla, me alejé de tu familia y lo siento. Tenía mi propia familia y mis problemas, pero podría haber hecho algo más. Mira, cuando pasó todo el tema con tu novia, aquello del juicio y demás, yo sabía perfectamente lo que había pasado. Manuel me lo contó. Imagino lo que tuviste que pasar.

—¿A qué te refieres con que sabías lo que había pasado con mi novia? ¿Qué te contó mi padre?

—Ella fue a por ti, no me digas que no lo sabías. Estuvo buscando a tu padre un tiempo y al final lo consiguió. Todo por dinero. No es asunto mío, pero todo el tema del juicio fue una patraña, un intento de chantaje. Nada de eso fue culpa tuya, te viste envuelto en esa historia. Tu padre fue un infeliz que tomó una decisión equivocada. No te culpo por sentir lo que sientes hacia él ni te voy a juzgar, aunque hayas provocado un accidente. Si me pongo en tus zapatos, puede que yo hubiera hecho lo mismo. Pero ahora puedes cambiar las cosas.

—Vale, a ver si lo entiendo. Entonces sabes que se acostó con mi novia, que los pillé juntos. Me da igual si ella le engañó, un padre no hace esas cosas. No hay justificación para algo así. Ojalá se muera en esa cama solo, porque te aseguro que no pienso estar ahí. No se lo merece.

—Tampoco se mereció la vida que tuvo. No quiero que muera así. Además, quiero decirte otra cosa. Perdóname por no haber estado contigo cuando lo pasabas mal. Quería vivir mi vida, aunque tampoco tuve mucho éxito en eso si soy sincera. Mi relación con mi hija no es para tirar cohetes. Paso temporadas con depresión, tomando pastillas para poder aguantar.

Se le hizo un nudo en la garganta y paró de hablar. Me sentí mal por ella. La abracé y sentí su tristeza en lo más hondo. Hubiera querido decir algo memorable, algo conveniente y certero, pero yo no soy de esos. Me quedé calladito para que ella captase todo lo que yo estaba sintiendo. Estuvimos así, conectados, un buen rato.

Llamaron a la puerta y entró de nuevo el médico. Venía a comprobar el estado de mi pierna. Ni me acordaba de ella. Ya no me dolía tanto. Por la cara que puso deduje que las cosas iban mejor. Rosa y él hablaron un rato. Yo pensaba en mi padre, pero no en el que estaba en ese momento en una cama de hospital, sino en el niño asustado que se esconde debajo de la cama para que no le den una paliza. Empecé a hilar recuerdos, necesitaba serenarme para poder pensar en todo ello. Tenía mil preguntas, pero debía parar un momento para concentrarme en mi pierna y lo que iba a hacer para salir del lío con la policía. Cada cosa a su tiempo.

El médico me explicó que no era necesario operarme, la pierna se curaría. Antes de irse me volvió a decir que mi padre evolucionaba bien. Por fin una tregua. No me iba a quedar cojo y no era finalmente un asesino, o al menos no había consumado mi tentativa. Había actuado impulsivamente y cegado por el odio, sin premeditación. Eso es lo que diría un abogado en mi defensa, pero no estaba claro que mi conciencia fuera a tragar con esa excusa.

—Rosa, quiero ver a mi padre. ¿Puedes pedir que me dejen verlo?

—Claro. En su momento no hice lo que debía por ti. Voy a ayudarte en lo que pueda, pero necesito que me digas qué pasó. Dime la verdad.

—Es una historia muy cutre. Fui a la casa del pueblo porque me lo pidió mi madre. Me habló de la enfermedad de papá. Él no me había contado nada. Fui a regañadientes y no sabía si con la idea de matarlo, partirle la cara o simplemente ver lo acabado que estaba. Verlo así no me causó ninguna satisfacción. Tampoco esperaba verte a ti. —Sonreí—. Me recordaste las cosas buenas que pasé en mi infancia, me hiciste creer que era mejor persona que todo eso. Cuando te fuiste a la mañana siguiente, decidí ir a buscar mis cosas al piso y llevarme a papá. Me tocó mucho los cojones durante el trayecto, haciéndome sentir un inútil, un fracasado; es un experto en eso. Me tiene cogida la medida. Siempre entro al trapo, y esa vez se me fue la cabeza. Quise acabar con todo. Di un volantazo y nos dimos contra un muro. —Sonaba peor al decirlo en voz alta—. Después de eso, salí corriendo y no recuerdo nada más. No sé si quería matarlo, solo sé que quería huir, pero no de él sino de mí. Estoy cansado de vivir así, no puedo más. Me mataría si pudiera.

—Primero tendrías que matarme a mí. Vamos a arreglarlo, no voy a quedarme mirando. Todo va estar bien, ya lo verás. —Me acarició cariñosamente—. De momento, vamos a hablar con el agente. Con todo lo que has pasado creo que nadie te va a tomar por un asesino. Diremos que discutisteis, perdiste el control del coche y después del golpe estabas asustado y desorientado y corriste para pedir ayuda. Tu intención no era matar a nadie.

Yo no tenía muy claro que la estrategia de Rosa fuera a funcionar; pero qué otra cosa podía hacer. Yo mismo me había puesto en el disparadero al entrar en comisaría desquiciado. Aquello daba pie a pensar que estaba todo premeditado. El poli no sabía nada acerca de la relación de Sandra con mi padre, así que no tenía por qué sacar conclusiones… pero lo que hice me hacía parecer un desequilibrado. Sospechaba que si no hubiera dado aquel paso en falso en la comisaría, ahora mismo el agente no estaría detrás de mi puerta. Puede que se hubiera quedado mosqueado y me hubiera seguido desde entonces. O no. Era mejor dejar a Rosa este asunto porque yo no lo veía claro y además era incapaz de hablar sin parecer un tarado o un resentido. Era mi mala conciencia.

Rosa salió a hablar con el agente, y tardó una eternidad en volver. Me puse tan nervioso que me oía los latidos del corazón a todo volumen. Recordé esas sensaciones de cuando eres niño y estás a punto de examinarte, te sudan las manos y sientes que lo que va a ocurrir a continuación va a ser determinante para tu vida. Y no lo es, pero a ti te lo parece. Me entretuve recordando mi colegio y a mis compañeros hasta que Rosa volvió a entrar. Traía una expresión que me tranquilizó.

—Está todo bien. En cuanto te repongas del accidente te va a ver un psicólogo. Tendrás que declarar en comisaría y dar algunas explicaciones, nada más. Ya lo hablaremos. El agente ya se fue. Intenté contactar con tu madre, pero no coge el teléfono. Me quedaré contigo esta noche.

Ahora que Rosa estaba conmigo veía la situación con algo de perspectiva. Realmente el poli no me había acusado (aún) de nada. Yo me había hecho el lío solito. Quizás no sospechaban de mí. Bueno, pensaban que estaba trastornado, pero eso era cierto. Estaba fichado y supongo que eso de la evaluación mental era normal. Un tío que trata de matar a su novia, va a la comisaría haciendo preguntas y se acaba estrellando en un coche suena a puto loco. Me quedé un rato pensando si en mi familia habría algún tipo de tara hereditaria o simplemente seríamos unos imbéciles repitiendo una historia de abusos a lo largo de generaciones y generaciones. Seguro que la segunda opción era la buena.

Rosa lo arregló y por fin pude ver a mi padre. Me impresionó. Estaba entubado, parecía frágil como una porcelana, y completamente pálido. Tenía una herida con puntos en la cabeza.

No estaba consciente. Me acerqué y lo observé durante un par de minutos. Estábamos los dos solos en la habitación. Me sentía poderoso por primera vez en mi vida. Podría haberlo matado fácilmente; en su estado no me hubiera costado estrangularlo con una mano. Era como un pajarillo herido, moribundo, fácil de pisar. Pensé que no quería privarme de verlo morir consciente, pero no era eso lo que me detenía. Tenía ganas de abrazarlo y pedirle perdón, y a la vez un odio que incluso podía notar físicamente. Estaba muy confuso y sobrepasado por todas las emociones que estaba sintiendo. Tuve que salir un rato de la habitación porque estaba empezando a marearme.

Cuando Rosa me vio salir, se acercó. No dijo nada, solo me abrazó. Lloré, en contra de lo que me había enseñado mi padre. Él nunca lloró delante de mí. Cuánto me hubiera gustado que lo hiciera. Nunca supe que sufría como yo. Puede que hubiera estado a su lado, pero no me lo pidió. No quiso o no supo hacerlo. Yo aún le quería, aunque fuera algo roto, un amor viejo y enfermo como él. Necesitaba aceptar ese sentimiento, aunque él solo me quisiera por necesidad, por miedo a morir solo. ¿Me valdría eso? Le pedí a Rosa que entrara conmigo en la habitación.

Sin pensarlo mucho me senté en la cama y le agarré la mano. Pensé en su historia y sentí lástima. Lo comprendí, por primera vez. Yo mejor que nadie sabía lo que era crecer sin amor, con la sensación de que no importas, no vales ni mereces nada. No sabía si podría perdonar, pero estaba dispuesto a convivir con eso. ¡Cuánto me hubiera gustado saber la verdad antes! Debía de ser un poema vernos así, mi tía llorando, yo acariciando la mano de mi padre inconsciente momentos después de estrellarlo con el coche. Era la vida que nos había tocado y lo aceptaba. Si mi padre salía de esta, iba a estar a su lado. Y al lado de Rosa. Al fin y al cabo, ellos eran mi familia.

7

Pasé varios días recuperándome en el hospital. En ese tiempo vino a verme un psicólogo, mantuvimos una conversación excesivamente larga que me dejó exhausto. Hablamos de cosas que no aportaban nada interesante, pero me resigné pacientemente. Contesté a cada una de las cosas que me planteó lo mejor que pude. Finalmente se despidió dándome las gracias y no soltó prenda sobre mi presunta enfermedad mental. Lo dejé correr porque preocuparme sobre eso no me iba a servir de nada. Ya me enteraría para bien o para mal. Mi pierna estaba mucho mejor y Rosa estaba a mi lado, no me iba tan mal. También había venido a verme mi madre. En cuanto entró en la habitación, se me echó encima con lloros y lamentos. Yo no entendía nada, pero dijo que se sentía culpable por haberme pedido que fuera a ver a mi padre sabiendo lo complicadas que eran las cosas entre nosotros. Estuvo un buen rato llorando y hablando de la mala suerte que habíamos tenido en la vida. Yo me contuve, pero tenía ganas de apartarla y decirle que se callara. En ese momento lo último que me apetecía era consolar a mi madre. Se suponía que era yo el que estaba fastidiado en el hospital y ella se las arreglaba para ser la víctima, la desgraciada a la que hay que animar. Pasara lo que pasara, todo acababa girando en torno a ella. Llegó un momento en que sus lágrimas me resultaban indiferentes, incluso me irritaban. No soportaba que fuera por la vida siempre dando lástima. Yo estuve siempre moviéndome en el terreno pantanoso entre la pena y el desprecio hacia mi madre. No quería ser como ella, y sin embargo me veía en cada uno de los defectos que tanto me molestaban. A pesar de todo, la quería, no necesitaba admirarla. Antes de irse me dio un beso y me quedé bastante tranquilo.

Mi padre iba recuperándose poco a poco del golpe. Estaba consciente pero muy débil, así que había que esperar para poder verlo. Me encontraba ansioso por hablar con él. Pensé muchas veces lo que iba a decirle y tuve esa conversación en mi mente, pero cuando llegó el momento me puse tan nervioso que olvidé mi discurso. Tendría que improvisar.

De camino a la zona donde estaba mi padre, el doctor me expuso la situación con algo de crudeza para mi gusto, aunque supongo que era lo suyo. Me dijo que podría encontrarlo algo aturdido y que habría que esperar para saber qué consecuencias tendría el golpe en la cabeza en cuanto a sus facultades mentales. Me habló del cáncer, de la edad y de las pocas posibilidades de supervivencia más allá de un año. Nada nuevo. Yo solo quería volver a hablar con él, lo demás no me interesaba. Un año o diez, lo importante era cómo, no cuánto iba a vivir.

Al llegar a la habitación, me quedé a solas con él. Se giró y me miró. Me sobrecogió su expresión. No era la misma persona, no necesitaba escuchar una sola palabra para saberlo. Me miraba con simpatía, sin rastro de su gesto altivo de siempre Hubiera jurado que no se estaba dando cuenta de quién era yo, pero no me atreví a decir nada. Nos quedamos así, mirándonos durante un rato hasta que me pudo la impaciencia. Me acerqué y le di un beso. Era la primera vez en mi vida que le daba un beso a mi padre.

—Eres un viejo cabezota, no hay manera de acabar contigo.

Se rio y supe sin ninguna duda que algo había cambiado. Ya no era mi padre, al menos no el que yo había conocido. Me sentí confuso, algo que no supe si era tristeza, alivio o ambas cosas a la vez. Me reí también y mientras lo hacía derramé algunas lágrimas. Ya no tenía muchas ganas de venganza. Sabía lo fácil que era pasar de víctima a verdugo, nada digno de alabanza, pero tampoco motivo suficiente para condenarlo. Me tocó cargar con su resentimiento. Hubiera

preferido tenerlo delante tal y como era, con su veneno y su desprecio para poder darle la vuelta a todo y curarme las heridas, pero eso ya no era posible. Ahora solo era un viejo que se estaba muriendo y eso me dejaba en una situación difícil. Nunca había cuidado de nadie ni hubiera imaginado una cosa así. La vida hace lo que le da la gana. Mientras pensaba todo esto, me había cogido la mano. Me agaché para ponerme a su altura y poder hablar con él.

—¿Cómo te encuentras?

—Me duele la cabeza, pero ya me han explicado que me di un golpe. —Se buscó la herida con la mano—. Iba contigo en el coche cuando chocamos, ¿verdad? ¿Tú estás bien?

—Sí, sí. Perfectamente. Tranquilo.

—Se te ve bien. Yo estoy en las últimas. No recuerdo todo, pero sé que estoy enfermo y que me voy a morir pronto. Vino a verme tu madre, pensaba que no me acordaba de nada y le seguí el juego. No se lo digas, ¿eh? Ella siempre se preocupa tanto por todo…

—Claro. Es cosa tuya.

—Después de todo, estás aquí.

No entendía nada. El tono de su voz era amable y la cortesía con la que me trataba, desconocida para mí. El médico me había advertido de que su personalidad podría haber cambiado. Habló de ataques de ira, cambios bruscos de estados de ánimo y poco control de los impulsos, todo ello causado por la falta temporal de oxígeno en el cerebro. Yo lo que veía en mi padre era que se le había suavizado el carácter. Hice para mí mismo el chiste macabro de que, de haberlo sabido, lo hubiera intentado matar antes. Incluso me reí solo. El caso es que todo eso podría ser pasajero y en unos días podría volver a ser el viejo déspota y odioso de siempre, o no, o según el día. Yo solo quería salir de ese hospital y llevármelo a casa.

—¿Cuándo dejarán que te marches, papá? ¿Te gustaría volver conmigo a la casa del pueblo?

—Sí, pero no sé cuándo. Habla con el médico. A mí me trata como a un idiota que no se entera de nada. Pregunta tú a ver si te dice algo más. No me quiero morir aquí.

—Vale, no te preocupes que ahora voy a hablar con él. Seguro que necesitan camas, y yo puedo cuidarte en casa.

Según decía esas palabras sonaban extrañas en mi cabeza. Yo cuidando de mi padre. Mi padre pidiéndome cosas a mí. El mundo al revés. Aun así, me gustaba el giro que estaban dando los acontecimientos. La situación de partida no era idílica: estaba fichado, no tenía trabajo, ni amigos, mi piso era un vertedero, mi familia daba pena. Pero allí estaba con el firme propósito de cuidar del hombre que me convirtió en el mayor desgraciado del planeta. Resultaba hasta divertido.

Empecé a hacer las gestiones para que nos dejaran salir de allí, pero todavía pasamos en el hospital varios días más. La situación de mi padre respecto a la enfermedad no había cambiado. Si no iba a someterse al tratamiento, poco podían hacer, y estaba claro que no iba a ceder en eso. Pensé que haber sobrevivido a un accidente le haría recapacitar, pero no. Seguía siendo igual de cabezota. Al menos seguía manteniendo su esencia. Reconozco que en el fondo admiraba su decisión de no tratarse del cáncer. Si alguien le entendía, desde luego ese era yo. Pensaba, al igual que él, que la propia vida es algo (quizás lo único) que nos pertenece de una manera natural. Su actitud me hacía respetarlo, al menos en eso. Los días en el hospital me estaban resultando más agradables de lo que pensaba. Me sentí útil y me gustaba la sensación de, contra todo pronóstico, estar haciendo algo bueno.

Por fin llegó el día de marcharse. Vino a recogernos Rosa y, tras despedirnos de médicos,

enfermeras y algún amiguete que hice durante mi estancia, nos largamos. Nunca me había alegrado tanto de ver la luz de la calle. Papá caminaba con mucha dificultad, así que, a pesar de mi pierna aún renqueante, me las arreglé para subirlo al coche. Era cómico observarlo con cara de felicidad, calladito y obediente. Me dio la risa varias veces. Pensé que iba a acabar echando de menos sus ironías y sus pullas, la mala leche resulta estimulante en ocasiones. De cualquier modo, algo dentro de mí me decía que toda esa sumisión no iba a durar mucho. Durante el trayecto Rosa no paró de hablar, se la veía encantada. Nos contó que iba a mudarse a la casa del pueblo una temporada, que se las arreglaría para ir a trabajar y cuidar de nosotros y habló de mil planes estupendos que sonaban a gloria. Aquello me hizo recordar mi niñez. En los viajes largos en coche, miraba por la ventanilla, dejaba volar la imaginación y creía que todo lo que me esperaba era nuevo y mejor.

No sabía en qué momento de mi vida había dejado de ilusionarme. Me propuse dejar de contar los días y aprovechar lo que me quedaba por delante. Ahí estaba, junto al gruñón que ahora parecía un corderito y a mi tía, que lucía una dignidad asombrosa. No estaba seguro de si sería capaz de devolverle lo que había hecho por mí. Me había dado alas.

8

Me desperté relajado y con bastante apetito. Llegaba desde la cocina un olor a café que me estaba dando poderes. Salté de la cama y bajé las escaleras en tiempos de plusmarquista olímpico. Mi padre ya estaba desayunando las tortitas que había preparado Rosa. No parecía demasiado hambriento. Daba la impresión de estar comiendo para complacerla. Así de mañana parecía más enfermo, más cansado, más viejo. Se consumía delante de nosotros. Hubo un tiempo en que tuvo un poder sobre mí casi sobrenatural, tan pronto lo odiaba como hubiera dado una mano por acariciar la suya. Tenía la oportunidad de resarcirme de todo eso y sin embargo añoraba lo que había sido. No entendía nada. Le di un beso en la frente y me senté a su lado. Me devolvió el beso con un gruñido que sonó parecido a un «gracias». El desayuno estaba delicioso, comí de todo, al igual que Rosa, mientras mi padre apenas abrió la boca. Al terminar ayudé a recoger y le comenté a Rosa que llevaría a mi padre a pasear por el pueblo.

Cuando estuvo listo, nos marchamos. El trayecto era bastante corto, pero él caminaba muy despacio y necesitaba mi ayuda. Fuimos agarrados del brazo largo rato, solamente caminando, sin hablar. El día era claro y el paisaje resultaba impresionante. Había pasado por allí mil veces, pero nunca me había llamado tanto la atención. Pensé que me estaba haciendo mayor. El sol me estaba calentando y estaba de buen humor. Al poco mi padre se detuvo y me sugirió que descansáramos en un banco, así que nos sentamos el uno al lado del otro. Entonces empezó a hablar.

—Agradezco el esfuerzo que estás haciendo. —Así de entrada me quedé descolocado, pero dejé que continuara—. No me queda mucho. Me siento débil y sobre todo cansado. No me he vuelto loco por el golpe ni he cambiado tanto como crees, es solo que ya no tengo fuerzas para pelear. Recuerdo el accidente, sé que giraste el volante a propósito y lo entiendo. Yo te provoqué. No fui lo que se dice un buen padre y lo siento. Te hice sufrir. Pero estás aquí a pesar de todo, sentado a mi lado. Ojalá consigas estar en paz contigo mismo.

Me dejó fuera de juego, no sabía ni a dónde mirar. No esperaba una disculpa. Su voz era débil y salía a trompicones; pero sus palabras me golpearon como un tsunami. Lloré. Cualquiera que hubiese pasado por allí en ese momento habría visto a un tipo al que parecía que le acaban de dar la peor noticia de su vida, y lo que estaba sucediendo era lo contrario. Deseaba perdonarlo. Esa sensación era nueva para mí, me dejaba las contradicciones al aire y no tenía nada con qué taparlas, así que no tuve más remedio que darles la mano.

Pasamos el resto de la mañana caminando lentamente, paseando nuestros pensamientos en compañía del otro. Cuando lo vi excesivamente cansado, regresamos; faltaba poco para la hora de comer, aunque imaginaba que eso a él no le incumbía demasiado, ya que había perdido por completo el apetito a causa de su enfermedad. Aun así, Rosa nos esperaba.

El día discurrió tranquilo, entre las charlas distendidas con Rosa y planes para los próximos meses. Yo no era muy bueno en cuestiones domésticas, me cansaba solo de ver una escoba, y cocinar fue siempre un suplicio. Lo que sí sabía hacer bien eran los trámites, papeleo y otras labores que íbamos a tener que abordar en algún momento. Había asuntos que había que poner encima de la mesa, aunque resultaban muy desagradables y difíciles de tratar, y el principal de todos ellos era lo que sucedería cuando papá muriera. No sabía cómo sacar el tema con mi tía. Me tentaba posponerlo, era un tema al que no me apetecía enfrentarme. Sin embargo,

corría el riesgo de enquistarse e impedirme estar tranquilo, así que no había opción. Yo no tenía mucha habilidad para abordar situaciones delicadas, así que lo haría directamente y sin tapujos. Cuando mi padre estuvo acostado, le pedí a Rosa que se tomara una infusión conmigo en la cocina. A ella le encantaba charlar un ratito después de cenar, así que no puso ninguna pega.

—Rosa, ¿has pensado cómo quieres enterrar a papá cuando llegue el momento?

Se sorprendió. Bebió un sorbo de su taza y tardó un poco en contestar, pero lo hizo franca y directamente.

—Sí, claro. Manuel no es creyente y quiere que lo incineren. No sé qué piensa tu madre. La verdad es que esperaba que hablases tú con ella, ya sabes que no somos íntimas. Tu padre hizo testamento hace poco. Yo misma lo llevé a hacerlo, pero no sé más porque no me interesa el tema. Por mi parte no vas a tener ningún problema con la herencia.

—¿A qué viene eso? Ni se me había ocurrido pensar en la herencia. Joder, es que ni por asomo. El dinero no me importa, ¿lo dudas?

Su comentario me pilló por sorpresa y me dolió. Era injusto y no me lo esperaba precisamente de ella. Me quedé mudo como un tonto por no levantarle la voz y decir algo inconveniente. Bebí un poco de manzanilla, que sabía a rayos, y me quedé mirando el horrible tapete de la mesa. Sentía que estaba sacando de quicio una bobada, pero mis sentimientos habían decidido ir por libre últimamente. Notaba mi propio veneno quemándome la garganta de rabia, y todo por un comentario sin demasiada importancia. Necesitaba recuperar la serenidad como fuera. Rosa, que no había dejado de mirarme ni un segundo, se estaba dando cuenta de todo.

—Perdóname, no quise decir que te importase su dinero. Solo quise decirte que a mí no me importa, y me expliqué mal. No te pongas así, por favor, estás a punto de llorar. —Puso su mano encima de la mía—. Olvida lo que he dicho, como si no hubiera pasado.

—No, perdóname tú. Soy un imbécil, no sé qué me pasa. Solo me apetece llorar y tampoco tengo muy claro por qué. Tú eres tan fuerte, tienes una fe en ti misma que no sé de dónde sacas. No me malinterpretes, no quiero que me veas como un niño asustado. Tengo mis momentos y tú haces que quiera ser mejor. Antes de enterarme de que mi padre se moría, pensaba en matarlo con mis propias manos, lo odiaba muchísimo y también a mi ex. Ahora ya no estoy seguro de si la quería o me aferraba a ella por no estar solo. ¡Estaba tan confundido! Al llegar a esta casa y encontrarme contigo después de tanto tiempo, me despertaste algo por dentro. Ya solo hablar de esto es para mí una proeza. Dime que me comprendes, por favor.

—Te entiendo. Gracias por decirme eso, Roberto. Nuca nadie me dijo algo así.

Hubo un silencio, pero no uno incómodo que necesitara ser rellenado con palabras, sino uno dulce que se extendía por la cocina. Esa complicidad era una sensación completamente nueva. Tuve un fuerte deseo de besarla, pero sabía que era una idea terrible y después de todo seguía siendo un cobarde. No me veía a mí mismo haciendo algo tan arriesgado. Reconozco que la idea me seducía y esa chispa que se encendió en ese momento fue a más.

9

Las semanas siguientes se hicieron muy largas. Por las mañanas salía a pasear con mi padre, cada vez más enfermo, caminando peor y con menos ganas de seguir aferrándose a una vida que ya no le ofrecía nada. Tan solo tomaba un tratamiento para paliar el dolor. Esos días se encerraba en su cuarto. Si me acercaba a la puerta, podía escuchar cómo rechinaba los dientes hasta casi partirlos, reconocía ese sonido porque lo había escuchado antes. Había presenciado el sufrimiento, la enfermedad y la muerte, y sabía perfectamente lo que estaba pasando dentro de esa habitación. Me hubiera gustado poder acompañarlo en ese trago, pero era un terreno vetado para mí en particular. Yo no tenía hijos, pero me imaginaba que cuando llegara ese momento, lo último que querría es que mis hijos me vieran así. Preferiría que me recordaran como un padre fuerte y entero que resistió con dignidad incluso el dolor. Yo no podía evitar pensar en mi padre como lo había conocido toda mi vida, y ahora el viejo que estaba al otro lado de la puerta me parecía otra persona, y quizás por eso dejé de odiarlo. Quería abrazarlo, sujetarlo mientras vomitaba, secarle el sudor de la frente y decirle que no estaba solo, pero ya había asumido que eso no iba a suceder. Me conformaba con acompañarlo en nuestros, cada vez más cortos, paseos y agarrarlo fuerte del brazo cuando parecía estar agotado. En esos momentos percibía su necesidad y me sentía algo culpable. Me parecía indigno por mi parte aprovechar su debilidad para sentirme importante. Resultaba trágico que hubiera tenido que pasar algo así para poder estar cerca el uno del otro, pero así eran las cosas. Yo no había buscado esa situación, igual que no había escogido prácticamente nada de mi vida.

Mientras pasaban los días, mi sentimiento por Rosa fue creciendo. Era como un chiquillo buscando su aprobación. La observaba cuando estaba ensimismada en sus cosas, deseaba atrapar sus pensamientos y bucear en su interior. Si me hubiese encontrado un genio saliendo de una lámpara, le habría pedido poder leer la mente de aquella mujer. Fantaseaba con la idea de ser su confidente, de conocer los misterios que se escondían en sus rincones. Mi idea del amor era bastante infantil y la cantidad de años que me separaban de ella me hacía sentir todavía más absurdo. No tenía claro si estaba enamorado o si era admiración, pero me importaba un bledo. Sabía que no habría nada físico entre nosotros, primero porque ni remotamente se me había pasado por la cabeza que ella tuviese algún interés romántico hacia mí, y segundo porque ni siquiera yo estaba seguro de sentirlo. No es que Rosa no fuera una mujer atractiva, a sus sesenta y pico años seguía siendo guapa, tenía un cuerpo aún bonito y una mirada contundente, definitiva. A veces se maquillaba y estaba impresionante. No diría que el maquillaje la tapaba, al contrario, la hacía más limpia, quitaba lo que no le correspondía por derecho y se mostraba la mujer que de verdad era. Pero a mí lo que más me gustaba de ella era su carácter. Rosa no se andaba con hostias, ella sabía lo que quería, lo que había que hacer y lo hacía, sin excusas. Yo nunca había conocido a nadie así y estaba fascinado. No era capaz de imaginarla desnuda, alguna vez lo intenté, pero me sentí un pervertido, así que dejé de hacerlo. Me seducía mucho más la idea de conocer sus secretos y formar parte de su vida.

Durante esos días había recibido varias llamadas de mi madre. Ella detestaba venir al pueblo, y eso unido al hecho de que no se llevaba bien con Rosa hizo que se mantuviese alejada de la casa y no apareciese por allí. Por teléfono se interesaba por mí, me preguntaba todo tipo de cosas como lo que había comido, si necesitaba hablar, si me encontraba bien. A veces me daba la

impresión de que papá le importaba poco, pero yo no era quién para juzgarla. Notaba que me había alejado emocionalmente de ella, sintiéndola cada vez más como una extraña. No lográbamos empatizar. Me preguntaba si seríamos capaces de mantener el lazo entre nosotros cuando ya no estuviera mi padre. Siempre mantuvimos una extraña distancia. Ella me quería, lo natural en una madre. Yo era su responsabilidad y ella era una mujer sacrificada, pero nada de eso era por mí. Mi único mérito había sido salir de su vientre y ya desde muy pequeño supe que nunca iba a ser lo que ella esperaba. Nunca me despreciaba ni me ignoraba, me cuidaba a veces en exceso, pero yo nunca sentí una conexión auténtica entre nosotros. Ella esperaba de mí una redención que nunca le di. Yo no fui un chico brillante, no triunfé, no fui feliz. No hubo casa en la playa, familia perfecta con niños perfectos y barbacoa en el jardín, no hubo comidas de domingo donde ella se sentaba a charlar con una copa de vino mientras a su alrededor la vida era tal y como la había imaginado. Yo no le compensé todas las horas de insomnio, todas las veces que papá la mandó callar, todos los desprecios que le dedicó y que fueron carcomiendo como termitas su ilusión y sus ganas de vivir. En sus ojos se veía el resentimiento, y eso dolía. La observaba a veces con la mirada perdida, quizás soñando con otra vida y otro hijo que le hiciera sentir que todo había merecido la pena. Me quería, seguramente, como se quieren los defectos propios. Me sentía responsable de su decepción. Creo que llevo en el ADN el resentimiento y la incapacidad para la felicidad. Hay que saber ser feliz, y yo no supe. Mi madre ni lo intentó. Como yo no tuve hijos, iba a ahorrarme todo ese penoso ritual de expectativas no cumplidas, frustraciones heredadas y decepciones vitalicias. No tendría que soportar eso y sé que no hubiera podido.

Durante las conversaciones con mi madre, no saqué el tema del entierro y me sentía un poco culpable porque sabía que Rosa esperaba que lo aclarase cuanto antes. Me propuse hacerlo sin falta en la siguiente ocasión. No podía demorarme más; mi padre había empeorado mucho y el inevitable final no parecía estar lejos. Me sorprendía que no viniera nadie a verlo a casa; era extraño porque mi padre era una persona que se relacionaba con mucha gente cuando tenía su negocio. Lo había traspasado hacía algunos años, pero imaginaba que conservaría algunas amistades. Me preguntaba si habría hablado con alguien de su situación e intuía que no. No se lo podía reprochar porque yo hubiera hecho lo mismo.

Esa tarde le pregunté si le apetecía tomar un poco el aire y se mostró bastante animado, así que salimos a caminar los dos solos antes de la cena. Enseguida quiso sentarse, lo notaba inquieto y parecía estar buscando el momento de decirme algo. Estaba acostumbrado a su tacañería verbal, así que cuando abría la boca lo escuchaba como si fuera a darme la receta de la inmortalidad. Esperé pacientemente a que se decidiera a arrancar. Y lo hizo.

—Estuve dándole muchas vueltas a esto. Mejor te lo digo sin más. Estoy completamente arruinado.

Suponía que se refería a la ruina económica, porque arruinado como persona lo había estado siempre. La situación pedía un comentario cruel y más que merecido, pero me corté y no dije lo que estaba pensando. Esperé pacientemente su explicación. Lo dejé cocinarse en su jugo mientras buscaba las excusas para explicar lo inexplicable. Tenía curiosidad. Mi padre había sido un hombre bastante eficiente en los negocios. Se había quedado al cargo del negocio de su padre, una ferretería, y la llevó con bastante solvencia durante muchos años. No era millonario, pero había conseguido superar la crisis económica sin pasar apuros. Solo sabía que había vendido la tienda hacía un par de años y poco más. Pensaba que él vivía bien del dinero que había sacado de aquello y saber que estaba sin un duro me dejó preocupado. Después de una pausa, continuó hablando.

—No me queda nada. Incluso tengo algunas deudas, poca cosa —dijo—. Todo por mi relación con Sandra.

—… ¿Tu qué? —Me quedé sin palabras por un instante, le miré a la cara para saber si se estaba riendo de mí—. ¿De qué cojones estás hablando? ¿Sandra? Tú no tenías ninguna relación con Sandra. Era yo quien la tenía y tú te metiste con ella en mi cama. Joder, papá, ¿qué clase de padre hace una cosa así? ¿Por qué me vienes ahora con esto, quieres limpiar tu conciencia? ¡Vete a la mierda, puto loco retorcido!

Había levantado mucho el tono. No soportaba ni escucharle pronunciar el nombre de Sandra. Mi mente ya iba por libre, había perdido el control. Me levanté por no pegarle una bofetada. No sé ni cómo pude pensar en tener una relación normal con él. Fui un imbécil cegado por la necesidad de aceptación, mi talón de Aquiles. Toda mi vida había luchado con fantasmas en una guerra desigual. Incapaz de defenderme, me habían devorado una y otra vez, y de nuevo estaban allí, más grandes que nunca. Recordaba a mi padre con ella cuando llegué aquel día a casa. Tenían una relación, no era la primera vez. Habían estado juntos otras veces. No tenía ni idea de quién era la persona con la que había convivido, el amor de mi vida, una idea en mi cabeza que nunca tuvo correspondencia en la vida real. No tenía certeza sobre nada.

Me sentía como un perro al que están dando una paliza. Me alejé de allí un rato, hasta que pude retomar un poco el control. Miré a mi padre. Seguía sentado mirando al suelo. Enjuto, enfermo, derrotado. Arruinado, no se me ocurría mejor palabra para describirlo. Me senté de nuevo a su lado. Le eché una mirada asesina, y tuvo suerte de que en ese momento no tuviese una piedra a mano. Aun así, quería saber más.

—Venga, suéltalo todo —le dije—. Quiero la verdad.

—Vale. No va a gustarte lo que te voy a decir, pero te lo debo. —Tenía la mirada clavada en el suelo, sin atreverse a mirarme—. Lo primero es contarte cómo conocí a Sandra. Fue antes de que tú empezaras a salir con ella. Entró un día en la ferretería a comprar algo y coqueteó conmigo. Era demasiado joven para mí, la traté como a una clienta más. Empezó a ir por la tienda a charlar, no compraba nada. Al principio me sentía halagado. Me hacía ilusión. Apenas tenía relación con tu madre. La verdad, es casi un milagro que tú estés en este mundo, pero no te voy a contar esas cosas que no tienes por qué escuchar. Cuando conocí a Sandra, yo aún estaba para fiestas, pero me parecía raro tanto interés. No me fiaba, sospechaba que buscaba algo. Le dio por buscarme también fuera del trabajo y empezó a molestarme. Intenté dejarle las cosas claras, pero no es una mujer que admita un no por respuesta. Es una manipuladora, sabe darle la vuelta a las cosas para salirse con la suya. Me engatusó. Se fue metiendo en mi vida. Era una relación extraña de la que ella sacaba provecho. Le dejaba algo de dinero a veces. Con el tiempo me cansé y puse punto final. Un día apareciste tú con ella en casa y nos la presentaste como tu novia. ¡No me lo podía creer! Estuve días sin pegar ojo, pensando si contarte quién era esa chica. No sé cómo la conociste, pero seguro que no fue por casualidad. Tenía miedo de que te manipulara como a mí, pero tú y yo apenas hablábamos y te veía tan feliz que no me atreví a meterme en tu vida. Pasé página y ya está. Más tarde ella me buscó para pedirme dinero, me amenazó con decirte que éramos amantes. Me estuvo chantajeando un tiempo. No me acostaba con ella, la única vez fue el día que tú nos viste. No te miento. Me acababan de diagnosticar el cáncer y estaba hecho polvo, cometí un error y lo pagué. Creo que ella no esperaba que llegaras antes a casa y nos vieras. Cuando cogiste ese cuchillo estaba claro que no ibas a usarlo, pero ella vio el filón y sacó provecho. A partir de ahí me pidió mucho dinero por no llevarte a juicio y arruinarte la vida. Se lo di y te denunció igual. Me hundió económicamente. No volví a verla, supongo que habrá encontrado otro idiota. Pensé en contratar a alguien para que la matara, pero

no puedo pagarlo. Cuando tu juicio acabó, yo ya no tenía dinero ni salud ni ganas de seguir aquí. Le dije a tu madre la verdad sobre la enfermedad y me largué. En la casa del pueblo he tenido algo de paz. Estas últimas semanas con Rosa y contigo han sido las más felices de mi vida. Me voy a morir y no voy a poder dejarte nada.

Estaba completamente alucinado. No podía creer ni una sola palabra de lo que acababa de oír. Quizás la enfermedad o el golpe del accidente le habían restado facultades y ahora creía recordar cosas que nunca habían ocurrido. No podía ser cierto. Toda mi vida con Sandra no podía ser mentira. ¿Y si lo era? Habría estado viviendo con la mujer más fría y miserable del planeta. Un teatro, una pantomima. Y yo, como Pinocho, fui una marioneta que se cree una persona real. La historia de mi existencia, mi vida, era en espiral dando vueltas sobre sí misma. Las cosas siempre pueden ir a peor, pero en algún momento tendrían que tocar fondo. No sé qué cara se me quedó, pero mi padre me miraba asustado. No podía sentir nada, necesitaba poner en orden mis ideas, atar cabos y entender algo. Estaba sobrepasado. Cuando por fin me dirigí a él, creo que esperaba que le diera un golpe porque se puso en posición defensiva. La situación era ridícula.

—No voy a pegarte, papá. No me faltan ganas, pero qué gano yo con eso. Déjate de aspavientos. Vámonos a casa, no quiero seguir hablando de esto. Ya he tenido bastante por hoy. Y por el resto de mi vida.

Lo agarré fuerte del brazo para incorporarlo. Curiosamente, no sentía rabia hacia él, más bien pena. Se suponía que después de lo que acababa de decir debería tener aún más ganas de matarlo, pero no. A quien quería matar realmente era a Sandra, pero ese plato no estaba en el menú. Mi padre era una víctima. Tanta personalidad y tanta autoridad que tuvo conmigo, para acabar vapuleado por una chica treinta años más joven. Era bastante vergonzoso, incluso para él. No podía odiarlo por eso. Se había bajado del pedestal y eso me aliviaba en cierto modo. Al fin y al cabo, era tan pringado como yo, o más.

Por fin llegamos a casa. Allí estaba Rosa con su calidez, su sonrisa y con la cena preparada. Mi padre tenía aún la cara desencajada. Rosa no preguntó. No le hacía falta. Agradecí su compañía en ese momento. Me tragué la cena y las lágrimas. En cuanto terminamos, me fui a la cama.

Esa noche ni pude cerrar los ojos. Allí acostado, a oscuras en la cama, casi podía oír a los buitres merodeando, esperando el momento para comerse mis restos. Me sentía como un condenado a muerte el día de su ejecución. No podía llorar, tenía un vacío que me estaba perforando por dentro. ¿Cómo podía haberme engañado tanto a mí mismo? Ella me mintió y yo me lo había tragado todo. Su frialdad, sus silencios, sus gestos de desaprobación, su manera de ponerse siempre por encima de mí. Su desprecio. No lo quise ver porque me asustaba. Elegí la comodidad de ignorar, mirar hacia otro lado. Aquello no era ni remotamente parecido al amor, pero cómo iba yo a saberlo. Fui un payaso, un cabeza de turco. No me escogió para sus tejemanejes por mí, sino por ser hijo de mi padre, ¿podía ser aún más humillante? Seguro que si me empleaba a fondo podría encontrar detalles escabrosos en los recuerdos de nuestra relación, pero no tenía ningunas ganas de seguir destrozando la poca dignidad que me quedaba. De mi vida en pareja ya no quedaba nada, ni las cenizas.

Me harté de darle vueltas, tenía un nudo en el cerebro. Pasé los siguientes días de mal humor. Estaba irascible, sin ganas de dar el paseo matutino con mi padre y con la única ilusión de pasar tiempo con Rosa. Aun así, cumplí con mi parte y mantuve el tipo todo el tiempo con mi padre, poniendo empeño en sus cuidados y sin pasarle la factura por su confesión. Era un consuelo saber que a pesar de todo yo no era un rencoroso de esos que se excita pensando en el

mal ajeno. A mí no me hacía ninguna ilusión vengarme y había dejado de creer en la justicia antes que en los reyes magos. Mi único interés era seguir adelante y mantener la cabeza fría. No fue fácil, tuve el impulso de largarme en medio de la noche y empezar una nueva vida en algún lugar, pero acababa encontrando mil argumentos en contra. Al final todas mis elucubraciones mentales acababan por parecerme ridículas e infantiles. Nunca fui muy decidido, o al menos no tanto como para dar un giro tan radical a mi vida. Yo era más bien de esos que se levanta todos los días a la misma hora y disfruta viendo cómo las cosas son exactamente lo que se espera. Mi vida había sido justamente todo lo contrario en los últimos meses, muy a mi pesar. Afortunadamente, la confesión de mi padre no me supuso un golpe mortal. A veces me distraía con alguna cosa y lo olvidaba, lo cual me suponía un alivio. No duraba mucho porque los malos recuerdos son tan insistentes como un niño que busca la atención de su madre. Al rato volvía a estar ahí, Sandra con mi padre.

Esperaba que con el tiempo esa imagen se borrara para siempre de mi cabeza.

10

Desperté con resaca, y eso que no había bebido desde hacía meses. Tenía una sensación extraña, como cuando se muere alguien querido y aún no eres consciente del todo. Sigues con tu vida, como si nada, y de vez en cuando piensas en ello como algo ajeno. Fui al lavabo, me miré y me vi viejo. Juraría que me habían aparecido arrugas nuevas, y debajo de los ojos tenía bolsas oscuras. Tampoco se me escapó que cada vez me parecía más a mi padre, lo cual no dejó de resultarme una broma macabra, aunque graciosa. Me sonreí a mí mismo y me devolví el gesto con toda la caballerosidad que me caracteriza. Haciendo un exceso hasta me guiñé un ojo. Bajé las escaleras con la ilusión de encontrar a Rosa en la cocina con su habitual desparpajo moviéndose entre las cacerolas con todo el glamour de un plató de cine, pero para mi sorpresa no había nadie. Miré el reloj, las ocho de la mañana. Era muy extraño, ella entraba al trabajo en media hora. Ya no podía con más disgustos, esperaba que hubiera una razón tonta que justificara su ausencia. Antes de ponerme nervioso y entrar en pánico, algo muy propio de mí, decidí subir a su cuarto a comprobar si se había quedado dormida. La puerta de su habitación estaba cerrada, llamé y no respondió nadie. Volví a llamar un par de veces más y nada. Había empezado a impacientarme un poco, así que decidí entrar.

El corazón me latía a cien por hora. Me sudaba la mano y dejé la humedad en el pomo de la puerta. Estaba oscuro, dejé la puerta abierta para poder ver algo. Rosa estaba en la cama, suponía que dormida. Eché un vistazo alrededor y vi un bote de pastillas abierto en la mesilla. Sin ser un detective experimentado, deduje que se habría pasado con los somníferos y se le habrían pegado las sabanas. No me atreví a tocarla, me parecía que ya el hecho de estar allí parado delante de su cama resultaba invasivo, y temía su reacción. Me quedé de pie pasmado haciendo gala de mi maravillosa capacidad de improvisación.

No pasó mucho rato hasta que se despertó, imagino que por la luz que entraba por la puerta que yo había dejado abierta. Abrió los ojos y me miró. Ni en sueños hubiera esperado su sonrisa al verme allí. Me miró con una dulzura que me partió en dos, me derretí y solo me faltó ronronear como un gatito. Ella tenía un gesto que no conseguía descifrar del todo, pero que sin duda era lo más bonito que había visto en mi vida. Estaba completamente loco por esa mujer. No me atrevía a mover un músculo por no romper la magia del momento, y no me hizo falta porque ella se adelantó y me hizo un gesto con la mano sobre la sábana para que me sentase a su lado. Obedecí como un perrito faldero y la observé mientras se frotaba los ojos y se estiraba. Así, recién despierta, tenía un aspecto mucho más duro, los rasgos más marcados. Sin embargo, su mirada era la de una niña traviesa, decidida a comerse el mundo. Me pareció que estaba increíblemente guapa.

—Buenos días. Menos mal que entraste porque no voy a llegar al trabajo. ¿Qué tal está hoy Manuel, lo has visto ya? —dijo mientras se apartaba el pelo de la cara.

—Aún no, bajé a la cocina y como no te vi me preocupé. Tú nunca te quedas dormida, siempre estás abajo como un clavo.

—Ya, bueno, las pastillas para dormir. —Señaló el bote que estaba encima de la mesilla —. Me tomé una más porque la primera no me había hecho efecto. Ahora me encuentro un poco grogui. Enseguida me meto en la ducha y estoy para otra.

—Estás estupenda, como siempre.

—Venga ya. —Sonrió—. A mi edad no pretendo estar estupenda y menos por la mañana después de una mala noche. Prefiero estar bien del coco, que es más útil. A estas alturas me conformo con que el cuerpo me responda.

—Di lo que quieras, pero estás fantástica.

Nos reímos y me dio un beso en la mejilla. Se metió en la ducha y yo bajé de nuevo con la idea de preparar el desayuno antes de ir a ver a mi padre. Mientras revolvía en la cocina, me di cuenta de que me había olvidado por completo de Sandra. Una mirada de Rosa y me olvidaba de todo. Sentí vértigo al comprobar la facilidad con la que cambiaban mis sentimientos; se lanzaban de un extremo al otro y apenas podía controlarlos. Era un convidado de piedra en mi propia vida. Ni se me había pasado por la cabeza poner freno a lo que sentía por mi tía, la hermana de mi padre, mi familia. Me dejaba llevar como si fuera algo natural e inevitable, sin oponer resistencia. Me rondó la idea de que pudiera estar mal de la cabeza, a lo mejor tenía algún trastorno de la personalidad o algo así. Quizás en mi familia había ese problema, empezando por mi abuelo. O quizás venía de antes. Desconocía por completo la personalidad de mis bisabuelos, puede que hicieran cosas horribles. En mi familia siempre se había tapado todo, así que tendría que hacer un poco de investigación. Hablaría con Rosa sobre eso, y así tendría una maravillosa excusa para tenerla solo para mí durante un rato.

Subí a buscar a papá para darle sus medicinas. Lo encontré despierto, tenía muy mal aspecto. Por un momento sentí una punzada en el estómago, el vértigo de presenciar su muerte en tiempo real. Apenas comía y se limitaba a mantenerse vivo hasta el día siguiente. Lo peor era la actitud de claudicación total. La desgana y la resignación campaban a sus anchas en aquella habitación y habían echado raíces por todas partes. Era muy deprimente. A pesar de todo el daño que me había hecho, mi padre formaba parte de mí y era como verme caer a mí mismo. Deseé que no durase mucho aquello. Con todo el cuidado que pude, lo ayudé a vestirse. La ropa le ponía encima algo de dignidad. Tras el desayuno, Rosa se fue a trabajar y nosotros salimos a dar nuestro paseo. Tardamos diez minutos en llegar al primer banco del camino. Esos minutos eran un buen resumen de nuestra relación, lenta y complicada, pero eran valiosos para mí. Contra todo pronóstico, había sobrevivido algo entre nosotros, como una cucaracha que no termina de morirse. Ahora no iba a detenerme, iba a recorrer cada mañana ese camino cogiendo su brazo mientras pudiera. En cierto modo, nos necesitábamos. Éramos para el otro como un perro lazarillo. Ahora ya no había nadie a quien engañar, quedaba solo la cruda realidad de lo que éramos y teníamos que aceptarnos. Me hubiera gustado decirle que lo perdonaba, pero me daba mucha vergüenza, así que me quedé en silencio pensando. Fue él quien habló.

—Tengo arreglado todo para cuando me vaya. Hice testamento. Le dejo a tu madre la casa en la que vivimos y a ti te dejo mi parte de esta casa. La otra parte es de Rosa. Como ya sabes no tengo dinero. Tendrás que buscar la manera de pagar los impuestos por tu cuenta y poder darle algo de vez en cuando a tu madre. Ahora solo te tiene a ti.

—Claro, no te preocupes por eso. Yo me encargaré de todo —dije con desgana.

—Aún eres joven y puedes empezar de nuevo. No te pido que cuides de Rosa porque a ella no le hace falta, se las arregla muy bien sola. Pero no pierdas contacto con ella, por favor.

—¡Ni de broma! Déjate de despedidas, papá. No me gustan. Prefiero hablar de otra cosa.

—Y ¿de qué quieres hablar?

—No sé. Cuéntame algo de la tía Rosa. Sé muy poco sobre ella. Bueno, ya me entiendes, no es que no sepa nada, pero es muy reservada para hablar de sí misma.

—Ya lo creo. Siempre fue así. ¿Qué quieres que te diga? Ella estuvo siempre apoyándome, de una forma o de otra. Tu abuelo nos hizo las mil y una y si no la hubiera tenido a

ella, todo habría sido peor.

—Tengo una curiosidad: ¿cómo conoció a Andrés? Se casó muy joven, ¿no?

—Vaya, no sabía que eras un cotilla —respondió riéndose—. Lo anoto en mi lista. Pues sí, se casó muy joven y tuvo a su hija muy pronto. Podía haber esperado un poco; pero quién soy yo para opinar. Echa un vistazo a mi historia y mira lo que vale mi consejo. Rosa es muy lista, tenía cabeza para los estudios, pero estaba deseando marcharse de casa. Y no la culpo.

—Entonces ¿se casó por huir del abuelo?

—Sí, creo que sí. Andrés era un buen tipo, pero no le pegaba ni con cola. Ella le daba mil vueltas. Podría haber hecho muchas cosas si hubiera tenido la ocasión. Nosotros no pudimos escoger, fuimos supervivientes. Se casó, tuvo a Raquel, trabajó toda su vida en ese banco y poco más.

—Ya veo. ¡Qué pena! Es como si hubiera vivido a medias.

—¿Eso crees? Las cosas son como son. La felicidad es para los tontos.

—Si eso fuera así, habríamos sido más felices. Yo no creo eso, y tú tampoco. Las cosas se pueden cambiar, no seas tan pesimista. Háblame de ti. ¿Cómo eras de joven? Porque fuiste joven, ¿no?

Se quedó mirando hacia ninguna parte, con una media sonrisa. Me dio la impresión de que mi pregunta tocó alguna tecla que hacía tiempo que no sonaba. Empezó a hablar de su pasión por la literatura, pero el cansancio le impidió decir todo lo que tenía que contar. Daba igual, yo ya estaba satisfecho con la respuesta. El resto de la mañana estuvimos juntos en silencio, seguramente reflexionando ambos sobre lo mismo.

Esa tarde pensaba ir a ver a mi madre. No quería abordar el tema del entierro por teléfono y necesitaba resolverlo cuanto antes. No hubiera sido una buena idea dejarlo todo en el aire y tener que estar haciendo esos desagradables trámites más tarde. Ya resultaba todo bastante duro. No había querido pensar mucho en el momento final, no me sentía preparado. Había intentado cargármelo pocas semanas antes y en ese momento me agobiaba pensar en su muerte. Era incoherente, pero no extraño tratándose de mí. Desde que había salido del hospital, los momentos con él y con Rosa se habían transformado en algo bastante parecido a una vida en familia.

11

Delante de la puerta de casa de mi madre estaba bastante tranquilo. Me parecía que habían pasado años desde la última vez que había estado allí. Aquella última visita me había cambiado tanto la vida que me parecía ya lejana. Las circunstancias eran ahora muy diferentes y ya no era la misma persona. Toqué el timbre, resignado y dispuesto a hacer lo que me había llevado hasta allí sin más dramas. Enseguida me abrió.

La casa seguía exactamente igual que siempre. Todo en su sitio, tal y como lo recordaba. Era como si se hubiera congelado en el tiempo. Pensé que las casas, igual que las mascotas, acaban por parecerse a sus dueños. Esa casa era como mi madre, impersonal, nada especial que decir, nada que valga la pena señalar. Me senté en el mismo silloncito en el que mi padre pasaba las tardes de domingo leyendo la prensa. Me sentí bien en ese rincón.

—Voy a prepararte un café. Pero antes dime, ¿qué tal está papá?

—Bastante mal, no te voy a mentir. Está muy delgado y le cuesta andar. En dos semanas ha desmejorado mucho, hay días que tiene fiebre y apenas come. No creo que vaya a durar mucho. Ojalá pudiera decirte otra cosa, pero…

—Es horrible. Me imagino lo duro que debe de ser verlo así, yo no soy capaz de enfrentarme a eso. No puedo.

—¿Por eso no has ido a verlo al pueblo?

—No quiero verlo. No me juzgues. Ya soy muy mayor y hago lo que me parece —dijo muy seria.

—No, mamá, no te juzgo. Haz lo que te dé la gana. No he venido a reprocharte nada.

Se fue a la cocina y aproveché para repasar mentalmente lo que le iba a decir. No las tenía todas conmigo. Puede que ella no quisiera saber nada del tema del entierro y lo dejara todo en mis manos, lo cual sería un alivio. Estaba claro que se sentía culpable por desentenderse de mi padre y le preocupaba más lo que yo pensara que el hecho de no ir a verle. Mi madre se regía por creencias, obligaciones e imposiciones absurdas, pero estaba en su derecho. Ella había tomado su decisión y era la primera vez que estábamos de acuerdo en algo. Me parecía valiente que siguiera su propio criterio, pero me temía que ella se estaba sintiendo tremendamente cobarde por no enfrentar la situación. Al fin y al cabo, mi padre la había tratado siempre como un trapo. No recordaba ningún gesto de cariño que hubiera tenido hacia ella. Me parecía lo más normal que ya no quisiera estar con él para limpiarle las babas. Lo mío era diferente, yo me había visto metido en esa historia y me había dejado arrastrar. Ahora ya no tenía más remedio que seguir adelante.

Cuando llegó con el café, planteé la situación.

—Mamá, escúchame. Tenemos que hablar de lo que vamos a hacer cuando llegue el momento. No me gustaría dejar todo en el aire. ¿Quieres que me encargue yo de todo?

—Sí. Lo que tú decidas estará bien. Tu padre hizo siempre lo que le dio la gana y ahora no voy a decidir cómo debe irse. Tampoco voy a meterme en cosas de herencias. Ya estoy vieja y solo quiero estar tranquila. Me gustaría seguir viviendo en esta casa, llevo aquí casi toda mi vida y no tengo otro sitio adónde ir. Por lo demás, no necesito nada. Mi única preocupación eres tú.

—Por mí no tienes que preocuparte. Claro que te quedarás en esta casa que te corresponde por derecho. Y, por lo demás, papá no tiene un duro. Está arruinado, no hay nada

por lo que discutir. Me da que esto no te sorprende, sabes muchas más cosas de las que dices. Sé que intentaste mantenerme al margen de vuestras discusiones, y sé también que no tuviste ni de lejos una buena vida con papá. Me gustaría hacer algo por ti.

La miré a los ojos. Se asomaba una lágrima discreta, como era ella. Como era su vida. La suya fue una educación estricta y sin margen para las emociones. Eran debilidades vergonzosas que había que ocultar a toda costa, y cuando afloraban, se miraba para otro lado. Le cortaron el impulso de sentir igual que se siega un campo, pero sin arrancarlo del todo. Los deseos son tan parte de nosotros que ninguna bofetada de un padre puede aniquilarlos. Esos golpes hacen daño, pero no matan. Me venía a la mente la imagen de mi madre como una niña a la que amputaron la ilusión muchas veces en aras de una vida conveniente, ajustada al patrón, lo que se ha hecho toda la vida. Por su bien.

La abracé. Sentí en su cuerpo menudo que estaba derrotada, cansada de vivir. La imaginaba pasando los días sin objetivo, en un desfile de dolores incómodos y quizás algunos momentos agradables frente al televisor. Me sobrecogió.

—Mamá, cuando papá ya no esté, ¿por qué no te vienes a vivir conmigo a la casa del pueblo? Estarías muy bien allí. Buscaré un trabajo y podrás dedicarte a lo que te guste.

—Te lo agradezco mucho, de verdad —me miró complacida—, pero yo quiero morirme aquí, en mi casa. Me gusta estar aquí. Tú tienes la vida por delante, no quiero ser una carga para nadie. Solo quiero estar tranquila y saber que tú estás bien.

—Como quieras, pero creo que estarías mejor conmigo que aquí sola. No tienes por qué decidirlo ahora.

Estuvimos un rato más charlando. Antes de irme le pedí que me diera alguna ropa para mi padre. Pasamos un par de horas revolviendo en su armario. Me sorprendió ver las cosas de mi padre intactas en la mesilla, como si no se hubiera ido nunca. Allí estaban sus gafas de leer, supuse que no se las llevó porque ya no le servían para nada. Entendí que mi madre las hubiera dejado allí, sin tocarlas. Me pareció un detalle de sensibilidad. En ese rato mi madre estuvo contenta, me gustó verla así y pensé que, viviera o no conmigo, trataría de darle alguna alegría en la medida de mis posibilidades. Me fui de su casa muy animado.

Al llegar estaba Rosa preparando la cena. Me quedé observándola desde la puerta de la cocina, sonriendo mientras ella me preguntaba acerca del encuentro con mi madre. No podía evitar sonreír al verla tan alegre y resuelta, reinando en su mundo imperfecto con tanto poder. A estas alturas, tenía claro que ella sabía lo que yo sentía. Quería creer que no le molestaba mi admiración. Le conté lo que había pasado y me dio un beso, por esto o por aquello siempre me daba alguno, pero esta vez le devolví un beso en los labios. No se amilanó, no era de esas. Me retó a volver a repetirlo. No lo pensé ni un segundo así que cuando terminó la frase yo ya la había vuelto a besar. Hay ciertas cosas que saben a última oportunidad. Los besos de Rosa sabían a eso, y a café con azúcar. Me volví loco sintiendo su boca que me buscaba, mi cuerpo no estaba dispuesto a pararse en divagaciones éticas. Me miraba directamente a los ojos, desafiándome. Si me hubiera muerto en ese momento, me habrían enterrado con cara de bobo. Ella ya no era mi tía. Era la mujer que me había salvado la vida. Me arrancó del fondo de un pozo. La necesitaba en mi vida, como fuera. Mientras estaba ahí parado tratando de recobrar el pulso, mi padre se moría en el piso de arriba.

Tuve claro que no iba a dejar pasar la oportunidad de mi vida.

—Quédate conmigo cuando todo esto acabe —le solté, con el corazón a mil.

No respondió nada. Me acarició la cara con ternura, se dio la vuelta y continuó con sus tareas. Me quedé allí plantado con la frase aún caliente en los labios

12

A partir de aquel día, Rosa se distanció de mí. Gracias a mi natural tendencia al drama, me desesperé. No volvimos a hablar de aquello, prácticamente solo hablábamos de las cosas relativas a mi padre. No hubo respuesta a mi oferta de vivir juntos. Estaba claro que me había equivocado. Se me pasó de todo por la cabeza. Si de algo estaba seguro, es de que ella no estaba segura, así que no quise presionarla. En lo relativo a los sentimientos no sirve de nada pedir, imponer o tratar de entender. Lo dejé correr, muy a mi pesar. Sin embargo, pensaba en ella.

Mientras yo me consumía por dentro, mi padre lo hacía en todos los aspectos. Tuve que llevarlo a urgencias en un par de ocasiones porque no le bajaba la fiebre. Lo trataron bastante mal. Parece ser que a los viejos no les toca ninguna cuota de amabilidad, ese privilegio es para los que aún pintan algo en la vida. Prácticamente ni lo miraban; al final se le acababa pasando la fiebre solo por el tiempo que estábamos allí esperando que nos atendieran. Esas horas de espera me deprimían. Éramos números en una larga lista, simples bultos. En urgencias las personas no están precisamente en su mejor momento. El dolor deja tan maltrecho al orgullo como al propio cuerpo. Aquellas personas solo necesitaban algo de consuelo. No lo iban a encontrar allí. Los acompañantes llevaban la resignación escrita en la frente. Cuando se iba relajando la compostura por la impaciencia de las horas de espera, asomaban algunos gestos sutilmente desagradables y miradas de refilón hacia la salida. Nadie quiere tener la enfermedad cerca. No esperaba ver mimos y caricias, eso se ve en las salas de espera de pediatría, pero no con los viejos. Odiaba estar allí en ese ambiente, pero era lo que tocaba. Trataba de agarrar a mi padre fuertemente del brazo para hacerle notar que no estaba solo. Hubiera preferido otro final, que no tuviera que sufrir tanto, que no tuviera que ser consciente de su decadencia física. Nadie se merece eso. Lo estaba pasando mal y me sentía solo. Rosa había decidido no acompañarme en este viaje. Supuse que era demasiado complicado para ella encajar lo que había pasado entre nosotros. Al fin y al cabo, éramos familia. Yo no veía el problema, pero eso ya no dependía de mí. Mi padre sí y en él centré todos mis esfuerzos lo mejor que pude.

Deseé un milagro que no llegó.

Una mañana mi padre dejó de pelear. Cuando subí a despertarlo aún respiraba, lo ayudé a incorporarse y lo llevé al baño. Se desplomó como un pajarillo delante de mí sin darme tiempo a reaccionar. Lo agarré en el suelo y quise decirle que todo iba a ir bien, pero no pude porque no era verdad. Yo estaba asustado suplicando por dentro que no se muriera así. Nunca olvidaré sus ojos, primero clavados en mí, luego en alguna parte a la que yo no podría ir con él. Grité con la poca fuerza que tenía y cuando subió Rosa llamó a una ambulancia. Lo acogí en mis brazos como a un niño, como él debió tenerme a mí hace muchos años, cuando la vida aún era valiosa y las sonrisas salían sin esfuerzo. Me llegaron de golpe las sensaciones de entonces, con mi padre en pantalón de pana las mañanas de domingo, el olor de su tabaco, la música clásica sonando en el salón. Él, inmenso, llenándolo todo. Llegaba el final y no estaba preparado, no quería estarlo. No quería dejarlo ir. Le supliqué que no se rindiera. Entre lágrimas y babas dejé todo mi aliento para decirle que le quería. No sirvió de nada. Noté cómo se dejó llevar. Cuando llegó la ambulancia, no pudieron hacer nada. Certificaron su muerte y se me rompió algo en alguna parte dejándome helado. No pude derramar más lágrimas hasta años más tarde, se fueron con él. Su

marcha no me dejó paz, me dejó ansiedad por las noches y un enorme sentimiento de culpa.

Las horas siguientes yo estaba como un zombi. Por suerte ya había dejado todo el tema de la incineración arreglado. Se lo llevaron al tanatorio y lo que me tocaba era avisar a mi madre. Seguramente fui muy frío al darle la noticia. Ella se lo tomó bien, al menos en apariencia. La que lo llevó peor fue Rosa, la vi perder el control. Hubiera matado por que se apoyara en mí. No lo hizo. No era el momento de ser egoísta y dejé que ella decidiera lo que hacer con su dolor sin ningún rencor por mi parte. Cosa suya.

El velatorio fue un calvario. Siempre me había parecido un asunto tremendamente molesto y artificial velar a los muertos. La mayoría de la gente que acude son solo conocidos del difunto y tratan de poner cara de gravedad cuando dan el pésame. A mí me resultaba ridículo y hasta cómico el intento: tanta impostura y fingimiento bajo el amparo de la educación y las buenas formas. A muchas de las personas que se acercaron a compartir mi sentimiento no las había visto en años y estaba seguro de que mi padre tampoco. Gente relacionada con el negocio y amigos de la familia que nos habían visto cuatro veces en su vida. Aun así, hice un esfuerzo por ser amable y no decir lo que me pasaba por la cabeza. No quería buscar problemas en un momento tan delicado. Solo estaban siguiendo el mandato social, lo que toca, como si no hubiera otra opción. Siempre hay otra opción y es no hacerlo.

Estaba deseando que se acabara de una vez por todas para marcharme a casa con mi dolor y mi desgana. Con la música a otra parte. Rosa estaba muy afectada y mi prima Raquel estuvo pegada a ella todo el tiempo. La relación entre ellas había tenido altibajos, pero en ese momento se las veía unidas. Al menos se tenían la una a la otra. Yo estaba totalmente solo. Cuando mi prima se acercó a abrazarme, sentí una punzada de nostalgia. De niños habíamos sido inseparables y después la vida nos puso donde quiso, como siempre pasa. No le había ido tan mal, hacía su vida, tenía un trabajo interesante y estaba viviendo con su novio. Sin embargo, siempre tuvo un aire de melancolía que en ciertos momentos de su vida rozó la depresión y sospechaba que culpaba a su madre de cosas de las que yo no tenía ni idea. Si la muerte de papá servía para acercarlas de nuevo, tanto mejor. Yo estaba un poco dolido por la actitud de Rosa respecto a mí después de todo lo que habíamos pasado juntos. No entendí su distanciamiento tan repentino y sin darme una explicación, pero sentía un enorme respeto hacia ella y no deseaba otra cosa que verla feliz. Tuve una bonita conversación con mi prima recordando algunos momentos divertidos de mi padre. Me gustó escucharla.

Tras varias horas atendiendo a todo el mundo, estaba agotado. Poco a poco la gente se fue marchando. Cuando ya había recogido la chaqueta para irme y llevar a mi madre a casa, Rosa se acercó para decirme que Raquel se quedaría esa noche en la casa. Me pareció bien. Me abrazó y agradecí el gesto. Me fui con mi madre y después de dejarla me entró vértigo por lo que me quedaba por delante. Estaba cansado de pensar, de vivir, sentía una mezcla de náusea e incomodidad. Me iba a costar dormir esa noche. Me hubiera metido una sobredosis de pastillas si las hubiera tenido a mano o las hubieran vendido sin receta en una farmacia. Al llegar a casa subí las viejas escaleras, sonaba un crujido a cada paso y pensé que ese ruido iba a ser mi única compañía allí. Me dejé caer en la cama como un saco de plomo y, en contra de lo que pensaba, me quedé profundamente dormido.

A la mañana siguiente tenía la misma sensación de vacío con la que me acosté. No esperaba milagros y sabía que me quedaban muchos días, semanas, meses o puede que años sintiéndome así. Mojé mis pocas ganas en el lavabo para despejarme un poco y bajé aún medio dormido. En la cocina se oía jaleo: Rosa y Raquel charlaban animadamente. Raquel era la única prima que tenía y le tenía un gran carriño. En cuanto a Rosa, ya no la veía como mi tía, me

resultaba imposible. Ellas eran muy diferentes, tanto en lo físico como en el carácter. Rosa había sido madre muy joven y realmente no había mucha diferencia de edad, pero además Raquel era muy seria y eso la hacía parecer algo mayor. Podrían haber pasado por hermanas. Cuando las vi juntas en la cocina sentí cierta envidia. Los lazos familiares profundos recomponen con facilidad lo que se ha roto. Yo nunca tuve esa conexión con mi madre.

Charlamos los tres durante el desayuno. Rosa estaba contenta, la sola presencia de su hija parecía levantarle el ánimo. La forma en que la miraba con esa mezcla de orgullo y mimo lo decía todo. A mí nunca me había mirado así. Estaba un poco celoso. Aún me escocía su cambio tan radical, pero no hubo reproches por mi parte ni nada que no fuese gratitud hacia ella. Entendí que se había acercado a mí en un momento en el que me necesitaba, y ya no. No estaba dispuesto a vivir algo que no fuera real. Era mejor así, no me apetecía un amor cargado de culpabilidad. No hubiera podido soportar la decepción en los ojos de nadie nunca más. Prefería a Rosa como estaba ahora, con su conciencia tranquila, su mundo conocido, con su hija, su trabajo y lo que fuera que la hiciera feliz. Comentó que se iría a pasar una temporada a casa de su hija y ambas se ofrecieron a quedarse mientras me hiciera falta su compañía. Por supuesto decliné la oferta y les dije que prefería estar solo para poner en orden mis cosas.

Al cabo de unos días, ya no quedaba nadie en la casa. Me quedé solo con una urna donde estaban las cenizas de mi padre, una enorme casa destartalada y excesivamente grande para mí y un montón de ilusiones hechas pedacitos esparcidas por la cocina donde una vez estuve con Rosa. No era el mejor punto de mi vida, pero estaba vivo

13

Después de la tempestad no viene la calma, viene el vacío. Durante las siguientes semanas, fui un autómata. Me levantaba, hacía las cosas del día a día y poco más. Intentaba no pensar demasiado y a ratos me olvidaba de todo. Buscaba pequeñas distracciones. Esos días descubrí el gusto por la jardinería, lo cual fue todo un hallazgo. Me propuse arreglar el jardín, magnífico y salvaje, lo mejor de ese caserón ruinoso y parte de los mejores recuerdos de mi niñez. Me apetecía devolverle el esplendor que había tenido hacía años; no solo el estanque que alguna vez tuvo peces de todas las clases, también los árboles frutales, los setos que ahora estaban deformes, los rosales y las plantas que aún no había identificado. Compré herramientas nuevas y material diverso y busqué por internet consejos y trucos de jardinería. También pensé en empezar a buscar trabajo, pero esa tarea no me ilusionaba tanto. Era un incordio tener que hacer entrevistas absurdas y construirme una imagen. No me veía con fuerzas para eso, así que lo fui dejando, aunque me molestaba en la mente. No estaba haciendo lo que debía y la mala conciencia me amargaba de vez en cuando.

Esa tarde tenía pocas ganas de salir al jardín y me puse a ordenar la ropa que me había dado mi madre la última vez que fui a verla. Pensaba donarlo casi todo, pero tenía la esperanza de que hubiera algo medianamente decente que me sirviera porque, francamente, necesitaba ropa nueva y detestaba ir de compras. No tuve mucha suerte, mi padre no había tenido mucho interés por la moda y toda la ropa estaba desfasada. Esas camisas de jubilado y esas chaquetas que pretendían ser elegantes me daban bastante repelús.

Fui doblando todo y metiéndolo en bolsas. Había una chaqueta por la que mi padre tenía predilección y estuve un rato con ella en la mano dudando si quedármela o no. Me la puse y no me sentaba mal, quizás con el pantalón adecuado podría pasar. Metí las manos en los bolsillos y noté que había un papel. Lo saqué. Era un número de teléfono, un móvil. Debía de ser importante si se tomó la molestia de guardarlo. Tuve un pálpito, me senté en la cama con el papel en la mano para respirar hondo y no dejarme llevar por mi imaginación, que ya estaba acelerada sacando todo tipo de conclusiones. Pensé que podría ser el teléfono de Sandra. A lo mejor mi padre me había mentido y había seguido en contacto con ella después del juicio. Al fin y al cabo, me había estado mintiendo casi toda la vida. Puede que hubieran sido amantes todo el tiempo. Pero para qué iba a guardar el teléfono de su amante, arriesgarse a que lo pillaran cuando solo tenía que memorizar nueve dígitos. Claro que ese teléfono también podría ser el de un viejo amigo al que se hubiera encontrado en la calle después de años y lo hubiera apuntado en un papel con la intención de llamarlo en algún momento para tomarse un café. Y ahí se quedaron, olvidados en una vieja chaqueta, el teléfono, el café y el amigo. Lo mejor que podía hacer en este caso era llamar y punto.

Fui a darme una ducha para despejarme con la firme intención de llamar a ese número y no pensar mucho más en las consecuencias. Una vez con mi móvil en la mano entré en pánico, pero ya no me iba a echar atrás. Marqué. Sonó varias veces, aunque yo solo podía oír mi propio corazón dando la nota. Me iba a dar algo. Cuando ya estaba a punto de claudicar, alguien descolgó al otro lado. La suerte estaba echada.

—¿Sí? —Una voz femenina, conocida. Reconocida. Era ella—. ¿Diga? ¿Quién es? —preguntó.

—Hola. Soy Roberto.

Silencio sepulcral. «Vaya sorpresa, Sandra, esto no te lo esperabas», pensé. Mi ansiedad desapareció de golpe, eso era lo que había estado buscando desde hacía meses, y por fin la tenía ahí, al otro lado del teléfono completamente descolocada. Lo disfruté.

—¿Roberto? ¡Vaya!… ¿Cómo estás? ¡Cuánto tiempo! Oye, siento lo de tu padre.

—Ah, ¿te enteraste? —respondí, con algo de malicia.

—Sí, claro. ¿Estás bien?

—Tengo mis momentos.

—Ya, imagino. Eh…, ¿por qué me llamas? —dijo en un tono áspero—. No lo entiendo, después de lo que pasó no contaba con volver a hablar contigo. ¿Dónde has conseguido mi número?

—Adivina. —Hice una pausa con toda la intención—. Acabo de sacarlo del bolsillo de una chaqueta. Ni siquiera sabía que te estaba llamando a ti. Qué curioso, ¿verdad?

Silencio de nuevo. Me estaba sabiendo a gloria. Notaba su incomodidad, pero no iba a facilitarle las cosas. Ella no tenía ni idea de lo que yo sabía, lo cual me daba una gran ventaja.

—Ya…, entiendo. Mira, Roberto, dime qué quieres.

—Nada. Ya te he dicho que vi el número y lo marqué sin saber de quién era. Y me has contestado tú, ¡qué extraño! ¿Qué hacía tu número en la chaqueta de mi padre? Me acabo de quedar de piedra.

—No te creo.

—Cosa tuya —repliqué.

—Voy a colgar —anunció, nerviosa—. Esto no tiene sentido.

—Espera. Quiero preguntarte algo, ¿duermes bien por las noches? Tengo curiosidad.

—Mira, Roberto, todos tomamos malas decisiones en el pasado. Cometimos errores. Yo lo único que quiero es olvidarlo y seguir con mi vida.

—Y yo quiero la verdad. Ni más, ni menos. Creo que me la debes.

—No tienes cojones para oír la verdad. Esa es la verdad.

—¡Qué bonito eso que dices! Aunque no me sorprende. Siempre me has tratado como a un imbécil. Ya no sabes nada de mí, no tienes ni idea de lo que he pasado el último año. Y tú me has jodido la vida. Quiero verte, que me digas a la cara lo que tengas que decirme, y te aseguro que no volveré a llamarte jamás.

—¿Vernos? —preguntó sorprendida—. ¿Te has vuelto loco?

—Sí, ¿de qué tienes miedo? No voy a matarte, no lo hice cuando pude, ¿recuerdas?

—Venga, hombre, guarda tu sarcasmo. No tengo ningún problema en decirte lo que pienso. Si soy sincera, pensé alguna vez en llamarte. Bueno —dudó—, podemos vernos un momento, pero te advierto que nada de lo que hablemos hará que cambien las cosas entre nosotros.

—Sandra, no quiero volver contigo si es lo que insinúas. Ya he tenido suficiente, ¿no crees?

—Yo no creo nada. Tengo mis propios problemas. ¿Dónde estás? ¿Dónde quieres que nos veamos?

—Me acercaré al centro. Podemos quedar en una cafetería y así te aseguras de que no voy a ir armado con mi cuchillo de cocina.

—Muy gracioso. Acabemos con esto cuanto antes. Si puedes, mañana por la tarde, pero te advierto que tengo poco tiempo. A las cinco, en el Café Moderno.

—Nuestro café. Al final resulta que eres una sentimental.

—¡Menos coñas!, Roberto. No puedes acercarte a mí, recuerda. Esto no es un juego. Si veo cualquier cosa extraña, llamaré a la policía allí mismo.

—Uf, me estás acojonando. Venga, ¡déjate de rollos! A las cinco. Allí estaré.

Colgó ella primero. Todavía no podía creerme lo que acababa de pasar. No tenía muy claro si me había vuelto loco o era la mejor decisión, pero ya estaba hecho. Iría a la cita con mi pasado y trataría de encontrar lo que había estado buscando tanto tiempo. Puede que ella tuviera algunas respuestas, puede que le diera algo de sentido al despropósito que había sido nuestra vida juntos, podría incluso darle la vuelta a todo. También podría ser que no hubiera nada que decir, nada que añadir, nada que objetar. Quizás estaba agarrándome a la falsa esperanza de que las cosas tuvieran una lógica, una razón de ser. Puede que las cosas solo sucedan porque sí.

Al día siguiente apenas probé bocado, tenía un nudo en el estómago. Me puse la mejor ropa que tenía y aun así parecía un fantoche. Hubiera querido presentarme espectacular ante Sandra, pero era lo que había. Sin embargo, me sentía extrañamente bien, seguro de mí mismo. Con ese ánimo salí de casa y estaba en la cafetería diez minutos antes de la hora. Pedí un café cargado. Al poco rato entró ella. Cuando la vi, se me paró el corazón. Adiós seguridad.

Me hizo un gesto con la mano y se acercó a la mesa muy decidida. Se sentó enfrente de mí. Estaba delgada, casi demacrada, iba poco maquillada y tenía unas ojeras muy marcadas que le daban un aspecto casi gótico. El cabello corto le marcaba los ángulos de la cara y los pómulos, perfectamente definidos, le daban un aire elegante. Sandra tenía una belleza que siempre me pareció irresistible, algo casi mágico que nunca supe identificar del todo. Su voz era lo mejor. Tras un saludo de cortesía me miró directamente a la cara y me pidió que le dijera lo que quería saber. Fui muy directo.

—Háblame de tu relación con mi padre. Me contó su versión, pero quiero saber la tuya.

—Te lo cuento por encima, no quiero entrar en detalles. Tu padre ya no está y no ganamos nada con eso. Lo conocí en la tienda. Al principio era un simple coqueteo, pero me enganché. Era el tipo de hombre que necesitaba en ese momento, me hacía sentir bien y me daba estabilidad. Yo entonces estaba en tratamiento por una depresión. Además, él me mantenía económicamente. La cosa se complicó. Intentó dejarme varias veces, pero no se lo puse fácil. Hice muchas tonterías, la verdad, hasta amenazarlo con contárselo todo a tu madre. No era feliz con ella. Yo le daba cariño, lo escuchaba, pero por aquella época estaba desquiciada y era bastante tóxica. Después te conocí a ti. Supongo que no me creerás, pero fue puta casualidad. No me metí en una relación contigo por estar cerca de él, si es lo que piensas.

—Yo no pienso nada, Sandra. Estuve muy engañado, lo hiciste muy bien. Tienes un gran talento para la interpretación, enhorabuena —dije, dejando en evidencia mi resentimiento.

—Ya, no te culpo por pensar así. Tú no esperabas grandes cosas de mí, te conformabas con poco. Durante un tiempo fui feliz contigo, pero se ve que no sirvo para eso. Me fui desencantando poco a poco, seguí viendo a Manuel, como sabes, y seguí aceptando su dinero hasta el día que nos viste juntos.

—Y montaste todo el numerito del juicio para sacarle más dinero.

—El tema del juicio fue una cagada, pero no voy a flagelarme ahora por eso. Necesitaba dinero y vi la oportunidad. Quería empezar de cero, una nueva vida donde poder sentirme normal. Entonces estaba con alguien, un buen tío que lo quería todo conmigo.

—¡Madre mía! Lo sospechaba, pero quería oírtelo decir. Y… ¿dónde está ahora ese tipo?

—No lo sé. Durante un tiempo nos fue bien, hicimos planes, soportaba mis neuras y creo que le hacía ilusión cuidar de mí. Todo se fue a la mierda por mi culpa. Yo tomaba medicamentos para todo, para dormir, para comer, para vivir, no lo controlaba. Me quedé

embarazada. A los pocos meses, se me fue la mano con las pastillas y perdí al bebé. —Le cambió la expresión, tuvo que tragar saliva para poder continuar hablando—. El médico lo dejó muy claro. A partir de ese momento, me odió. Yo también me odié. El resto no me apetece contártelo.

—Vaya historia. Lo siento, supongo.

—Ya. Y tú…, ¿rehiciste tu vida?

—Sí, claro. Tengo mujer y tres hijos. No han podido venir hoy.

Nos reímos. Bueno, yo me reí, lo de ella era otro mundo. Me sentí un gilipollas mirando a Sandra de esa manera, pero yo era así. Un idiota.

—Mira, Roberto —continuó—, lo que hice no lo voy a arreglar. Tu padre fue feliz a ratos. Además de mí, tenía otros vicios y se quedó en la ruina. No sé qué sabes tú sobre eso, pero prefiero no remover más las cosas. En cuanto a ti, no te merecías esta mierda.

—Yo te quería. Estaba loco por ti. Si me hubieras contado esto antes, te habría perdonado. Soy un imbécil, ¿recuerdas?

Sonrió. Me miró con un gesto que me pareció cariñoso. Charlamos un rato más sobre los giros, los tiempos muertos de su vida, de la mía, le dije…

— ¿Y si la vida fuese una espiral infinita, en la que todo se repite?

—Pues si eso fuese así, tú y yo volveríamos a estar juntos. —Me lanzó una mirada pícara —. ¿No sería poético?

—¡Sería trágico! —Hice un gesto de llevarme las manos a la cabeza—. Me engañaste con mi propio padre, me mentiste acerca de casi todo, no sé si me habrás dicho alguna verdad en toda nuestra relación. Me dejaste sin trabajo por culpa de un juicio injusto, un teatro. Me dejaste hasta sin herencia.

—Sí. Y tú intentaste matarme con un cuchillo de cocina.

—Venga, Sandra. Sabes que no iba a hacerlo.

—Cierto, pero lo negaré todo delante de un juez —dijo con una media sonrisa.

—Has ido demasiado lejos con eso, yo te importaba una mierda.

—No se trataba de ti. Siento el daño que te hice. —Su tono se volvió serio—. No voy de víctima, pero la vida nunca me resultó fácil y tengo un don para tomar malas decisiones. No pierdo la esperanza de sentirme bien en algún momento, de llevar una vida normal.

—Normal, ¡vaya cosa! Yo nunca me sentí normal. Mira, cuando me enteré de que mi padre estaba muy enfermo me acerqué de nuevo a él. Al principio fue por revancha. Tenía dudas, también hice tonterías que no me apetece contar, pero luego empecé a entender y a perdonar. No quiero mirar atrás, Sandra. Yo ya no soy la persona que estuvo contigo, para bien o para mal.

En ese momento la llamaron por teléfono. Se disculpó diciendo que tenía que irse.

—¿Has encontrado lo que buscabas en esta conversación? —dijo mientras se ponía el abrigo.

—Puede. —Vacilé un momento—. Solo una cosa más, ¿qué hacía un papel con tu número en el bolsillo de la chaqueta de mi padre?

—Ni idea. No volví a verle ni a hablar con él. Quizás solo estaba ahí para que tú lo encontraras. Yo no le doy tantas vueltas a todo —continuó mientras me miraba y sonreía—. Me fastidia, pero me tengo que ir ya.

—Vale. ¿Sabes? Espero que seas feliz. Yo te invito al café.

Me levanté para ir a la barra y pagué los cafés. Cuando volví a la mesa Sandra ya no estaba. Había dejado algo escrito en una servilleta. Me acerqué a ver lo que ponía.

«Me encantaría volver a verte».

GRACIAS

Por haberme acompañado en este viaje.

Si te ha gustado, por favor déjame una reseña en Amazon. Es importante para poder seguir haciendo lo que me apasiona.

Nos vemos en el próximo libro.